GORDON THOMAS

7.ª EDICIÓN

MOSSAD

La historia secreta

Vergara

Título: Mossad. La historia secreta
Título original: *Gideon 's Spies*
Traducción: Gerardo Gambolini
Edición original: St. Martin's Press
© 1998, Cordón Thomas
© Ediciones B Argentina, S.A.,
para el sello Javier Vergara Editor
© De esta edición: mayo 2001, Suma de Letras, S.L.
Barquillo, 21. 2 8004 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 84-663-0301-4
Depósito legal: M-6.923-2001
Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Ignacio Ballesteros

Impreso por Mateu Cromo, S A

Segunda edición: septiembre 2001
Tercera edición: febrero 2002

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

GORDON THOMAS

Mossad

La historia secreta

Agradecimientos

EN ISRAEL

Meir Amit
Yaakov Cohén
Alex Doron
Ran Edelist
Rafael Eitan
Isser Harel
David Kimche
Ariel Merari
Reuven Merhav
Danny Nagier
Yoel ben Porat
Uri Saguy
Zvi Spielmann
Barry Chamish

y todos aquellos que siguen en activo y no pueden ser mencionados.

EN OTROS LUGARES

David Kimche
Mohammed al Fayed
Sean Carberry
Sebastian Cody
Carolyn Dempsey
Art Dworken
Heather Florence
Amanda Harris
Per-Erik Hawthorne
Barry Chamish
Martin Lettmayer
John Magee
John McNamara
Madeleine Morel
Laurie Meyer
Samir Saddoni
Susannah Tarbush
Michael Tauck
Diana Johnson
Richard Tomlinson
Emery Kabongo
Russell Warren-Howe
Otto Kormek
Catherine Whittaker
Zahir Kzeibati
Stuart Winter

cada uno jugó a su modo un papel.

Y LOS ÚLTIMOS, PERO NO LOS MENOS IMPORTANTES

William Buckley
William Casey
Joachim Kraner

} ellos inspiraron la idea.

Edith, por supuesto, y Tom Burke. Todo autor necesita un editor tranquilo, con visión de futuro, paciente, incisivo y apasionado por el libro. Tom fue todas esas cosas. No podría haber pedido más... y jamás recibí menos. Le debo mucho.

Directores generales del Mossad

1951-1952	Reuven Shiloah
1952-1963	Isser Harel
1963-1968	Meir Amit
1968-1974	Zvi Zamir
1974-1982	Yitzhak Hofi
1982-1990	Nahum Admoni
1990-1996	Shabtai Shavit
1996-1998	Danny Yatom
1998-	Efraim Halevy

1

Detrás del espejo

Cuando titilaba la luz roja del teléfono del dormitorio, se activaba automáticamente un sofisticado aparato de grabación en un apartamento de París cercano al centro Pompidou, en el bullicioso distrito cuarto. El técnico en comunicaciones israelí que había volado desde Tel Aviv para conectar la grabadora había instalado también la luz que servía para evitar que oír el teléfono a altas horas de la madrugada despertara las sospechas de los vecinos. El técnico era uno de lo*s yahalomin,* miembro de un equipo del Mossad que se encargaba de las comunicaciones seguras en los pisos francos de la agencia secreta de inteligencia de Israel.

El apartamento de París era como todos, con la puerta principal a prueba de bombas y ventanas cuyos vidrios, al igual que los de la Casa Blanca, eran capaces de burlar los detectores. Había muchos así en las principales ciudades del mundo, de compra o alquilados por largos períodos. Muchos permanecían deshabitados durante largo tiempo, preparados para el momento en que fueran necesarios para una operación.

Una de estas operaciones se había llevado a cabo desde el apartamento de París a partir de junio de 1997, época en que llegó monsieur Maurice. Hablaba un francés fluido con un leve acento centroeuropeo. A lo largo de los años, sus vecinos habían conocido a muchos como él: hombres, y a veces mujeres, que llegaban repentinamente, pasaban semanas o meses entre ellos y desaparecían sin previo aviso. Al igual que sus antecesores, Maurice había evitado con cortesía toda indagación sobre su persona o su trabajo.

Maurice era un *katsa,* un agente del Mossad.

Físicamente no llamaba la atención; incluso se había dicho de él que, en una calle desierta, habría pasado prácticamente desapercibido. Lo reclutaron en los buenos tiempos, cuando la fama del Mossad era todavía legendaria. Descubrieron su potencial cuando, durante el servicio militar obligatorio israelí, tras el período de entrenamiento básico, fue destinado a inteligencia de las Fuerzas Aéreas. Se había destacado tanto por su facilidad para los idiomas (hablaba francés, inglés y alemán) como por otras cualidades: era hábil para rellenar los vacíos en el análisis de un caso, especular conclusiones y conocía los límites de las conjeturas. Pero,

sobre todo, era un manipulador nato: sabía persuadir, engatusar, y en último término, amenazar.

Desde su salida de la academia del Mossad, en 1982, había trabajado en Europa, Sudáfrica y Oriente. En repetidas ocasiones lo había hecho fingiendo ser empresario, escritor o vendedor. Había utilizado diversos nombres y biografías obtenidos del archivo que mantenía el Mossad. Ahora era Maurice, nuevamente un empresario.

Durante sus numerosas misiones había oído hablar de las purgas en «el Instituto», el nombre por el que el personal se refería al Mossad: rumores dañinos sobre carreras malogradas y truncadas, de cambios en la cúpula. Cada nuevo director tenía sus propias prioridades pero ninguno había remediado la desmoralización de la agencia. La pérdida de moral aumentó con el nombramiento de Benyamin Netanyahu, el primer ministro más joven de Israel. Hombre de probada experiencia en inteligencia, se suponía que debía saber cómo funcionaban las cosas en la agencia; cuándo escuchar, hasta dónde llegar. No obstante, desde el comienzo, Netanyahu sorprendió a los agentes experimentados deteniéndose en detalles operativos.

Al principio, esto se interpretó como un entusiasmo innecesario, una nueva escoba dispuesta a barrer hasta el último rincón para asegurar que no quedaran secretos por conocer. Pero las cosas adquirieron un tono alarmante cuando también la esposa del primer ministro, Sara, quiso husmear detrás del espejo en el mundo de la inteligencia israelí. Había invitado a su casa a agentes de alto rango para hacerles preguntas. Según ella, seguía el ejemplo de Hillary Clinton y su interés por la CÍA.

En los pasillos impersonales del cuartel general del Mossad en Tel Aviv sonaron voces escandalizadas porque Sara Netanyahu había exigido ver los perfiles psicológicos de los líderes mundiales a quienes ella y su esposo recibirían o visitarían. En especial, había pedido detalles sobre la vida sexual del presidente Bill Clinton. También quiso revisar los legajos de los diplomáticos israelíes en cuyas embajadas residirían durante sus viajes al extranjero y se interesó en particular por la limpieza de las cocinas y la frecuencia con que se cambiaba la ropa de cama en sus suites de huéspedes.

Estupefactos por sus demandas, los oficiales del Mossad le habían explicado a la esposa de Netanyahu que obtener información de esa índole no formaba parte de sus tareas de inteligencia.

Algunos veteranos habían sido apartados de las labores centrales de inteligencia y asignados a operaciones de poca envergadura, que requerían poco más que inventar algo de papeleo, por lo general nunca leído. Al darse cuenta de que sus carreras se estancaban, habían renunciado.

Ahora, dispersos a lo largo de Israel, ocupaban su tiempo en la lectura, principalmente sobre historia, e intentando aceptar el hecho de que ellos también eran cosa del pasado.

Por todo esto Maurice se alegraba de estar fuera de Tel Aviv; en acción una vez más.

La operación que lo trajo a París le había dado otra oportunidad de demostrar

que era un agente cuidadoso y metódico, capaz de cumplir lo que se esperaba de él. En este caso la tarea era relativamente sencilla: no existía verdadero peligro físico, únicamente el riesgo de la vergüenza en caso de que las autoridades francesas lo descubrieran y lo deportaran discretamente, sin ningún escándalo. El embajador israelí sabía que Maurice se encontraba en París pero desconocía el motivo. Ésta era la práctica habitual: si las cosas salían mal, el diplomático podía alegar desconocimiento.

La tarea de Maurice era reclutar a un informador. En el idioma esotérico del Mossad, esto se llamaba el «contacto frío», sobornar a un natural del país. Al cabo de dos meses de trabajo paciente, Maurice creía que estaba a punto de tener éxito.

Su blanco era Henri Paul, asistente jefe del hotel Ritz de París, que además ejercía como chofer de los huéspedes célebres.

Uno de ellos había sido Jonathan Aitken, ministro del último gobierno conservador de Gran Bretaña. Aitken era el encargado de coordinar ventas de armas y había tejido una amplia red de contactos con vendedores de Oriente Medio. Esto había llevado a que *World in action,* un programa informativo de televisión, y el periódico *Guardian* hicieran públicos informes desfavorables sobre los vínculos de Aitken con hombres que no pertenecían normalmente al entorno de un ministro. Aitken presentó una demanda por calumnias e injurias. Quien había pagado los gastos de Aitken cuando éste se había hospedado en el Ritz para encontrarse con sus contactos árabes se había convertido en el eje central del juicio. Aitken declaró bajo juramento que su esposa se había encargado de la cuenta.

A través de un tercero, el Mossad había hecho saber a los investigadores de la defensa que la señora Aitken no había estado en París. El caso se vino abajo. Así el Mossad, que durante mucho tiempo había considerado las actividades de Aitken una amenaza para Israel, lo destruyó de manera eficaz.

En 1999, después de un largo juicio penal en Londres, Aitken fue declarado culpable de testificar en falso y sentenciado a prisión. Para entonces, su mujer lo había dejado, y el hombre que había recorrido los pasillos del poder durante muchos años se enfrentaba a un futuro incierto.

Recibió el apoyo, si no la simpatía, de alguien inesperado: Ari ben Menashe. Un hombre que había sufrido los rigores de una cárcel neoyorquina después de su propia caída en desgracia como coordinador de inteligencia para el primer ministro Yitzhak Shamir. Esta posición le había valido un claro conocimiento de cómo funcionaba el Mossad y los otros servicios de inteligencia israelíes. Consideraba a Aitken «una persona consumida por su propia creencia de que podía ser más astuto que cualquiera. Pero cometió el error de subestimar al Mossad. Ellos no toman prisioneros».

A diferencia de Jonathan Aitken, cuyo futuro después de salir de prisión resulta poco prometedor, Ben Menashe ha vivido una recuperación espectacular. En 1999 ya cuenta con una red de inteligencia bien establecida en Montreal, Canadá. Entre sus numerosos clientes hay varios países africanos y algunos europeos. Las multinacionales también solicitan sus servicios porque tienen la seguridad de que Menashe preservará su anonimato.

Forman parte del personal varios ex oficiales del servicio de inteligencia

canadiense y muchos otros que han trabajado en agencias israelíes o europeas. La compañía proporciona servicios completos de protección económica e industrial. Sus miembros se mueven muy bien entre los traficantes de armas y dominan las reglas de negociación con los secuestradores. No hay ciudad en donde no tengan contactos, muchos de ellos establecidos por Ben Menashe durante sus días como protagonista en el mundo de la inteligencia israelí.

Él y sus asociados están siempre al día en cuanto a los cambios de aliados políticos y pueden predecir a menudo qué gobierno del tercer mundo va a caer y cuál lo reemplazará. Pequeña y compacta, la compañía de Menashe sigue el esquema del Mossad, «moviéndonos como ladrones en la noche. Así debe ser en nuestro negocio», tal como admite alegremente. Un negocio con el que se obtienen cuantiosas ganancias.

Menashe ha conseguido la ciudadanía canadiense y se encuentra una vez más trabajando «con los príncipes y reyes de este mundo [...] los famosos y aquellos que usan sus fortunas para comprar la mejor protección. Para ellos, todo conocimiento es poder y parte de mi trabajo es aportar esa vital información».

En Londres es un huésped distinguido del Savoy. En París, el Ritz lo recibe con especial deferencia. Ben Menashe no tardó en descubrir que el hotel seguía siendo punto de encuentro para los vendedores de armas y sus contactos europeos. Lo tanteó con sus colegas del Mossad. Por ellos supo hasta qué punto el Ritz se había vuelto fundamental en la estrategia de la agencia. Ben Menashe, un investigador por naturaleza —«hace tiempo aprendí que nada de lo que escucho es desechable»— .decidió que vigilaría el curso de las acciones. Una decisión que lo involucraría en el destino de Diana, la princesa de Gales y su amante, Dodi al Fayed, el hijo *playboy* del multimillonario dueño del Ritz, Mohammed al Fayed.

El Mossad había decidido mantener un informador en el Ritz que aportara detalles sobre sus actividades. En primer lugar había intervenido el sistema informático del hotel y obtenido una lista del personal. Nadie de la dirección se perfilaba como posible candidato y el personal no tenía el acceso necesario a los huéspedes para realizar la tarea. Pero la responsabilidad de Henri Paul en el ámbito de la seguridad implicaba que debía tener acceso sin restricciones a todos los sectores del hotel. Su llave maestra le permitía abrir la caja de seguridad de cualquier huésped. Nadie haría preguntas si solicitaba una copia de la cuenta de algún cliente, ni llamaría la atención si pedía ver el registro telefónico para averiguar detalles de las llamadas realizadas por los vendedores de armas y sus contactos. Podía saber a qué mujer había contratado un vendedor para una cita. Como chofer de los huéspedes selectos, Paul estaría en posición de escuchar sus conversaciones, observar su comportamiento, ver adonde iban y con quién se encontraban.

El paso siguiente fue establecer el perfil psicológico de Paul. A lo largo de varias semanas, un *katsa* residente en París recopiló información sobre su pasado. Utilizando varias pantallas, entre ellas la de empleado de una compañía aseguradora y vendedor de teléfonos, el *katsa* había averiguado que Paul era soltero, sin ninguna relación estable, que vivía en un apartamento de alquiler módico y conducía un Mini negro, aunque le gustaban de coches veloces y las motos de competición. El personal del hotel aseguraba que le gustaba la bebida y

hubo insinuaciones de que había contratado algunas veces los servicios de una prostituta de lujo que solía atender a algunos huéspedes del hotel.

La información fue evaluada por un psicólogo del Mossad. Determinó que Henri Paul era potencialmente vulnerable y consideró que una presión creciente, unida a la promesa de una importante retribución económica para financiar su vida social, sería la mejor manera de reclutarlo. El proceso podía ser largo y requería paciencia y destreza. En vez de continuar utilizando al *katsa* residente, Maurice sería enviado a París.

Como en cualquier operación del Mossad de estas características, Maurice había seguido algunos de los procedimientos habituales. Primero, en sucesivas visitas, se había familiarizado con el Ritz y su entorno. Había identificado rápidamente a Henri Paul, un hombre musculoso que se pavoneaba al andar para demostrar que no buscaba la aprobación de nadie.

Maurice observó la curiosa relación que mantenía Paul con los fotógrafos apostados en la puerta del Ritz en la espera de una instantánea de algún huésped rico y famoso. De vez en cuando, les ordenaba retirarse, y generalmente lo hacían: daban una vuelta a la manzana en moto antes de regresar. Algunas veces, durante esas breves vueltas, Paul se asomaba por la puerta de servicio a bromear con los *paparazzi.*

Por la noche, Maurice lo había visto beber con varios de ellos en uno de los bares cercanos al Ritz que solía frecuentar con otros empleados del hotel.

En los informes a Tel Aviv, Maurice comentó la capacidad de Paul para ingerir grandes cantidades de alcohol y aparentar estar totalmente fresco. También confirmó que la aptitud de Paul para el papel de informador pesaba más que sus hábitos personales: tenía acceso a lo esencial y ocupaba un puesto de confianza.

En algún momento de su discreta vigilancia, Maurice descubrió de qué manera quebrantaba Paul esa confianza. Recibía dinero de los *paparazzi* a cambio de datos sobre los movimientos de los huéspedes, de modo que pudieran estar en el momento justo para fotografiarlos.

El intercambio de información por dinero se realizaba en algún bar o en la angosta calle Cambon, junto a la entrada de servicio del hotel.

A mediados de agosto ese intercambio se había centrado en la llegada de Diana, princesa de Gales, y su amante, Dodi al Fayed, hijo del dueño del Ritz. Se hospedarían en la fabulosa Suite Imperial.

Todo el personal tenía órdenes estrictas de mantener en secreto los detalles de la llegada de Diana, bajo amenaza de despido inmediato. No obstante, Paul había continuado arriesgando su carrera al proporcionar detalles de la inminente visita a numerosos fotógrafos. Le habían pagado más que nunca.

Maurice había notado que Paul bebía con mayor frecuencia y había escuchado quejas. El personal afirmaba que el jefe de seguridad se había vuelto demasiado exigente: hacía poco que había despedido a una camarera por robar jabón de una de las habitaciones. Varios empleados dijeron que tomaba pastillas y se preguntaban si no sería para controlar los cambios de humor. Todos coincidían en que Paul se había vuelto impredecible: estaba de buen humor y al cabo de un momento hacía gala de una furia apenas controlada por alguna falta imaginaria. Maurice decidió que era el momento de entrar en acción.

El primer encuentro tuvo lugar en el bar Harry de la calle Daunou. Cuando Paul

entró, Maurice ya estaba tomándose una copa. El *katsa* del Mossad entabló conversación y el otro aceptó un trago cuando Maurice le comentó que unos amigos suyos se habían hospedado en el Ritz; agregó que les había sorprendido cuántos árabes ricos se alojaban en el hotel.

Paul contestó que muchos árabes eran unos maleducados arrogantes que pretendían que saltara apenas levantaban un dedo. Los sauditas eran los peores. Maurice comentó que le habían dicho que los huéspedes judíos eran igualmente difíciles. Paul estaba en total desacuerdo. Insistió en que eran huéspedes excelentes.

Al concluir la noche acordaron verse al cabo de unos días para cenar en un restaurante próximo al Ritz. Durante la cena, Paul confirmó mucho de lo que había averiguado el *katsa.* El jefe de seguridad del hotel habló de su pasión por los coches veloces y por las avionetas. Pero era difícil disfrutar de estas aficiones con su salario.

Ése bien pudo ser el momento en que Maurice comenzó a presionar. Conseguir dinero era el inconveniente de tales aficiones, aunque no un problema sin solución. Casi con toda seguridad, esto despertó el interés de Paul.

Lo que siguió se fue desarrollando a su ritmo: Maurice ofreciendo la carnada y Paul demasiado ansioso por atraparla. Una vez mordido el anzuelo, Maurice empezaría a tirar del sedal con las técnicas que había aprendido en la academia del Mossad.

En algún momento Maurice habría planteado la posibilidad de ayudarlo, tal vez mencionando que trabajaba para una compañía que constantemente buscaba formas de actualizar su base de datos y pagaría bien a quien contribuyera a ello. Éste era uno de los comienzos preferidos por los agentes del Mossad en las operaciones de contacto frío. De ahí a decirle a Paul que sin duda muchos huéspedes del hotel tendrían información que podía interesar a la compañía, quedaba un solo paso.

Paul, quizás incómodo con el giro de la conversación, tal vez titubeara. Entonces Maurice habría pasado a la etapa siguiente y dicho que aunque, por supuesto, entendía sus reservas, no dejaban de sorprenderlo. Después de todo, era de público conocimiento que Paul ya recibía dinero de los *paparazzi* a cambio de información. ¿Por qué entonces rechazar una oportunidad de ganar dinero en serio?

Retrospectivamente, Ari ben Menashe es de la opinión que, hasta este momento, la operación se desarrollaba siguiendo los parámetros clásicos. «Desde mi punto de vista, no hay nadie mejor que Maurice (su nombre en esa misión) para estas cosas. Una operación de contacto frío requiere verdadera sutileza. Si uno se mueve demasiado rápido, el pez se libera del anzuelo. Si se toma demasiado tiempo, pronto la sospecha se junta con el miedo. El reclutamiento es un arte en sí mismo y un europeo como Henri Paul es muy diferente de un árabe de la franja de Gaza.»

La indiscutible habilidad de Maurice para lanzar su propuesta, acompañada de revelaciones sobre cuánto sabía acerca de la vida de Paul, sería exhibida con una mezcla de persuasión y una sutil presión elemental. Obviamente surtió efecto sobre Paul.

Aunque no preguntara, probablemente se diera cuenta de que el hombre que

tenía sentado enfrente era un agente secreto, o por lo menos un reclutador de algún servicio.

Ése podría haber sido el motivo de su respuesta. Según una fuente de la inteligencia israelí con cierto conocimiento del asunto, Henri Paul fue derecho al grano: «¿Se le estaba pidiendo que espiara? Y si era así, ¿cuál era el trato? Tal cual. Sin vueltas ni medias tintas. Cuál era exactamente el trato, y para quién trabajaría en realidad. A estas alturas Maurice tuvo que decidir. ¿Le diría a Paul que iba a trabajar para el Mossad? No hay un procedimiento establecido para algo así. Cada blanco es distinto. Pero Henri Paul había picado».

De ser así, Maurice probablemente le dijo a Paul qué se esperaba de él: obtener información sobre los huéspedes, tal vez hasta realizar escuchas clandestinas en sus suites y anotar todas sus visitas. Discutieron respecto del pago y se planteó el ofrecimiento de abrir una cuenta en algún banco suizo o, si fuese necesario, de pagarle en efectivo. Maurice daría a entender que tales asuntos no representaban problema alguno. En este punto incluso pudo haberle revelado a Paul que trabajaría para el Mossad. Todo esto habría sido normal para la conclusión con éxito de una operación de contacto frío.

Muy probablemente Paul se asustó por lo que se le pedía que hiciera. No era una cuestión de lealtad hacia el Ritz: como otros empleados, trabajaba en el hotel por el salario relativamente alto y los beneficios. Paul sentía un temor comprensible a meterse en algo que lo superaba; podía terminar preso si lo descubrían espiando a los huéspedes.

Sin embargo, si iba a la policía, ¿qué harían? Tal vez ya estuvieran al tanto de la propuesta. Si rechazaba la oferta, ¿entonces qué? Si la gerencia del hotel se enteraba de que ya había traicionado el atributo más preciado del Ritz —la discreción— al informar a los *paparazzi,* podía ser despedido e incluso procesado.

En los últimos días de agosto de 1997, para Henri Paul parecía no haber salida. Continuó bebiendo, tomando pastillas, durmiendo mal y amedrentando a los empleados. Era un hombre que se tambaleaba al borde del abismo.

Maurice mantuvo el acoso. Con frecuencia se las ingeniaba para estar en el bar donde Paul bebía en sus horas libres. La mera presencia del *katsa* servía de recordatorio para Paul de por qué se lo estaba presionando. Maurice continuó visitando el Ritz, tomando el aperitivo en uno de los bares del hotel, almorzando en el restaurante, tomando el café de la tarde en la confitería. A Henri Paul debía parecerle que Maurice se había convertido en su sombra. Esto solamente incrementaría la presión, recordándole que no había escapatoria.

La visita inminente de la princesa Diana y Dodi al Fayed acentuaba aún más la tensión. A Paul se le había encargado su seguridad mientras permanecieran en el hotel, con especial énfasis puesto en mantener alejados a los *paparazzi.*

Al mismo tiempo los fotógrafos lo llamaban a su teléfono móvil buscando información sobre la visita; se le ofrecían abultadas sumas de dinero por aportar detalles. La tentación de aceptar era otro dilema. A cada paso lo acosaban.

Aunque lograba ocultarlo, Paul se estaba derrumbando mentalmente. Tomaba antidepresivos, somníferos y anfetaminas para poder pasar el día. La combinación de drogas no haría más que entorpecer su capacidad para tomar decisiones razonadas.

Posteriormente, Ben Menashe juzgó que de haber estado él a cargo de la

operación se habría retirado en ese momento.

> Henri Paul podía esconder su estado mental frente a muchos, pero para un agente experimentado como Maurice, entrenado para observar tales cosas, el deterioro debió de ser muy obvio. Seguramente, Maurice le había hecho saber al hombre a cargo en Tel Aviv, Danny Yatom, que debía soltar al *pez...* Pero por razones que sólo Yatom conoce, no lo hizo. Hacía sólo un año que Yatom estaba al mando. Quería crearse una reputación. La vanidad, tanto como la arrogancia, es uno de los grandes peligros en el trabajo de inteligencia. Yatom tiene mucho de las dos cosas y eso está bien mientras no interfiera con la realidad. Y la realidad era que el Mossad debió haberse retirado.

No lo hizo. Se dejaron llevar por la obsesiva necesidad de Yatom de tener a su hombre dentro del Ritz. Pero otros hechos que nadie pudo prever progresaban hacia su propio climax.

El parpadeo de la luz —señal de una llamada urgente— que despertó a Maurice fue registrado por la grabadora a la 1.58 del domingo 31 de agosto de 1997. El mensajero trabajaba en la unidad de accidentes de la gendarmería de París y había sido reclutado por el Mossad hacía unos años. Los ordenadores del Mossad lo definían como un *mabuab,* un informador no judío. En el escalafón de los contactos parisinos de Maurice estaba cerca de la base.

No obstante, la información que le brindaba sobre un accidente de tráfico dejó atónito a Maurice. Menos de una hora antes un Mercedes había chocado contra uno de los pilares de cemento reforzado del túnel situado bajo la Place de l'Alma, un sitio famoso por los accidentes.

Los muertos eran la princesa Diana, Dodi al Fa-yed, hijo de Mohammed, el egipcio dueño de la famosa tienda Harrods, y Henri Paul. El guardaespaldas de la pareja estaba gravemente herido. Horas después del accidente, Maurice regresó a Tel Aviv dejando a su paso preguntas que permanecerían sin respuesta.

¿Cuánto había incidido su presión en el accidente? ¿Era posible que Henri Paul hubiera perdido control del Mercedes porque no encontraba otra manera de escapar de las garras del Mossad? ¿Había alguna relación entre esa presión y el elevado nivel de drogas hallado en su sangre? ¿Acaso había abandonado el Ritz con sus tres pasajeros mientras su mente cavilaba sobre qué decisión tomar? Además de responsable de un terrible accidente, ¿era también víctima de una agencia de inteligencia implacable?

Las preguntas se seguirían gestando en la mente de Mohammed al Fayed. En febrero de 1998, anunció públicamente: «No fue un accidente. En lo profundo de mi corazón estoy convencido de ello. La verdad no podrá permanecer oculta por siempre».

Cinco meses después, la cadena televisiva británica ITV transmitió un documental en el que se decía que Henri Paul tenía vínculos estrechos con la inteligencia francesa. No los tenía. El programa también insinuaba que una agencia de inteligencia no identificada había estado involucrada en las muertes; la agencia habría actuado porque el *establishment* británico temía que el amor de Diana por Dodi tuviera «repercusiones políticas», puesto que él era egipcio.

Hasta el día de hoy los vínculos del Mossad con Henri Paul han continuado

siendo un secreto muy bien guardado, como siempre quiso la agencia. El Mossad no actuó a petición de nadie de fuera de Israel. En realidad, pocos que no pertenezcan al servicio creen aún en la participación del Mossad en la muerte de quien fuera en ese momento la mujer más famosa del mundo.

Mohammed al Fayed, alentado por lo que consideraba una campaña difamatoria de los medios británicos de comunicación, ha seguido sosteniendo que alguna fuerza de inteligencia había sido dirigida en contra de su hijo y Diana. En julio de 1998 dos reporteros de la revista *Time* publicaron un libro que sugería que Henri Paul pudo haber tenido algún vínculo con la inteligencia francesa. Ni Al Fayed ni los periodistas aportaron pruebas firmes de que Paul fuera un agente secreto o al menos un informador, y ninguno de ellos estuvo cerca de identificar su vínculo con el Mossad.

En julio de 1998 Mohammed al Fayed formuló numerosas preguntas en una carta que envió a cada uno de los miembros del Parlamento británico, instándolos a plantearlas en la Cámara de los Comunes. Alegaba que «hay una fuerza empeñada en ocultar las respuestas que busco». Su comportamiento fue interpretado como la reacción de un padre dolido. Las preguntas merecen ser replanteadas, no para dilucidar el papel del Mossad en las últimas semanas de la vida de Henri Paul, sino porque la tragedia ha adquirido un ímpetu que únicamente los verdaderos hechos pueden frenar.

Al Fayed escribió acerca de un «complot» para eliminar a Diana y a su hijo, e intentó vincular todo tipo de sucesos disparatados con sus preguntas:

> ¿Por qué habían tardado una hora y cuarenta minutos en llevar a la princesa a un hospital? ¿Por qué algunos de los fotógrafos se habían abstenido de entregar algunas de las fotografías que habían tomado? ¿Por qué había habido un robo en la casa de Londres de un fotógrafo que trabajaba con tomas de los *paparazzi* ? ¿Por qué de ninguna de las cámaras de circuito cerrado de ese sector de París se ha sacado un solo plano de cinta de vídeo? ¿Por qué ninguna cámara de control de velocidad de todo el trayecto tenía película y los radares estaban apagados? ¿Por qué el lugar del accidente fue reabierto al tráfico al cabo de unas cuantas horas? ¿Quién era la persona que había en la puerta del Ritz equipada como un fotógrafo de prensa? ¿Quiénes eran los dos hombres no identificados entre la multitud que luego habían estado en el bar del Ritz?

El Mossad no tenía ningún interés en la relación entre Diana y Dodi. Su único interés era reclutar a Paul como informador en el Ritz. Respecto del fotógrafo misterioso: en el pasado, el Mossad había permitido que sus agentes se hicieran pasar por fotógrafos. Bien pudo ser Maurice el que vigilaba la entrada del hotel. Los dos hombres del bar tal vez tuvieran alguna relación con el Mossad. Sin duda reconfortaría a Mohammed al Fayed que esto fuese cierto.

Hacia 1999, la creencia de Al Fayed en un complot se había reforzado hasta transformarse en la certeza de lo que él llamaba «una abierta conspiración criminal». Insistía en que había sido urdida por el MIS y el MI6 en colaboración con la inteligencia francesa y el Mossad «manipulando desde las sombras». A quienes quisieran escucharlo, que por cierto son cada vez menos, mencionaba a

un conocido editor de periódico y a un amigo íntimo de Diana que mantenían estrechos contactos con los servicios de inteligencia británicos.

Las razones que tenían estos servicios para involucrarse en la «conspiración» se recortaban claramente en la cabeza de Al Fayed. «*El establishment y* las altas esferas habían tomado la decisión de que Diana no se casara con un musulmán. Porque el futuro rey de Inglaterra no podía tener a un árabe como padrastro y a otro como abuelo. Existía también el temor de que yo proporcionara el dinero para que Diana se convirtiera en rival de la reina de Inglaterra. El *establishment* habría hecho cualquier cosa para acabar con la relación de mi hijo con la única mujer a la que amó.»

Jamás se presentaron pruebas para una acusación que seguramente habría acelerado el fin de la familia real británica y preparado el camino para una crisis de confianza capaz de derribar cualquier gobierno.

Sin embargo, Al Fayed autorizó a su portavoz, Laurie Meyer, un ex enlace con una de las cadenas televisivas de Rupert Murdoch, para que declarara ante la prensa: «Mohammed cree firmemente que Di y Dodi fueron asesinados por agentes leales a la corona británica y que otras agencias estuvieron involucradas en el hecho. Cree además que existe un racismo profundamente enraizado en el *establishment.»*

Para confirmar que se había llevado a cabo el asesinato más alevoso, Al Fayed empleó a un ex detective de Scotland Yard, John MacNamara. A principios de 1999, el mesurado investigador recorría el mundo en busca de pruebas. Durante su estancia en Ginebra, Suiza, se encontró con un antiguo oficial del MI6, Richard Tomlinson, que decía haber visto documentos en el cuartel general del MI6, a orillas del Támesis.

Tomlinson insistía en que los papeles describían «un plan para asesinar al líder serbio Slobodan Milosevic que tiene inusuales similitudes con la forma en que Di y Dodi murieron. El documento establecía que el "accidente" debía ocurrir en un túnel, donde las probabilidades de muerte por choque son muy altas. Recomendaba el uso de un láser como arma para deslumbrar al conductor del vehículo señalado como blanco».

A pesar de todos sus esfuerzos, MacNamara no encontró pruebas por su cuenta que corroboraran las declaraciones de Tomlinson y todos sus intentos de obtener el citado documento del MI6 fracasaron.

Luego llegaron noticias, confirmadas a regañadientes, de que la Agencia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos había reunido 1.050 páginas de documentos sobre la pareja.

Inmediatamente Al Fayed se lanzó a una batalla legal en Washington para obtener los papeles. «Cuantos más obstáculos se le ponen, más crece su determinación», declaró el leal Meyer. Pero, como muchos otros, no tiene demasiadas esperanzas: «llevaría años abrirse paso dentro del sistema».

Parte de la razón era que Diana y Dodi habían estado bajo vigilancia de ECHELON, uno de los sistemas de seguridad más sofisticados y ultrasecretos de la agencia norteamericana. La red electrónica global tiene proporciones asombrosas. Conecta los satélites con una serie de ordenadores paralelos de alta velocidad. El sistema permite a la agencia norteamericana y a quienes comparten esta información, entre ellos los británicos, interceptar y decodificar cualquier

comunicación realizada en el mundo, en tiempo real. Buscando las contraseñas apropiadas ECHELON identifica y envía mensajes de interés a sus usuarios.

Después de su divorcio del príncipe Carlos, Diana había iniciado una campaña para acabar con las minas antipersona. La princesa era franca, sincera, y no tardó en conseguir mucho apoyo, algo que no fue bien visto por la Administración Clinton ni por Londres y otras capitales europeas. La consideraban una entrometida, alguien que no tenía ni idea de sobre qué estaba hablando.

«Lo cierto es que la fabricación de minas terrestres creaba miles de empleos. Nadie quería que se usaran las minas pero tampoco que la gente se quedara sin trabajo porque a Diana se le había metido aquello entre ceja y ceja», me comentó una fuente en Washington que insistió, como es lógico, en que no desvelara su identidad.

La llegada de Dodi a la vida de Diana implicó que automáticamente se volviera parte de las actividades de ECHELON. Sin saberlo, cada una de sus conversaciones íntimas era silenciosamente registrada por algún satélite.

En 1997 el nombre de Mohammed al Fayed había sido agregado a la lista de investigaciones de la computadora global. ECHELON puede muy bien haber sido el primer ente ajeno a su círculo íntimo en enterarse de sus esperanzas sobre la boda de su hijo con una princesa real y luego, de su intención de anunciar públicamente el compromiso la noche de su muerte.

Hay mucho en los documentos de la Agencia Nacional de los Estados Unidos que puede causar sorpresas en el futuro; las palabras de la propia Diana prueban que estaba decidida a casarse con su amante.

Sólo tuve conocimiento del papel de ECHELON en esta historia poco antes de la publicación de la primera edición de este libro, en 1999. Fue entonces cuando me di cuenta de cuánto habían afectado a Mohammed al Fayed la muerte de su hijo y de Diana, la experiencia impactante de verse expuesto a un dolor incontrolable, su ira y su creencia en una conspiración que la alimentaba.

Una tarde de marzo, me encontré con Al Fayed en su oficina privada del quinto piso de Harrods. Sus guardaespaldas controlaban a todos los visitantes. Al Fayed me dijo que «son todos antiguos soldados de las fuerzas especiales, totalmente leales a mí. Les pago bien y ellos se aseguran de que viva. He sido amenazado muchas veces. Mi coche es a prueba de balas».

Me hizo estas revelaciones en un tono tenso mientras entraba en el salón. No supe si tomármelas como una advertencia o como una garantía de que podía responderle en confianza a todo cuanto quería saber.

No perdió el tiempo. Me pidió de inmediato acceso a todos mis contactos con el Mossad. «Usted me da los nombres y ellos me dan la información que quiero. Le doy un millón de libras en cualquier moneda, libre de impuestos. Yo me ocupo de todo.»

Me habían advertido que Al Fayed tenía algo de mercader de feria. Durante los veinte minutos que siguieron me soltó una diatriba para la que no me sentía preparado. Atacó a la reina, al príncipe Felipe de Edimburgo y a figuras muy conocidas a quienes llamó «prostitutas y proxenetas» del *establishment.* Reservó su mayor virulencia contra los servicios de inteligencia, que calificó de «asesinos».

Tomando mi libro, cuyos márgenes había subrayado y escrito, dijo otra vez: «La gente del Mossad puede decirme la verdad. Tráigamelos y lo haré un hombre

feliz». Antes de que pudiera responder, lanzó un ataque contra Henri Paul:

> Yo confiaba en él, confiaba realmente. Hubiera hecho cualquier cosa por él porque a Dodi le caía bien. Mi hijo, como yo, era muy confiado. Ésa era una de las razones por las que Diana lo amaba y quería que fuera su esposo, el padre de sus hijos. Pero ellos no querían. La reina y su marido, sus lacayos, el detestable hermano de Diana, el conde de Spencer [...] ninguno de ellos quería. Ninguno de ellos quería un TCO en su familia. ¿Sabe usted lo que es un TCO? Un Taimado Caballero Oriental. No vieron que Dodi era realmente un caballero. Mancharon su nombre mientras vivía y siguen haciéndolo ahora que ha muerto. Sin embargo Diana necesitaba lo que siempre me dijo, «alguien en quien confiar después de todo lo que había sufrido [...]».

Estas palabras no expresan la intensidad de su tono, las palabrotas que usó, la ampulosidad de sus gestos ni, sobre todo, el tormento de su rostro. Mohammed al Fayed era un hombre agónico. Yo sólo podía escucharlo mientras se desahogaba.

«¿Sabía usted que Diana, seguramente, estaba embarazada de ocho semanas y que Dodi, mi hijo, era el padre? ¿Sabía que en el hospital de París, después de su muerte, le extrajeron los órganos y volvió a Londres momificada? ¿Sabía que la última vez que nos vimos me confesó cuánto amaba a Dodi y qué felices eran?»

Dije que no sabía nada. Mohammed al Fayed se quedó mudo un rato, al borde de las lágrimas, perdido en un mundo interior.

Luego continuó: «Dígame quién puede ayudarme a descubrir la verdad sobre el plan que causó la muerte de mi hijo y su amada Diana».

Le dije que tenía dos personas en mente. Una era Victor Ostrovsky y la otra, Ari ben Menashe.

«Encuéntrelos. Tráigalos», ordenó Mohammed al Fayed. Y en ese momento no era sólo la estampa de un faraón.

Me llevó una semana dar con ellos. Ostrovsky vivía en Arizona; sólo hablaría conmigo a través de un intermediario, un periodista que trabaja para una revista árabe. Al final Ostrovsky tuvo una conversación con MacNamara que a nada condujo.

Ari ben Menashe había regresado de África cuando lo llamé a Montreal. Le conté mi encuentro con Al Fayed y dijo: «No es del todo ilógico lo que cuenta. Hasta ahí ya lo sabíamos nosotros. Hubo una fuerte presencia de los servicios alrededor de Diana y Dodi el día de su muerte».

Acordó encontrarse con Al Fayed en Londres a principios de abril. El relato de su encuentro es similar al mío. Ben Menashe, un hombre de modales inmejorables, se sintió francamente horrorizado por el lenguaje agresivo que Al Fayed utilizaba para atacar a los miembros de la familia real. A pesar de todo, convino en seguir investigando en Tel Aviv para ver si se podía agregar algo a la información publicada en la primera edición de este libro.

Diez días después, se reencontró con Al Fayed en su oficina de Harrods y le dijo que un buen número de servicios de inteligencia podrían tener que responder por el caso. Ben Menashe agregó que pondría a su equipo a trabajar con mucho gusto; sugirió unos honorarios de 750.000 dólares anuales más gastos.

Mientras tanto y por mi cuenta, había continuado haciendo mis propias

averiguaciones para establecer el papel que ECHELON había jugado en los últimos días de Diana y Dodi.

Descubrí a través de fuentes en Washington que la pareja estuvo bajo vigilancia durante el crucero de una semana por Cerdeña, en *el Jonikal,* un yate de 60 metros propiedad de Mohammed al Fayed. ECHELON había rastreado incluso la persecución de *los paparazzi* que los seguían en lanchas rápidas, motos o coches. Una y otra vez, el *Jonikal* había eludido a sus perseguidores. Pero ECHELON captó la pena de Diana al saberse acosada. Las conversaciones entre ella y Dodi y con su guardaespaldas, Trevor Rhys-Jones, grabadas por ECHELON, reflejan su humor tenso. Aquella noche del viernes 28 de agosto de 1997 le dijo a Dodi que quería ir a París lo antes posible.

En pocas horas se hicieron los arreglos. Un avión llegó al aeropuerto privado de Cerdeña al día siguiente. Tomas Muzzu, un anciano sardo con experiencia como guía turístico de las celebridades, fue el encargado de llevarlos hasta el aeropuerto.

El relato de Muzzu sobre la conversación en el coche confirma lo que ECHELON había grabado. «Hablaban en inglés con palabras cariñosas. De vez en cuando, Dodi, que hablaba bien el italiano, se dirigía a mí. Luego volvía al inglés. No hablo muy bien ese idioma pero me dieron la impresión de ser una pareja muy enamorada haciendo planes para el futuro.»

Mis fuentes insisten en que las cintas de ECHELON muestran a la pareja hablando de matrimonio y de una vida en común. Dodi le aseguraba continuamente que iba a garantizar su intimidad utilizando los servicios de protección de su padre.

El jet privado partió de Cerdeña después de un aviso al control de tráfico aéreo europeo en Bruselas para tener prioridad en el despegue. Durante las dos horas de viaje hasta el aeropuerto de Le Bourget, quince kilómetros al norte de París, los ocupantes fueron seguidos por ECHELON y sus conversaciones captadas por un satélite que las enviaba a los ordenadores de Fort Meade, en Maryland.

A pesar de que mi fuente no podía aportar ninguna prueba concreta, pensaba que los puntos relevantes de la conversación eran enviados al cuartel general de comunicaciones en Gran Bretaña y de ahí derivados a través de la red hacia Whitehall, donde todo lo que Diana pudiera decir o hacer se convertía en un asunto de sumo interés para las autoridades.

Le planteé todo esto a Ari ben Menashe. Su respuesta fue grata pero frustrante: «Estás muy cerca de dar en el clavo. Pero no puedo decirte cuan cerca».

Su posición era muy clara: esperaba firmar un lucrativo contrato con Mohammed al Fayed. Cualquier información debía pasar primero por él.

Al final, el contrato no se concretaría. Al Fayed quería ver primero qué «pruebas» podía mostrarle Ben Menashe antes de acordar un pago. Ben Menashe, más acostumbrado a tratar con gobiernos que con «un hombre con los modales de un comerciante de feria», se encontró soportando «una serie de llamados telefónicos un tanto histéricos de MacNamara, insistiendo en que debía mostrarle documentos. Eso era bastante sorprendente para un hombre que, por su

paso por Scotland Yard, debería tener cierta experiencia sobre cómo funcionan los servicios de seguridad. Le dije que el Mossad no repartía documentos así como así. Tuve que explicarle, como a un policía de ronda nuevo, los hechos de la vida en el mundo de la inteligencia».

Frustrado, Al Fayed rehusaba quedarse en silencio. Su desventurado vocero, Laurie Meyer, se encontró librando nuevas batallas con los medios que cuestionaban cada vez con más fuerza la opinión de Al Fayed sobre un «complot del *establishment* para asesinar a mi hijo y su futura esposa».

Observando a distancia, Ari ben Menashe sentía que Al Fayed «era el peor enemigo de sí mismo. A partir de todos los interrogatorios que realicé, sin ningún costo para él, el tipo de investigación preliminar que hacía antes de que mi compañía se hiciera cargo de trabajos como ése, resultaba claro que la familia real como tal no tenía ningún cargo al que responder. Bien puede ser que privadamente no desearan que Diana se casara con Dodi. Pero eso dista mucho de afirmar que querían asesinar a la pareja. Dicho esto, sí descubrí algunas pruebas concluyentes que indican el compromiso de servicios de seguridad al momento de su muerte. Hay preguntas serias que hacer y que responder. Pero Al Fayed no obtendrá respuestas del modo en que sigue actuando. Básicamente, no entiende la mentalidad de la gente a la que trata de convencer. Y para peor, está rodeado por lacayos y aduladores que le dicen lo que quiere escuchar».

A principios de mayo de 1999, John MacNamara voló a Ginebra, Suiza, para reunirse con Richard Tomlinson, un ex oficial del MI6. Tomlinson, a quien alguna vez le habían pronosticado un gran futuro en la inteligencia británica, llevaba cuatro años realizando una implacable campaña contra sus antiguos empleadores. Originalmente reclutado en la Universidad de Cambridge por un «caza talentos» del MI6, lo habían echado intempestivamente en la primavera de 1995, después de contarle a su jefe de sus crecientes dificultades emocionales.

En una conversación telefónica me dijo: «Mi honestidad me costó mi trabajo. Los "poderes-que-sean" decidieron que a pesar de mis magníficos resultados, me faltaba un labio superior rígido.»

Tomlinson me explicó que había tratado de demandar al MI6 por despido injusto, pero el gobierno británico consiguió evitar que la causa llegara a la corte. Luego, la oferta de un soborno —las palabras de Tomlinson fueron «efectivo a cambio de mi silencio»— fue retirada, cuando un editor australiano, al que Tomlinson le había enviado el resumen de un libro sobre su carrera en el MI6, presentó el documento a esta agencia para verificar si su publicación daría lugar a acciones legales. El M16 actuó rápidamente. Tomlinson fue arrestado cuando estaba por abandonar Gran Bretaña, y sentenciado a dos años de cárcel por violar el Acta de Secretos de Estado.

Liberado de prisión en abril de 1998, Tomlinson se trasladó primero a París y luego a Suiza. Allí comenzó a usar cafés Internet para publicar detalles sumamente embarazosos de las operaciones del MI6. Eso incluyó delatar a un topo de alto nivel en el Banco Central de Alemania, afirmando que el hombre —de nombre clave Orcadia— había revelado a Gran Bretaña secretos económicos de su país. También dio a conocer detalles de un complot del MI6 para asesinar al

presidente de Serbia, Slobodan Milosevic, en 1992.

Luego llegó el momento en que, de ser simplemente un ex espía descontento más, pasó a integrar el mundo de Mohammed al Fayed, ya bastante poblado de figuras conspiratorias.

Para el multimillonario, Tomlinson —en ese entonces casi sin un penique— fue «como un signo del cielo», me dijo Al Fayed, que persuadió a Tomlinson de contarle todo lo que sabía al juez francés que investigaba las muertes de Diana y Dodi.

En una declaración jurada, Tomlinson sostuvo que el MI6 estaba implicado en la muerte de la pareja. Agentes del servicio habían estado dos semanas en París antes del hecho y habían tenido varias reuniones con Henri Paul, «que era un informante pago del MI6». Más adelante, en la misma declaración, Tomlinson decía que «a Paul lo había cegado un flash de alto poder mientras conducía por el túnel, una técnica que coincide con los métodos del MI6 en otros asesinatos».

Esas afirmaciones lo introdujeron aún más en el círculo íntimo de Al Fayed. El ex agente ahora era más que «un signo del cielo». Se había convertido, en palabras de Al Fayed, «en el hombre que podía desentrañar la terrible verdad de un incidente de tal magnitud e importancia histórica».

Fue para alentar a Tomlinson a seguir adelante con su campaña que MacNamara había volado a Ginebra.

Tomlinson tenía constantes problemas de insolvencia desde que había llegado a la ciudad. Apenas podía pagar la renta de su apartamento. Sus intentos de ganar dinero escribiendo artículos de viaje habían terminado en nada. Sus intentos de emplearse como detective privado también habían fracasado, porque temía que agentes del MI6 «me secuestraran» si debía viajar por Europa. A instancias del MI6, le habían negado el ingreso en los Estados Unidos, Australia y Francia. Sólo Suiza le había ofrecido asilo, sobre la base de que toda violación del Acta de Secretos de Estado era «un delito político» y por lo tanto no estaba sujeto a extradición.

Las fuentes del MI6 con las que hablé sugieren que MacNamara había ido a ver a Tomlinson con la idea de resolver los apuros financieros del ex espía. Lo cierto es que, poco después, Tomlinson tenía suficientes fondos para lanzar lo que él llamó «mi opción nuclear». Usando un sofisticado programa Microsoft que había instalado en su ordenador de última tecnología, Tomlinson comenzó a publicar en su sitio web —creado especialmente y sumamente caro— los nombres de un centenar de oficiales del MI6 en actividad, entre ellos doce que, sostenía, habían estado involucrados en un complot para asesinar a Diana y a Dodi.

No había ninguna prueba clara y fehaciente contra ninguno de esos agentes. Pero sus nombres aparecieron expuestos en todo el mundo.

Un MI6 confundido trató desesperadamente de cerrar el sitio web, pero ni bien se las arreglaba para cerrar uno, se abría otro. En Londres, el Ministerio de Relaciones Exteriores admitía que la violación de seguridad era la más grave desde la Guerra Fría «y que la vida de algunos agentes del MI6 y de sus contactos ha sido puesta en riesgo». Por supuesto, los que estaban señalados como agentes en Irán, Irak, Líbano y otros países de Oriente Medio tuvieron que ser retirados en forma urgente.

Pero ni Tomlinson ni Mohammed al Fayed podían haber calculado un efecto.

Tan grave fue la violación de seguridad que la afirmación de que un puñado de agentes del MI6 habían estado involucrados en un complot contra Diana pasó virtualmente inadvertida. Fue desechada, juzgándosela parte de la obsesión de Al Fayed.

En junio de 1999 las cosas se complicaron cuando el sitio web de Harrods, propiedad de Al Fayed, publicó el nombre de un oficial de alto rango del MI6. En el sitio se alegaba que el agente, que en ese momento prestaba servicio en los Balcanes, había orquestado una «campaña sucia» para difamar a Al Fayed y «arruinar su reputación».

El Ministerio de Defensa de Gran Bretaña tomó la inusual medida de advertir públicamente que la difusión había puesto en peligro al agente y a sus contactos en Kosovo y Serbia.

La identidad del agente apareció revelada al lado del libro en línea del sitio en el que miles de visitantes dejaban mensajes concernientes a las muertes de Diana y Dodi.

Laurie Meyer, el vocero de Harrods, prometió hacer quitar el nombre del agente: «Obviamente se trata de un error», dijo.

Entonces el periódico alemán *Bild,* de amplia circulación, informó que Richard Tomlinson tenía pruebas de que Henri Paul había instalado un micrófono oculto en la suite imperial del hotel Ritz y tenía cintas de los «últimos momentos íntimos» de Diana y Dodi. Poco antes de que Paul los condujera hacia su muerte, la pareja había pasado varias horas a solas en la suite.

Las cintas, según el *Bild,* eran objeto de una intensa búsqueda por parte del MI6.

Para ese momento, Earl Spencer, el hermano de Diana, decidió intervenir. Le dijo a la televisión norteamericana que, en todo caso, «el romance que mi hermana tenía con Dodi al Fayed no era más que una aventura de verano. Ella no tenía absolutamente ninguna intención de casarse con él».

Mohammed al Fayed señaló, no sin razón, que Spencer y Diana eran muy poco confidentes al momento de la muerte de ella.

Nada de esto fue sorpresa alguna para Ari ben Menashe. Él nunca dejó de prestar atención a la interminable saga de intentos de Al Fayed «de demostrar su fijación de que la reina y el príncipe Felipe organizaron un complot para matar a Diana».

El muy experimentado oficial de inteligencia israelí sentía que, «al unir su suerte con Richard Tomlinson, Al Fayed perdió terreno. Ahora sólo le queda recurrir a los tabloides. Pero yo sé a ciencia cierta que si hubiera encarado las cosas adecuadamente y hubiese organizado una investigación seria, habría dado con algunos resultados muy sorprendentes. *Había* un caso que investigar. Pero las pistas frieron embarradas por el mismo Al Fayed. Tal vez ni siquiera sea su error. Está rodeado de gente que le dice que mire *aquí,* no *allí.* Para algunos de ellos, mantener vigente todo el asunto es una especie de pensión asegurada. Saben que con cada nueva teoría a medio cocer que le presentan, Al Fayed gastará más dinero en seguirla. En el camino pisotea las pruebas que acaso haya habido para descubrir».

Así están las cosas al momento de escribir esto. ¿Puede Tomlinson presentar algo nuevo? ¿Pudo haber hallado Ben Menashe pruebas que finalmente demostraran que la creencia en una conspiración sostenida por Al Fayed tenía fundamentos? ¿Diana realmente estaba embarazada al momento de su muerte? ¿Mohammed al Fayed estaba tan enceguecido por el dolor y la ira que hizo encajar su tesis con los hechos?

Estas preguntas volverán a formularse ya bien entrado el nuevo siglo. Pero tal vez nunca sean suficientemente contestadas para satisfacer a Mohammed al Fayed, o para convencer a quienes piensan de él que es un hombre peligrosamente equivocado que está usando grandes sumas de dinero para establecer una verdad que acaso, sólo acaso, les convenga más mantener bajo llave a todos los que están directamente involucrados.

Algunos colegas de Maurice creían que el intento de reclutar a Henri Paul era una prueba añadida de que el Mossad estaba fuera de control: realizaba operaciones internacionales en forma irresponsable sin tener en cuenta las posibles consecuencias para sí mismo, para Israel, para la paz en Oriente Medio y, fundamentalmente, para la relación con su aliado más antiguo y cercano, Estados Unidos. Varios oficiales alegaban que desde que Benyamin Netanyahu se había convertido en primer ministro en 1996, las cosas habían empeorado.

Un miembro veterano de la comunidad de inteligencia israelí ha dicho: «La gente está viendo que con frecuencia quienes trabajan para el Mossad son matones disfrazados de patriotas. Eso es malo para nosotros y para la moral, y al final tendrá efectos perjudiciales sobre la relación del Mossad con otros servicios».

Otro oficial experimentado fue igualmente tajante: «Netanyahu se comporta como si el Mossad fuese su propia versión de la corte del rey Arturo; algo nuevo todos los días para no aburrir a sus caballeros. Por eso las cosas se han puesto tan mal en el Mossad. Es necesario hacer sonar una alarma antes de que sea demasiado tarde».

Lo primero que he aprendido durante un cuarto de siglo escribiendo acerca de los servicios secretos es que el engaño y la desinformación son su as en la manga, además de la subversión, la corrupción, el chantaje y algunas veces el asesinato. Los agentes se entrenan para mentir, servirse de las amistades y abusar de ellas. Justamente lo opuesto del dicho de que un caballero no lee la correspondencia de otro.

Mi primer encuentro con sus métodos fue mientras investigaba algunos de los grandes escándalos de espionaje de la Guerra Fría: la divulgación de los secretos norteamericanos sobre la bomba atómica por parte de Klaus Fuchs, y la puesta en peligro del MI5 y MI6 británicos a manos de Guy Burgess, Donald Maclean y Kim Philby. Cada uno hizo de la traición y el doble discurso su característica principal. También fui uno de los primeros escritores en tener acceso a la obsesión de la CÍA por el control mental, una fijación que la agencia se vio obligada a reconocer diez años después de que apareciera mi libro sobre el tema, *Journey into madness* (Viaje hacia la locura). La negación es el arte negro que todos los

servicios de inteligencia han perfeccionado desde hace mucho tiempo.

No obstante, me ayudaron enormemente dos oficiales de inteligencia profesionales: Joachim Kraner, mi suegro, ya fallecido, que manejaba una red del MI6 en Dresden en los años posteriores a la segunda guerra mundial, y Bill Buckley, jefe de destacamento de la CÍA en Beirut. Físicamente se parecían: altos, delgados y esbeltos. Sus ojos revelaban poco (salvo para decir que si no eras parte de la solución, debías ser parte del problema). Intelectualmente eran formidables y, en ocasiones, sus críticas hacia las agencias a las que servían eran muy duras.

Ambos me recordaban constantemente que se puede captar mucho de lo que Bill llamaba «murmullos en el aire»: una escaramuza mortal en un callejón sin nombre; el aguantar el aliento colectivo cuando un agente o una red era descubierta; una operación encubierta que puede echar por la borda años de esfuerzo diplomático; un retazo de información casual que completaba un determinado rompecabezas de inteligencia. Joachim agregó que «a veces, unas palabras dichas de manera casual, podían ayudar a dilucidar un asunto».

Orgullosos de pertenecer a lo que llamaban «la segunda profesión más antigua», no sólo eran mis amigos, sino que me convencieron de que los servicios secretos son la clave para entender completamente las relaciones internacionales, la política global, la diplomacia y, por supuesto, el terrorismo. A través de ellos logré contactos en numerosas agencias de inteligencia civiles *y* militares: la BND de Alemania, la DGSE de Francia, la CÍA, *y* los servicios canadienses y británicos.

Joachim murió estando ya retirado; Bill fue asesinado por fundamentalistas islámicos que lo secuestraron en Beirut y dieron comienzo a la crisis de rehenes occidentales en esa ciudad.

También conocí a miembros de la comunidad de inteligencia israelí, que inicialmente me ayudaron informándome sobre el pasado de Mehmet Ali Agca, el fanático turco que intentó asesinar al papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro del Vaticano, en mayo de 1981. Esos contactos fueron organizados por Simón Wiesenthal, el famoso cazador de nazis y una «fuente» inestimable del Mossad durante más de cuarenta años. Gracias a su fama y reputación, Wiesenthal aún encuentra que las puertas se le abren con facilidad, sobre todo en Washington.

Fue en aquella ciudad, en marzo de 1986, donde aprendí algo más sobre la enredada relación entre los servicios secretos de Estados Unidos e Israel. Estaba allí para entrevistar a William Casey, el entonces jefe de la CÍA, como parte de mi investigación para *Journey into madness,* que trata en parte de la muerte de Bill Buckley.

A pesar de su traje a medida, Casey era una figura en decadencia. Tenía la cara angulosa, pálida y los ojos irritados; parecía que su energía vital se iba agotando tras cinco años al frente de la CÍA.

Mientras bebía agua mineral me indicó las condiciones de nuestro encuentro. Nada de apuntes ni grabaciones. Luego sacó una hoja de papel en la cual estaban escritos sus datos personales. Había nacido en Nueva York el 13 de marzo de 1913 y obtenido su título de abogado en la Universidad St. John's. Fue destinado a la Reserva Naval de Estados Unidos en 1943 y al cabo de pocos meses transferido a la Oficina de Servicios Estratégicos, la antecesora de la CÍA. En 1944 se convirtió en jefe de la Sucursal de Inteligencia Especial de la OSE en Europa.

Inmediatamente vino la presidencia de la Comisión de Seguridad y Valores (1971-1973); luego, en rápida sucesión, fue subsecretario de Estado para asuntos económicos (1973-1974); presidente del Banco de Exportación-Importación de Estados Unidos (1974-1976) y miembro de la Asesoría en Inteligencia Exterior del presidente. En 1980 se convirtió en jefe de la campaña de Ronald Reagan a la presidencia. Un año después, Reagan lo nombró director de la CÍA. Era el decimotercer hombre en ocupar el cargo de mayor poder dentro de los servicios secretos de Estados Unidos.

En respuesta a mi comentario de que parecía haber sido un hombre de confianza en varios puestos, Casey tomó otro sorbito de agua y murmuró que «no quería entrar en detalles personales».

Volvió a meterse el papel en el bolsillo y esperó mi primera pregunta: qué podía contarme acerca de Bill Buckley, que aproximadamente dos años antes había sido secuestrado en Beirut y ahora estaba muerto. Quería saber qué había hecho la CÍA para tratar de salvarlo. Yo había estado en Oriente Medio, incluso en Israel, tratando de informarme al respecto.

«¿Habló con Admoni o alguno de los suyos?», me interrumpió Casey. En 1982, Nahum Admoni se había convertido en jefe del Mossad. En el circuito social de la embajada de Tel Aviv tenía fama de duro. Casey describió a Admoni como «un judío que querría ganar un concurso de mear una noche lluviosa en Gdansk». Más concretamente, Admoni había nacido en Jerusalén en 1929, hijo de inmigrantes polacos de clase media.

Se había educado en el Rehavia Gymnasium de la ciudad y desarrolló aptitudes lingüísticas que le valieron el grado de teniente como oficial de inteligencia en la guerra de independencia de 1948. «Admoni entiende media docena de idiomas», fue el comentario de Casey.

Luego Admoni estudió relaciones internacionales y enseñó la materia en la academia del Mossad, en las afueras de Tel Aviv. También trabajó como agente encubierto en Etiopía, París y Washington, donde se había vinculado en forma estrecha con los predecesores de Casey, Richard Helms y William Colby. Estos puestos lo habían convertido en un burócrata contemporizador, que cuando llegó a jefe del Mossad, según Casey, «mantenía la casa en orden. Un hombre muy sociable: tiene tan buen ojo para las mujeres como para los intereses de Israel».

Casey lo describía como un agente que, según él, había «escalado posiciones por su habilidad para evitar los "callos" de sus superiores».

Continuó hablando en el mismo tono:

> Nadie llega a sorprender tanto como quien se tiene por un amigo. Cuando nos dimos cuenta de que Admoni no iba a hacer nada, Bill Buckley estaba muerto. ¿Recuerda cómo eran las cosas allá en aquella época? Había habido una masacre de casi mil palestinos en los dos campos de refugiados en Beirut. La milicia cristiana del Líbano perpetraba las matanzas, los judíos observaban como en una especie de inversión de la Biblia. El hecho es que Admoni colaboraba con el rufián de Gemayel.

Bashir Gemayel era el líder de los falangistas y luego se convirtió en presidente del Líbano.

Nosotros manejábamos a Gemayel también, pero nunca confié en ese mal nacido. Y Admoni trabajó con Gemayel mientras Buckley era torturado. No sabíamos exactamente en qué lugar de Beirut tenían a Bill. Le pedimos a Admoni que lo averiguara. Prometió que lo haría. Esperamos y esperamos. Mandamos a nuestro mejor hombre a trabajar con el Mossad en Tel Aviv. Dijimos que el dinero no era ningún problema. Admoni seguía diciendo: está bien, entendido.

Casey bebió un poco más de agua, encerrado en su cápsula del tiempo. Pronunció las siguientes palabras sin expresión, como un presidente de jurado entregando el veredicto.

A continuación Admoni intentó convencernos de que la OLP era responsable del secuestro. Sabíamos que los israelíes siempre estaban dispuestos a culpar a Yasser Arafat de cualquier cosa, y al principio nuestra gente no lo creía. Pero Admoni parecía de fiar. Hizo un buen planteamiento. Cuando nos dimos cuenta de que no había sido Arafat, Buckley ya estaba muerto. Lo que no sabíamos era que el Mossad también jugaba sucio: proveía al Hezbolá de armamento para matar a los cristianos y al mismo tiempo proporcionaba más armas a los cristianos para que mataran a los palestinos.

La visión parcial de Casey de lo que la CÍA pensaba ahora respecto de lo sucedido con Bill Buckley era que el Mossad no había hecho nada para salvarlo, deliberadamente, con la esperanza de que fuese culpada la OLP y así frustrar las esperanzas de Arafat de ganarse las simpatías de Washington; una visión escalofriante de la relación entre dos servicios de inteligencia supuestamente amigos.

Casey había demostrado que, más allá de las colectas y otras muestras de solidaridad entre norteamericanos y judíos, existía una faceta de los vínculos entre Estados Unidos e Israel que había convertido el Estado judío en una superpotencia regional por temor al enemigo árabe.

Antes de despedirnos, Casey hizo una última reflexión: «Una nación crea la comunidad de inteligencia que necesita. América depende del conocimiento técnico, porque nos interesa descubrir más que gobernar en secreto. Israel se comporta de otra manera. El Mossad asocia en concreto sus actos con la supervivencia del país».

Durante mucho tiempo, gracias a esta actitud, el Mossad ha sido inmune a un escrutinio meticuloso. Pero en los dos años de investigación para este libro, una serie de equivocaciones —de escándalos en algunos casos— han expuesto el servicio a la opinión pública de Israel. Se han hecho preguntas que rara vez han obtenido respuesta y han comenzado a aparecer grietas en la armadura protectora que el Mossad ha usado contra ese mundo externo.

He hablado con más de cien personas contratadas, de modo directo o indirecto, por distintos servicios de inteligencia.

Las entrevistas se extendieron a lo largo de dos años y medio. Mucha de la gente clave del Mossad aceptó hablar ante un grabador. Esas grabaciones ocupan ochenta horas y unas 5.800 páginas de transcripción. Hay también unos quince anotadores llenos de notas complementarias. Ese material, como mis libros anteriores, encontrarán su lugar en la sección investigación de una biblioteca universitaria. Varias de las personas con las que hablé insistieron en que debería concentrarme en hechos recientes; el pasado sólo debe usarse para ilustrar eventos relativos al papel del Mossad a la vanguardia del espionaje y la inteligencia actual. Muchas de las entrevistas les fueron realizadas a partícipes en los hechos que jamás habían sido interrogados; a menudo era imposible sacarles una explicación sencilla acerca de su comportamiento o el de terceros. Muchos fueron sorprendentemente francos, aunque no todos estaban dispuestos a ser identificados. En el caso de personal del Mossad en activo, las leyes israelíes prohíben que sus nombres sean publicados. Algunas fuentes no israelíes solicitaron y recibieron una garantía de anonimato.

En las tablas informativas que intentan componer y publicar los periódicos, muchas fuentes ocupan espacios en blanco. Todavía se toman muy en serio el anonimato y piden ser mencionados en estas páginas con algún alias: eso no resta validez a sus testimonios. Los motivos personales para romper el silencio pueden ser muchos: la necesidad de asegurarse un lugar en la historia; el deseo de justificar sus actos; anécdotas de ancianos y, tal vez, incluso expiación. Lo mismo puede decirse de los que aceptaron ser identificados.

Quizás el motivo más importante que los llevó a romper el silencio fuese el temor real y sincero de que una organización a la que habían servido con orgullo corría peligro desde dentro y que la única forma de salvarla era revelar lo que había logrado en el pasado y lo que estaba haciendo en el presente. Para entender ambas cosas es necesario saber cómo y por qué fue creada.

2

Antes del comienzo

Desde el amanecer, los fieles habían llegado al muro más sagrado del mundo, la única reliquia que existe del segundo templo de Herodes el Grande en Jerusalén, el Muro de las Lamentaciones. Jóvenes y viejos, delgados y gordos, barbudos y calvos: todos se habían abierto paso por las calles angostas.

Oficinistas caminaban al lado de pastores de las colinas situadas al otro lado de Jerusalén; jóvenes que acababan de hacer su *bar mitzvah* desfilaban orgullosamente con ancianos. Maestros de las escuelas religiosas de la ciudad se encontraban codo a codo con comerciantes que habían hecho un largo viaje desde Haifa, Tel Aviv y los pueblos que bordean el mar de Galilea.

Todos iban vestidos de negro, cada uno llevaba un libro de rezos y se paraba ante el enorme muro a recitar partes de las Escrituras.

Los judíos han hecho esto a lo largo de los siglos. Pero este viernes de septiembre de 1929 era distinto. Los rabinos habían instado a que tantos hombres como fuera posible se unieran en un rezo colectivo y demostraran la convicción de su derecho a hacerlo. No era solamente una expresión de su fe, sino también una muestra visible de su sionismo y un recordatorio a la población árabe, ampliamente superior en número, de que no serían intimidados.

Durante meses habían corrido insistentes rumores de que crecía el descontento de los musulmanes por lo que ellos interpretaban como expansión sionista. Los temores habían comenzado con la Declaración Balfour de 1917 y su compromiso con una patria judía oficial en Palestina. Para los árabes que allí vivían y que podían remontarse en sus orígenes hasta el Profeta, esto era un ultraje. Veían amenazadas las tierras que habían cultivado durante siglos, que les serían incluso arrebatadas por los sionistas y sus protectores británicos llegados al finalizar la Gran Guerra para poner Palestina bajo su mandato. Los ingleses gobernaban como en otros lugares del Imperio, procurando complacer a ambas partes; era una fórmula catastrófica. Las tensiones entre árabes y judíos iban en aumento. Hubo escaramuzas y derramamientos de sangre, muchas veces allí donde los judíos pretendían levantar sinagogas y escuelas religiosas. Pero éstos seguían empecinados en ejercer sus «derechos de rezo» en el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén. Para ellos era parte esencial de su fe.

A mediodía había cerca de mil hombres recitando las antiguas Escrituras. El

sonido de sus voces tenía una cadencia tranquilizadora.

De pronto, con asombrosa rapidez, una lluvia de piedras, latas y botellas rotas cayó sobre los congregados. Los árabes habían lanzado el ataque desde varios puntos alrededor del muro. Sonaron los primeros disparos de los musulmanes. Caían judíos y eran arrastrados por otros que huían. Por milagro no hubo muertos, aunque sí muchos heridos.

Esa noche se reunieron los líderes de la Yishuv, la comunidad judía de Palestina. Reconocieron de inmediato que su manifestación, planeada con tanto cuidado, había tenido un fallo fundamental: no conocer de antemano las intenciones árabes de atacarlos.

Uno de los presentes en la reunión habló por todos: «Debemos recordar las Escrituras. Desde los tiempos del rey David nuestro pueblo ha dependido de una buena inteligencia».

Entre dulces y café turco se gestó lo que algún día sería el servicio de inteligencia más destacado del mundo moderno: el Mossad. Pero aún faltaba casi un cuarto de siglo para su creación. Lo único que los líderes de la Yishuv sugirieron en esa cálida noche de septiembre fue realizar una colecta entre todos los judíos del lugar. El dinero recaudado sería usado para sobornar a árabes todavía tolerantes con los judíos que pudieran mantenerlos al corriente de futuros ataques.

Mientras tanto, los judíos seguirían ejerciendo su derecho a rezar en el Muro de las Lamentaciones. No dependerían de los británicos para protección, sino que serían defendidos por la Haganah, la recientemente creada milicia judía. En los meses siguientes, una combinación de las advertencias previas con la presencia de la milicia evitó los ataques árabes. Se recuperó una relativa calma entre árabes y judíos que se mantuvo durante cinco años.

Durante ese tiempo los judíos continuaron ampliando en secreto su servicio de inteligencia. No tenía nombre oficial ni cúpula. Reclutaron simpatizantes árabes de diversos oficios: vendedores ambulantes que trabajaban en el barrio árabe de Jerusalén, limpiabotas que lustraban los zapatos de los oficiales británicos, estudiantes del prestigioso colegio Arab Rouda, maestros y comerciantes. Todos ellos pasaron a engrosar la nómina. Cualquier judío podía reclutar a un espía árabe con la condición de no compartir la información. Poco a poco la Yishuv obtuvo datos de valor no sólo sobre los árabes, sino también sobre las intenciones británicas.

La llegada al poder de Hitler en 1933 marcó el comienzo del éxodo de judíos alemanes hacia Palestina. En 1936 más de trescientos mil habían hecho el largo viaje cruzando Europa; muchos llegaron a Tierra Santa sumidos en la pobreza más absoluta. De alguna manera la Yishuv les consiguió alojamiento y comida. Al cabo de unos meses los judíos constituían un tercio de la población. Los árabes reaccionaron igual que antes: desde los minaretes de cien mezquitas se alzó el grito de los *mullahs,* para empujar a los sionistas de vuelta al mar.

En cada *mafafeth* árabe, lugar de reuniones de los consejeros locales, se alzaron las mismas voces de protesta: debemos impedir que los judíos nos quiten nuestras tierras; debemos impedir que los británicos les den armas y los entrenen.

A su vez los judíos protestaban exactamente por lo opuesto: los ingleses instaban a los árabes a robarles tierras que habían adquirido de manera legal.

Los británicos siguieron intentando apaciguar a unos y otros y fracasaron. En 1936, los enfrentamientos esporádicos se transformaron en un levantamiento árabe contra judíos y británicos. Estos últimos reprimieron la rebelión sin compasión. Pero los judíos entendieron que sólo era cuestión de tiempo que los árabes atacaran con renovada furia.

Jóvenes judíos de todo el territorio se apresuraron a unirse a la Haganah. Se convirtieron en el núcleo de un formidable ejército en la sombra: curtidos, excelentes tiradores y tan astutos como los zorros del desierto.

La red de informadores árabes se amplió. Se creó un departamento político en la Haganah para llevar al desacuerdo mediante la desinformación. Hombres que llegaron a ser legendarios en la inteligencia israelí se formaron en esa etapa inicial previa al comienzo de la segunda guerra mundial. La Haganah —que significa «defensa» en hebreo— se convirtió en la mejor informada de las fuerzas de Tierra Santa.

La segunda guerra mundial trajo nuevamente una paz endeble a Palestina. Tanto árabes como judíos presentían el futuro lúgubre que les esperaba si ganaban los nazis. Los primeros datos sobre lo que ocurría en los campos de exterminio de Europa habían llegado a la Yishuv.

David ben Gurión y Yitzhak Rabin se contaban entre los que concurrieron a una reunión en Haifa en 1942. Hubo consenso: los supervivientes del holocausto debían ser traídos a su hogar espiritual, Eretz Israel. Nadie sabía calcular cuántos serían, pero todos coincidían en que la llegada de los refugiados avivaría la confrontación con los árabes, y esta vez los británicos se pondrían abiertamente en contra de los judíos. Gran Bretaña había afirmado de manera tajante que no aceptaría a los supervivientes en Palestina, una vez derrotado Hitler, con el pretexto de que eso crearía un desequilibrio de población.

La insistencia de Ben Gurión para ampliar la capacidad de inteligencia de la Haganah obtuvo pleno apoyo en la reunión. Se reclutarían más informadores. Se crearía una unidad de contraespionaje para descubrir a los judíos que colaboraban con los británicos y desenmascarar a «judíos comunistas y disidentes en nuestro seno». La nueva unidad se llamaba Rigul Hegdi y la dirigía un hombre que había pertenecido a la Legión Extranjera francesa y trabajaba encubierto como vendedor ambulante.

No tardó en entregar a mujeres judías que se relacionaban con oficiales del Mandato, comerciantes que comerciaban con los británicos, dueños de cafés que confraternizaban con ellos. En el silencio de la noche, los sospechosos eran llevados ante un tribunal militar de la Haganah; los culpables eran sentenciados a recibir una dura paliza o ejecutados de un tiro en la nuca. Un anticipo de la crueldad que luego demostraría el Mossad.

En 1945 la Haganah contaba con una unidad encargada de conseguir armamento. Las partidas de armas italianas y alemanas capturadas en el norte de África tras la derrota de Rommel eran pasadas de contrabando a través del desierto del Sinaí a Palestina por soldados judíos que servían en las Fuerzas Aliadas. Las armas llegaban en camiones destartalados y caravanas de camellos y eran almacenadas en las cuevas del desierto donde Jesús fue tentado por el

diablo. Uno de esos escondites se encontraba cerca de donde luego se descubrirían los *Rollos del mar Muerto.*

Cuando la derrota de Japón en 1945 puso fin a la guerra, los judíos que habían servido en las unidades de inteligencia militar aliada llegaron para ofrecer su experiencia a la Haganah. Se habían dado las consignas para encarar lo que Ben Gurión pronosticaba: «la guerra por nuestra independencia».

Sabía que el detonante sería el *bricha,* el nombre hebreo de la operación sin precedentes para traer supervivientes del holocausto en Europa. Primero llegaron cientos, luego millares y, por fin, decenas de millares. Muchos aún vestían su ropa de los campos de concentración; cada uno llevaba un tatuaje con el número de identificación nazi. Llegaban por tierra y ferrocarril a través de los Balcanes y luego cruzaban el Mediterráneo hasta las costas de Israel. Cada barco disponible había sido comprado o alquilado por los grupos humanitarios judíos de los Estados Unidos, muchas veces a precios desorbitados. Cualquier cosa que flotara fue puesta al servicio de la operación. No se había dado una evacuación semejante desde Dunkerque, en 1940.

Esperando a los supervivientes en las playas, entre Haifa y Tel Aviv, se encontraban algunos de los soldados británicos evacuados en aquella ocasión. Estaban allí para cumplir las órdenes de su Gobierno de evitar la entrada de los supervivientes del holocausto. Hubo enfrentamientos desagradables, pero a veces los soldados, quizá recordando su propio rescate, hacían la vista gorda a la llegada de alguna tanda de refugiados.

Ben Gurión decidió que estas muestras de compasión no eran suficientes. Había llegado la hora de que finalizara el Mandato. Esto sólo se podía lograr por la fuerza. Hacia 1946 había reunido todos los movimientos judíos clandestinos. Se dio la orden de lanzar una ofensiva guerrillera tanto contra los británicos como contra los árabes.

Cada comandante judío sabía que era una jugada peligrosa: pelear en ambos frentes agotaría sus recursos hasta el límite. Las consecuencias de un fracaso serían catastróficas. Ben Gurión ordenó una política de «todo vale». La lista de atrocidades no tardó en ser espeluznante. Hubo judíos fusilados bajo la sospecha de colaborar con la Haganah. Los soldados británicos eran acribillados y sus cuarteles bombardeados. Se llegó a una ferocidad medieval.

Para la Haganah, la inteligencia era fundamental, especialmente para hacer creer a los enemigos que los judíos contaban con más hombres de los que en realidad podían reunir. Los británicos se encontraron persiguiendo a un enemigo desconcertante. Comenzó a bajar la moral entre las fuerzas del Mandato.

Estados Unidos percibió una brecha e intentó negociar un trato en la primavera de 1946: urgió a Gran Bretaña a permitir la entrada en Palestina de cien mil supervivientes del holocausto. La propuesta fue rechazada y las luchas continuaron. Finalmente, en febrero de 1947, Gran Bretaña accedió a abandonar Palestina en mayo de 1948. Desde ese momento la ONU se ocuparía de lo que llegaría a ser el Estado de Israel.

Conscientes de que tenían por delante un conflicto decisivo con los árabes para garantizar la continuidad de la joven nación, Ben Gurión y sus comandantes sabían que debían continuar dependiendo de su superior inteligencia. Se obtuvo información vital sobre la moral y la fuerza militar de los árabes. Espías judíos

apostados en El Cairo y Ammán robaron los planes de ataque de los Ejércitos egipcio y jordano. Cuando comenzó la guerra de la independencia, los israelíes lograron victorias militares espectaculares. Pero a medida que continuaban las luchas se hizo evidente para Ben Gurión que el triunfo debía basarse en una distinción clara entre objetivos militares y políticos. Cuando finalmente llegó la victoria, en 1949, esa distinción aún no estaba bien definida y esto llevó a desacuerdos internos en la inteligencia israelí en lo referente a sus obligaciones en tiempos de paz.

En vez de manejar la situación con su habitual agudeza, Ben Gurión —el primer Ministro de Israel—, organizó cinco servicios de inteligencia para que operasen tanto de manera interna como en el exterior. El servicio extranjero se formó según el modelo de los servicios de seguridad de Francia y Gran Bretaña. Ambos estuvieron dispuestos a trabajar con los israelíes. También se establecieron contactos con la Oficina de Servicios Estratégicos (OSE) de Estados Unidos, en Washington, a través del jefe de contraespionaje de la agencia en Italia, James Jesús Angleton. Su vinculación con los jóvenes espías de Israel jugaría un papel esencial en los futuros vínculos entre ambas agencias de inteligencia.

Sin embargo, a pesar de este comienzo prometedor, el sueño de Ben Gurión de una inteligencia integrada trabajando en armonía se extinguió con los dolores de parto de una nación que luchaba por una identidad coherente. Las demostraciones de poder estaban a la orden del día mientras ministros y funcionarios luchaban por escalar posiciones. Había choques de todo orden. ¿Quién coordinaría una estrategia general de inteligencia? ¿Quién reclutaría espías? ¿Quién evaluaría la información sin procesar? ¿Quién interpretaría esa información para los líderes políticos del país?

La lucha más encarnizada se daba entre el Ministerio de Defensa y el de Asuntos Exteriores: ambos reclamaban el derecho a actuar en el extranjero. Isser Harel, por entonces un joven agente, opinaba que sus colegas «se planteaban el trabajo de inteligencia de un modo romántico y aventurero. Simulaban ser expertos en las costumbres del mundo entero [...] e intentaban comportarse como espías internacionales de ficción disfrutando de su gloria mientras vivían a la sombra de la fina línea divisoria entre la ley y el libertinaje».

Mientras tanto seguía muriendo gente asesinada por los terroristas árabes con sus bombas y cazabobos. Aún amenazaban los Ejércitos de Siria, Egipto, Jordania y el Líbano. Tras ellos, millones de árabes estaban dispuestos a iniciar *jihad,* la guerra santa. Ninguna nación del mundo había nacido en un entorno tan hostil como Israel.

A Ben Gurión le producía una sensación casi mesiánica el modo en que su pueblo buscaba que él lo protegiera como siempre habían hecho los grandes líderes de Israel. Pero sabía que no era ningún profeta; sólo un curtido luchador callejero que había ganado la guerra de la independencia contra un enemigo árabe que contaba con una fuerza combinada veinte veces superior a la suya. No se había logrado un triunfo mayor desde que el pastorcillo David matara a Goliat y derrotara a los filisteos.

Sin embargo, el enemigo no se había retirado. Se había vuelto más astuto y más despiadado. Atacaba como un ladrón, de noche, mataba sin escrúpulos y

desaparecía.

Durante cuatro largos años se mantuvieron las rivalidades, riñas y discusiones en cada reunión presidida por Ben Gurión, en su intento por resolver los conflictos internos de los servicios de inteligencia. Un prometedor plan del Ministerio de Asuntos Exteriores de utilizar a un diplomático francés como espía en El Cairo había sido frustrado por el Ministerio de Defensa, que quería que uno de sus propios hombres realizara el trabajo. El joven oficial, sin verdadera experiencia en inteligencia, fue capturado por oficiales de seguridad egipcios a las pocas semanas. Agentes israelíes en Europa fueron descubiertos trabajando en el mercado negro para financiar su labor porque el presupuesto oficial era insuficiente para cubrir los gastos de espionaje. Los intentos por reclutar fuerzas drusas moderadas en el Líbano cesaron por desacuerdos entre agencias rivales sobre su utilización. Con frecuencia, estrategias brillantes se malograban por culpa de las sospechas mutuas. La ambición desmedida estaba presente en todos los ámbitos.

Hombres poderosos del momento —el ministro de Asuntos Exteriores israelí, el jefe del Ejército y embajadores— peleaban por imponer su servicio preferido sobre los demás. Uno quería que todos los esfuerzos se concentraran en conseguir información económica y política. Otro exclusivamente en la fuerza militar del enemigo. El embajador en Francia insistió en que la inteligencia debía funcionar como lo había hecho la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial, con todos los judíos movilizados. El embajador en Washington quería que sus espías estuviesen protegidos por fueros diplomáticos e «integrados en el funcionamiento habitual de la embajada, para situarlos por encima de toda sospecha». El ministro israelí en Bucarest deseaba que sus espías trabajaran según las normas del KGB, y que fueran igualmente despiadados. El ministro en Buenos Aires quería que los agentes se concentraran en el papel de la Iglesia católica para ayudar a los nazis a establecerse en la Argentina. Ben Gurión había escuchado cada propuesta con paciencia.

Finalmente, el 2 de marzo de 1951, llamó a los jefes de las cinco agencias de inteligencia a su oficina. Les dijo que era su intención encuadrar las actividades de inteligencia en el exterior en una nueva agencia llamada Ha Mossad le Teum (Instituto de Coordinación). Contaría con un presupuesto inicial de veinte mil libras israelíes, de las cuales cinco mil estarían destinadas a «misiones especiales, pero únicamente con mi autorización previa». La nueva agencia se nutriría del personal de las agencias existentes. En el uso cotidiano se llamaría simplemente Mossad.

«A todos los fines políticos y administrativos» el Mossad estaría bajo el mando del Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin embargo, su plana mayor contaría con representantes de las demás organizaciones dentro de la comunidad de inteligencia israelí: Shin Bet, seguridad interna; Aman, inteligencia militar, aérea y naval. La función de los oficiales sería mantener informado al Mossad de las necesidades específicas de sus «clientes». En caso de desacuerdo sobre alguna solicitud, el asunto sería enviado a la oficina del primer ministro.

Ben Gurión lo planteó con su habitual claridad, sin rodeos: «Ustedes entregarán al Mossad una lista de lo que necesitan. El Mossad saldrá a conseguirlo. No es asunto suyo saber dónde lo consiguen ni cuánto cuesta».

Ben Gurión actuaría como elemento de control para el nuevo servicio. En un

memorando a su primer jefe, Reuven Shiloah, el primer ministro ordenó: «El Mossad trabajará bajo mi tutela, actuará siguiendo mis instrucciones y me rendirá cuentas constantemente».

Las reglas del juego habían sido fijadas.

Veintiocho años después de aquella reunión de septiembre de 1929, los judíos tenían el servicio de inteligencia más formidable del mundo.

Los comienzos del Mossad, al igual que los de Israel, fueron todo menos fáciles. El servicio se había hecho cargo de una red de espionaje en Iraq que llevaba algunos años funcionando bajo el control del Departamento Político de las Fuerzas de Defensa de Israel. La función principal del grupo era infiltrarse en los estamentos superiores de las fuerzas militares iraquíes y formar una red de inmigración clandestina para sacar a judíos iraquíes del país y llevarlos a Israel.

En mayo de 1951, tan sólo nueve semanas después de que Ben Gurión firmara el decreto de creación del Mossad, agentes de seguridad iraquíes en Bagdad desbarataron la red. Dos agentes israelíes fueron arrestados, junto con docenas de judíos iraquíes y árabes que habían sido sobornados para que manejasen la red de escape, que se extendía a lo largo de todo Oriente Medio. Veintiocho personas fueron procesadas por espionaje. Los dos agentes fueron condenados a muerte y diecisiete de los procesados a cadena perpetua; los demás fueron liberados «como muestra de la equidad de la justicia iraquí».

Con el tiempo, ambos agentes fueron liberados de la cárcel iraquí, donde habían sido sometidos a terribles torturas, a cambio de una importante suma de dinero depositado en la cuenta suiza del ministro del Interior iraquí.

Inmediatamente se produjo otra debacle. Theodore Gross, un espía veterano del Departamento Político, trabajaba ahora con el Mossad de acuerdo con el nuevo orden. En enero de 1952, Isser Harel, por entonces jefe del Shin Bet, servicio de seguridad interna israelí, obtuvo «pruebas irrefutables» de que Gross era un doble agente del servicio secreto egipcio. Harel decidió viajar a Roma, donde persuadió a Gross de que volviese con él a Tel Aviv tras convencerlo de que iba a ocupar un puesto de mando en el Shin Bet. Gross fue juzgado en secreto, condenado y sentenciado a quince años de prisión. Moriría en la cárcel.

Reuven Shiloah, abatido y quebrado, renunció a su cargo. Fue reemplazado por Harel, que permaneció once años al frente del Mossad, un período nunca igualado.

Los miembros de la plana mayor que le dieron la bienvenida en aquella mañana de septiembre de 1952, difícilmente pudieron quedar impresionados por el aspecto físico de Harel. No llegaba al metro y medio, tenía unas orejas enormes y hablaba hebreo con un fuerte acento centroeuropeo; su familia había emigrado de Letonia en 1930. Parecía que hubiese dormido con la ropa puesta.

Sus primeras palabras a la plana mayor fueron: «El pasado ha terminado. No habrá más errores. Avanzaremos juntos. No hablaremos con nadie salvo con nosotros mismos».

Ese mismo día dio un ejemplo de a qué se refería. Después del almuerzo llamó a su chofer. Cuando el hombre preguntó adonde se dirigían, le contestó que el destino era secreto. Prescindió del chofer y partió conduciendo él mismo. Regresó

con una caja de *bagels* para el personal. Pero había dejado claro su objetivo: nadie más que él haría las preguntas.

Ése fue el momento decisivo que le valió el afecto de su desmoralizada plantilla. Se propuso darles ánimos con su ejemplo. Viajó en secreto a países árabes hostiles para organizar personalmente las redes del Mossad. Entrevistó a cada individuo que quería unirse al servicio. Buscaba a aquellos que, al igual que él, habían vivido en un *kibbutz.*

«La gente así conoce a nuestro enemigo —le dijo a un ayudante que cuestionó su política—. Los *kibbutzniks* viven junto a los árabes. Han aprendido no sólo a pensar como ellos, sino a pensar más rápido.»

La paciencia de Harel era tan legendaria como sus estallidos de ira; su lealtad hacia sus hombres alcanzó igual fama. Sospechaba de todo el que fuera ajeno a su círculo, hasta considerarlo «un oportunista sin principios». Se negaba a tratar con aquellas personas a las que tildaba de «racistas disfrazados de nacionalistas, especialmente en cuanto a la religión». Cada vez demostraba un mayor desagrado por los judíos ortodoxos.

Había gran cantidad de ellos en el Gobierno de Ben Gurión; su resentimiento hacia Isser Harel creció rápidamente y buscaron revancha. Pero el astuto jefe del Mossad se había asegurado de mantener una estrecha relación con otro *kibbutznik:* el primer ministro.

Los logros del Mossad le fueron de gran ayuda. Los agentes de Harel habían contribuido al éxito de las escaramuzas en el Sinaí contra los egipcios. Tenía espías ubicados en cada capital árabe que aportaban un flujo continuo de información valiosa. Otro golpe estratégico tuvo lugar cuando viajó a Washington en 1954 para conocer a Allen Dulles, que acababa de ser nombrado jefe de la CÍA. Harel le regaló al veterano jefe de espías una daga con la inscripción «El Guardián de Israel nunca duerme ni se descuida».

Dulles le respondió: «Puede contar conmigo para permanecer en vela junto a usted».

Con estas palabras se inició la colaboración entre la CÍA y el Mossad. Dulles se encargó de que el Mossad tuviera tecnología de punta: dispositivos de escucha y rastreo, cámaras a control remoto y aparatos que Harel reconoció que ni siquiera sabía que existían. Además crearon entre los dos el primer canal de retroalimentación entre ambas agencias, a través del cual podían comunicarse de manera segura en caso de emergencia. El canal prescindía de la vía diplomática habitual con eficacia, muy a pesar del Departamento de Estado y el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí. Eso no mejoró en absoluto la posición de Harel en los círculos diplomáticos.

En 1961 Harel ideó una operación para traer a miles de judíos marroquíes a Israel. Un año después, el incansable jefe del Mossad estaba en el sur de Sudán brindando asistencia a los rebeldes proisraelíes contra el régimen. Ese mismo año también ayudó al rey Haile Selassie de Etiopía a aplastar un intento de golpe: el monarca era un antiguo aliado de Israel.

Pero en Israel los judíos ortodoxos del Gabinete se quejaban cada vez más. Según ellos Harel se había vuelto insoportablemente autoritario e indiferente a su sensibilidad religiosa, era un hombre con sus propias prioridades, y tal vez, incluso aspiraba al puesto político más alto del país. La antena política de Ben Gurión

estaba alerta y su relación con Harel se enfrió. Si antes le había dado carta blanca, ahora exigía que le informase hasta de los menores detalles de una operación. Harel se sentía molesto con la rienda corta, pero no dijo nada. La campaña de rumores en su contra se intensificó.

En febrero de 1962, las suspicacias se unieron en torno a la suerte de un niño de ocho años, Joselle Schumacher. El niño había sido secuestrado por una secta ultraortodoxa hacía dos años.

El abuelo materno del niño, Nahman Shtarkes, era miembro de la secta Neturei Karta, los Guardianes del Muro de Jerusalén. Se sospechó que era cómplice del secuestro. Se había llevado a cabo una intensa búsqueda policial que no arrojó pistas sobre su paradero. Nahman fue brevemente encarcelado por negarse a colaborar con la investigación. Los judíos ortodoxos habían convertido al anciano en un mártir; miles de ellos desfilaron con pancartas que comparaban a Ben Gurión con los nazis por encarcelar a un anciano. Nahman fue liberado por razones de salud, pero las protestas continuaron.

Los asesores políticos de Ben Gurión le advirtieron que el asunto podía costarle las próximas elecciones. Peor aún, en caso de otra guerra con los árabes, algunos grupos ortodoxos podían llegar a apoyarlos. En pie de guerra, el primer ministro mandó llamar a Harel y ordenó al Mossad encontrar al niño. Harel argumentó que no era tarea para el servicio.

Luego diría: «El ambiente se heló. Repitió que me estaba dando una orden. Le dije que por lo menos necesitaba leer el expediente policial. El primer ministro me concedió una hora».

El expediente era extenso pero, mientras lo leía, algo conmovió profundamente a Isser Harel: el derecho de los padres de criar a su hijo sin la presión del fanatismo religioso.

Joselle había nacido en marzo de 1953, hijo de Arthur e Ida Schumacher. Debido a las dificultades económicas, Joselle había sido enviado a vivir con su abuelo en Jerusalén. El niño se encontró en un enclave religioso, aislado espiritualmente del resto de la ciudad. Nahman instruyó al niño en las costumbres de la secta. Cuando los padres de Joselle lo visitaron, Nahman los criticó airadamente por lo que él consideraba su descarrío religioso.

El anciano pertenecía a una generación cuya fe la había ayudado a sobrevivir al holocausto. Su hija y su yerno sentían que su deber principal era construir una vida para sí mismos en la joven nación. A menudo, rezar había pasado a un segundo plano.

Cansados de las críticas permanentes de Nahman, los padres de Joselle dijeron que se querían llevar al niño. Nahman se opuso, argumentando que trasladar al niño interrumpiría su adiestramiento en una vida religiosa que le serviría cuando fuese adulto. Hubo más intercambios coléricos. En su siguiente viaje a Jerusalén, Joselle había desaparecido.

Tanto los judíos ortodoxos como los liberales aprovecharon el incidente para dar bombo a un asunto que continuaba dividiendo a la nación. Un claro ejemplo de esto era el hecho de que el Partido Laborista de Ben Gurión sólo pudiera mantenerse en el poder con el apoyo conjunto de varios grupos religiosos

opositores en el Knesset. A cambio, estos grupos habían conseguido mayores concesiones para las estrictas leyes de la ortodoxia. Pero sus demandas no tenían fin. Los judíos liberales exigían que Joselle fuera devuelto a su familia.

Una vez leído el expediente, Harel le dijo a Ben Gurión que movilizaría los recursos del Mossad. Formó un equipo compuesto por cuarenta agentes para localizar a Joselle. Muchos de ellos se oponían abiertamente a lo que consideraban el uso indebido de sus habilidades.

Harel aplacó sus críticas con un breve discurso: «Aunque estaremos operando fuera de nuestro ámbito habitual, éste no deja de ser un caso muy importante. Es importante por su faceta social y religiosa. Es importante porque el prestigio y la autoridad de nuestro Gobierno están en juego. Es importante por el aspecto humanitario del caso».

En las primeras semanas de la investigación, el equipo descubrió cuan difícil sería descubrir la verdad. Un futuro jefe del Shin Bet, por entonces agente del Mossad, se dejó las patillas largas y con bucles a la usanza de los ultraortodoxos e intentó infiltrarse en sus filas. Fracasó. A otro agente se le ordenó mantener vigilada una escuela judía. Fue descubierto a los pocos días. Un tercero intentó infiltrarse en un grupo hasídico en viaje a Jerusalén para sepultar a un familiar dentro de los muros de la ciudad. Fue descubierto de inmediato porque no pronunció las oraciones correspondientes.

Esos fracasos sólo consiguieron que Harel se empecinara más. Le comunicó a su equipo que estaba seguro de que el niño ya no estaba en Israel sino en Europa o quizá más lejos. Trasladó su cuartel general de operaciones a una casa segura en París. Desde allí envió a sus hombres a cada comunidad ortodoxa de Italia, Austria, Francia y Gran Bretaña. Cuando esto no dio resultado, envió a los agentes a Sudamérica y Estados Unidos.

La investigación se reavivaba con episodios extraños. Diez agentes del Mossad se unieron al servicio sabatino en una sinagoga del suburbio londinense de Hendon. La congregación enfurecida llamó a la policía para que arrestara a los «impostores religiosos» después de que a uno se le despegara la barba falsa. Los agentes fueron liberados tras la intervención del embajador israelí. Un venerado rabino ortodoxo viajó invitado a París con el pretexto de que una familia adinerada deseaba que oficiara una ceremonia de circuncisión. Fue recibido en el aeropuerto por dos hombres que vestían los tradicionales sobretodos y sombreros negros de los judíos ortodoxos. Eran agentes del Mossad. Su informe tiene un aire de novela negra.

«Fue llevado a un prostíbulo de Pigalle, completamente engañado. Dos prostitutas pagadas por nosotros aparecieron repentinamente y se le tiraron encima. Tomamos fotografías con una Polaroid, se las enseñamos y le aseguramos que se las enviaríamos a su congregación si no revelaba el paradero del niño. El rabino finalmente nos convenció de que no tenía ni idea y destruimos las fotografías delante de él.»

Otro rabino, Shai Freyer, cayó en la cada vez más intensa búsqueda de Isser Harel por el mundo del judaismo ortodoxo. El rabino fue raptado por agentes del Mossad mientras viajaba de París a Ginebra. Cuando se convencieron, tras un riguroso interrogatorio, de que nuevamente se encontraban ante un callejón sin salida, Harel ordenó que Freyer fuese mantenido prisionero en una casa segura

de Suiza hasta que finalizara la búsqueda. Temía que el rabino alertase a la comunidad ortodoxa.

Apareció otra pista prometedora: Madeleine Freí, hija de una familia aristocrática francesa y heroína de la Resistencia en la segunda guerra mundial. Madeleine había salvado a un gran número de niños judíos de la deportación hacia los campos de exterminio nazis. Al finalizar la guerra se había convertido al judaismo.

Los informes solicitados revelaron que visitaba Israel con frecuencia y pasaba su tiempo con miembros de la secta Neturei Karta. En varias ocasiones se había encontrado con el abuelo de Joselle. Su última visita a Israel coincidía con la fecha del secuestro del niño. Desde entonces Madeleine no había vuelto a Israel.

En agosto de 1962, agentes del Mossad la siguieron hasta las afueras de París. Cuando se presentaron, los agredió físicamente. Uno de los agentes llamó a Isser Harel.

Él le explicó a Madeleine «el gran daño» hecho a los padres de Joselle. Tenían el derecho moral de criar a su hijo como ellos desearan. A ningún padre se le debía negar ese derecho. Madeleine insistía en que no sabía nada de Joselle. Harel vio que sus propios hombres le creían.

Pidió el pasaporte de Madeleine. Debajo de su fotografía había una de su hija. Le pidió a un agente que le trajera una fotografía de Joselle. Las estructuras faciales de ambos niños eran casi idénticas. Harel llamó a Tel Aviv.

> [Al cabo de un par de horas] tenía todo lo que necesitaba saber, desde detalles de su vida amorosa durante su época de estudiante hasta su decisión de unirse al movimiento ortodoxo tras renunciar a su fe católica. Volví con Madeleine y le dije, como si lo supiera, que le había teñido el cabello a Joselle para disfrazarlo y lo había sacado de Israel de manera clandestina. Ella lo negó rotundamente. Le dije que debía comprender que el futuro del país que amaba corría un grave peligro, que en las calles de Jerusalén las personas que ella quería se estaban arrojando piedras unas a otras. Aún se negaba a admitir nada. Le dije que el niño tenía una madre que lo amaba tanto como ella amaba a todos aquellos niños que había ayudado en la segunda guerra mundial.

El recordatorio funcionó. De repente Madeleine comenzó a explicar que había viajado por mar hasta Haifa, como una turista que visitaba Israel. En el barco se había hecho amiga de una familia de inmigrantes recientes que tenían una hija de la edad de Joselle. Ella había desembarcado junto a la niña en Haifa y el agente de inmigración había creído que era hija de Madeleine. Redactó una nota al respecto en su acta. Una semana después, bajo las narices de la policía israelí, embarcó en un vuelo a Zurich con su «hija». Madeleine incluso había persuadido a Joselle para que vistiera ropa de niña y permitiera que le tiñesen el cabello.

Joselle había pasado una temporada interno en una escuela ortodoxa, en Suiza, donde ejercía como maestro el rabino Shai Freyer. Después de su arresto, Madeleine viajó con Joselle a Nueva York y lo alojó con una familia de la secta Neturei Karta. Harel tenía una última pregunta: «¿Me dará el nombre y la dirección de la familia?».

Hubo un largo silencio antes de que Madeleine dijera con calma: «Vive en el

126 de la calle Penn, en Brooklyn, Nueva York. Se lo conoce como Yankale Gertner».

Por primera vez desde que se conocían, Harel le sonrió. «Gracias Madeleine. Quisiera felicitarla ofreciéndole trabajo en el Mossad. Su talento podría servir bien a Israel.»

Madeleine rechazó la oferta.

Agentes del Mossad viajaron a Nueva York. Los esperaba un equipo del FBI autorizado a cooperar por el procurador general de Estados Unidos, Robert Kennedy. Había recibido una petición personal de Ben Gurión para hacerlo. Los agentes se trasladaron hasta el apartamento de la calle Penn. La señora Gertner les abrió la puerta. Los agentes ignoraron a la mujer y entraron en el apartamento. Su esposo estaba rezando. A su lado había un niño de cara pálida con una kipá cubriéndole la cabeza y patillas con bucles enmarcando su rostro.

«Hola Joselle, hemos venido para llevarte a casa», dijo con suavidad uno de los agentes.

Ocho meses habían transcurrido desde que el Mossad iniciara su búsqueda. La operación había costado cerca de un millón de dólares estadounidenses.

El regreso a salvo de Joselle no ayudó a cerrar la brecha religiosa en el país. Sucesivos gobiernos seguirían tambaleándose y cayendo según el capricho de pequeños grupos ultraortodoxos integrantes del Knesset.

Con el éxito de haber encontrado al niño, Isser Harel regresó a Israel para enfrentarse a un poderoso nuevo crítico, el general Meir Amit, el recién nombrado jefe de Aman, la inteligencia militar. Tal como Harel había conspirado contra su predecesor, ahora él era el blanco de las añladas críticas de Amit a la operación de rescate de Joselle.

Amit, un temible comandante de campo, se había acercado a Ben Gurión en las siempre variables arenas políticas de Israel. Le dijo al primer ministro que Harel había «derrochado recursos», que toda la operación de rescate era un signo de que el jefe de inteligencia había permanecido demasiado tiempo en el cargo. Olvidando que él mismo había ordenado a Harel organizar la operación, Ben Gurión estuvo de acuerdo. El 25 de marzo, herido por muchas semanas de intensas críticas, a la edad de cincuenta años, Isser Harel renunció. Hombres maduros estuvieron al borde de las lágrimas cuando estrechó sus manos y abandonó el cuartel general del Mossad. Todos sabían que aquello marcaba el fin de una época.

Horas más tarde, un hombre alto, delgado y agraciado entró por la puerta: Meir Amit tomaba el mando. Nadie necesitó que le dijeran que se avecinaban cambios radicales.

Quince minutos después de acomodarse tras su escritorio, el nuevo jefe del Mossad mandó llamar a sus jefes de área. Permanecieron de pie en grupo mientras los inspeccionaba en silencio. Luego, con la voz vigorosa que había dirigido innumerables ataques en el campo de batalla, habló.

No habría más operaciones para recuperar niños extraviados ni ninguna intromisión política innecesaria. Él protegería a cada uno de las críticas externas, pero nada los mantendría en sus puestos si le fallaban. Pelearía por obtener más dinero del presupuesto de defensa para equipos de última generación y recursos de refuerzo. Esto no significaba sin embargo que olvidara el bien que valoraba por

encima de cualquier otro: el *humint,* el arte del trabajo de la inteligencia humana. Quería que ésa fuera la mayor destreza del Mossad.

Su personal descubrió que trabajaba para un hombre que veía más allá de las operaciones día a día para lograr resultados en años venideros. La adquisición de tecnología militar pasó a formar parte de este planteamiento.

Poco después de que Meir Amit asumiera el mando, un hombre que se presentó como Salman entró en la embajada israelí en París con una propuesta asombrosa. Por un millón de dólares estadounidenses en efectivo podía garantizar la entrega de la aeronave de combate más secreta del mundo, el Mig-21 ruso. Salman había concluido su oferta a un diplomático israelí con una extraña petición: «Envíe a alguien a Bagdad, llame a este número y pregunte por Joseph. Y tenga disponible nuestro millón de dólares».

El diplomático envió su informe al *katsa* residente de la embajada. Había sido uno de los que sobrevivió a la purga que se produjo tras la designación de Meir Amit. El hombre cursó el informe a Tel Aviv junto con el número telefónico que había dado Salman.

Durante días Meir Amit sopesó y consideró la oferta. Salman podía ser un farsante o un loco, o incluso formar parte de un complot iraquí para atrapar a un agente del Mossad. Existía un riesgo real de que otros agentes secretos en Iraq pudieran resultar comprometidos. Pero la perspectiva de echar mano a un Mig-21 era irresistible.

Su autonomía de vuelo, altitud, velocidad, armamento y el poco tiempo que requería su mantenimiento lo habían convertido en el principal avión de combate del mundo árabe. Los jefes de las Fuerzas Aéreas israelíes hubiesen pagado gustosos varios millones sólo por echar un vistazo a sus planos, y no digamos por el avión mismo. Meir Amit «se acostaba pensando en ello. Se despertaba pensando en ello. Pensaba en ello bajo la ducha y durante la cena. Pensaba en ello en cada momento libre que tenía. Mantenerse al tanto del sistema de armamento avanzado de un enemigo era una prioridad para cualquier servicio de inteligencia. Poder realmente echarle mano casi nunca sucedía».

El primer paso era enviar un agente a Bagdad. Meir Amit le facilitó un alias, tan inglés como el nombre de su pasaporte, George Bacon: «A nadie se le ocurriría que un judío tuviera un nombre así». Bacon viajaría a Bagdad como el gerente de ventas de una compañía con sede en Londres para ofrecer equipos hospitalarios de rayos X.

Llegó a Bagdad en un vuelo de Iraqi Airways con varias muestras de equipamiento y demostró lo bien que había asimilado su entrenamiento al vender varios artículos a los hospitales. A comienzos de su segunda semana en Bagdad, Bacon llamó al número que había dado Salman. Los informes de Bacon al Mossad estaban llenos de descripciones muy gráficas.

> Utilicé un teléfono público del vestíbulo del hotel. El riesgo de que estuviera intervenido era menor que si usaba el teléfono de mi habitación. Contestaron de inmediato. Una voz preguntó en persa quién hablaba. Yo respondí en inglés, disculpándome, que me había equivocado de número. Entonces la voz preguntó, esta vez en inglés, quién hablaba. Dije que era un amigo de Joseph. ¿Había alguien allí con ese nombre? Me dijeron que esperara. Pensé que tal

vez estuvieran rastreando la llamada, que era una trampa al fin y al cabo. Entonces se oyó por la línea una voz muy educada. Dijo que era Joseph y que se alegraba de que hubiese llamado. Luego preguntó si conocía París. Pensé: ¡Contacto!

Bacon acordó una cita en una cafetería de Bagdad para el mediodía siguiente. A la hora señalada, un hombre sonriente se presentó como Joseph. Tenía profundos surcos en el rostro y el cabello blanco. Un informe posterior del agente nuevamente transmitía el surrealismo del momento:

> Joseph dijo lo complacido que estaba de verme, como si fuese algún pariente muy esperado. Luego comenzó a hablar sobre el clima y de cómo había bajado la calidad del servicio en los cafés como aquél. Yo pensé «aquí estoy, en un país hostil cuyo servicio de seguridad sin duda me mataría a la mínima oportunidad, escuchando divagar a un anciano». Decidí que quienquiera que fuera, cualquiera que fuera su vínculo con Salman en París, Joseph definitivamente no era un oficial de contraespionaje iraquí. Eso me calmó. Le dije que mis amigos estaban muy interesados en la mercancía que había mencionado su amigo.
>
> El respondió: «Salman es mi sobrino, vive en París. Es camarero en un café. Todos los buenos camareros se han ido de aquí». ¿Entonces Joseph se inclinó sobre la mesa y dijo: «¿Has venido por el Mig? Puedo hacer los arreglos. Pero costará un millón de dólares». Así, tal cual.

Bacon se dijo que tal vez, después de todo, Joseph era más de lo que aparentaba ser. Tenía un sereno aire de certeza. Pero cuando comenzó a interrogarlo, el viejo sacudió la cabeza. «Aquí no. Nos pueden estar escuchando.»

Acordaron encontrase nuevamente al día siguiente a orillas del Eufrates, que atraviesa la ciudad. Esa noche Bacon durmió muy poco preguntándose si, después de todo, no estaba siendo reclutado, si no por la inteligencia iraquí, por unos estafadores muy astutos que utilizaban a Joseph como portavoz.

La reunión del día siguiente reveló un poco más sobre los antecedentes y motivos de Joseph.

Provenía de una familia iraquí judía pobre. De niño había trabajado como sirviente para una familia rica de cristianos maronitas en Bagdad. Después de treinta años de servicio leal había sido repentinamente despedido, acusado injustamente de robar comida. Con cincuenta años, se encontró en la calle. Demasiado viejo para conseguir otro empleo, subsistió con una modesta pensión. También había decidido investigar sus raíces judías. Habló de su búsqueda con su hermana viuda, Manu, cuyo hijo, Muñir, era piloto de las Fuerzas Aéreas iraquíes. Manu admitió que ella también tenía un fuerte deseo de ir a Israel. Pero, ¿cómo iban a lograrlo? En Irak el hecho de mencionar la idea era ya arriesgarse a ser encarcelados. Dejar a alguien atrás garantizaría que las autoridades lo castigaran severamente, tal vez incluso lo mataran. ¿Y de dónde sacarían el dinero? Ella había suspirado y dicho que era un sueño imposible.

Pero la idea arraigó en la mente de Joseph. En varias ocasiones Muñir había contado que su comandante se jactaba de que Israel pagaría una fortuna por un

Mig como el que él pilotaba. «Tal vez hasta un millón de dólares, tío Joseph.»

La suma había entusiasmado a Joseph. Podía sobornar oficiales, establecer una vía de escape. Con ese dinero podía de alguna manera sacar a toda la familia de Irak. Cuanto más lo pensaba, más factible le parecía. Muñir amaba a su madre: haría cualquier cosa por ella, hasta robar su avión por un millón de dólares. Y no habría necesidad de que Joseph organizara la huida de la familia. Dejaría que los israelíes se encargaran de eso. Todo el mundo sabía que eran astutos para estas cosas. Por eso había enviado a Salman a la embajada.

— ¡Y ahora estás aquí mi amigo! —le dijo Joseph a Bacon.

— ¿Qué hay de Muñir? ¿Sabe algo de todo este asunto?

— Ah, sí. Está de acuerdo en robar el Mig. Pero quiere la mitad del dinero por adelantado ahora y, el resto, justo antes de hacerlo.

Bacon quedó asombrado. Todo lo que había escuchado parecía verdad y factible. Pero antes debía informar a Meir Amit.

En Tel Aviv, el jefe del Mossad escuchó durante una tarde entera mientras Bacon lo ponía al corriente de cada detalle.

— ¿Adonde desea Joseph que se transfiera el pago? —preguntó finalmente Meir Amit.

— A un banco suizo. Tiene un primo que necesita atención médica urgente inexistente en Bagdad. Las autoridades iraquíes le darán permiso para viajar a Suiza. Lo que pretende es que cuando llegue ya le hayamos transferido el dinero.

— Un hombre ingenioso, tu Joseph —comentó Meir Amit sarcástico—. Una vez que el dinero esté depositado en esa cuenta, nunca lo recuperaremos.

Le hizo una pregunta más a Bacon.

— ¿Por qué confías en Joseph?

— Confío en él porque es la única opción —respondió Bacon.

Meir Amit autorizó que se depositara medio millón de dólares en la central del Crédit Suisse de Ginebra. Se estaba jugando más que el dinero. Sabía que no sobreviviría si Joseph resultaba ser el astuto farsante que algunos oficiales del Mossad aún creían que era.

Había llegado el momento de informar al primer ministro Ben Gurión y a su jefe de gabinete, Yitzhak Rábin. Ambos dieron luz verde a la operación. Meir Amit no les dijo que había tomado una medida más; había retirado toda la red del Mossad de Irak.

> Si la misión fracasaba, no quería que le costara la cabeza a nadie más que a mí. Organicé cinco equipos. El primero era el enlace de comunicaciones entre Bagdad y yo. Se pondrían en contacto por radio únicamente si se desencadenaba una crisis; de lo contrario, no quería tener noticias suyas. El segundo debía estar en Bagdad sin que nadie lo supiera. Ni Bacon, ni el primer equipo. Estaba allí para sacar a Bacon del país si había problemas, y a Joseph también, si era posible. El tercer equipo debía vigilar a la familia. El cuarto debía organizar a los kurdos que ayudarían, en la última etapa, a sacar a la familia. Israel les estaba proporcionando armamento. El quinto equipo debía enlazar con Washington y Turquía. Para salir de Irak el avión debía sobrevolar el espacio aéreo turco para llegar a nosotros. Washington, que tenía bases en el norte de Turquía, debía persuadir a los turcos de que colaboraran diciendo

que el destino final del Mig era Estados Unidos. Ahora sabía que los iraquíes temían que algún piloto desertara a Occidente y, por lo tanto, mantenían los tanques de combustible a la mitad de su capacidad. No podíamos hacer nada al respecto.

Todavía se planteaban otros problemas. Joseph había decidido que no sólo su familia inmediata sino también algunos primos lejanos debían tener la oportunidad de escapar al duro régimen iraquí. En total quería que cuarenta y tres personas fueran trasladadas por vía aérea a un lugar seguro.

Meir Amit accedió, sólo para afrontar una nueva preocupación. Desde Bagdad, Bacon envió un mensaje en clave: Muñir estaba teniendo dudas.

> [El jefe del Mossad] presintió lo que estaba sucediendo. Primero y principal, Muñir era iraquí. Irak había sido bueno con él. Traicionar a su país por Israel no le sentaba bien. Nosotros éramos el enemigo. Toda su vida le habían enseñado eso. Decidí que la única manera de convencerlo era dicién-dole que el Mig iría directamente a América. Así que viajé a Washington para ver a Richard Helms, entonces director de la CÍA. Escuchó y dijo que no . había problema. Siempre era muy accesible. Arregló todo para que el agregado militar de Estados Unidos en Bagdad se reuniera con Muñir. El agregado confirmó que el avión sería entregado a Estados Unidos. Le hizo un discurso sobre cómo estaría ayudando a América a alcanzar a los rusos. Muñir se lo tragó y aceptó seguir adelante..

A partir de entonces la operación continuó a su propio ritmo. El primo de Joseph recibió su permiso de salida y viajó a Ginebra. Desde allí, envío una postal: «Las instalaciones hospitalarias son excelentes. Me aseguran una completa recuperación». El mensaje era la señal de que los quinientos mil dólares restantes habían sido depositados.

Tranquilizado por la noticia, Joseph le dijo a Bacon que la familia estaba lista. La noche anterior al vuelo de Muñir, Joseph los llevó en una caravana de vehículos hacia el norte, al fresco de las montañas. Los puestos de control iraquíes no los molestaron: todos los veranos muchos residentes se mudaban huyendo del calor de Bagdad. En el monte aguardaban los kurdos junto al equipo de enlace israelí. Guiaron a la familia por las montañas hasta helicópteros de las Fuerzas Aéreas turcas. Volando por debajo de los radares, cruzaron de regreso a Turquía.

Un agente israelí hizo una llamada a Muñir diciendo que su hermana había dado a luz a una niña, sin inconvenientes. Otro mensaje en clave había sido transmitido.

Al amanecer de la mañana siguiente, el 15 de agosto de 1966, Muñir despegó para un ejercicio de rutina. Una vez alejado de la pista, llevó el Mig a plena potencia y cruzó la frontera con Turquía antes de que los demás pilotos recibieran la orden de dispararle. Escoltado por varios Phantom de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, Muñir aterrizó en una base aérea turca, se reabasteció de combustible y despegó nuevamente. Por los auriculares escuchó el mensaje, esta vez sin cifrar: «Toda su familia está a salvo y en camino para encontrarse con

usted».

Una hora después, el Mig aterrizó en una base aérea militar, en el norte de Israel.

El Mossad se había convertido en un protagonista de la escena mundial para tener en cuenta. En la comunidad de inteligencia de Israel la manera de hacer las cosas en el futuro se clasificaría como «AA» (antes de Amit) o «DM» (después de Meir).

3

Los nombres de Glilot

Al salir de la autopista, al norte de Tel Aviv, Meir Amit mantuvo la velocidad un poco por encima del límite permitido. Burlar discretamente el sistema se había vuelto parte de su vida desde que, casi cuarenta años antes, planeara el robo de *un jet* iraquí.

Se negaba temerariamente a seguir el reglamento como parte de su condición de galileo: había nacido en la ciudad favorita del rey Herodes, Tiberíades, cerca de la costa del mar de Galilea y había pasado la mayor parte de su juventud en un *kibbutz.* Mucho tiempo atrás todo rastro de acento regional había sido borrado por su madre, maestra de oratoria, quien también le había legado ese sentido de la independencia, su intolerancia con los tontos y un apenas oculto desprecio por los de ciudad. Y, por encima de todo, había alentado su capacidad de análisis y su habilidad para pensar en dos cosas a la vez.

En su larga carrera se había servido de todo ello para detectar las intenciones del enemigo. A menudo no podía esperar confirmación para actuar: los motivos y el engaño constituían el núcleo de su trabajo. A veces, sus críticos en el servicio de inteligencia israelí se mostraban preocupados por lo que consideraban raptos de imaginación. Sólo tenía una respuesta: lean el archivo sobre el robo del Mig.

En aquella mañana de marzo de 1997 en que salía de Tel Aviv, Meir Amit estaba oficialmente retirado. Pero nadie en el servicio se lo creía: sus vastos conocimientos eran demasiado valiosos para dejarlo apartado.

El día anterior, Meir Amit había regresado de Ho Chi Minh, la antigua Saigón, donde había visitado a ex oficiales de inteligencia del Vietcong. Habían intercambiado experiencias y encontrado un punto en común en lo referente a superar a un enemigo más poderoso: los vietnamitas contra los norteamericanos; los israelíes contra los árabes. Meir Amit había realizado muchos viajes a lugares donde sus maniobras secretas alguna vez habían creado el caos: Ammán, El Cairo, Moscú. Nadie se atrevía a preguntar el propósito de tales visitas, al igual que durante sus cinco años al frente del Mossad, entre 1963 y 1968, nadie se había atrevido a poner en tela de juicio el valor de sus fuentes o sus métodos.

Durante ese período había convertido un equipo de inteligencia en una obra de arte. Ninguna otra agencia era comparable en cuanto a recaudar información. Había enviado gran cantidad de espías a cada país árabe, a Europa, a Sudamérica, África y Estados Unidos.

Sus *katsas* se habían infiltrado en el *Mukabarat* jordano, el mejor de los servicios árabes, y en la inteligencia militar siria, la más cruel. Eran hombres con una sangre fría y unos nervios tan templados que quedaban fuera del alcance de la imaginación de cualquier novelista.

Poco después de convertirse en director general, Meir Amit hizo circular por la agencia un memorando robado por un agente en la oficina de Yasser Arafat: «El Mossad tiene un dossier sobre cada uno de nosotros. Conoce nuestros nombres y direcciones. Sabemos que hay dos fotografías nuestras en cada expediente. Una con la cabeza cubierta y otra con la cabeza descubierta, de modo que siempre saben qué aspecto tenemos».

Para crear más miedo, Meir Amit había contratado a un número de informadores árabes sin precedentes. Trabajaba según el principio de la ley de probabilidades: siempre encontraría un número suficiente para sus propósitos. Los árabes sobornados traicionaban a los terroristas de la OLP: revelaban la ubicación de sus arsenales y refugios y comunicaban sus planes de viaje. Por cada terrorista muerto por el Mossad, Meir Amit pagaba al informador una recompensa de un dólar.

En la escalada hacia la guerra de los Seis Días, en 1967, hubo un *katsa* o un informador en cada base egipcia o cuartel militar. No había menos de tres en el Alto Mando de El Cairo, oficiales de carrera que habían sido convencidos por Meir Amit. Cómo lo había logrado llegó a ser su secreto mejor guardado: «Hay cosas que es mejor dejarlas como están».

A cada informador y agente le había dado las mismas instrucciones: necesitaba no sólo «las líneas generales» sino «los pequeños detalles». ¿Cuánto tenía que caminar un piloto desde el barracón hasta la cantina para comer? ¿Cuánto le costaba a un militar superar el proverbial atasco de tráfico de El Cairo? ¿Tenía una amante el hombre clave de una operación? Sólo él comprendía cabalmente qué utilidad podían tener esas minucias disparatadas.

.Un *katsa* había conseguido un trabajo de camarero en una base militar del frente de combate. Cada semana aportaba detalles sobre el estado de los aviones y el estilo de vida de los pilotos y los técnicos. Sus hábitos con la bebida y sus placeres sexuales eran parte de la información enviada secretamente por radio a Tel Aviv.

El recientemente creado Departamento de Psicología de Guerra trabajaba a destajo preparando expedientes de pilotos egipcios, personal de tierra y oficiales de Estado Mayor: su habilidad para el vuelo, si habían logrado el rango por mérito o influencias, si tenían problemas con el alcohol, frecuentaban prostíbulos o tenían predilección por los chicos.

Por las noches, Meir Amit revisaba los expedientes buscando debilidades en hombres susceptibles de ser chantajeados y obligados a trabajar para él. «No era- una tarea agradable pero la inteligencia es a menudo un trabajo sucio.»

Las familias de los militares egipcios empezaron a recibir cartas misteriosas matasellados en El Cairo que contenían detalles explícitos sobre el comportamiento de sus seres queridos. Los informadores comunicaron a Tel Aviv que numerosos incidentes familiares obligaban a los miembros de las tripulaciones aéreas a pedir la baja por motivos de salud. Los oficiales del Estado Mayor recibían mediante llamadas anónimas informes sobre la vida privada de alguno de

sus colegas. Una maestra de escuela atendió la amable llamada de una mujer que intentaba explicarle que el bajo rendimiento de un alumno se debía a que su padre, un oficial de alto rango, tenía un amante varón. La llamada tuvo como consecuencia el suicidio del acusado. Esta campaña implacable causó considerables conflictos en el Ejército egipcio y aportó una gran satisfacción a Meir Amit.

A principios de 1967 se hizo evidente, por los informes de la red de espionaje en Egipto, que su líder, Gamal Abdel Nasser, se estaba preparando para entrar en guerra con Israel. Se reclutaron, por las buenas o por las malas, más informadores que ayudaran al Mossad a saberlo todo sobre las Fuerza Aéreas egipcias y los mandos militares.

En mayo de 1967 estaban en condiciones de informar a los mandos de las Fuerzas Aéreas israelíes el preciso momento del día en que les convenía asestar un golpe mortal contra las bases egipcias. Los analistas del Mossad habían elaborado una descripción notable de la vida en todas las bases aéreas egipcias.

Entre las 7:30 y 7:45 de la mañana, los radares de las bases se encontraban en su momento más vulnerable. Durante esos quince minutos, el personal saliente se retiraba cansado del turno de noche, mientras que los reemplazos no estaban todavía completamente atentos y, a menudo, llegaban tarde al servicio debido a retrasos en los comedores. Los pilotos desayunaban entre las 7:15 y las 7:45. Después, normalmente, volvían a los barracones a buscar su equipo de vuelo. El recorrido duraba diez minutos de promedio. La mayoría de los aviadores pasaban algunos minutos en el baño antes de volver a las filas. Llegaban a las 8 de la mañana, hora oficial de incorporarse al servicio. A esa hora, el personal de tierra había comenzado a sacar los aviones de los hangares para armarlos y llenar los depósitos de combustible. Durante los quince minutos siguientes, las pistas estaban repletas de camiones de combustible y municiones.

También se conocían con minuciosidad los movimientos de los militares del Alto Mando egipcio en El Cairo. De promedio, un oficial tardaba treinta minutos en llegar al trabajo desde su casa de los suburbios. Los planificadores de estrategia nunca estaban en sus escritorios antes de las 8:15 de la mañana. Solían pasar diez minutos colocando sus cosas, tomando café o intercambiando chismes con sus colegas. El oficial promedio nunca empezaba a estudiar las señales de tráfico aéreo nocturno en las bases antes de las 8:30 de la mañana.

Meir Amit le sugirió al comandante aéreo israelí que el mejor momento para que sus aviones llegaran al blanco sería entre las 8:00 *y* las 8:30 de la mañana. En esos treinta minutos estarían en condiciones de pulverizar las bases enemigas porque en ese lapso el personal clave del Alto Mando en El Cairo no estaría en condiciones de repeler el ataque.

La mañana del 5 de junio de 1967, las Fuerzas Aéreas israelíes atacaron a las 8:01 con un efecto devastador, volando bajo sobre el Sinaí para bombardear violentamente a discreción. A ratos el cielo se volvía negro rojizo debido a las llamas de los camiones de combustible y a las municiones que estallaban.

En Tel Aviv, Meir Amit, sentado mirando por la ventana de su oficina hacia el sur, sabía que sus analistas de inteligencia habían decidido el curso de la guerra. Ese fue uno de los ejemplos más asombrosos de su extraordinaria habilidad, más notable aún si se considera el reducido número de agentes del Mossad.

Desde que se hizo cargo de la organización, Meir Amit se resistió a convertir el Mossad en una versión de la CÍA o el KGB. Esos servicios empleaban miles y miles de analistas, científicos, estrategas y planificadores para apoyar a sus agentes de campo. Los iraníes e iraquíes contaban con aproximadamente diez mil agentes, y hasta la DGI cubana sumaba cerca de mil agentes en activo.

Pero Meir Amit había insistido en que el Mossad se mantuviera con un personal permanente que no superara los mil doscientos hombres. Cada uno sería reclutado especialmente y debía poseer varias capacidades: un científico debía ser apto para trabajo de espionaje en caso de necesidad; un *katsa* usaría sus conocimientos especializados para entrenar a otros.

Para todos ellos, Amit sería el *memune,* que en hebreo significa «primero entre iguales». El título implicaba el libre acceso al primer ministro del momento y el rito anual de presentar el presupuesto del Mossad ante el Gabinete israelí.

Mucho antes de la guerra de los Seis Días ya había creado la reputación del Mossad: sembraba el terror entre sus enemigos, se infiltraba en sus filas, se apropiaba de sus secretos y los mataba con escalofriante eficiencia. Pronto el Mossad alcanzó proporciones míticas.

Gran parte de su éxito se basaba en las reglas que seguía para reclutar a los agentes de campo, que en última instancia eran los responsables del éxito del Mossad. Y comprendía perfectamente los profundos y complejos motivos que los llevaban a estrechar su mano, después de la selección, en un gesto que significaba que se ponían enteramente a sus órdenes.

Aunque muchas cosas habían cambiado en el Mossad, Meir Amit sabía, en aquel día de marzo de 1997, que sus criterios de selección seguían intactos:

> Ningún *katsa* motivado principalmente por el dinero será aceptado en el Mossad. El fanático sionista no tiene cabida en él; el fanatismo enturbia la comprensión de un trabajo que requiere calma, claridad de juicio, previsión y equilibrio. La gente quiere unirse al Mossad por todo tipo de razones. A unos los atrae el *glamour;* a otros, la idea de aventura. Algunos creen que mejorará su condición; son gente pequeña que desea ser grande. Unos pocos desean el secreto poder que creen alcanzar en el Mossad. Ninguna de estas razones es aceptable.
>
> Y siempre, siempre, hay que asegurarse de que el agente de campo tiene un total apoyo. Cuidarán a su familia, se asegurarán de que sus hijos sean felices. Al mismo tiempo deberán protegerlo: si su mujer cree que tiene una amante, deben asegurarle que no es así; si la tiene, no se lo dirán. Si es ella la que se descarría, vuelvan a conducirla por el camino recto. No se lo cuenten al marido. Nada debe distraerlo. El trabajo de un buen jefe de espías es tratar a su gente como a su propia familia. Háganle sentir que están siempre a su lado, noche y día, sin que importe la hora. Así se compra la lealtad *y* se logra que un *katsa* haga lo que se le ordena. Y entonces, lo que ustedes quieran será importante.

Cada agente pasaba tres años de entrenamiento intensivo, incluida la extrema violencia física durante un interrogatorio. Él o ella se convertían en expertos tiradores con el arma elegida por el Mossad: la Beretta calibre 22.

Los primeros agentes enviados fuera de los países árabes se instalaron en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania. En Norteamérica había agentes residentes en Nueva York y Washington. El de Nueva York tenía una responsabilidad especial: estar al corriente de las misiones diplomáticas ante la ONU y los distintos grupos étnicos de la ciudad. El de Washington cumplía una misión similar, con el añadido de «vigilar» la Casa Blanca.

Otros agentes operaban en áreas localizadas de tensión y regresaban a casa cuando la misión concluía.

Meir Amit amplió también considerablemente la organización con departamentos destinados a operaciones de inteligencia en el exterior y relaciones con otros servicios, principalmente la CÍA y el Mió británico. El Departamento de Investigaciones contaba con quince secciones o «escritorios» cuyo objetivo eran los países árabes. Estados Unidos, Canadá, América Latina, Gran Bretaña, el resto de Europa y la Unión Soviética contaban con sus propios escritorios. Esta infraestructura iba a cubrir, con los años, China, Sudáfrica y el Vaticano. Pero en esencia el Mossad seguiría siendo una organización reducida.

No pasaba un día sin que llegaran fajos de noticias desde las secciones del extranjero, que se hacían circular por el deslustrado y alto edificio gris en el paseo del Rey Saúl. Según el punto de vista de Meir Amit «si lograban que alguien se sintiera más orgulloso, mejor. Y por supuesto, hacían que nuestro enemigo pareciera más temible».

Los *katsas* del Mossad eran fríamente eficientes y astutos más allá de lo imaginable; estaban preparados para responder al fuego con más fuego. Se realizaban operaciones para iniciar disturbios que sembraban la enemistad entre los países árabes; se hacía circular contrapropaganda y se reclutaban informadores según la divisa de Amit: «Divide y vencerás». Sus hombres demostraban en todo cuanto hacían sangre fría y profesionalidad. Se movían como ladrones en la oscuridad y dejaban a su paso muerte y destrucción. Nadie estaba a salvo de su venganza.

Concluida una misión, regresaban para presentar un informe a la oficina de Meir Amit, situada en la esquina de la calle que lleva el nombre del rey guerrero. Desde allí dirigió personalmente a dos espías que harían historia en el Mossad. Al recordar sus contribuciones le invadía la nostalgia y sonreía como si se autojustificara mientras repasaba los detalles biográficos.

Eli Cohén nació en Alejandría, Egipto, el 16 de diciembre de 1924. Como sus padres, era un judío ortodoxo devoto. En diciembre de 1956 estuvo entre los judíos expulsados de Egipto después de la crisis de Suez. Llegó a Haifa y se sintió extranjero en su nueva tierra. En 1957 fue reclutado para el servicio de contraespionaje militar israelí, pero su trabajo como analista le resultaba aburrido. Averiguó cómo ingresar en el Mossad, pero fue rechazado. Meir Amit recordaba: «Oímos decir que nuestro rechazo ofendió profundamente a Eli Cohén. Renunció al Ejército y se casó con una iraquí llamada Nadia».

Durante dos años, Cohén llevó una vida común trabajando en la oficina de archivos de una compañía de seguros en Tel Aviv. Sin que él lo supiera, Meir Amit había revisado su currículo en una selección realizada entre los aspirantes

rechazados. Estaba buscando «un determinado tipo de agente para un determinado tipo de trabajo». No había encontrado ninguno apropiado entre los que estaban en activo, así que se le ocurrió revisar los expedientes de los rechazados. Cohén parecía la única posibilidad. Fue puesto bajo vigilancia. Los informes semanales del oficial de reclutamiento describían sus hábitos minuciosos y su devoción hacia su esposa y su recién formada familia. Era muy trabajador, rápido para captar las cosas y respondía bien bajo presión. Finalmente se le comunicó que el Mossad lo encontraba apto para el servicio.

Eli comenzó un curso intensivo de seis meses en la academia de entrenamiento del Mossad. Expertos en sabotaje le enseñaron a fabricar explosivos y bombas de relojería con los elementos más simples. Aprendió combate cuerpo a cuerpo y se convirtió en un experto tirador y un perfecto ladrón. Descubrió los misterios de cifrar y descifrar; aprendió a usar una radio, tintas invisibles y a esconder mensajes. Constantemente sorprendía a los instructores con su facilidad para todo. Su fenomenal memoria se debía a que de joven había memorizado capítulos enteros de las Escrituras. En el informe de graduación se decía que poseía todas las cualidades necesarias para un *katsa.* Sin embargo, Meir Amit todavía dudaba.

«Me pregunté cientos de veces si Eli podría hacer lo que yo quisiera. Por supuesto, nunca le demostré desconfianza. Nunca permití que pensara que estaría siempre a un paso de la trampa que lo mandaría al otro mundo. Los mejores cerebros del Mossad le enseñaron todo cuanto sabían. Finalmente, decidí trabajar con Eli.»

Meir Amit pasó semanas inventando una pantalla para su protegido. Pasaron mucho tiempo sentados, estudiando mapas y fotos de Buenos Aires, hasta que su nueva identidad, Kamil Amin Taabes, le resultara a Cohén totalmente familiar. El jefe del Mossad vio «qué rápido aprendía Eli el lenguaje de un exportador e importador sirio. Memorizó la diferencia entre listas de mercancías y certificados de flete, contratos y garantías, todo lo que necesitaba saber. Era como un camaleón, lo absorbía todo. Ante mis ojos Cohén se evaporó y apareció Taabes, el sirio que jamás había abandonado el deseo de volver a su hogar en Damasco. Cada día Eli se sentía más confiado, más seguro y ansioso por probar que podía representar bien su papel, como un campeón mundial de maratón entrenado para puntuar desde el comienzo de la carrera. Pero la suya podía durar por años. Habíamos hecho todo lo posible para enseñarle cómo vivir su nueva vida; el resto dependía de él. Todos lo sabíamos. No hubo grandes despedidas. Simplemente salió de Israel por el mismo camino que tomaban todos mis espías».

En la capital siria, Cohén no tardó en establecerse en la comunidad empresarial y cultivó un distinguido círculo de amistades entre las que se contaba Maazi Zahreddin, sobrino del presidente de Siria.

Zahreddin era un hombre jactancioso, desesperado por demostrar que su país era invencible. Cohén le siguió la corriente. No tardaron en llevarlo a una visita a los fortificados Altos del Golán. Vio los profundos bunkeres de hormigón que albergaban la artillería de largo alcance enviada por Rusia. Incluso se le permitió tomar fotografías. Al cabo de pocas horas Cohén pasaba un informe a Tel Aviv sobre la llegada de doscientos tanques rusos T-54. Obtuvo incluso un plano completo de la estrategia siria para ocupar el norte de Israel. La información no

tenía precio.

A pesar de que Cohén continuaba confirmando su creencia de que un solo agente valía más que una división entera de soldados, de repente Meir Amit empezó a inquietarse. Cohén siempre había sido un fanático del fútbol. Al día siguiente de que un equipo visitante derrotara a Israel en Tel Aviv, rompió la regla de «sólo negocios» en su transmisión. Comunicó a su operador: «Ya es hora de que comencemos a vencer en el campo de juego».

Otros mensajes no autorizados fueron descifrados: «Manden a mi esposa un saludo de aniversario» o «Feliz cumpleaños para mi hija».

Meir Amit estaba furioso en su fuero interno. Pero entendía muy bien las presiones que Cohén sufría, y esperaba que el comportamiento de Cohén fuera «sólo una anomalía temporal, frecuente en los mejores agentes. Traté de meterme en su cabeza. ¿Estaba desesperado y lo demostraba bajando la guardia? Traté de pensar como él, sabiendo que yo había reescrito su vida. Debía probar y medir cien factores. Pero, en definitiva, lo único importante era si Eli podría hacer su trabajo».

Meir Amit decidió que sí.

Una noche de enero de 1965, Eli Cohén esperaba en su habitación de Damasco el momento de transmitir. Cuando preparaba el receptor, los oficiales de la inteligencia siria irrumpieron en el apartamento. Cohén había sido localizado por una de las unidades móviles de detección más sofisticadas del mundo, de fabricación rusa.

Bajo interrogatorio, se lo obligó a enviar un mensaje al Mossad. Los sirios no se dieron cuenta del sutil cambio en la velocidad y el ritmo de la transmisión. En Tel Aviv, Meir Amit se enteró de que Cohén había sido apresado. Dos días después, Siria confirmó su captura.

«Fue como perder a alguien de la familia. Uno se hace siempre las mismas preguntas cuando se pierde a un agente. ¿Podríamos haberlo salvado? ¿Quién lo traicionó? ¿Se debió a su propio descuido o a alguien cercano a él? ¿Estaba hundido y no nos dimos cuenta? ¿Sentía algún deseo de morir? Eso también pasa. ¿O fue sólo mala suerte? Uno se pregunta y se pregunta; jamás obtiene una respuesta cierta, pero hacer preguntas es una manera de soportarlo.»

En ningún momento los sirios lograron quebrar a Eli Cohén, a pesar de las torturas a las que lo sometieron antes de condenarlo a muerte.

Meir Amit pasaba casi todo su tiempo tratando de salvarlo. Nadia Cohén se lanzó por su parte a una campaña internacional de publicidad en favor de su marido: reclamó ante el Papa, la reina de Inglaterra, primeros ministros y presidentes. Meir Amit trabajaba en secreto. Viajó a Europa para ver a los jefes de los servicios secretos francés y alemán. No podían hacer nada. Realizó acercamientos informales con la Unión Soviética. Peleó sin tregua hasta el 18 de mayo de 1965, día en que, poco después de las dos de la madrugada, un convoy salió de la prisión de El Maza, en Damasco. En uno de los camiones iba Eli Cohén.

Con él viajaba el primado de los rabinos de Siria, Nissim Andabo, de ochenta años. Superado por las circunstancias, el rabino lloraba abiertamente. Eli Cohén trataba de calmarlo. El convoy llegó a la plaza de El Marga, en el centro de Damasco. Allí Eli recitó una oración hebrea para el momento de la muerte: «Dios

todopoderoso perdona todos mis pecados y faltas».

Poco después de las tres y media, ante la mirada de miles de sirios, bajo la intensa luz de las cámaras de televisión, Eli subió al cadalso.

En Tel Aviv, Nadia Cohén vio morir a su marido y trató de suicidarse. Fue llevada a un hospital y le salvaron la vida.

Al día siguiente, en una ceremonia privada, Meir Amit rindió tributo a Eli Cohén. Luego volvió a su trabajo de dirigir a su segundo agente destacado.

Wolfgang Lotz, un judío alemán, había llegado a Palestina poco después de que Hitler tomara el poder. Meir Amit lo había elegido entre una lista de candidatos para una misión de espionaje en Egipto. Mientras Lotz se sometía al mismo entrenamiento intenso que Cohén, Meir Amit meditaba cuidadosamente la pantalla que usaría su agente. Decidió transformarlo en un instructor de equitación, un refugiado alemán que había servido en el Afrika Korps durante la segunda guerra mundial y había regresado a Egipto para abrir una academia.

El trabajo le daría acceso a la alta sociedad cairota que se congregaba alrededor del círculo ecuestre.

Lotz no tardó en reunir una nutrida clientela. Eran sus alumnos el jefe de la inteligencia militar egipcia y el jefe de seguridad de la zona del canal de Suez. Emulando a Cohén, Lotz logró que sus flamantes amigos hicieran alarde de las formidables defensas egipcias: las rampas de lanzamiento de cohetes en el Sinaí y en la frontera del Negev.

También obtuvo una lista de los científicos nazis que vivían en El Cairo y trabajaban en los programas egipcios de armamento. Fueron sistemáticamente eliminados por agentes del Mossad.

Finalmente, dos años después, arrestaron y condenaron a Lotz. Los egipcios, conscientes de que era demasiado valioso para matarlo, lo mantuvieron vivo a la espera de canjearlo por soldados egipcios en una futura guerra con Israel. De nuevo Meir Amit se sintió profundamente apenado por la captura de su agente.

Escribió al entonces presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, solicitándole canjear a Lotz y su esposa por prisioneros de guerra egipcios que Israel tenía en su poder. Nasser se negó. Amit ejerció presión psicológica.

«Permitimos que los prisioneros egipcios supieran que Nasser rehusaba entregar dos israelíes a cambio de su liberación. Los dejamos escribir a sus casas. Las cartas expresaban claramente sus sentimientos al respecto.»

Meir Amit escribió a Nasser otra vez, alegando que Israel le reconocería públicamente el mérito de haber conseguido la liberación de los prisioneros, sin mencionar el intercambio por Lotz y su esposa. Nasser se negó nuevamente. Entonces Amit llevó la causa ante el comisionado de las Naciones Unidas encargado de mantener la paz en el Sinaí. El funcionario voló a El Cairo y obtuvo la seguridad de que Lotz *y* su esposa serían liberados «en una fecha próxima».

Meir Amit entendió el mensaje velado. Un mes más tarde Lotz y su esposa salían en secreto de El Cairo hacia Ginebra. Pocas horas después estaban de regreso en su oficina.

Meir Amit se dio cuenta de que sus *katsas* necesitaban apoyo sobre el terreno. Creó los *sayanim,* ayudantes voluntarios judíos. Cada *sayan* era un ejemplo de la

cohesión de todas las comunidades judías en el mundo. Aunque leal a su país de origen, en última instancia el *sayan* admitiría una fidelidad superior: la fidelidad mística hacia Israel y a la necesidad de protegerlo contra sus enemigos.

Aquellos hombres cumplían muchas funciones. Uno que se dedicara al alquiler de coches podía proporcionar a un agente un vehículo sin el habitual papeleo. El que tenía una inmobiliaria podía ofrecer alojamiento. El que trabajaba en un banco podía retirar fondos fuera del horario habitual. Un médico, curar heridas de bala sin informar a las autoridades. Todos ellos percibían dinero únicamente para cubrir gastos.

Entre todos recopilaban datos técnicos y cualquier clase de información: rumores en una fiesta, un comentario hecho en la radio, un párrafo de los periódicos, una historia inconclusa en una cena. Proporcionaban pistas a los agentes. Sin sus *sayanim,* el Mossad no podía actuar.

Una vez más, el legado de Amit estaba destinado a permanecer, pero a gran escala. En 1998 había más de cuatro mil colaboradores en Gran Bretaña y casi cuatro veces más en Estados Unidos. Mientras que el Mossad de Meir Amit había trabajado con un presupuesto exiguo, ahora, para mantener sus operaciones mundiales, la agencia gastaba varios cientos de millones de dólares al mes para pagar a los colaboradores, los pisos francos, la logística y los gastos operativos. Amit también había dejado otro recuerdo de su época: un lenguaje propio. Su sistema de escritura de informes se llamaba *naka;* «luz del día», y significaba alerta máxima; un *kidon* era un miembro del equipo de asesinos; un *neviot,* un especialista en vigilancia; *yahalomin,* la unidad que proporcionaba comunicaciones a los agentes de campo; *safanim* eran los que tenían como blanco la OLP; un *balder* era un correo; un *slick,* un sitio seguro para guardar documentos, y las falsificaciones se llamaban *teuds.*

Aquella mañana de marzo de 1997, mientras conducía para encontrarse con el pasado, Meir Amit sabía que muchas cosas habían cambiado en el Mossad. Presionado por las exigencias políticas, en especial por el primer ministro Benyamin Netanyahu, el Mossad se había aislado peligrosamente de otros servicios extranjeros a los que Meir Amit había cortejado con paciencia. Una cosa era vivir según el credo «Primero y último, siempre Israel» y otra muy distinta, tal como él decía, «ser pescado con las manos en los bolsillos de los amigos». La palabra clave era «pescado», agregaba con una ligera sonrisa.

Un ejemplo era la creciente penetración del Mossad en Estados Unidos a través del espionaje económico, científico y tecnológico. Una unidad especial, cuyo nombre en clave era Al, en hebreo «arriba», merodeaba por Silicon Valley y la ruta 128 a Boston en busca de secretos de alta tecnología. En un informe al Comité de Inteligencia del Senado, la CÍA había identificado a Israel como uno de los seis países «cuyo esfuerzo por apropiarse de secretos económicos norteamericanos está dirigido *y* orquestado desde el Gobierno».

El presidente de la inteligencia interna de Alemania había advertido a los jefes de departamento que el Mossad constituía la primera amenaza en lo referente a apoderarse de los últimos secretos cibernéticos de la república. La Dirección General de Seguridad francesa tomó también sus precauciones cuando un agente

del Mossad fue detectado cerca del centro de interpretación de imágenes por satélite, en Creil. Israel había tratado durante mucho tiempo de incrementar su capacidad espacial para igualarla a su potencial nuclear terrestre. El servicio de contraespionaje británico, el MI5, incluía en su informe al primer ministro Tony Blair detalles de los esfuerzos del Mossad por conseguir importantes datos científicos y defensivos en el Reino Unido.

No es que Meir Amit se opusiera a tales acciones en sí mismas, pero consideraba que a menudo parecían tomarse sin un plan previo y sin pensar en las consecuencias a largo plazo.

Lo mismo se podía decir del modo en que el Departamento de Psicología llevaba a cabo sus campañas. En su época, habían establecido una red global de contactos con los medios de comunicación y la utilizaban con gran maestría. Un incidente terrorista en Europa producía una llamada al contacto en una agencia de noticias que aportaba elementos de suficiente interés para la historia, imprimiéndole el sesgo que le interesaba al Departamento. La unidad incluso creaba notas de prensa para los agregados en las embajadas de Israel que podían ser confiadas a un periodista durante un cóctel o cena, cuando el «secreto», sigilosamente compartido, podía arruinar discretamente una reputación.

Aunque, en esencia, esa mala publicidad persistía, había una diferencia crucial: la elección de los blancos o víctimas. Meir Amit opinaba que la decisión se basaba muy a menudo en necesidades políticas, ya fuese la de distraer la atención de alguna maniobra diplomática provechosa para Israel en Oriente Medio o la de recuperar su popularidad fluctuante, especialmente en Estados Unidos.

Cuando el vuelo 800 de Trans World cayó al sur de la costa de Long Island, el 17 de julio de 1996, con un saldo de 230 muertos, el Departamento inició una campaña sugiriendo que podía tratarse de un atentado orquestado por Irán o Iraq, las dos bestias negras de Israel. Miles de historias mediáticas divulgaron el rumor. Tras gastar quinientos mil dólares e invertir miles de horas de trabajo, el investigador del FBI James K. Kallstrom descartó un año después que se hubiera tratado de una bomba o que hubiese alguna prueba criminal del origen de la tragedia. En privado dijo a sus colegas: «Si hubiera una manera de acusar a esos mal nacidos de Tel Aviv por la pérdida de tiempo, me gustaría conocerla. Tuvimos que revisar cada palabra que divulgaron en los medios.»

El Departamento actuó otra vez después de la bomba de los Juegos Olímpicos de Atlanta. Se hizo correr la voz de que el artefacto tenía todo el aspecto de haber sido fabricado por alguien que había aprendido el oficio en el valle del Beká, en el Líbano.

La historia tomó fuerza inmediatamente y el fantasma del terrorismo se cernió sobre el público norteamericano, ya comprensiblemente atemorizado. El único sospechoso fue un infortunado guardia de seguridad de los juegos sin ninguna vinculación con el terrorismo internacional; de ese modo, los rumores se desvanecieron.

Meir Amit comprendía la necesidad de recordarle al mundo la presencia del terrorismo, «pero la advertencia *debía* ser fundada, algo en lo que siempre insistí». Tras la crítica se encogió de hombros, como si algo en su interior hubiera extinguido esa chispa de irritabilidad. Mucho antes había aprendido a ocultar sus sentimientos y a ser impreciso en los detalles. Durante años su fuerza había

residido en el disimulo.

En su opinión, la espiral descendente del Mossad había empezado cuando el primer ministro Yitzhak Rabin fue asesinado en Tel Aviv en noviembre de 1995. Un poco antes de que Rabin fuera acribillado por un extremista judío —un signo del profundo malestar que Amit veía en la sociedad israelí— el entonces director general del Mossad, Shabtai Shavit, había advertido a su personal de vigilancia que podría cometerse un atentado contra el primer ministro; Y de acuerdo con uno de sus allegados, la posibilidad se ignoró por demasiado vaga «para constituir una verdadera amenaza».

Durante el período de Meir Amit, el Mossad no tenía poder para actuar dentro de Israel, del mismo modo que la CÍA no lo tiene para hacerlo dentro de Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de sus críticas, a Meir Amit le agradaba decir que el Mossad había compartido el destino de Israel. Durante su jefatura, el impacto de sus logros había repercutido en todo el mundo. Atribuía muchos de esos logros a la lealtad, una cualidad que ahora parecía pasada de moda. Los agentes todavía hacían su trabajo, tan peligroso y sucio como siempre, pero estaban pendientes de ser tenidos en cuenta no sólo por sus superiores sino también por alguna figura política de peso. Esa interferencia era la culpable de la frecuente paranoia de poner en duda la entidad de Israel como una verdadera democracia.

Junto a la autopista, entre la localidad de Herzliya y Tel Aviv, hay un recinto erizado de antenas. Es la escuela de entrenamiento del Mossad. La ubicación de este edificio es una de las primeras cosas que aprende cualquier espía de las embajadas extranjeras en Tel Aviv. Sin embargo, para la prensa israelí, revelar su existencia significa un proceso judicial seguro. En 1996 hubo un intenso debate en la comunidad de inteligencia sobre qué actitud adoptar cuando un diario de Tel Aviv publicó el nombre del último director general del Mossad, el austero Danny Yatom. Se habló de arrestar al periodista osado y a su editor. Al final, cuando se dieron cuenta de que el nombre ya había sido publicado en todo el mundo no sucedió nada.

Meir Amit se oponía firmemente a tal publicidad: «Nombrar a un jefe en activo es grave. El espionaje es un asunto secreto y poco *agradable.* No importa lo que alguien haya hecho, se lo debe proteger de los extraños. Se lo puede tratar tan duramente como sea necesario dentro de la organización. Pero para el mundo exterior, debe permanecer intocable y, lo que es mejor, limpio y en el anonimato».

En su gestión como director general, su alias había sido Ram. La palabra tenía un eco agradable a Viejo Testamento para un chico criado en el indomable espíritu de los pioneros, cuando toda la Palestina árabe se había alzado contra los británicos y los judíos. Desde la infancia se había entrenado para la dureza. Físicamente enjuto, Meir Amit se volvió fuerte y apto, sostenido por la creencia de que aquélla era *su* tierra: Eretz Israel, la tierra de Israel. No importaba que el resto del mundo la siguiera llamando Palestina hasta 1947, cuando las Naciones Unidas propusieron su división.

El nacimiento de la nación de Israel estuvo al borde de su inmediata aniquilación cuando las tropas árabes trataron de recuperar el territorio. Seiscientos judíos murieron. Nadie sabe cuántos árabes cayeron. La visión de

tantos cadáveres hizo madurar a Meir Amit, proceso que se completó con la llegada de los supervivientes de los campos de concentración nazis, cada uno de ellos con un odioso tatuaje en la piel.

«Esa marca era un recordatorio de la innata perversidad humana.» Dichas por otro estas palabras parecerían banales, pero Meir Amit les daba dignidad.

Su carrera militar era la biografía de un soldado destinado a llegar a la cima: comandante de compañía en la guerra por la independencia de 1948; dos años después, comandante de brigada bajo las órdenes de Moshe Dayan y, al cabo de cinco, jefe de operaciones del Ejército, el segundo cargo en importancia de las Fuerzas de Defensa israelíes. Un accidente, el fallo de un paracaídas al abrirse, puso fin a su carrera militar. El Gobierno israelí lo envió a la Universidad de Columbia a estudiar administración de empresas. Volvió a Israel sin ninguna ocupación.

Moshe Dayan propuso que Amit fuera jefe de inteligencia militar. A pesar de una oposición inicial por su falta de experiencia en la materia fue nombrado: «La única ventaja que yo tenía era que había sido comandante militar y conocía la importancia de un buen servicio de inteligencia para ayudar a los soldados en combate». El 25 de marzo de 1963 se hizo cargo del Mossad, de manos de Isser Harel. Sus logros fueron tantos que para exponerlos haría falta un libro aparte. Fue el hombre que introdujo en el Mossad la política de asesinar a sus enemigos, que estableció una relación de trabajo secreta con el KGB mientras millones de judíos eran perseguidos, que refino el papel de las mujeres y la seducción sexual en el trabajo de inteligencia, que aprobó la penetración en el palacio del rey Hussein de Jordania antes de que el monarca hashemita se convirtiera en espía de la CÍA en el mundo árabe.

Las técnicas que creó para lograr esas cosas siguen vigentes. Pero ningún extraño sabrá jamás cómo fueron puestas en funcionamiento. Con las mandíbulas apretadas, todo lo que diría es: «Existen secretos y existen *mis* secretos».

Cuando llegó el momento de dejar una nueva mano al timón del Mossad partió sin alboroto, tras reunir a sus hombres para recordarles que, si alguna vez el ser judíos y trabajar para el Mossad significaba un conflicto entre su ética personal y las exigencias del Estado, debían renunciar inmediatamente. Luego, después de estrecharles la mano, se fue para siempre.

Pero ningún jefe nuevo del Mossad dejaba de ir a visitarlo para tomar un café con él en su oficina de la calle Jabotinsky, en el suburbio de Ramat Gan. En tales ocasiones, la puerta de Meir Amit permanecía cerrada y el teléfono desconectado.

«Mi madre siempre decía que una confianza defraudada es un amigo perdido», explicaba en inglés con la sonrisa de un viejo astuto.

Fuera de su familia cercana —una pequeña tribu de hijos, nietos, primos y varias generaciones de parientes— pocos conocen realmente a Meir Amit. No hubiera permitido que fuera de otro modo.

Aquella mañana de marzo de 1997, al volante, Meir Amit tenía un aspecto sorprendentemente joven, más cercano a los sesenta que a los setenta y cinco años cumplidos. El físico que en otro tiempo le había permitido pasar un test completo de estrés a un ritmo insuperable se había suavizado; una leve barriga se

insinuaba debajo de la chaqueta bien cortada. Sin embargo, seguía teniendo unos ojos temiblemente penetrantes *y* una mirada inescrutable mientras conducía por la avenida de eucaliptos.

Ni él mismo podía contar las veces que había recorrido aquel trayecto, pero cada visita le recordaba una vieja verdad: «que sobrevivir siendo judío es defenderse hasta la muerte».

La misma convicción se pintaba en los rostros de los soldados que esperaban transporte bajo los árboles, fuera del campo de entrenamiento de Glilot, al norte de Tel Aviv.

Se contoneaban con cierta insolencia: estaban haciendo el servicio militar obligatorio en las Fuerzas Armadas israelíes, imbuidos de la creencia de que servían en el mejor Ejército del mundo.

Pocos miraron dos veces a Meir Amit. Para ellos era otro anciano que venía a rememorar viejos tiempos en un monumento de guerra próximo al lugar. Israel es una tierra de monumentos levantados en honor de los paracaidistas, los pilotos, los artilleros y la infantería. Los memoriales honran a los muertos en cinco guerras oficiales y casi cincuenta años de refriegas fronterizas e incursiones contra los guerrilleros. Sin embargo, en una nación que venera a sus soldados caídos de una manera nunca vista desde que los romanos ocuparon su tierra, no hay otro monumento en Israel, ni en el mundo, como el que Meir Amit contribuyó a crear.

Se levanta dentro del perímetro del campo de entrenamiento y consiste en varios edificios de cemento y una masa de muros de arenisca con la forma de un cerebro humano. Meir Amit eligió esa forma porque «la inteligencia es cosa mental, no una figura de bronce en pose heroica».

El monumento rinde tributo a 557 hombres y mujeres de la comunidad de inteligencia, de los cuales 71 servían en el Mossad.

Murieron en todos los rincones del mundo: en los desiertos de Irak, en las montañas de Irán, en las selvas de Sudamérica, la jungla de África, las calles de Europa. Cada uno a su modo trató de vivir según el lema del Mossad: «Harás la guerra con las armas del engaño».

Meir Amit conocía a muchos de ellos personalmente; a algunos los había enviado a la muerte en misiones que iban «más allá del peligro, pero eso es lamentablemente inevitable en este trabajo. La muerte de una persona debe ser valorada en función de la seguridad nacional. Siempre ha sido así».

En las suaves paredes de arenisca están grabados los nombres y las fechas de defunción. No hay otros indicios acerca de las circunstancias en que murieron: la horca en los países árabes, destino de los espías judíos; el cuchillo asesino en un callejón sin nombre; la piadosa liberación después de meses de tortura en prisión. Nadie lo sabrá nunca. Incluso Meir Amit a veces sólo tenía sospechas y se guardaba para sí esos pensamientos oscuros.

El monumento en forma de cerebro es sólo parte del complejo. Dentro de los edificios de cemento se encuentra el archivo que guarda las biografías de los agentes muertos. La vida anterior y el servicio militar de cada persona están debidamente documentados, pero no su misión final. El aniversario de cada agente tiene su día conmemorativo en una pequeña sinagoga.

Detrás de la sinagoga hay un anfiteatro donde las familias de los muertos se reúnen en el día del servicio de inteligencia. Algunas veces, les habla Meir Amit.

Después visitan el museo, lleno de aparatos: un transmisor en la base de una plancha, un micrófono en una cafetera, tinta invisible en frascos de perfume *y* la auténtica grabadora que captó la conversación entre Hussein de Jordania y el presidente Nasser de Egipto previa a la guerra de los Seis Días.

Meir Amit había coloreado las historias de los hombres que usaron el equipo con el brillo del mito heroico. Señalaba el disfraz que usó Ya'a Boqa'i para entrar *y* salir de Jordania hasta que fue capturado y ejecutado en Ammán, en 1949. Y la radio de cristal que Max Binnet y Moshe Marzuk usaron para dirigir la más fructífera red de espionaje en Egipto antes de morir penosamente en prisión.

Para Meir Amit, todos eran sus «gedeones». Gedeón fue el juez del Antiguo Testamento que salvó a Israel de una gran fuerza enemiga gracias a su inteligencia superior.

Finalmente llegaba el momento de ir hacia el laberinto acompañado por el cuidador del museo. Paraban delante de cada nombre grabado e inclinaban imperceptiblemente la *cabeza;* después seguían caminando. De repente, llegó a su fin. No más muertos a los que saludar con reverencia: sólo un amplio espacio para más nombres en la lápida color arena.

Por un momento, Meir Amit se perdió en el ensueño. En hebreo le susurró al guarda: «Pase lo que pase, debemos asegurarnos de que este lugar no desaparezca nunca».

Como quien no quiere la cosa, Meir Amit agregó que en la oficina del presidente sirio Hafiz al Assad hay solamente un cuadro: una fotografía del lugar de la victoria de Saladino sobre los Cruzados en 1187, que había conducido a los árabes a la reconquista de Jerusalén.

Para Amit, el apego de Assad a esa fotografía tiene un profundo significado para Israel. «Nos ve del mismo modo que Saladino vio a los cristianos, como alguien a quien vencer. Hay muchos que comparten esa aspiración. Algunos incluso pretenden ser nuestros amigos. Debemos mantenernos especialmente vigilantes con ellos...»

Se detuvo, dijo adiós al guarda y caminó de vuelta a su coche como si ya hubiera hablado demasiado; como si lo que había dicho pudiera añadir energía a los rumores que comenzaban a circular en el servicio de inteligencia israelí. Otra crisis en la actual alianza entre el Mossad y la inteligencia norteamericana estaba a punto de desatarse con resultados devastadores para Israel.

Ya atrapado en el hervidero del escándalo, se encontraba uno de los agentes más pintorescos y despiadados que había servido bajo la dirección de Meir Amit; un hombre que se había asegurado un lugar en la historia como raptor de Adolf Eichmann y que, sin embargo, aún seguía jugando con fuego.

4

El espía de la máscara de hierro

Los ricos residentes del suburbio de Afeka, al norte de Tel Aviv, solían ver a Rafael *Rafi* Eitan, un hombre de edad, regordete y miope, totalmente sordo del oído derecho desde la guerra de la independencia, volviendo a casa con trozos de cañería, cadenas de bicicleta y todo tipo de chatarra. Vestido con unos pantalones y una camisa ordinarios, la cara cubierta con una máscara de soldador, moldeaba la basura hasta convertirla en esculturas surrealistas.

Algunos vecinos se preguntaban si no sería una forma de evadirse de lo que había hecho en el pasado. Sabían que había matado por su país, no en el campo de batalla sino en encuentros secretos que formaban parte de la guerra subterránea que Israel libraba contra los enemigos del Estado. Ningún vecino sabía a ciencia cierta cuántos hombres había matado *Rafi* con sus propias manos, cortas y poderosas. Todo lo que les había contado era que: «Cada vez que mataba a un hombre, necesitaba ver sus ojos. Entonces me calmaba y concentraba sólo en lo que debía hacer. Luego lo hacía. Eso es todo».

Y acompañaba sus palabras con la sonrisa que usan los hombres fuertes cuando buscan la aprobación de los débiles.

Rafi Eitan había sido durante un cuarto de siglo director adjunto de operaciones del Mossad. Pero una vida detrás del escritorio, leyendo informes y enviando a otros a hacer su trabajo, no era para él. En cuanto veía la oportunidad, salía en alguna misión y viajaba por el mundo siempre decidido y motivado por una filosofía que supo reducir a una breve frase: «Si no eres parte de la solución, entonces eres parte del problema».

No había habido otro como él. Poseía una brutal sangre fría, astucia, habilidad para improvisar a una velocidad tremenda, capacidad innata para desbaratar el mejor plan y perseguir incansablemente a su presa. Todas esas cualidades se habían juntado en la operación que le dio fama: el rapto de Adolf Eichmann, el burócrata nazi que simbolizaba todo el horror de la solución final de Hitler.

Para sus vecinos de la calle Shay, Rafi Eitan era una figura reverenciada: el hombre que había vengado a sus parientes muertos, el antiguo guerrillero que había tenido la oportunidad de demostrar al mundo que ningún nazi estaba a salvo. Nunca se cansaban de visitarlo y escucharle contar los detalles de una operación que aún no tiene parangón por su osadía. Rodeado de valiosos objetos de arte, Rafi Eitan solía cruzar los brazos musculosos, inclinar la cabeza cuadrada

hacia un lado y permanecer un momento en silencio, dejando que sus oyentes se transportaran al tiempo en que, contra todo pronóstico, nació Israel. Luego, con voz poderosa, la voz de un actor capaz de representar cualquier papel, sin olvidar nada, empezaba a contar a sus amigos de confianza cómo había capturado a Adolf Eichmann. Primero describía el escenario para una de las historias de secuestro más dramáticas de todos los tiempos.

Después de la segunda guerra mundial, la caza de criminales nazis fue llevada a cabo principalmente por supervivientes del holocausto. Se hacían llamar *nokmin,* «vengadores». No se molestaban en llevar a juicio a los nazis. Simplemente ejecutaban a los que encontraban. Rafi Eitan no tenía noticia de que se hubieran equivocado alguna vez de persona. Oficialmente, en Israel había poco interés en perseguir a criminales de guerra. Era un asunto de prioridades. Como nación, Israel todavía estaba al borde del abismo, rodeada por estados árabes hostiles. Se vivía día a día. El país estaba casi en la bancarrota. No había dinero para enmendar los males del pasado.

En 1957, el Mossad recibió la impactante noticia de que Eichmann había sido visto en la Argentina. Rafi Eitan, una estrella en ascenso debido a sus exitosas incursiones contra los árabes, fue elegido para capturar a Eichmann y llevarlo a juicio en Israel.

Se le dijo que el resultado tendría múltiples beneficios. Sería un acto de justicia divina para su pueblo. Recordaría al mundo lo que pasó en los campos de concentración y aseguraría que nunca más volviera a suceder. Colocaría al Mossad al frente de la comunidad de inteligencia internacional. Ningún otro servicio se había atrevido a realizar una operación semejante. Los riesgos eran igualmente grandes. Trabajaría a miles de kilómetros de su país, viajando con documentos falsos, confiado sólo en sus propios recursos y en un entorno hostil. La Argentina era un santuario de nazis. El equipo del Mossad podía terminar en la cárcel o muerto.

Durante dos largos años Rafi Eitan esperó pacientemente a que se confirmara la primera identificación: el hombre que vivía en un suburbio de clase media de Buenos Aires, bajo el alias de Ricardo Klement, era Adolf Eichmann.

Cuando se dio la orden de partir, Rafi Eitan se volvió frío como el hielo. Había meditado todo lo que podía salir mal. Las repercusiones políticas, diplomáticas y, para él, profesionales, serían enormes. También se había preguntado qué iba a pasar si después de capturar a Eichmann intervenía la policía argentina. «Decidí que estrangularía a Eichmann con mis propias manos. Si me apresaban, argumentaría ante los tribunales que se trataba del bíblico ojo por ojo.»

Con fondos del Mossad, El Al, la aerolínea nacional de Israel, había adquirido un avión Britannia para el largo vuelo a Buenos Aires. Rafi Eitan subrayaba: «Mandamos a alguien a Inglaterra a comprarlo. Entregó el dinero y nosotros nos quedamos con el avión. Oficialmente, el vuelo a la Argentina llevaba a la delegación israelí a los festejos del ciento cincuenta aniversario de la Revolución de Mayo. Ninguno de los delegados sabía a qué íbamos ni tampoco que habíamos construido una celda especial en el fondo de la aeronave para llevar a Eichmann».

Rafi Eitan y su equipo llegaron a Buenos Aires el 1 de mayo de 1960. Se mudaron a uno de los siete pisos francos que habían alquilado previamente. Uno de ellos llevaba el nombre hebreo de *Maoz,* «Fortaleza». El apartamento serviría

como base de operaciones. Otra de las viviendas se llamaba *Tira,* «Palacio», y estaba destinada a albergar a Eichmann después de su captura. Las otras servirían en caso de que Eichmann tuviera que ser trasladado debido a la presión policial. Una docena de coches habían sido alquilados para la operación.

Con todo listo, Rafi Eitan se sentía confiado y seguro. Las dudas sobre el fracaso habían desaparecido: la expectativa de la acción se había impuesto a la tensión de la espera. Durante tres días, él y sus hombres mantuvieron una discreta vigilancia sobre Eichmann, que en otro tiempo había viajado en un Mercedes con chofer y ahora tomaba un ómnibus y bajaba en la calle Garibaldi, en las afueras de la ciudad, tan puntualmente como alguna vez había firmado las órdenes para enviar gente a los campos de exterminio.

La noche del 10 de mayo de 1960 eligió para el golpe a un chofer y dos hombres que deberían reducir a Eichmann una vez que estuviera en el coche. Uno de los hombres había sido entrenado para dominar a un individuo en plena calle. Rafi Eitan se sentaría junto al chofer, «listo para ayudar de cualquier manera».

La operación fue planeada para la noche siguiente. A las ocho de la tarde del día 11 de mayo, el equipo del coche entró en la calle Garibaldi.

No había tensión. Todos estaban más allá del bien y del mal. Nada que decir. Rafi Eitan consultó el reloj: eran las ocho y tres minutos. A las ocho y cinco llegó un ómnibus. Vieron apearse a Eichmann. A Rafi Eitan le pareció que «tenía aspecto de cansado, quizá como después de un día de mandar a mi gente a los campos de exterminio».

> La calle estaba vacía. Detrás de mí, oí a nuestro especialista en secuestros abrir la puerta del coche. Marchábamos justo detrás de Eichmann. Iba caminando rápido, como si quisiera llegar pronto a casa para cenar. Podía escuchar la respiración profunda del especialista, tal como se le había enseñado en el entrenamiento. Había logrado bajar el tiempo del rapto a doce segundos. Salir, tomar al objetivo por el cuello y arrastrarlo al interior del coche. Salir, tirón, adentro. El coche se acercó a Eichmann. Apenas tuvo tiempo de darse vuelta y mirar con asombro al especialista que salía del vehículo. El hombre tropezó con el cordón de uno de sus zapatos y estuvo a punto de caer. Por un momento Rafi Eitan quedó anonadado. Había recorrido medio mundo para atrapar al hombre responsable de mandar a seis millones de judíos a la muerte y podían perderlo sólo por un cordón mal atado. Eichmann apretó el paso. Rafi Eitan saltó del coche.
>
> Lo agarré por el cuello con tanta fuerza que vi cómo se le desorbitaban los ojos. Un poco más y lo hubiera estrangulado. El especialista ya estaba de pie, con la puerta del coche abierta. Arrojé a Eichmann al asiento trasero. El especialista entró rápidamente sentándose casi encima de Eichmann. El asunto no duró más de cinco segundos.

Desde el asiento delantero, Eitan percibía la respiración pesada de Eichmann que trataba de recobrar el aliento. El especialista trató de relajarle la mandíbula y Eichmann se calmó. Incluso preguntó qué significaba aquel ultraje.

Nadie le habló. En silencio llegaron a su refugio, a cinco kilómetros de distancia. Rafi Eitan obligó a Eichmann a quitarse la ropa. Luego cotejó sus

medidas con las de un archivo de la SS que había conseguido. No se sorprendió al ver que Eichmann había logrado borrarse el tatuaje de la SS. Pero sus medidas concordaban con las del archivo: el tamaño de la cabeza, la distancia del codo a la muñeca y de la rodilla al tobillo. Tenía a Eichmann encadenado a una cama. Durante diez horas fue dejado en completo silencio. Rafi Eitan «quería aumentar su sensación de desamparo. Justo antes del amanecer, Eichmann cayó en un pozo depresivo. Le pregunté su nombre. Dio su nombre español. Yo dije "no, no, su nombre alemán". Respondió con su alias, el que había usado para escapar de Alemania. Dije otra vez "no, no, no. Su nombre verdadero, su nombre de la SS". Se estiró en la cama como si quisiera ponerse en posición de firme y contestó alto y claro: "Adolf Eichmann". No le pregunté nada más. Ya no era necesario».

Durante los siete días siguientes Eichmann y sus captores permanecieron encerrados en la casa. Sin embargo, nadie hablaba con él. Comía, se bañaba e iba al baño en completo silencio.

Para Rafi Eitan «guardar silencio era más que una necesidad operativa. No queríamos demostrarle a Eichmann que estábamos nerviosos. Eso le habría dado esperanzas. Y la esperanza vuelve peligroso a un hombre acorralado. Necesitaba que se sintiera tan desprotegido como mi gente cuando él la enviaba en tren a los campos».

La decisión de cómo transportarlo al avión de El Al que esperaba para regresar con la delegación estuvo teñida de humor negro. Primero lo vistieron con el uniforme de vuelo sobrante que habían traído de Israel. Luego lo obligaron a beberse una botella de whisky que lo dejó sumido en un estado de profundo sopor.

Rafi Eitan y su equipo se pusieron los uniformes, que rociaron deliberadamente con whisky.

Le colocaron una gorra en la cabeza a Eichmann y lo arrastraron hasta el asiento trasero del coche. Partieron hacia la base militar donde esperaba el Britannia, listo para salir, con los motores encendidos.

A la entrada de la base, los soldados argentinos dieron el alto al vehículo. En el asiento de atrás, Eichmann roncaba. Rafi Eitan rememoró: «El auto olía como una destilería. ¡Ése fue el momento en que ganamos el Oscear del Mossad! Hicimos de judíos borrachos que no podían aguantar el licor argentino. Los guardias parecían divertidos y ni siquiera miraron a Eichmann».

Cinco minutos después de la medianoche del 21 de mayo de 1960, el Britannia despegó con Adolf Eichmann todavía roncando en una celda en la parte de atrás del avión.

Después de un largo juicio, Eichmann fue hallado culpable de crímenes contra la humanidad. El día de su ejecución, el 31 de mayo de 1962, Rafi Eitan se encontraba en el recinto de la prisión de Ramla: «Eichmann me miró y dijo: "Llegará la hora de que me sigas, judío". Yo le contesté: "Pero no es hoy, Adolf, no es hoy". Inmediatamente la trampa se abrió. Eichmann emitió un leve sonido de ahogo. Se percibió el olor de la defecación, luego sólo el sonido de la cuerda al estirarse. Un sonido muy satisfactorio».

Se había construido un horno especial para quemar el cadáver. Al cabo de pocas horas las cenizas habían sido esparcidas en el mar sobre un área extensa. Ben Gurión había ordenado que no quedaran rastros que pudieran alentar a los

simpatizantes de Eichmann a convertirlo en un nazi de culto. Israel lo quería borrado de la faz de la tierra. Después, el horno fue desmantelado y nunca más se usó. Esa noche Rafi Eitan se paró frente al mar, sintiéndose finalmente en paz, «sabiendo que había cumplido mi misión. Ésa es siempre una sensación placentera».

Como jefe adjunto de operaciones del Mossad, el ajetreo de Rafi Eitan lo llevó por toda Europa para encontrar y ejecutar a terroristas árabes. Para esto usaba bombas activadas por control remoto, la Beretta del Mossad y, cuando se requería estricto silencio, sus propias manos para estrangular a su víctima con un alambre de acero o con un golpe letal. Siempre mataba sin remordimientos.

Cuando volvía a casa, pasaba horas en su horno al aire libre, cubierto de chispas, totalmente concentrado en doblegar el metal a su voluntad. Luego se iba otra vez, en viajes que muchas veces requerían varios transbordos antes de llegar al destino final. Para cada viaje elegía una identidad y una nacionalidad diferentes, a las que daba cuerpo con diversos pasaportes robados o falsificados por el Mossad.

Entre matanza y matanza, su otra ocupación era reclutar *sayanim.* Utilizaba un discurso que despertaba el patriotismo de los judíos.

Les decía: «Durante dos mil años nuestro pueblo soñó. Durante dos mil años los judíos hemos rezado por nuestra liberación. En canciones, en prosa, en nuestro corazón hemos mantenido vivo el sueño y el sueño nos había mantenido con vida. Ahora se ha realizado». Luego agregaba: «Para asegurarnos de que continúe, necesitamos a gente como usted».

En los cafés de París, en restaurantes a orillas del Rin, en Madrid, en Bruselas, en Londres, repetía sus dramáticas palabras. La mayoría de las veces, con su visión de lo que significaba ser judío ahora atraía a nuevos colaboradores. Ante quienes dudaban, mezclaba diestramente lo personal y lo político, combinando cuentos de su época en la Haganah con anécdotas cariñosas sobre Ben Gurión y otros líderes. La resistencia que quedaba se derrumbaba.

Pronto tuvo más de cien hombres y mujeres en toda Europa para cumplir sus requerimientos: abogados, maestras, dentistas, médicos, sastres, empleados, amas de casa, secretarias. Tenía un grupo particularmente preferido: los judíos alemanes que habían regresado a su tierra después del holocausto. Rafi Eitan los llamaba sus «espías supervivientes».

Trabajando duro en la caldera del Mossad, Rafi Eitan tuvo el cuidado de distanciarse del politiqueo que continuaba acosando a la comunidad de inteligencia. Por supuesto, sabía lo que pasaba: estaba al tanto de las maniobras del Aman, la inteligencia militar, *y* el Shin Bet por reducir en parte la suprema autoridad del Mossad. Había oído hablar acerca de las camarillas que se formaban y se volvían a formar *y* de los informes secretos que hacían llegar al escritorio del primer ministro. Pero bajo Meir Amit, el Mossad había permanecido firme como una roca y acabado con todos los intentos de mirar su posición privilegiada.

Luego, un día, Meir Amit dejó de estar al frente; sus vigorosas zancadas por los corredores se apagaron junto con su mirada penetrante y aquella sonrisa que

jamás parecía llegar a sus labios. Después de su partida, los colegas habían pedido a Rafi Eitan que les permitiera hacer piña a su favor como sustituto de Amit; según ellos tenía las cualidades necesarias, era popular y contaba con la lealtad del servicio. Pero antes de que Rafi Eitan pudiera decidir, el puesto fue para un candidato del Partido Laborista, el insulso y pedante Zvi Zamir. Rafi Eitan dimitió. No tenía problemas con el nuevo jefe: simplemente le pareció que el Mossad ya no sería un sitio cómodo para él. Bajo las órdenes de Meir Amit, se había despachado a sus anchas; pensó que Zamir haría «las cosas sólo según el reglamento. Eso no era para mí».

Rafi Eitan se estableció como asesor privado. Ofreció su experiencia a compañías que tenían que reforzar la seguridad o a individuos ricos que necesitaban personal entrenado que los defendiera de actos terroristas.

Pero el trabajo escaseó pronto. Rafi Eitan hizo saber que estaba listo para reincorporarse al camino vertiginoso del servicio de inteligencia.

Cuando Yitzhak Rabin llegó a primer ministro en 1974, nombró jefe del Mossad a Yitzhak Hofi, un hombre agresivo y comprometido que debía responder ante el halcón Ariel Sharon, consejero de Rabin en materia de defensa. Sharon no tardó en hacer de Eitan su asistente personal. Hofi se encontró trabajando con un hombre que compartía con él una actitud despiadada en las operaciones de inteligencia.

Tres años más tarde, en otro recambio de Gobierno, un nuevo primer ministro, Menahem Begin, nombró a Rafi Eitan consejero personal sobre cuestiones de terrorismo. La primera acción de Eitan fue matar a los palestinos que habían organizado la masacre de once atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich. Los asesinos materiales ya habían sido ejecutados por el Mossad.

El primero en morir estaba en el vestíbulo del edificio de apartamentos donde residía; en Roma, y fue acribillado a quemarropa; recibió once balazos, uno por cada atleta asesinado. Cuando el siguiente terrorista levantó el auricular del teléfono de su piso de París, una bomba colocada en el receptor y activada por control remoto le voló la cabeza. Otro terrorista dormía en un cuarto de hotel en Nicosia cuando fue desintegrado por una bomba similar. Para crear pánico entre los miembros de Septiembre Negro, la organización que había asesinado a los atletas, los *sayanim* árabes del Mossad publicaron sus esquelas en los periódicos y sus familias recibieron flores y tarjetas de pésame poco *antes* de que cada uno de ellos fuera ejecutado.

Rafí Eitan se dispuso a encontrar y eliminar a su jefe, Ali Hassan Salameh, conocido en todo el mundo árabe como el Príncipe Rojo. Desde Munich se había desplazado de una capital árabe a otra para enseñar estrategia a grupos terroristas. Una *y* otra vez, cuando Rafi Eitan estaba listo para dar el golpe, el Príncipe Rojo se escabullía. Pero finalmente se estableció entre los fabricantes de bombas de Beirut. Rafi Eitan conocía bien la ciudad. No obstante, decidió refrescar su memoria. Actuando como un comerciante griego, viajó al Líbano. A los pocos días conocía el paradero y los movimientos de Salameh.

Eitan regresó a Tel Aviv e hizo sus planes. Tres agentes del Mossad que podían pasar por árabes cruzaron al Líbano y entraron en la ciudad. Uno de ellos

alquiló un coche. El segundo sujetó una serie de bombas al chasis, el techo y los paneles de las puertas. El tercer agente estacionó el vehículo en la ruta que el Príncipe Rojo tomaba para ir a su oficina todos los días. Con los relojes de precisión que Rafi Eitan les había proporcionado, el auto quedó preparado para explotar justo en el momento en que pasara Salameh. Y así fue: el hombre voló en pedazos.

Rafi Eitan había demostrado que jugaba nuevamente en el terreno de la inteligencia israelí. Pero el primer ministro Begin decidió que era demasiado valioso para arriesgarlo en parecidas aventuras. Le ordenó que se limitara a ser su asesor.

Pero él deseaba estar en medio de la acción, no varado detrás de un escritorio o asistiendo a una interminable sucesión de reuniones estratégicas. Empezó a importunar a Begin para que le diera algo que hacer. Después de algunas dudas, ya que Eitan era un excelente consejero en cuestiones de antiterrorismo, Begin lo nombró para uno de los cargos más delicados de la comunidad de inteligencia; un cargo que lo satisfaría intelectualmente y le permitiría poner manos a la obra. Fue nombrado director de la Oficina de Enlace Científico, conocida por su sigla hebrea como LAKAM.

Creada en 1960, había funcionado como unidad de espionaje del Ministerio de Defensa para obtener datos científicos «por todos los medios disponibles». En un principio eso había significado robar o sobornar para conseguir información. Desde el principio, el trabajo de LAKAM había sido entorpecido por la hostilidad del Mossad, que consideraba esa unidad el «chico nuevo del barrio». Isser Harel y Meir Amit habían tratado de que LAKAM se cerrara o fuera absorbida por el Mossad. Pero Shimon Peres, ministro de Defensa, había insistido tercamente en que su ministerio necesitaba una agencia de información propia. Lenta y laboriosamente, LAKAM había desarrollado sus actividades y abierto oficinas en Nueva York, Boston y Los Angeles, centros punteros de la ciencia. Todas las semanas, el personal de LAKAM embarcaba puntualmente cajas y publicaciones técnicas hacia Israel, sabiendo que el FBI mantenía sus actividades bajo vigilancia.

Esta vigilancia se acrecentó a partir de 1968, cuando uno de los ingenieros que construía el caza Mirage IIIC francés fue descubierto después de haber robado más de doscientos mil planos. Se lo condenó a cuatro años y medio de prisión por haber proporcionado a LAKAM los datos para construir su propia réplica del Mirage. Desde entonces LAKAM no había tenido otros grandes éxitos.

Para Rafi Eitan el recuerdo del golpe del Mirage fue un factor decisivo. Lo que se había logrado antes podía volver a lograrse. Se haría cargo de un LAKAM moribundo y lo transformaría en una fuerza para ser tenida en cuenta.

Trabajando en modestas oficinas, en un lugar apartado de Tel Aviv, hizo saber a su gente, impresionada por estar al mando de una figura legendaria, que sus conocimientos científicos eran en el mejor de los casos pobres. Pero añadió que aprendía rápido.

Se sumergió en el mundo de la ciencia, buscando blancos potenciales. Dejaba su casa al amanecer y a menudo regresaba después de medianoche con paquetes de informes técnicos que leía durante horas. Le quedaba poco tiempo libre para dedicarse a la escultura de chatarra. En los escasos momentos que le

dejaba la gran cantidad de datos que debía asimilar, restableció contacto con su antiguo servicio, el Mossad, cuyo nuevo director, Nahum Admoni, como Eitan, albergaba profundas sospechas acerca de las intenciones de Estados Unidos en Oriente Medio. De cara a la galería, Washington continuaba manifestando su abierto compromiso con Israel y la CÍA mantenía abierto el canal de comunicación que Isser Harel y Dulles habían establecido. Pero Admoni se quejaba de que la información proveniente de esa fuente tenía escasa importancia.

También estaba preocupado por los informes de sus agentes y colaboradores residentes en Washington. Habían descubierto discretas reuniones entre funcionarios de alto rango del Departamento de Estado y algunos líderes árabes cercanos a Yasser Arafat en las que se discutía la manera de presionar a Israel para que flexibilizara su posición frente a las exigencias palestinas. Admoni le dijo a Eitan que ya no podía considerar a Estados Unidos «un amigo en las buenas y en las malas».

Esta actitud se vio *reforzada* por un incidente que golpearía el sentimiento de invulnerabilidad norteamericano más que ningún otro evento desde la guerra de Vietnam.

En agosto de 1983, los agentes del Mossad descubrieron que se planeaba un ataque contra las fuerzas norteamericanas en Beirut, enviadas por la ONU para preservar la paz. Los agentes habían identificado un camión Mercedes Benz cargado con media tonelada de explosivos. Según los convenios, el Mossad tendría que haber pasado la información a la CÍA.

Pero en una reunión celebrada en el cuartel general del Mossad, se comunicó al personal que «debía asegurarse de que nuestra gente vigile el camión. En cuanto a los yanquis, no estamos aquí para protegerlos. Pueden hacer su propio trabajo. Si empezamos a hacer demasiado por los yanquis estaremos cagando en nuestro propio umbral».

El 23 de octubre de 1983, mientras era seguido de cerca por los agentes del Mossad, el camión se estrelló a toda velocidad contra el cuartel del Octavo Batallón de Infantería de Marina estacionado en Beirut. Doscientos cuarenta y un soldados norteamericanos murieron.

La reacción de los altos cargos del Mossad, según el ex oficial Víctor Ostrovsky fue: «Querían meter sus narices en este asunto del Líbano, pues que paguen las consecuencias».

Esta actitud había animado a Rafi Eitan a pensar seriamente en concentrarse en Estados Unidos. Su comunidad científica era la más avanzada del mundo y su tecnología militar no tenía parangón. Para LAKAM, echar mano a alguno de esos datos habría sido un golpe tremendo. El primer obstáculo que habría que superar sería encontrar un informante lo suficientemente bien situado como para aportar el material.

Con la colaboración de los *sayanim* norteamericanos que había ayudado a reclutar estando en el Mossad, corrió la voz de que necesitaba a alguien de Estados Unidos, con conocimientos científicos y proisraelí. Durante meses, nada pasó.

Luego, en abril de 1984, Aviem Sella, un coronel de las Fuerzas Aéreas israelíes que se encontraba de permiso para estudiar informática en la Universidad de Nueva York, asistió a la fiesta de un rico ginecólogo judío en el East Side de

Manhattan. Sella se había convertido en una especie de estrella de la comunidad judía de la ciudad por ser el piloto que tres años antes había dirigido el ataque en el que se destruyó un reactor nuclear en Irak.

En la fiesta había un joven reservado, de sonrisa tímida, que no se sentía demasiado cómodo entre el grupo de doctores, abogados y banqueros. Le dijo a Sella que se llamaba Jonathan Pollard y que se encontraba allí con la única intención de conocerlo. Avergonzado por la adulación, Sella le dio conversación educadamente. Ya estaba a punto de marcharse cuando Pollard le reveló que no sólo que era un sionista comprometido sJno que trabajaba para ía inteligencia naval estadounidense. Inmediatamente, el astuto Sella averiguó que Pollard estaba destinado en el Centro de Alerta Antiterrorista, uno de los más secretos de la Marina, en Suitland, Maryland. Una de las tareas de Pollard consistía en el seguimiento de todo el material secreto sobre las actividades terroristas a nivel mundial. Tan importante era su trabajo que contaba con el acceso de seguridad más alto de la inteligencia norteamericana.

Seíía no podía creer lo que estaba oyendo, especialmente cuando Pollard empezó a darle detalles concretos sobre incidentes en los que Vos servicios norteamericanos no habían colaborado con los israelíes. Sella empezó a preguntarse si Pollard no sería parte de una operación del FBI para reclutar a un israelí.

Sin embargo, había algo en el vehemente Pollard que inspiraba confianza. Esa noche, Sella llamó a Tel Aviv y habló con su comandante en el servicio de inteligencia de las Fuerzas Aéreas. El oficial pasó la llamada al jefe del Estado Mayor. Se le ordenó profundizar en su relación con Pollard.

Empezaron a encontrarse: en la pista de hielo de la plaza Rockefeller, en un café de la calle 48, en Central Park. En cada ocasión, Pollard le entregaba documentos secretos para confirmar la verdad de lo que decía. Sella enviaba el material a Tel Aviv, disfrutando la emoción de formar parte de una importante operación de inteligencia. De modo que quedó bastante sorprendido cuando le comunicaron que el Mossad lo sabía todo sobre Pollard; se había ofrecido para espiar dos años antes y había sido rechazado por «inestable». Un *katsa* de Nueva York lo había descrito como «un hombre solitario [...] con una visión distorsionada sobre Israel».

Reacio a abandonar su papel en una operación ciertamente más excitante que estar sentado en una clase frente a un ordenador, Sella buscó la manera de mantener el asunto en marcha. Durante su estancia en Nueva York había conocido al agregado científico en el consulado de Israel. Se llamaba Yosef Yagur y era el hombre de Rafi Eitan para todas las operaciones de LAKAM en Estados Unidos.

Sella invitó a Yagur a cenar con Pollard. Durante la comida, Pollard repetía que se negaba información a Israel para que se defendiera de los terroristas porque Estados Unidos no deseaba arruinar sus relaciones con los productores de petróleo árabes.

Esa noche, utilizando un teléfono seguro del consulado, Yagur telefoneó a Eitan. Era muy temprano en Tel Aviv pero Rafi Eitan se encontraba trabajando en su oficina. Casi amanecía cuando colgó el teléfono. Estaba feliz: ya tenía a su informador.

Durante los tres meses siguientes Yagur y Sella frecuentaron a Pollard y su futura esposa, Anne Henderson. Los llevaron a restaurantes caros, espectáculos de Broadway, estrenos de cine. Pollard seguía entregando información valiosa. Rafi Eitan no podía más que maravillarse de la calidad del material. Decidió que había llegado el momento de conocer a su fuente.

En noviembre de 1984, Sella y Yagur invitaron a Pollard y Henderson a viajar a París con todos los gastos pagados. Yagur le dijo a Pollard que el viaje era «una pequeña recompensa por todo lo que estaba haciendo por Israel». Volaron juntos en primera clase; los recogió un coche con chófer que los condujo al hotel Bristol. Rafi Eitan estaba esperándolos.

Al final de la velada Eitan había hecho los arreglos necesarios para que Pollard continuara su tarea de espionaje. Las cosas ya no seguirían siendo improvisadas. Sella, cumplido su papel, desaparecería de la escena. Yagur se convertiría en el contacto oficial de Pollard. Se planeó un sistema adecuado para la entrega de documentos. Pollard los entregaría en el apartamento de Irit Erb, una secretaria de la embajada en Washington. Habían instalado, en la cocina de su casa, una fotocopiadora de alta velocidad para duplicar el material. Las visitas se intercalarían con idas a diferentes túneles de lavado. Mientras lavaban el coche de Pollard, éste entregaría los documentos a Yagur, cuyo coche también estaría siendo lavado. Debajo del tablero habría una copiadora a pilas. El apartamento[1] de Erb y los túneles de lavado estaban cerca del aeropuerto internacional de Washington, de modo que Yagur podía volar rápido desde Nueva York, ida y vuelta y, desde el consulado, transmitir el material a Tel Aviv con absoluta seguridad.

Rafi Eitan regresó a Tel Aviv a esperar los resultados. Excedieron sus más delirantes expectativas: detalles del envío de armas rusas a Siria y otros países árabes, incluida la ubicación precisa de los misiles SS-21 y SA-5; mapas y fotografías de satélite de los arsenales iraquíes, sirios e iraníes, incluida la ubicación de las plantas de fabricación de armas químicas.

Rafi Eitan se hizo una idea inmediata de los métodos de espionaje de Estados Unidos, no sólo en Oriente Medio sino también en Sudáfrica. Pollard había entregado informes de agentes de la CÍA que proporcionaban un plano global de la red de espionaje en todo el país. Uno de los documentos contenía un informe detallado de cómo Sudáfrica había detonado un artefacto nuclear, el 14 de septiembre de 1979, al sur del océano Indico. El Gobierno de Pretoria se había apresurado a negar que la nación se hubiera convertido en una potencia nuclear. Rafi Eitan logró que el Mossad distribuyera copias del material sobre Sudáfrica y destruyó prácticamente la red de la CÍA. Doce agentes se vieron forzados a abandonar precipitadamente el país.

Durante los once meses siguientes continuó desvalijando a la inteligencia norteamericana. Más de mil documentos secretos fueron pasados a Israel. Allí, Rafi Eitan los devoraba antes de entregarlos al Mossad. Los datos permitieron a Nahum Admoni advertir al Gobierno de coalición de Shimon Peres de qué modo responder a las políticas norteamericanas en Oriente Medio, de una manera antes imposible. Un taquígrafo de las reuniones dominicales del Gabinete aseguró que «oír a Admoni resultaba casi como estar sentado en el despacho oval. No sólo conocíamos los últimos pensamientos de Washington acerca de nuestros asuntos

sino que teníamos suficiente tiempo para responder antes de tomar una decisión».

Pollard se había convertido en un factor crucial en los misterios políticos de Israel y en los vericuetos de la toma de decisiones. Rafi Eitan autorizó la emisión de un pasaporte israelí para Pollard a nombre de Danny Cohén y le asignó una generosa suma mensual. A cambio, le pidió a Pollard información sobre las escuchas secretas de la Agencia Nacional de Seguridad norteamericana en Israel y los métodos de espionaje electrónico en la embajada israelí en Washington y sus otras sedes diplomáticas en todo el país.

Antes de que Pollard pudiera obtener la información fue arrestado, el 21 de noviembre de 1985, en el exterior de la embajada de Israel en Washington. Horas más tarde, Yagur, Sella y el secretario de la embajada habían tomado un avión de El Al, antes de que el FBI pudiera detenerlos. En Israel desaparecieron entre los brazos protectores de la comunidad de inteligencia. Pollard fue sentenciado á cadena perpetua y su mujer, a cinco años.

En 1999 Pollard se sintió reconfortado por los esfuerzos incansables de los grupos judíos para liberarlo. La Conferencia de Organizaciones Judías Americanas, un consorcio de más de cincuenta grupos, había mantenido una campaña sostenida para que lo dejaran libre sobre la base de que no había cometido alta traición contra Estados Unidos «porque Israel era y sigue siendo un aliado». Grupos religiosos, igualmente influyentes, tales como la Unión de Congregaciones Hebreas y la Unión Ortodoxa, prestaron su apoyo. El profesor de derecho en Harvard, Alan M. Dershowitz, que había sido abogado de Pollard, dijo que nada demostraba que Pollard hubiera puesto en peligro «la capacidad de inteligencia de la nación ni traicionado datos de inteligencia internacionales».

Alarmada por lo que consideraba una hábil campaña de relaciones públicas orquestada desde Israel, la comunidad de inteligencia norteamericana dio un paso inusual. Salió al paso de la opinión pública y expuso los hechos sobre la traición de Pollard. Fue una decisión audaz y peligrosa. No sólo echaría luz sobre materiales delicados sino que movilizaría al cada vez más poderoso *lobby* judío contra ellos. Se había visto lo ocurrido con otros en la frenética atmósfera de Washington. Cualquier reputación podía ser discretamente empañada durante un cóctel diplomático o en una tranquila cena en Georgetown.

Los servicios secretos temían que Clinton «en uno de sus arranques quijotescos», según me relató un oficial de la CÍA, pusiera en libertad a Pollard antes de que terminara su mandato, si con eso se aseguraba de que Israel participara en un acuerdo de paz que le supusiera un último éxito en política exterior. El director de la CÍA en el momento de escribir este libro, George Tenet, le advirtió que «la liberación de Pollard va a desmoralizar a la comunidad de inteligencia». Clinton se limitó a responder: «Ya veremos, ya veremos».

En Tel Aviv, Rafi Eitan ha seguido de cerca cada movimiento y dicho a sus amigos «que cuando llegue el día en que Pollard salga hacia Israel, me encantaría tomar una taza de café con él».

Entretanto, Eitan siguió regocijándose por el éxito de otra operación montada contra Estados Unidos que llevó a Israel a convertirse en la primera potencia nuclear de Oriente Medio.

5

La espada nuclear de Gedeón

En 1945, en la oscuridad de un cine de Tel Aviv, Rafi Eitan había visto nacer la era nuclear sobre Hiroshima. Mientras los soldados que lo rodeaban silbaban y festejaban frente a las imágenes del noticiero que mostraban la devastación de la ciudad japonesa, tuvo sólo dos pensamientos: ¿Podría Israel poseer alguna vez un arma tan poderosa? ¿Y si sus vecinos árabes la conseguían primero?

De vez en cuando, a lo largo de los años, había vuelto a plantearse esas preguntas. De tener Egipto una bomba atómica hubiera ganado la guerra de Suez y no habría estallado la guerra de los Seis Días o la del Yom Kippur. Israel se hubiera convertido en un desierto radiactivo. Con un arma nuclear, Israel sería invencible.

En esos días, para un agente cuyo trabajo consistía principalmente en matar terroristas, tales preguntas tenían solamente un interés académico y responderlas era cosa de otros. Sin embargo, cuando se hizo cargo de LAKAM, comenzó a considerar el asunto seriamente. Ahora tenía sólo una pregunta: ¿Cómo podía contribuir a que Israel dispusiera de un escudo nuclear?

Leyendo toda la noche, fortalecido por las cuarenta cápsulas de vitaminas que tomaba por día, descubrió de qué modo los políticos y los científicos israelíes estaban divididos en lo referente a la cuestión nuclear. En los archivos encontraba detalles de airadas reuniones de Gabinete, amargos monólogos de los científicos y siempre, la imponente voz del primer ministro Ben Gurión, abriéndose paso entre la angustia, las protestas y las interminables argumentaciones.

El problema había comenzado en 1956, año en que Francia envió un reactor de veinticuatro megavatios a Israel. Ben Gurión anunció que su propósito era crear una «estación de bombeo» para convertir el desierto «en un paraíso agrícola desalinizando casi cinco mil millones de metros cúbicos de agua de mar por año».

El anuncio tuvo como consecuencia la renuncia de seis de los siete miembros de la Comisión de Energía Atómica israelí bajo pretexto de que el reactor se convertiría «en el precursor del oportunismo político que va a unir al mundo en contra de nosotros». Los estrategas militares los apoyaron. Yigal Allon, héroe de la guerra de la independencia, condenó radicalmente «la opción nuclear»; Yitzhak Rabin, que pronto se convertiría en jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas fue igualmente explícito en su protesta. Incluso Ariel Sharon, líder de los halcones israelíes, se opuso con vehemencia al proyecto de un arsenal nuclear porque

«tenemos el mejor ejército convencional de la región».

Ignorando toda oposición, Ben Gurión ordenó que el reactor fuera emplazado en el desierto del Negev, cerca del desolado asentamiento de Dimona. Antaño posta de caravanas en la ruta entre El Cairo y Jerusalén, Dimona se había convertido en un lugar olvidado por el tiempo. Pocos mapas marcaban su posición en el desierto, al sur de Tel Aviv. Pero de entonces en adelante, a ningún cartógrafo le sería permitido precisar el sitio donde Israel daba sus primeros pasos hacia la era nuclear

La cúpula plateada de Dimona, que servía de refugio al reactor, se levantaba sobre el calor del desierto. Kirya le Mehekar Gariny, el nombre hebreo de Dimona, daba empleo a más de 2.500 científicos y técnicos. Trabajaban dentro de la planta más fortificada de la tierra. La arena que rodeaba el perímetro cercado era revisada continuamente en busca de rastros de intrusos. Los pilotos sabían que cualquier aeronave que volara dentro de una zona de exclusión de ocho kilómetros podía ser derribada. Los ingenieros habían excavado una cámara a veinticinco metros de profundidad para albergar el reactor, parte de un complejo subterráneo conocido como Machon-Dos. En el centro se encontraba la planta separadora-reprocesadora que había sido embarcada en Francia como «maquinaria textil».

Por sí solo, el reactor no podía proporcionar a Israel una bomba nuclear. Para producirla se necesitaba material radiactivo, uranio o plutonio. El pequeño grupo de potencias nucleares había acordado no proporcionar más de un gramo de estas sustancias a nadie que no perteneciera al «club». Imponente como parecía, el reactor de Dimona era poco más que un adorno hasta que recibiera aquellos materiales.

Tres meses después de instalado el reactor, fue abierta una pequeña compañía procesadora de materiales nucleares en una vieja acería de la segunda guerra mundial, en el desabrido pueblo de Apollo, Pensilvania. La compañía se llamaba Numec. Su principal ejecutivo era el doctor Salman Shapiro.

En la base de datos del ordenador de LAKAM con la lista de judíos norteamericanos destacados en ciencias, Shapiro figuraba también como un importante recaudador de fondos para Israel. Rafi Eitan supo que había encontrado una respuesta potencial para que Dimona obtuviera material radiactivo. Ordenó una investigación completa sobre los antecedentes de Shapiro y todo el personal de la corporación. La investigación le fue encargada al *katsa* de Washington.

Iniciado el proceso, Rafi Eitan se encontró inmerso en una historia que conectaba el calor del desierto de Dimona con los fríos corredores de la Casa Blanca.

Entre los datos que había enviado el agente de Washington había una copia de un memorando redactado el 20 de febrero de 1962 por la Comisión Nacional de Energía Atómica en el que advertía duramente a Shapiro que «cualquier falta de la compañía al cumplimiento de las normas de seguridad sería punible según la ley,

incluidas el Acta de Energía Atómica de 1954 y las leyes de espionaje».

La amenaza aumentó la sensación de Rafi Eitan de que había encontrado el camino hacia la industria nuclear norteamericana. Numec parecía ser una compañía no sólo con escasa seguridad sino también con un manejo relajado de los libros y una gerencia que dejaba mucho que desear para cualquier sabueso nuclear norteamericano. Esas mismas deficiencias la convertían en un blanco atractivo.

Hijo de un rabino ortodoxo, Salman Shapiro poseía una brillantez que lo había hecho llegar lejos. Se había doctorado en química en la Universidad Johns Hopkins a la edad de veintiocho años. Su capacidad de trabajo lo había convertido en un miembro importante del equipo de investigación y desarrollo en el laboratorio de la Westinghouse. La compañía tenía un contrato de la Marina norteamericana para la fabricación de reactores destinados a submarinos. Los datos sobre la familia de Shapiro indicaban que algunos de sus parientes eran víctimas del holocausto y que él mismo «con su típica discreción» había enviado fondos al Instituto Tecnológico de Haifa para la enseñanza de ciencia e ingeniería. En 1957, Shapiro dejó la Westinghouse y fundó la Numec. La empresa contaba con veinticuatro accionistas, todos partidarios de Israel. Shapiro se encontró a la cabeza de una pequeña compañía en una industria despiadada. Sin embargo, Numec había logrado varios contratos para recuperar uranio enriquecido, un proceso que normalmente conllevaba una cierta pérdida de material. No había manera de decir qué cantidad se perdía ni en qué momento. La noticia hizo que Rafi Eitan tragara vitaminas con renovado entusiasmo.

Sabía hasta qué punto la ya tensa relación entre Estados Unidos e Israel por la pretensión del Estado judío de convertirse en potencia nuclear se había deteriorado con la visita de Ben Gurión a Washington en 1960. En una serie de reuniones con funcionarios del Departamento de Estado, se le advirtió claramente que la aspiración de Israel de contar con armas nucleares influiría en el equilibrio de poderes en Oriente Medio. En febrero de 1961, el presidente Kennedy escribió a Ben Gurión para sugerirle que Dimona fuese inspeccionada periódicamente por inspectores de la Agencia Internacional de Energía Atómica.

Alarmado, Ben Gurión voló a Nueva York a encontrarse con Kennedy en el Waldorf Astoria. El líder israelí estaba muy preocupado por lo que estimaba «implacables presiones norteamericanas». Pero Kennedy se mantuvo firme: debía hacerse una inspección. Ben Gurión cedió, tratando de disimular su contrariedad. Volvio a casa convencido de que «un católico en la Casa Blanca es mal negocio para los judíos». El primer ministro se volvió hacia el único hombre en quien podía confiar en Washington, Abraham Feinberg, un sionista partidario de las aspiraciones nucleares de Israel.

Por un lado, el neoyorquino era el principal recaudador de fondos judío para el Partido Demócrata. Feinberg no ocultó sus intenciones al juntar millones de dólares para la campaña: cada dólar estaba destinado a que el partido apoyara a Israel en el Congreso. También había aportado discretamente millones de dólares para crear Dimona. El dinero llegó en cheques de caja al Banco de Israel en Tel Aviv, para evitar la injerencia del control de cambio israelí. Ben Gurión le dijo a Feinberg: «Trate de que el muchacho se sitúe: que entienda la realidad de la vida».

El método de Feinberg consistió en una directa presión política, del mismo tipo que había enfurecido a Kennedy cuando estaba en campaña. En aquel entonces, Feinberg le dijo francamente: «Estamos dispuestos a pagar sus cuentas si nos deja el control de su política en Oriente Medio». Kennedy había prometido darle a Israel todas las oportunidades posibles. Feinberg había acordado una contribución inicial de quinientos mil dólares para la campaña y «más para después».

Ahora usaba el mismo acercamiento directo: si el presidente Kennedy insistía en el asunto de la inspección a Dimona, «no podría contar con el apoyo financiero de los judíos en la próxima campaña electoral». Un refuerzo poderoso vino en su auxilio. El secretario de Estado, Robert S. McNamara, le dijo a Kennedy que podía «entender por qué Israel quiere una bomba nuclear».

Sin embargo, Kennedy estaba decidido e Israel tuvo que aceptar una inspección en Dimona. En el último momento, el presidente hizo dos concesiones. A cambio del acceso a Dimona, Estados Unidos vendería a Israel misiles Halcón tierra-aire, por entonces el arma de defensa más moderna del mundo. Y la inspección no sería llevada a cabo por una comisión internacional sino por un equipo norteamericano, que anunciaría su llegada con semanas de antelación.

Rafi Eitan se entusiasmaba contando detalladamente cómo los israelíes habían engañado a los inspectores norteamericanos.

Un centro de operaciones falso fue construido sobre el verdadero en Dimona, con paneles de control y medidores informatizados, que estimaban la producción de un hipotético reactor ocupado en un programa de riego para convertir el Negev en pastos exuberantes. El área que contenía el agua pesada, traída de contrabando desde Noruega y Francia, fue colocada fuera de los límites de la inspección «por razones de seguridad personal». El volumen de agua pesada hubiera sido la prueba de que el reactor estaba siendo preparado para otros fines.

Cuando llegaron los norteamericanos, los israelíes se sintieron aliviados al descubrir que ninguno de ellos hablaba hebreo. Disminuía aún más la posibilidad de que los inspectores descubrieran las verdaderas intenciones de Dimona.

El escenario estaba listo para Rafi Eitan.

Lograr acceso a la planta de Numec fue relativamente fácil. La embajada de Israel en Washington pidió permiso a la Comisión de Energía Atómica para que «un equipo de nuestros científicos visitara la planta para entender mejor las preocupaciones de los inspectores en el reciclado de los residuos nucleares». La autorización fue concedida, aunque el FBI estaba llevando a cabo una operación de vigilancia sobre Shapiro para descubrir si había sido reclutado como espía por Israel.

No lo había sido, ni lo sería nunca. Rafi Eitan se sentía satisfecho de que Shapiro fuera un auténtico patriota, un sionista que creía en el derecho de Israel a defenderse de sus enemigos. Shapiro no sólo era rico por herencia familiar e inversiones en el mercado bursátil, sino que su fortuna personal se había incrementado largamente con las ganancias de Numec. De todos modos, al contrario que Jonathan Pollard, Shapiro no era un traidor: su amor por Estados Unidos era manifiesto. Rafi Eitan sabía que incluso el intento de reclutarlo sería contraproducente; Shapiro debía permanecer fuera de la operación que empezaba a cristalizar en su mente.

No obstante, algunos riesgos eran inevitables. Para saber más acerca de

Numec, Eitan había enviado a dos agentes de LAKAM hasta Apollo: Abraham Hermoni, cuya cobertura diplomática en la embajada era la de «consejero científico» y Jeryham Kafkafi, un *katsa* que operaba en Estados Unidos como escritor independiente sobre temas científicos.

Ambos agentes recorrieron la planta de reciclado, pero no se les permitió tomar fotos. Shapiro señaló que sería una transgresión de las normas de la Comisión de Energía Atómica. Los agentes se llevaron la impresión de que Shapiro era cálido pero, en opinión de Hermoni, «un hombre que estaba en otra cosa».

Rafi Eitan decidió que ya era hora de viajar a Apollo. Reunió un grupo de «inspectores», que incluía a dos científicos de Dimona con conocimientos especializados en el tratamiento de residuos nucleares. Otro miembro del equipo constaba como director del «Departamento de Electrónica de la Universidad de Tel Aviv, Israel». No existía tal cargo en el campus: el hombre era un oficial de seguridad de LAKAM cuya tarea consistiría en encontrar el modo de robar los residuos nucleares de Numec. Hermoni también formaba parte de él: su trabajo sería señalar las áreas de escasa seguridad que había descubierto durante su visita previa. Rafi Eitan viajaba con su propio nombre como «consejero científico del primer ministro de Israel».

Los delegados recibieron la aprobación de la embajada norteamericana en Tel Aviv y se les dio el permiso. Rafi Eitan les advirtió que estarían bajo vigilancia del FBI desde el momento en que aterrizaran en Nueva York. Pero sorprendentemente, sus ojos experimentados no vieron prueba alguna de ello.

La llegada de los israelíes a Apollo coincidió con el regreso de Shapiro de una gira por las universidades norteamericanas en busca de científicos «amistosos» con Israel que quisieran ir a ese país para ayudarlo a «solucionar sus problemas técnicos y científicos». El se haría cargo de todos sus gastos y compensaría cualquier disminución de sus sueldos.

Durante la estancia en Apollo, Eitan y su equipo se alojaron en un motel y pasaron la mayor parte del tiempo en la planta de Numec, estudiando los problemas de convertir hexafluoruro de uranio gaseoso en uranio altamente enriquecido. Shapiro explicó que la Comisión de Energía Atómica los obligaba a pagar multas por cada gramo de material enriquecido que no pudiera contabilizarse.

Rafi Eitan y sus espías abandonaron Apollo tan sigilosamente como habían llegado.

- Lo que siguió sólo puede deducirse de los informes del FBI y aun así quedan sin responder inquietantes preguntas sobre las sospechas de Shapiro acerca de lo que había detrás de la visita de Eitan. Un informe del FBI declaraba que, un mes después de que los israelíes se hubieran marchado, Numec se asoció con el Gobierno de Israel en un negocio descrito como «la pasteurización de comida y la esterilización de materiales médicos por medio de radiación».

Otro informe incluye la queja de que «con un cartel de advertencia pegado a cada contenedor que alertaba sobre su contenido radiactivo, nadie se atrevía a abrirlos o revisarlos y nadie estaba dispuesto a permitirnos hacerlo».

La razón de la negativa se debía a que la embajada de Israel había dejado bien claro al Departamento de Estado que ante cualquier intento de inspeccionar los contenedores éstos serían puestos bajo inmunidad diplomática. El Departamento

de Estado llamó al Departamento de Justicia y advirtió sobre las consecuencias diplomáticas que produciría quebrar tal inmunidad. Todo lo que los burlados agentes del FBI podían hacer era observar cómo se llevaban los contenedores en aviones de carga de El Al desde el aeropuerto Idleward.

A pesar de sus esfuerzos, el jefe del cuartel de la CÍA en Tel Aviv, John Hadden, dijo que no podía afirmar que los contenedores terminaran en Dimona. El FBI contabilizó nueve envíos en los seis meses siguientes a la visita de Rafi Eitan. Notaban que los contenedores llegaban al anochecer y partían antes del amanecer. Iban cuidadosamente recubiertos de plomo, necesario para transportar uranio enriquecido, y cada uno etiquetado con un sello en hebreo que señalaba Haifa como su destino final.

En varias ocasiones los agentes vieron «chimeneas», bidones para almacenar uranio enriquecido, colocadas en contenedores de acero en el patio de carga de Numec. Cada chimenea llevaba un número que indicaba que provenía de las bóvedas de alta seguridad de la compañía. Pero el FBI nada podía hacer. Un informe hablaba de la presión política del Departamento de Estado para no desencadenar un incidente diplomático. «Al cabo de diez meses, los embarques cesaron abruptamente. El FBI supuso que, para entonces, ya había llegado a Dimona suficiente cantidad de material radiactivo». Durante las entrevistas a Shapiro que la agencia llevó a cabo posteriormente, éste negó que hubiera facilitado a Israel materiales para la fabricación de bombas atómicas. El FBI anotó que su registro de archivos de la compañía mostraba que había una discrepancia en la cantidad de material procesado. Shapiro insistió en que la explicación más lógica para la «pérdida» de uranio era que se hubiera filtrado en el suelo o desvanecido en el aire. Faltaban cincuenta kilos de material. Shapiro nunca fue acusado de ningún crimen.

En años posteriores Rafi Eitan tenía disculpa si pensaba que era fácil robar materiales atómicos después de la caída de la Unión Soviética. Prueba de esto fue el incidente que tuvo lugar en el aeropuerto Sheremeteyevo de Moscú, el 10 de agosto de 1994.

A las 12.45 del mediodía, Justiano Torres, sobriamente vestido con un traje gris de ejecutivo, llegó deliberadamente tarde para el vuelo 3369 de Lufthansa a Munich. A pesar de su fuerza física, transpiraba bajo el peso de una flamante maleta Delsey de cuero negro.

Torres sacó su billete de primera clase y sonrió a la empleada. La sonrisa quedó grabada por la cámara instalada detrás del escritorio para registrar todos sus movimientos.

Otras cámaras lo habían filmado durante meses. Guardados en cintas estaban sus encuentros con un científico ruso despedido, Igor Tashanka: sus citas en los parques, sus paseos en bote por el río Moscú y, finalmente, la reunión en que Tashanka le entregó la maleta y recibió a cambio 5.000 dólares. En todos los sentidos Torres había hecho un negocio fabuloso: la maleta contenía material radiactivo.

Justiano Torres era el correo de un cartel colombiano de la droga que había ampliado horizontes con un tráfico aún más letal. La maleta contenía, en

recipientes sellados, los doscientos gramos de plutonio 239 que Tashanka le había vendido. Tenían un valor de 50 millones de dólares. El plutonio era tan peligroso que aun el contacto con una partícula microscópica habría sido fatal. Lo que había en la maleta era suficiente para armar una pequeña bomba atómica.

Para Uri Saguy, jefe de la inteligencia militar israelí, la perspectiva constituía «la pesadilla de cualquier persona con dos dedos de frente: un grupo terrorista con acceso a suficiente material atómico como para devastar Tel Aviv o cualquier otra ciudad. En el trabajo diario de inteligencia, el problema de la amenaza nuclear es de máxima prioridad».

Los servicios de inteligencia israelíes sabían desde mucho tiempo antes que los terroristas podían fabricar una bomba nuclear elemental. Un norteamericano, graduado en física en los años setenta, había descrito cómo llevar a cabo cada uno de los procesos requeridos. La publicación de su obra causó una gran consternación en el Mossad.

Los posibles escenarios del Día del Juicio comenzaron a plantearse. Una bomba podía llegar desarmada en un barco o de contrabando por la frontera terrestre y luego ser armada en Israel. El arma sería detonada por control remoto a menos que se cumplieran exigencias imposibles. ¿Seguiría firme el Gobierno? Los analistas del Mossad decidieron que no habría rendición. Esta expectativa se basaba en la profunda comprensión de la mentalidad terrorista de entonces: en los años setenta, aun los grupos más extremistas hubieran dudado en detonar una bomba atómica debido al precio político que tendrían que haber pagado por ello. Habrían sido considerados parias incluso por aquellas naciones que los apoyaban en secreto.

El colapso del comunismo soviético había renovado los temores del Mossad. Se había generado un escenario de nuevas incertidumbres: nadie podía asegurar cómo se iban a desarrollar las políticas dentro de Rusia. Ya el Mossad había descubierto que los rusos exportaban misiles Scud, pagados en efectivo por varios países de Oriente Medio.

Técnicos soviéticos habían ayudado a Argelia a construir un reactor nuclear. Rusia tenía una gran reserva de armamento biológico que incluía una superplaga capaz de matar a millones de personas. ¿Qué pasaría si sólo una pequeña parte fuera a parar a manos de los terroristas? Incluso un jarrito lleno del germen podía diezmar Tel Aviv. Pero el temor de que Rusia vendiera su arsenal nuclear era la preocupación más acuciante. Para Uri Saguy ésa era una amenaza «que nadie podía ignorar».

Los psicólogos del Mossad trazaron perfiles de los científicos rusos y sus posibles motivos para entregar materiales: algunos lo harían sólo por dinero y otros, por complejas razones ideológicas. La lista de instalaciones soviéticas desde donde podía salir el material era penosamente larga. El director general del Mossad, Shabtai Shavit, envió a Moscú a dos agentes con órdenes concretas de infiltrarse en la comunidad científica.

Lila era una de ellos. Nacida de padres judíos, en Beirut, se había graduado en física por la Universidad Hebrea de Jerusalén y trabajaba en la sección de inteligencia científica del Mossad. Había seguido los encuentros de Torres con Tashanka y el progreso del intercambio.

Lila y su colega habían trabajado codo a codo con agentes del Mossad en

Alemania y otros lugares. Las pistas la habían conducido a Colombia y de vuelta a Oriente Medio. Otros agentes del Mossad habían seguido las reuniones en El Cairo, Damasco y Bagdad. Se encontraron nuevos indicios: Bosnia parecía una posible ruta para el contrabando *de* plutonio 239 hacia su destino final, Irak. Pero, no por primera vez, probar la complicidad del régimen de Saddam resultaba muy difícil.

Ese era el motivo por el que Torres viajaba en una intachable línea aérea comercial con su carga mortífera. La decisión de permitirlo había sido sopesada por los servicios de inteligencia alemán y ruso. Concluyeron que el riesgo de explosión era ínfimo. Ambos Gobiernos acordaron permitir a Torres viajar con su carga para que los guiara hacia el usuario final del producto. Israel no había sido consultada. La operación era oficialmente germano-rusa. Ya en el pasado, el Mossad había sido un socio oculto mientras las otras agencias se atribuían los méritos.

Desde su puesto en las puertas de salida del aeropuerto, aquella mañana de agosto, Lila supo que su papel en aquel caso había concluido. Un agente del Mossad, de nombre clave Adler, ocupaba su posición en el hotel Excelsior de Munich, donde Torres iba a efectuar la entrega. Otro agente, Mort, esperaba la llegada del vuelo 3 3 69.

Un tercer agente, Ib, iba sentado dos asientos por detrás de Torres durante las tres horas de vuelo hacia el oeste. Al otro lado del pasillo viajaba Viktor Sidorenko, viceministro de energía atómica de Rusia. Una de sus responsabilidades era proteger el material nuclear de su país. Rusia contaba con alrededor de ciento treinta toneladas de plutonio para uso bélico, suficientes para fabricar dieciséis mil bombas atómicas, cada una de ellas doblemente potente que la que destruyó Hiroshima.

Sidorenko había recibido una gran cantidad de informes alarmantes que destacaban la relajación de los controles y la falta de moral del personal en los cientos de institutos científicos y centros de investigación que tenían acceso a materiales radiactivos. Unos meses antes, un trabajador de una planta nuclear en los Urales había sido arrestado llevando bolitas de uranio en una bolsa de plástico. Cinco kilos de uranio habían sido sustraídos por los trabajadores de otra planta de Minsk, que los escondieron en sus casas. Los robos sólo habían sido descubiertos cuando un kilo del material fue vendido por veinte botellas de vodka. Sidorenko viajaba a Alemania para tranquilizar al Gobierno del canciller Helmut Kohl y asegurarle que casos como éstos no volverían a repetirse; los alemanes amenazaban con sanciones.

A las 5.45 de la tarde, perfectamente puntual, el vuelo 3369 aterrizó en Munich y avanzó hasta la terminal C. El primero en bajar fue Viktor Sidorenko. Lo recogió un coche que lo llevó a una zona de alta seguridad. Allí se le comunicó que Tashanka acababa de ser arrestado en Moscú. Torres ingresó en el área de arribos. La presencia de policías alemanes fuertemente armados no lo sorprendió. Munich había exagerado las medidas de seguridad después de la masacre de atletas israelíes en los Juegos Olímpicos. Torres hizo una llamada al hotel Excelsior y se comunicó con la habitación 23. Esperando allí, se encontraba un español, Javier Arratibel, cuyo pasaporte lo describía como industrial. De hecho, era el comprador del plutonio. Debía llamar a un hombre a quien sólo conocía

como Julio O.

Las llamadas habían sido escuchadas por agentes alemanes. Mientras Torres caminaba hacia la cinta para retirar su maleta, era observado por el superintendente de la policía de Munich, Wolfgang Stoephasios y por el oficial principal de inteligencia.

Torres recogió su maleta y caminó hacia la salida con luz verde. Ib y Mort lo seguían. No podían hacer nada más. No tenían poder para arrestarlo allí. Stoephasios salió de su oficina. Fue la señal para el comienzo de la acción. En un instante, Torres fue rodeado y arrastrado a la fuerza. La maleta fue llevada a una habitación. Dentro esperaba una persona vestida de blanco con un contador Geiger. Con él había expertos en bombas. Usaron una máquina portátil de rayos X para ver si la maleta estaba cargada con explosivos. No lo parecía. Tampoco se oyó el ruido delator del Geiger detectando alguna fuga radiactiva. Abrieron la maleta. Dentro, envueltos en plástico grueso, estaban los contenedores de plutonio 239. Fueron extraídos, guardados en cajas a prueba de bombas y llevados a un camión blindado. Desde allí los trasladaron a un complejo de energía atómica alemán.

En el hotel Excelsior Arratibel fue arrestado. Pero el siguiente hombre de la cadena, Julio O, había cruzado la frontera hacia Hungría, punto de entrada hacia el oeste de los contrabandistas rusos.

Los hombres del Mossad informaron a Tel Aviv de lo ocurrido. Allí, el director general, Shabtai Shavit consideró el resultado otra pequeña victoria en la interminable batalla contra el terrorismo nuclear. Pero no era el único que pensaba cuántas maletas se habrían filtrado y cuánto faltaba para que hubiese una explosión nuclear a menos que se cumplieran determinadas exigencias.

A unos kilómetros de distancia del lugar donde Shavit se hacía estas preguntas, Rafi Eitan, el hombre que había dirigido lo que el FBI y la CÍA consideraban el robo de material nuclear de la planta de Numec en Apollo, seguía pasando su tiempo libre con las estatuas de chatarra. Aparentemente se encontraba en paz con el mundo. Ambas operaciones, la Pollard y la Apollo se habían desvanecido de su memoria; cuando lo presionaban decía que no recordaba el nombre de pila de Pollard o de Shapiro. LAKAM estaba oficialmente cerrado. Rafi Eitan insistía en que su trabajo actual era muy diferente de lo que había hecho antes: era director de una pequeña compañía naviera en La Habana, donde también tenía intereses en una fábrica de pesticidas agrícolas.

Declaraba mantener una estrecha relación con Fidel Castro, «que probablemente no agrade a los norteamericanos».

No había vuelto a pisar Estados Unidos desde su viaje a Apollo. Decía que no tenía ningún interés en hacerlo, porque sospechaba que todavía tendría que responder muchas preguntas acerca de Jonathan Pollard y lo ocurrido después de su visita a Numec.

Entonces, en abril de 1997, el nombre de Rafi Eitan comenzó a reflotar en relación con un espía del Mossad en Washington, identificado por el FBI como

Mega.

Su propia fuente bien situada en el Mossad le había contado a Eitan que el FBI había comenzado a investigar la participación de Mega en el manejo del asunto Pollard. ¿Había sido Mega la fuente del material ultrasecreto que Pollard había entregado? El FBI había interrogado recientemente a Pollard en prisión y él había admitido que ni siquiera su salvoconducto de alta seguridad hubiera sido suficiente para obtener algunos de los documentos que su jefe, el fúnebre Yagur, le había solicitado. El FBI sabía que esos documentos se abrían mediante una contraseña secreta que cambiaba frecuentemente, incluso a diario. No obstante, Yagur parecía conocer los códigos en cuestión de horas para dárselos a Pollard. ¿Habían sido entregados por Mega? ¿Era Mega el segundo espía israelí en Washington, tal como sospechaba el FBI? ¿Cuan cercano había estado a Rafi Eitan? Estas eran las preguntas peligrosas que se formulaban en Washington y que podían deteriorar las relaciones entre la capital norteamericana y Tel Aviv.

Después de que el FBI lo identificara como el titiritero de Pollard, Rafi Eitan había aceptado que su trabajo en la inteligencia israelí no podía continuar. Deseaba terminar sus días sin afrontar otro riesgo que el de chamuscarse con el soldador que blandía para realizar sus esculturas.

Instintivamente se dio cuenta de que los acontecímientes de Washington representaban una amenaza para él, que podía ser raptado por la CÍA al entrar y salir de Cuba y ser llevado a Washington para un interrogatorio, con resultados imprevisibles. Y lo que era peor, el descubrimiento de la existencia de Mega pondría a trabajar las mentes de los altos cargos de la inteligencia israelí, del Va'adat Rashei Hesherytin, el Comité de Jefes de Servicio, cuya función primaria es coordinar todas las actividades de inteligencia y seguridad interior y en el extranjero.

Pero ni siquiera ellos conocían la identidad de Mega. Todo lo que se les había dicho era que ocupaba un alto cargo en la administración Clinton.

Si el presidente lo había heredado del Gobierno de Bush, era otro secreto bien guardado. Sólo los miembros pertinentes del Mossad sabían cuánto tiempo había ocupado Mega su puesto.

Los componentes del comité sabían, sin embargo, que la contrainteligencia del FBI creía que la falta de acción contra el Mossad se debía al poder de la comunidad judía en Washington y a la resistencia de las sucesivas administraciones a enfrentarse con ella.

Una vez más se podía recurrir a ese *lobby* para sofocar el fuego que se había generado desde que el FBI detectara por primera vez a Mega. El 16 de febrero de 1997, la Agencia Nacional de Seguridad había entregado al FBI la grabación de una charla telefónica nocturna, realizada desde la embajada israelí, entre un oficial de inteligencia del Mossad, identificado como Dov, y su superior en Tel Aviv, cuyo nombre no había sido revelado.

Dov había pedido consejo acerca de recurrir a Mega para pedirle copia de una carta del secretario de Estado, Warren Christopher, al jefe de la OLP, Yasser Arafat. La carta contenía una serie de garantías ofrecidas por Christopher a Arafat, el 16 de enero, acerca de la retirada de tropas israelíes de la ciudad de Hebrón, en la orilla occidental. Dov recibió de Tel Aviv la orden de «olvidar la carta. Esto no es algo para lo que usamos a Mega».

La breve conversación fue la primera pista que tuvo el FBI sobre la importancia de Mega. El nombre no había sido oído antes, durante la estrecha vigilancia sobre la embajada israelíy sus diplomáticos. Por ordenador, el FBI redobló la búsqueda de la identidad de Mega y la centró en quienes trabajaban allí o bien tenían acceso a algún funcionario del Consejo de Seguridad Nacional, el organismo que aconseja al presidente en materia de inteligencia y defensa. Su sede está en la Casa Blanca y entre sus miembros se cuentan el vicepresidente y los secretarios de Estado y Defensa. El director de la CÍA y el presidente del Estado Mayor Conjunto actúan como consejeros. La base permanente está encabezada por el consejero del presidente en seguridad nacional.

De qué manera habían descubierto los israelíes que su canal de comunicación seguro con Tel Aviv había sido violado seguía siendo un misterio tan bien guardado como la identidad de Mega. Como todas las sedes diplomáticas israelíes, la embajada en Washington estaba completamente al día en los adelantos técnicos más sofisticados para codificar e interceptar transmisiones: una parte significativa de estos equipos había sido adaptada sobre planos robados a Estados Unidos.

El 27 de febrero de 1997, una agradable mañana de primavera en Tel Aviv, los miembros del Comité de Jefes de Servicio salieron de sus oficinas en distintos lugares de la ciudad y se dirigieron, por la amplia calle Rehov Shaul Hamaleku, hacia una entrada bien custodiada en un alto muro blanco coronado de alambre espinoso. Todo lo que se veía detrás de los muros eran los techos de los edificios. Elevándose entre ellos se alzaba una sólida torre de cemento, visible en todo Tel Aviv. A diversas alturas había numerosos racimos de antenas electrónicas. La torre era el centro del cuartel general de las Fuerzas de Defensa Israelíes. El complejo se conoce como Kyria, que significa simplemente «lugar».

Poco después de las once, los jefes de inteligencia utilizaron sus tarjetas magnéticas para acceder a un edificio cercano a la torre. Como la mayoría de las oficinas gubernamentales israelíes, el salón de conferencias tenía un aspecto miserable.

Presidía la reunión Danny Yatom, nombrado jefe del Mossad por el primer ministro Benyamin Netanyahu. Yatom tenía una reputación de duro muy al estilo de Netanyahu. Los rumores que corrían por Tel Aviv afirmaban que el nuevo jefe del Mossad había cubierto al acorralado primer ministro cuando su pintoresca vida privada amenazaba su carrera. Los hombres sentados alrededor de la mesa de cedro escucharon atentamente cuando Yatom trazó una estrategia en caso de que el asunto de Mega llegara a un punto crítico.

Israel presentaría una protesta por la violación de su status diplomático, por el uso de micrófonos en su embajada en Washington, una maniobra que indudablemente avergonzaría a la Administración Clinton.

Luego, los colaboradores en los medios de prensa norteamericanos recibirían instrucciones de divulgar historias sobre la decodificación incorrecta de Mega por la palabra hebrea *Elga,* nombre en argot con que el Mossad se refería a la CÍA. Además, la palabra Mega era parte de un vocablo bien conocido por la inteligencia norteamericana. Megawatt era el nombre en clave que habían usado hasta hacía poco tiempo para referirse a la inteligencia compartida. Los *sayanim* añadirían que otra palabra, *kilowatt,* era usada para referirse a datos compartidos sobre

terrorismo.

Pero por el momento, no se haría nada, concluyó Yatom.

En marzo de 1997, al recibir información del agente en Washington, Yatom se dispuso a entrar en acción. Mandó un equipo de *yahalonim* para seguir el informe del agente sobre repetidas conversaciones de carácter sexual del presidente Clinton con una ex becaria de la Casa Blanca, Mónica Lewinsky. Éste efectuaba sus llamadas desde el despacho oval al apartamento de Lewinsky, en el complejo Watergate. Sabiendo que la Casa Blanca estaba enteramente protegida por contramedidas electrónicas, los *yahalonim* se concentraron en el apartamento de la chica. Empezaron a interceptar llamadas sexuales explícitas del presidente a la becaria. Las grabaciones eran enviadas por cartera diplomática a Tel Aviv.

El 27 de marzo, Clinton invitó una vez más a Lewinsky al despacho oval y le reveló que creía que una embajada extranjera estaba grabando sus conversaciones. No le dio más detalles pero, poco después, el *affaire* terminó.

En Tél Aviv, los estrategas del Mossad calibraban cómo usar unas conversaciones tan comprometedoras; eran apropiadas para el chantaje, pero nadie sugirió que se pudiera chantajear al presidente de Estados Unidos. Algunos, sin embargo, vieron las cintas como un recurso útil si Israel se encontraba contra la pared en Oriente Medio y sin el apoyo de Clinton. Hubo un consenso generalizado de que el FBI también debía conocer las conversaciones entre Clinton y Lewinsky. Algunos sugirieron a Yatom que usara el canal privado con Washington para hacer saber al FBI que el Mossad estaba al tanto de tales conversaciones: sería una forma nada sutil de obligar a la agencia a abandonar su caza de Mega. Otros analistas propusieron una política de espera argumentando que la información sería explosiva cualquiera que fuese el momento en que se revelara. Este punto de vista prevaleció.

En septiembre de 1998 se publicó el informe Starr. Yatom ya había dejado el cargo. El informe contenía una breve referencia a las advertencias de Clinton en marzo de 1997 sobre la intervención del teléfono de Lewinsky por parte de una embajada extranjera.

Starr no había insistido en el tema cuando Lewinsky declaró ante el Gran Jurado sobre su *affaire* con Clinton. Sin embargo, el FBI pudo haber considerado esto como una prueba mayor de que no podía desenmascarar a Mega.

Seis meses después, el 5 de marzo de 1998, el *New York Post* publicó una historia de portada sobre las revelaciones contenidas en este libro. El artículo del *Post* empezaba así: «Israel chantajeó al presidente Clinton con las grabaciones de sus conversaciones sexuales con Mónica Lewinsky, según se afirma en un famoso libro de reciente publicación. El precio que pagó Clinton por el silencio del Mossad fue disuadir al FBI de que continuara con la cacería de un "topo" israelí de alto rango».

Al cabo de pocas horas, esta completa distorsión de los hechos relatados en el libro (que yo había repasado cuidadosamente con fuentes en Israel y que Ari ben Menashe, ex consejero de inteligencia del Gobierno israelí podía confirmar) había aparecido, a través de la versión del *Post,* en todos los diarios del mundo.

El punto esencial de mi historia, que el fiscal Kenneth Starr no había llevado a cabo el procesamiento de Clinton, se perdió. Starr había anotado en su informe, que el 29 de marzo de 1997 «él [Clinton] le dijo a ella [Lewinsky] que sospechaba

que una embajada extranjera [no especificó cuál] estaba grabando las conversaciones. Si alguien preguntaba alguna vez sobre el sexo telefónico, ella debía contestar que estaban al tanto de que sus conversaciones eran escuchadas durante todo el día y que el sexo era simplemente una simulación».

Las palabras del presidente indicaban de manera clara que se daba cuenta de que se había convertido en un blanco potencial para el chantaje. Al hablar con Lewinsky por un teléfono público —tampoco hay pruebas de que intentara asegurar el teléfono de la joven—, el presidente se había expuesto claramente a las escuchas extranjeras y, lo que es más, a las microondas de la Agencia Nacional de Seguridad. Dado que todo presidente electo recibe, rutinariamente, los informes de dicha agencia, también debería haber sabido que sus llamadas a Mónica podían terminar en la fábrica de rumores de Washington.

Una idea del pánico que mis revelaciones causaron en la Casa Blanca se detecta en esta declaración que hicieron los portavoces, Barry Toiv y David Leavy, ante la prensa:

P: ¿Por qué se dijo que el presidente le había comentado a Mónica Lewinsky que estaba preocupado porque grababan sus conversaciones?

Toiv: Bueno, aparte del testimonio del presidente sobre el caso, no hemos comentado detalles como ése y no vamos a empezar a hacerlo ahora.

P: Cuando el presidente se enteró de esto, ¿estaba preocupado o molesto?

Toiv: Para ser honesto, desconozco la reacción del presidente en cuanto al libro.

P: ¿Por qué le dijo eso a Mónica Lewinsky? ¿Por qué le advirtió eso?

Toiv: Yo no he contestado esa pregunta *(risas).* Lo siento.

P: Sé que no la ha contestado, pero es muy pertinente.

Toiv: Bueno, una vez más, no haremos comentarios sobre detalles, aparte de lo que el presidente ha declarado.

P: No entiendo por qué le parece legítimo no comentar los supuestos comentarios del presidente sobre las escuchas de un Gobierno extranjero.

Toiv: Ha habido preguntas sobre toda clase de comentarios y testimonios, pero nosotros no vamos a añadir nada a las declaraciones del propio presidente.

P: Eso es porque según ustedes dicen es indecoroso y se refiere a «exo. Se refiere a la seguridad nacional de Estados Unidos y a los supuestos comentarios del presidente sobre las escuchas de un Gobierno extranjero. ¿Y van a seguir sin hacer comentarios?

Toiv: No voy a añadir nada nuevo a su declaración.

P: No lo está negando.

Leavy: Obviamente no sabemos nada sobre un topo en la Casa Blanca. Pero es una antigua práctica de la gente que habla en este estrado derivar las reclamaciones a las autoridades apropiadas que hacen este tipo de investigaciones.

P: ¿Hubo algún intento del presidente por intervenir en cualquier tipo de investigación para encontrar al topo?

Leavy: No. No hay ninguna base para tales afirmaciones.

P: Bueno, sí hay una base. Hay un testimonio de Lewinsky, bajo juramento, que atribuye al presidente un comentario sobre las grabaciones de una embajada extranjera...

Leavy: Y Barry ya contestó esa pregunta.

P: Su contestación fue que no va a hacer comentarios. Eso no es una respuesta, con todo respeto.

Leavy: Déjenme decir dos cosas.

Tbiv: No añadiré nada a mis comentarios.

Leavy: Sí. Definitivamente, yo tampoco voy a agregar nada a los comentarios de Barry. Pero permítanme decir sólo esto. Tomamos todas las precauciones para asegurar las llamadas telefónicas del presidente. No existe ninguna base para las afirmaciones del libro.

P: ¿Se lo ha dicho la CÍA o el FBI? ¿O simplemente se trata de un reflejo condicionado?

Leavy. Pueden tomarlo como un hecho probado.

P: Entiendo que aseguraran sus comunicaciones. Pero si él toma el teléfono y llama a cualquier ciudadano común a las dos y media de la madrugada, ¿qué nos asegura que ese teléfono no está intervenido? ¿Acaso su sistema de seguridad prevé tales situaciones?

Leavy: Se hacen algunas afirmaciones muy serias en este libro y lo que yo estoy diciendo es que no tienen ningún fundamento. Así que lo dejamos ahí.

Ningún periódico serio intentó desentrañar unas respuestas tan reveladoras.

Resultó que el Mossad no era la única organización que había grabado las conversaciones sexuales. El senador republicano por Arizona, Jon Kyl, miembro del selecto comité de inteligencia, declaró a su diario local, el *Arizona Republic,* «que una agencia de inteligencia puede haber grabado conversaciones telefónicas entre el presidente Clinton y Mónica Lewinsky. Hay distintas agencias en el Gobierno cuyo negocio es grabar ciertas cosas por ciertas razones, y fue una de ellas».

Kyl se negó a identificar la agencia y/o agencias: «eso es algo sobre lo que no puedo entrar en detalles». De sus fuentes agregó: «En virtud de quienes son, poseen credibilidad. Pueden suponer que se trata de gente que durante algún tiempo formó parte del Gobierno federal». Siguió comparando la existencia de las cintas con las flagrantes pruebas del escándalo Watergate.

Esas explosivas declaraciones de un respetado político jamás llegaron a ser de dominio público.

De acuerdo con una fuente importante de la inteligencia israelí, Rafi Eitan había recibido una llamada telefónica de Yatom para recordarle la necesidad de que se mantuviera alejado de Estados Unidos en el futuro inmediato.

Rafi Eitan no necesitaba que le dijeran lo irónico que resultaría que lo atraparan con la misma técnica que lo había convertido en leyenda: el rapto de Adolf Eichmann. Peor sería todavía que lo eliminaran con los métodos que le habían forjado una reputación entre los hombres que consideraban el asesinato parte de

su trabajo.

6

Vengadores

Una tarde cálida, a mediados de octubre de 1995, un técnico de la división de seguridad interna del Mossad, Autahat Paylut Medienit, usaba un detector manual para rastrear micrófonos en un apartamento de la calle Pinsker, en el centro de Tel Aviv. El apartamento era uno de los muchos refugios del Mossad en la ciudad. La búsqueda indicaba la importancia de la reunión que iba a celebrarse allí. Satisfecho de encontrarlo limpio, el hombre abandonó el apartamento.

Los muebles parecían de saldo: nada combinaba. Algunos cuadros pobremente enmarcados colgaban en las paredes: vistas turísticas de Israel. Cada habitación tenía su teléfono sin registrar. En la cocina, en lugar de utensilios domésticos había un ordenador provisto de módem, una cortadora de papel, un fax y, en el lugar del horno, una caja fuerte.

Generalmente los pisos francos servían de alojamiento a estudiantes de la escuela de espías del Mossad, situada en las afueras de la ciudad, mientras aprendían el trabajo de calle: cómo seguir a alguien o evitar ser descubiertos, preparar un buzón de correspondencia seguro e intercambiar información camuflada en un periódico. Noche y día, las calles de Tel Aviv se convertían en un campo de pruebas bajo los ojos vigilantes de los entrenadores. De regreso en los refugios, las lecciones continuaban: cómo instruir a un agente que parte hacia una misión en el extranjero; cómo escribir cartas con tintas especiales o usar un ordenador para generar información capaz de ser transmitida en lapsos de una frecuencia determinada.

Una parte sustancial de las interminables horas de entrenamiento consistía en trabar relaciones con la gente común, incapaz de albergar la más mínima sospecha. Yaakov Cohén, que trabajó veinticinco años como agente en todo el mundo, creía que una de las razones de su éxito eran las lecciones aprendidas durante esas clases: «Todos se convertían en instrumentos. Podía mentirles porque la verdad no era parte de mi relación con ellos. Lo único que importaba era usarlos en beneficio de Israel. Desde el comienzo aprendí esa filosofía: hacer lo correcto para el Mossad y para Israel».

Aquellos que no podían vivir según ese credo eran rápidamente separados del servició. Para David Kimche, considerado uno de los mejores agentes del Mossad: «Es la vieja historia. Muchos son los llamados y pocos los elegidos. En ese

sentido somos un poco como la Iglesia católica. Aquellos que se quedan, entablan relaciones que los acompañarán durante toda su vida. Vivimos según la regla del "hoy por ti, mañana por mí". Se aprende a poner la propia vida en manos de la gente. No hay mayor confianza que ésa entre los seres humanos».

Llegado el momento en que cada hombre o mujer dejaba el refugio para que lo ocupara el siguiente grupo, esa filosofía se había grabado en su mente. Ahora eran *katsas* listos para partir en alguna misión o para ser examinados. Eran conocidos como «saltadores» porque operaban en el extranjero durante un corto período, así que, inevitablemente, llamaban a los refugios «trampolines». Sus superiores desaprobaban tanta imaginación descriptiva.

Finalmente, los refugios eran usados como lugares de encuentro con un informador o para interrogar a un sospechoso al que cabía la posibilidad de reclutar como topo.

El único indicio de la cantidad de gente que trabajaba como topo fue proporcionada por un ex oficial menor del Mossad, Víctor Ostrovsky. Declaró que en 1991 había «casi treinta y cinco mil en todo el mundo, veinte mil en activo y quince mil en la reserva. Se llamaba "negros" a los agentes árabes y "blancos" a los que no lo eran. Los "avisadores" son agentes usados estratégicamente para advertir sobre preparativos de guerra: un médico de un hospital sirio que nota la llegada de un gran número de drogas y medicinas; un empleado portuario que observa un incremento en la actividad de los buques de guerra».

Algunos de estos agentes habían recibido su primera instrucción en un piso como el que había sido meticulosamente revisado aquella tarde de octubre. Más tarde, un grupo de oficiales superiores de la inteligencia israelí se sentarían alrededor de la mesa del comedor para decidir un asesinato que contaría con la total aprobación del primer ministro Yitzhak Rabin.

En los tres años que llevaba en el cargo, Rabin había asistido a numerosos funerales de las víctimas de atentados terroristas. Caminaba en cada ocasión detrás de los portadores del ataúd y veía llorar a los ancianos mientras escuchaban la plegaria final. Con cada muerte «había hecho un duelo en mi propio corazón». Después leía otra vez las palabras del profeta Ezequiel: «Y los enemigos sabrán que soy el Señor cuando haga caer mi venganza sobre ellos».

Esta no era la primera vez que se hacía sentir la venganza de Rabin; él mismo había participado muchas veces en algún acto de revancha. El más notable había sido el asesinato del asistente de Yasser Arafat, Khalil al Wazir, conocido en todo el mundo y por el ordenador central del Mossad como Abu Jihad, la voz de la Guerra Santa, que vivía en Túnez. En 1988, Rabin había sido ministro de Defensa de Israel cuando, en ese mismo apartamento de la calle Pinsker, se tomó la decisión de que Abu Jihad debía morir.

Durante dos meses, agentes del Mossad llevaron a cabo un exhaustivo reconocimiento de la finca de Abu Jihad, en el paraje de Sidi Bou Said, en las afueras de Túnez. Caminos de acceso, puntos de entrada, altura y tipo de cercas, ventanas, puertas, cerraduras, defensas, recorrido de los guardias: todo fue grabado y revisado una y otra vez.

Observaron a la mujer de Abu Jihad jugando con sus hijos y se acercaron a

ella cuando iba de compras o a la peluquería. Escucharon las conversaciones telefónicas de su marido, pusieron micrófonos en su dormitorio y los oyeron mientras hacían el amor. Calcularon las distancias entre las habitaciones, averiguaron qué hacían los vecinos cuando estaban en casa y anotaron los modelos, colores y marcas de todos los coches que entraban y salían de la finca.

La regla que Meir Amít había establecido muchos años antes para cometer asesinatos aún seguía clara en sus mentes: «Piensen como su blanco y dejen de identificarse con él sólo cuando aprieten el gatillo».

Satisfecho, el equipo regresó a Tel Aviv. Durante un mes, practicaron su misión letal en una finca segura del Mossad, cerca de Haifa, que se parecía a la de Jihad. Desde el momento en que entraran en la casa, sólo tardarían veintidós segundos en eliminar a su blanco.

El 16 de abril de 1988 se dio la orden de llevar a cabo la operación.

Esa noche varios Boeing 707 de las Fuerzas Aéreas israelíes partieron desde una base militar al sur de Tel Aviv. Uno de ellos llevaba a Yitzhak Rabin y a otros oficiales de alto rango. Su avión se encontraba en permanente contacto seguro con el equipo ejecutor, ya en su puesto y conducido por un agente cuyo nombre en clave era Espada. Otro de los aviones iba cargado de equipo para bloquear y rastrear comunicaciones. Dos 707 más llevaban combustible de repuesto. Muy por encima de la finca, la flotilla de aviones volaba en círculo, siguiendo cada movimiento en tierra a través de una radio de frecuencia segura. Un poco después de la medianoche del 17 de abril, los oficiales de los aviones recibieron el comunicado de que Abu Jihad había regresado a casa en el Mercedes Benz que Arafat le regalara con motivo de su boda. Previamente, el equipo había instalado aparatos de escucha muy sensibles, capaces de registrar todo lo que sucedía dentro.

Desde su punto de observación, cerca de la finca, Espada comunicó por micrófono que Abu Jihad subía las escaleras, caminaba hacia su dormitorio, cuchicheaba con su esposa, iba de puntillas a besar a su hijo dormido y, finalmente, se dirigía a su estudio de la planta baja. Los detalles fueron recibidos en el avión de combate electrónico, una versión del AWAC norteamericano, y derivados a la nave de Rabin. A las doce y diecisiete minutos, éste ordenó proceder.

Fuera de la casa, el chófer de Abu Jihad dormía en el Mercedes. Uno de los hombres de Espada se adelantó, apoyó una Beretta con silenciador en su oído y apretó el gatillo. El hombre cayó muerto sobre el asiento delantero.

Luego, Espada y otro miembro del grupo colocaron explosivos en la base *de* la pesada puerta principal de hierro: un nuevo tipo de explosivo plástico «silencioso» que hacía poco ruido al despegar las puertas de sus goznes limpiamente. Dos guardaespaldas de Jihad, que se encontraban en el vestíbulo de entrada, quedaron tan sorprendidos por la voladura de las puertas que no atinaron a moverse. También les dispararon con silenciador.

Espada corrió hacia el estudio y encontró a Jihad viendo vídeos de la OLP. Cuando se puso de pie, Espada le disparó dos veces en el pecho. Abu Jihad cayó pesadamente al suelo. Su agresor se acercó rápidamente y le asestó dos tiros más en la frente.

Cuando salía de la habitación se topó con la mujer de Abu Jihad. Llevaba a su

hijito en brazos. «Vuelva a su habitación», le ordenó en árabe.

Luego él y sus hombres se desvanecieron en la noche. Desde el momento en que entraron en la casa hasta que se fueron habían pasado sólo trece segundos, nueve segundos vitales menos que en su mejor ensayo.

Por primera vez un asesinato israelí mereció la condena pública. El ministro Ezer Weizman advirtió que «liquidar gente no va a mejorar el proceso de paz».

No obstante, los asesinatos continuaron.

Dos meses después, la policía sudafricana se vio obligada a revelar un secreto que la presión de Israel la había forzado a mantener: el Mossad había ejecutado a un hombre de negocios de Johannesburgo, Alan Kidger, por proporcionar equipo de alta tecnología a Irán e Irak para fabricar armas bioquímicas. Kidger había sido encontrado con los brazos y las piernas amputados. El jefe de policía de Johannesburgo, el coronel Charles Landman, declaró que la muerte era «un claro mensaje del Gobierno de Israel, a través de su Mossad».

Seis semanas antes de la ejecución de Abu Jihad, el Mossad había jugado un papel importante en otro asesinato controvertido, el de tres miembros del IRA desarmados. Resultaron muertos a balazos una tarde de domingo en Gibraltar por un grupo de tiradores de los Servicios Aéreos Especiales británicos.

En años anteriores, algunos de sus colegas de la inteligencia británica habían sido invitados a Tel Aviv, por Rafi Eitan, para presenciar de qué manera el Mossad ejecutaba a terroristas árabes en los arrabales de Beirut y en el valle del Beká.

Cuatro meses antes de la matanza de Gibraltar, los agentes del Mossad habían iniciado su propia vigilancia sobre Mairead Farrell, Sean Savage y Daniel McCann, en la creencia de que una vez más se encontraban «en vías de comprar armas a los árabes».

El estrecho interés del Mossad en las actividades del IRA se remontaba a los tiempos del Gobierno de Margaret Thatcher, cuando Rafi Eitan había sido invitado a Belfast, en el más absoluto secreto, para instruir a las fuerzas de seguridad sobre las crecientes conexiones entre los terroristas irlandeses y Hezbolá.

> Llegué un día de lluvia. Llovió todos los días mientras estuve en Irlanda. Les conté a los británicos todo lo que sabíamos. Luego fui a dar un paseo por la provincia, hacia la frontera con la república de Irlanda. Tuve buen cuidado de no cruzar. Imaginen lo que hubiera dicho el Gobierno irlandés si me pescaban. Antes de partir, arreglé con los SAS para que vinieran a Israel a ver algunos de nuestros métodos para el tratamiento de terroristas.

Desde esos tempranos comienzos se había creado una estrecha relación entre los SAS y el Mossad. Oficiales de alto rango del servicio secreto israelí volaban a menudo al cuartel general de los SAS, en Hereford, para instruir a la División Aérea Especial sobre operaciones en Oriente Medio. Por lo menos en una ocasión, unidades conjuntas del Mossad y los SAS siguieron el rastro de varios miembros importantes del IRA, desde Belfast a Beirut, y los fotografiaron en

reuniones con miembros de Hezbolá.

En octubre de 1987, los agentes del Mossad siguieron el rastro del carguero *Eksund* en su desplazamiento por el Mediterráneo con ciento veinte toneladas de armas a bordo, incluidos misiles, lanzadores de granadas, ametralladoras, explosivos y detonadores. Todo había sido adquirido a través de los contactos del IRA en Beirut. El *Eksund* fue interceptado por las autoridades francesas.

Incapaz de progresar con las autoridades irlandesas —debido a la oposición de Israel al papel de Irlanda en el mantenimiento de la paz en el Líbano—, el Mossad utilizaba a los SAS como conducto para advertir a Dublín sobre otros embarques de armas para el IRA.

Los agentes del Mossad que seguían los pasos del comando del IRA en España se dieron cuenta rápidamente de que no estaban allí para encontrarse con traficantes de armas o para establecer contacto con ETA, el grupo terrorista vasco. No obstante, el Mossad continuó tras los pasos de la Unidad Antiterrorista española, que también seguía al trío irlandés.

Al principio, la actitud de los españoles fue mantenerlos a distancia. Ésta era su operación, en la que por primera vez trabajaban seriamente con el MI5 y los SAS para ocuparse del IRA. Comprensiblemente, los españoles querían asegurarse la gloria en caso de que la operación fuera un éxito. El Mossad les hizo saber que sólo quería ayudar. Aliviados, los españoles comenzaron a colaborar con los israelíes; cuando perdieron el rastro de Mairead Farrell, un *katsa* la localizó. Descubrió que había alquilado otro coche, un Fiesta blanco, y lo había estacionado con sesenta y cuatro kilos de Semtex y treinta y seis kilos de granadas de metralla, en un aparcamiento subterráneo de Marbella.

El lugar de veraneo de moda no sólo es el refugio favorito contra el crudo sol del desierto donde muchos árabes famosos pasan su tiempo soñando con el día en que el odiado Israel sea vencido, sino que está a un tiro de piedra de Puerto Banús, donde muchos millonarios del petróleo atracan sus yates de lujo.

El Mossad había temido durante mucho tiempo que esos yates atravesaran el Mediterráneo con armas y explosivos de contrabando para los terroristas árabes. El coche de Farrell podía estar estacionado allí con ese propósito: listo para ser llevado a bordo de un crucero hacia Tierra Santa.

El equipo del Mossad mantuvo su vigilancia sobre el vehículo. También localizó a Farrell al volante de otro Fiesta, el mismo que había utilizado para transportar por España a Savage y McCann durante las últimas tres semanas. Dos de los agentes siguieron a la unidad del IRA cuando se dirigía al sur, hacia Puerto Banús. Diez minutos después de dejar Marbella, Farrell se desvió y continuó por la costa.

Por la radio de su automóvil, usando la frecuencia de la policía, el *katsa* advirtió a los españoles que el trío del IRA se dirigía hacia Gibraltar. Los españoles alertaron a las autoridades británicas. Los equipos de los SAS tomaron posiciones. Horas más tarde, Farrell, McCann y Savage fueron liquidados a balazos. No se les dio ninguna oportunidad de rendirse. Fueron ejecutados.

Una semana después, Stephen Lander, el oficial del MI5, se arrogó oficialmente el éxito de la operación. El que luego sería director general del MI5 telefoneó a Admoni para agradecerle la colaboración del Mossad en el asesinato.

Aquella noche de octubre de 1995, en el piso de la calle Pinsker, estaba todo listo para la reunión que decidiría el siguiente asesinato. La víctima de la ejecución era el jefe religioso de la Jihad, la Guerra Santa islámica, Fathi Shiqaqi. El Mossad había establecido que su grupo era responsable de la muerte de más de veinte pasajeros israelíes de un autobús destruido el mes de enero anterior por dos terroristas suicidas en la pequeña ciudad de Beit Lid.

Con el incidente, el número de ataques terroristas superaba los diez mil en el último cuarto de siglo. Durante ese período, más de cuatrocientos israelíes habían sido asesinados y, otros mil, heridos. Muchos de los responsables de este catálogo de matanzas y mutilaciones habían sido cazados y ejecutados en situaciones que el *katsa* Yaakov Cohén describía como «esos callejones sin nombre donde un cuchillo puede ser más efectivo que una pistola, donde se trata de matar o morir».

En este mundo despiadado, Shiqaqi había sido endiosado por su gente. Él en persona había garantizado a los terroristas de Beit Lvl el perdón por transgredir la ey inviolable del islam contra el suicidio. Con ese fin, había estudiado el Corán en busca de razones filosóficas sobre la opresión que infunde nuevas fuerzas a los oprimidos. Para conseguir terroristas suicidas explotaba las debilidades de jóvenes desequilibrados que, como los *kamikazes* japoneses durante la segunda guerra mundial, se encaminaban a su propio fin en estado de fervor religioso. Después, Shiqaqi había pagado las esquelas en el periódico de la Jihad y, en las oraciones del viernes, había alabado su sacrificio y asegurado a las familias que sus seres queridos se habían ganado un lugar en el paraíso.

En la tensión de las calles donde actuaba la organización se había vuelto una cuestión de honor familiar entregar un hijo a Shiqaqi para el sacrificio. Aquellos que morían eran recordados todos los días, después de que el muecín iniciara su lamento llamando a la oración de los fieles a través de los altavoces cascados. En la oscura frialdad de las mezquitas al sur del Líbano, su memoria se mantenía viva.

Elegidos los nuevos reclutas y seleccionado el blanco, Shiqaqi entregaba a los jóvenes a los fabricantes de bombas. Eran los estrategas que estudiaban las fotos del blanco y calculaban qué cantidad de explosivos sería necesaria. Como antiguos alquimistas, trabajaban por experiencia e instinto, y su lenguaje estaba lleno de palabras mortales: «oxidante», «densificador», «plastilinas» y «depresores de congelamiento». Ésta era la gente de Shiqaqi. Usando la frase de uno de los líderes de su peor enemigo, Israel, les decía a todos: «Peleamos, luego existimos».

Aquella noche de octubre, cuando su suerte iba a ser echada en una casa de Tel Aviv, Shiqaqi estaba en su casa de Damasco con su esposa, Fathia. El apartamento no se parecía en absoluto a los miserables campos de refugiados donde lo veneraban. Las costosas alfombras y tapices eran regalo de los ayatolás iraníes. Había una foto enmarcada en oro con Muammar al Gaddafi, recuerdo del líder libio y un juego de café de plata, regalo del presidente de Siria. La vestimenta de Shiqaqi nada tenía que ver con la sencilla túnica que usaba en su cruzada entre las masas pobres del sur del Líbano. En casa, usaba ropa de los mejores tejidos, comprada en la calle Savile de Londres, y calzaba zapatos hechos a medida en Roma, no las sandalias de bazar que llevaba en público.

Mientras comía su cuscús favorito, Fathi aseguraba a su esposa que estaría a salvo en su futuro viaje a Libia para conseguir más fondos de Gaddafi. Esperaba regresar con un millón de dólares, la suma total que había pedido por fax al cuartel general revolucionario de Libia, en Trípoli. Como de costumbre, el dinero sería lavado a través de un banco libio en La Valletta, Malta. Shiqaqi pensaba pasar menos de un día en la isla antes de tomar un avión de regreso a casa.

Las noticias de su escala en Malta habían entusiasmado a sus dos hijos adolescentes, que le hicieron un encargo: media docena de camisas cada uno, de una tienda de Malta donde había comprado en otras ocasiones.

Fathia Shiqaqi diría después: «Mi marido insistía en que si los israelíes planeaban algún movimiento en su contra ya habrían actuado. Los judíos siempre responden rápido a un incidente. Pero mi marido estaba seguro de que en su caso no harían nada que pudiera enojar a Siria».

Hasta tres meses antes, Shiqaqi hubiera juzgado correctamente las intenciones de Tel Aviv. A principios del verano de 1995, Rabin había desistido del plan de poner una bomba en su apartamento del suburbio occidental de Damasco. Uri Saguy, por entonces jefe de inteligencia militar y cabeza suprema efectiva de la inteligencia israelí, incluso con autoridad sobre el Mossad, le había comunicado a Rabin que había detectado «un cambio de marea en Damasco. Assad sigue siendo nuestro enemigo en la superficie, pero la única manera de vencerlo es hacer lo inesperado. Y eso significa abandonar los Altos del Golán. Sacar a nuestra gente de allí. Es un precio alto. Pero es el único modo de conseguir una paz duradera».

Rabin le había hecho caso. Sabía cuánto le habían costado a Saguy los Altos del Golán. Había pasado la mayor parte de su carrera militar defendiendo ese terreno escarpado. Había sido herido cuatro veces defendiéndolo. Sin embargo, estaba dispuesto a dejar de lado todas esas consideraciones por la paz de Israel.

El primer ministro había pospuesto los planes del Mossad para eliminar a Shiqaqi, mientras Saguy continuaba explorando la posibilidad de materializar sus esperanzas.

Estas se habían marchitado con el calor del verano y Rabin, ahora ganador del Premio Nobel de la Paz, había ordenado la ejecución de Shiqaqi.

Shabtai Shavit, en su última operación de envergadura como jefe del Mossad, ordenó a un agente «negro» de Damasco proseguir con la vigilancia del apartamento de Shiqaqi. El equipo norteamericano del agente era suficientemente sofisticado como para anular los circuitos defensivos de su sistema de comunicaciones ruso.

Los detalles del inminente viaje de Shiqaqi a Libia y Malta fueron comunicados a Tel Aviv.

Aquella noche de octubre de 1995, los jefes de los tres servicios de inteligencia más poderosos de Israel se abrieron paso entre la multitud, caminando por la calle Pinsker. Todos ellos apoyaban las condiciones para ejecutar a un enemigo de Israel que Meir Amit había planteado claramente mientras estaba al frente del Mossad.

No habría matanzas de líderes políticos; éstos debían ser tratados por

medios políticos. No se mataría a la familia de los terroristas; si sus miembros se interponían en el camino, ése no era nuestro problema. Cada ejecución tenía que ser autorizada por el primer ministro del momento. Y todo debía hacerse según el reglamento. Había que redactar un acta de la decisión tomada. Todo limpio y claro. Nuestras acciones no deben ser vistas como crímenes patrocinados por el Estado sino como la última sanción judicial que el Estado puede ofrecer. No deberíamos ser diferentes del verdugo o de cualquier ejecutor legalmente nombrado.

Desde la exitosa cacería de los nueve terroristas que habían asesinado a los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de 1972, todos los asesinatos habían seguido al pie de la letra estas reglas. Casi veintitrés años después de que Meir Amit estableciera las normas para las matanzas por razones de Estado, sus sucesores se encaminaban hacia el piso de la calle Pinsker.

El primero en llegar fue Shabtai Shavit. Sus colegas opinaban con malevolencia que tenía aspecto de conserje de hotel barato, con la ropa cuidadosamente planchada y un apretón de manos que nunca mantenía firme. Llevaba tres años en el cargo y daba la impresión de que no sabía cuánto tiempo iba a durar en él.

Luego llegó el general de brigada Doran Tamir, oficial principal de inteligencia de las Fuerzas de Defensa israelíes. Ágil y en la flor de la vida, todo en él expresaba la autoridad que proviene de muchos años de mando.

Por último llegó Uri Saguy. Entró en el piso como un dios guerrero en su camino hacia un futuro aún más brillante que su posición de director de Aman, el servicio de inteligencia militar. Cortés y autoexigente, continuaba provocando la división de opiniones entre sus iguales porque aseguraba que, a pesar de sus renovadas bravatas, Siria estaba dispuesta a hablar de paz.

La relación entre los tres hombres era, según Shavit «cautelosamente cordial».

Uri Saguy dijo: «No podemos compararnos unos con otros. Como jefe de Aman, yo podía darles indicaciones. Había competencia entre nosotros pero, mientras sirviéramos al mismo propósito, estaba bien».

Durante dos horas estuvieron sentados alrededor de la mesa revisando el plan para asesinar a Shiqaqi. Su ejecución sería un acto de pura venganza, el principio del ojo por ojo bíblico que para los israelíes justificaba tales matanzas. Aunque, a veces, el Mossad mataba a quienes se negaban tercamente a apoyar las aspiraciones de Israel. Entonces, en vez de arriesgarse a que su talento cayera en manos enemigas, también los eliminaba sin piedad.

El doctor Gerald Bull, un científico canadiense, era el mayor experto mundial en balística de cañones. Israel había hecho muchos intentos infructuosos de comprar sus conocimientos. En cada ocasión Bull había dejado claro su falta de aprecio por el Estado judío.

En cambio, había ofrecido sus servicios a Saddam Hussein para construir una super arma capaz de lanzar proyectiles con cabeza nuclear, química o bacteriológica desde Irak, directamente hacia Israel. El supercañón medía ciento

cincuenta metros de largo y estaba fabricado con treinta y dos toneladas de acero procedente de firmas británicas. En 1989, se había probado un prototipo en un polígono de Mosul, al norte de Irak. Saddam Hussein había ordenado que se construyeran tres armas, a un coste de veinte millones de dólares. Bull fue contratado como consejero por un millón de dólares. El proyecto llevaba el nombre en clave de Babilonia.

Su compañía, la Corporación de Investigaciones Espaciales, estaba registrada en Bruselas como empresa dedicada al diseño de armas. Desde allí había enviado instrucciones a los proveedores europeos, veinte de ellos de Gran Bretaña, para comprar componentes de alta tecnología.

El 17 de febrero de 1990, un *katsa* de Bruselas obtuvo copias de documentos que describían las metas técnicas de Babilonia: la superarma consistiría realmente en un misil balístico de alcance intermedio. El corazón del sistema de lanzamiento del arma estaría formado por misiles Scud, agrupados en racimos de ocho, que darían a las cabezas un alcance de 2.000 kilómetros. Eso colocaría en el punto de mira no sólo a Israel, sino también a muchas ciudades europeas. Bull creía posible fabricar un supercañón capaz de acertar directamente en Londres desde Bagdad.

El director general del Mossad, Admoni, solicitó de inmediato audiencia al primer ministro, Yitzhak Shamir. Un antiguo guerrillero urbano que había combatido a los ingleses sin cuartel durante las últimas semanas de dominio británico, Shamir era la clase de líder político que agradaba al Mossad, listo para apoyar la destrucción de los enemigos de Israel si, llegado el momento crítico, todo lo demás fallaba. En los años sesenta, cuando los fabricantes de cohetes nazis trabajaban en Egipto para crear armas de largo alcance, capaces de llegar hasta Israel a través del Sinaí, Shamir había sido convocado por el Mossad por su experiencia en la planificación de asesinatos. Su especialidad durante el Mandato había sido desarrollar métodos para eliminar soldados británicos. Shamir había enviado a antiguos miembros de su grupo clandestino a asesinar a los científicos alemanes. Algunos de estos verdugos habían sido miembros fundadores de la unidad *kidon* del Mossad.

Shamir pasó poco tiempo estudiando el expediente del Mossad sobre Bull. El servicio había hecho su trabajo, impecable como de costumbre, y rastreado la carrera de Bull hasta la época en que, con veintidós años, se había doctorado en física y se había puesto a trabajar para el Gobierno canadiense. Allí había tenido encontronazos con los funcionarios de carrera que sembraron las semillas de lo que se convertiría en un eterno odio por los burócratas. Se había instalado como consejero privado, un «pistolero a sueldo» según constaba literalmente en su expediente con un humor bastante macabro.

Su reputación como inventor de armamento se afianzó cuando en 1976 diseñó un obús calibre 45 capaz de alcanzar blancos situados a 37 kilómetros de distancia: por entonces, el alcance máximo de la única arma comparable que poseía la OTAN de veinticinco kilómetros. Pero, una vez más, Bull se sintió molesto con las actitudes gubernamentales. Los miembros de la OTAN no pudieron adquirir el arma porque los principales fabricantes europeos contaban con *lobbies* políticos muy efectivos. Bull acabó vendiendo el arma a Sudáfrica.

Luego se mudó a China para ayudar al Ejército Revolucionario del Pueblo a desarrollar sus misiles. Bull mejoró los cohetes *Gusano de seda* dándoles un

mayor alcance y una mayor carga explosiva. Posteriormente, China vendió series de esos cohetes a Saddam Hussein. Al principio Irak los utilizó en la larga guerra contra su país vecino, Irán. Pero en las plataformas de lanzamiento iraquíes quedaron suficientes *Gusanos de seda* para hacer creer a Israel que serían usados en su contra.

Entretanto, el proyecto Babilonia seguía adelante. Ya se había probado la capacidad de fuego de un prototipo más avanzado. Los oponentes al régimen de Saddam, reclutados por Israel como informadores del Mossad, revelaron que las cabezas de los misiles habían sido diseñadas para transportar armas biológicas y químicas.

La tarde del 20 de marzo de 1990, el primer ministro Yitzhak Shamir acordó con Nahum Admoni que Bull debía morir.

Dos días después de que se tomara la decisión, un equipo de dos hombres llegó a Bruselas. Allí los esperaba el agente que había vigilado las actividades de Bull.

A las 6:45 de la tarde del 22 de marzo, los tres hombres se dirigieron en un coche alquilado al edificio donde vivía Bull. Cada ocupante llevaba un arma en una pistolera, bajo la chaqueta.

Veinte minutos más tarde, Bull, un hombre de sesenta y un años, acudía a la llamada del timbre de su lujoso apartamento. Recibió cinco disparos en la cabeza y el cuello. Sus atacantes se alternaron para dispararle. Quedó tendido en la puerta. Más tarde, el hijo de Bull, Michael, insistió en que su padre había sido prevenido de que el Mossad iba a eliminarlo. No podía decir quién le había hecho la advertencia ni por qué su padre la había ignorado.

Una vez que el equipo estuvo a salvo en casa, el Departamento de Psicología difundió rumores en los medios de comunicación de que Gerald Bull había muerto porque pensaba renegar de su trato con Saddam Hussein. Ahora, cinco años después, las tácticas usadas para ejecutar a Bull, un científico a quien Israel consideraba tan terrorista como Fathi Shiqaqi, iban a ser puestas en práctica una vez más, por orden expresa de otro primer ministro, Yitzhak Rabin.

El 24 de octubre de 1995, dos hombres de casi treinta años cuyos nombres en clave eran Gil y Ran salieron de Tel Aviv en vuelos separados. Ran voló a Atenas y Gil, a Roma. En los respectivos aeropuertos de llegada recibieron un pasaporte británico nuevo que les entregó un colaborador local. Llegaron a Malta en un vuelo de la tarde y se registraron en el hotel Diplomat, en el puerto de La Valletta.

Esa mañana, a Ran le fue enviada una moto. Dijo al personal del hotel que pensaba usarla para recorrer la isla.

Nadie en el establecimiento recordaba que los dos hombres tuvieran algún contacto. Pasaron la mayor parte del tiempo en sus habitaciones. Cuando uno de los botones comentó que el maletín Samsonite de Gil era muy pesado, éste le guiñó un ojo y le dijo que estaba lleno de lingotes de oro.

Esa noche, un carguero que había salido de Haifa hacia Italia envió un mensaje por radio a las autoridades del puerto maltes diciendo que tenía una avería en las máquinas y que, mientras la reparaba, el buque permanecería anclado cerca de la isla. A bordo del carguero iban Shabtai Shavit y un. grupo de

técnicos en comunicaciones del Mossad. Establecieron contacto por radio con Gil, cuyo maletín contenía un receptor pequeño pero potente.

» Los cierres del maletín debían ser abiertos en sentido contrario a las agujas del reloj para desactivar los fusibles de las dos cargas colocadas en la tapa, diseñadas para explotar en la cara de cualquiera que intentara abrirlo en el sentido de las agujas del reloj. La antena romboidal de la radio, un cable de fibra óptica de cuatrocientos metros, estaba enrollado para formar un disco de quince centímetros de diámetro. El disco estaba conectado a cuatro polos soldados en una esquina del Samsonite. Durante esa noche Gil recibió numerosos mensajes desde el barco.

Fathi Shiqaqi había llegado ese día, más temprano, en el ferry Trípoli-La Valletta. Iba acompañado por guardaespaldas libios que se habían quedado a bordo; eran responsables de la seguridad de Shiqaqi mientras estuviera en el barco. Antes de desembarcar se había afeitado la barba. Se identificó ante las autoridades maltesas de inmigración como Ibrahim Dawish, con pasaporte libio. Después de registrarse en el hotel Diplomat pasó varias horas en cafés, frente al mar, tomando infinidad de tazas de café y comiendo tortas árabes. Hizo varias llamadas telefónicas.

Al día siguiente, Shiqaqi iba con las camisas prometidas a sus hijos caminando por la costa, cuando dos hombres en una moto se le acercaron. Uno de ellos le disparó seis tiros a quemarropa en la cabeza. Murió instantáneamente. Los motoristas desaparecieron. Ninguno de ellos fue encontrado. Una hora más tarde un bote de pesca salió de La Valletta y ancló junto al carguero. Poco después, el capitán comunicó a las autoridades del puerto que las máquinas habían sido reparadas de manera provisional pero que debía regresar a Haifa para un arreglo definitivo.

En Irán, patria espiritual de Shiqaqi, los dignatarios religiosos impusieron un día de duelo nacional. En Tel Aviv, cuando se le pidió un comentario sobre el hecho, Yitzhak Rabin respondió: «Desde luego, no estoy triste».

Unos días después, el 4 de noviembre de 1995, Rabin fue asesinado en una manifestación por la paz en Tel Aviv, cerca de la casa donde se había orquestado la ejecución de Shiqaqi. Rabin murió a manos de un judío fanático, Yigal Amir, que en muchos sentidos poseía la misma falta de piedad que el primer ministro tanto había admirado en el Mossad.

Yitzhak Rabin, el halcón que se había convertido en paloma, el poderoso líder político que se había dado cuenta de que la única posibilidad de paz en Oriente Medio era, parafraseando su libro favorito, la Biblia, «convertir las espadas en arados y trabajar la tierra con nuestros vecinos árabes», fue asesinado por uno de los suyos porque no quiso aceptar que sus enemigos judíos iban a comportarse con la misma ferocidad que sus adversarios árabes, ambos decididos a destruir el futuro.

En 1998 había cuarenta y ocho miembros en la unidad *kidon,* seis de ellos mujeres. Todos veinteañeros y muy aptos. Vivían y trabajaban lejos del cuartel general del Mossad en Tel Aviv, en un área restringida de una base militar en el desierto del Negev. La instalación podía ser adaptada para parecerse a una calle

o edificio donde se debía llevar a cabo el asesinato. Había coches para la huida y una pista con obstáculos que sortear.

Los instructores eran ex miembros de la unidad que supervisaban las prácticas con todo tipo de armas y enseñaban a esconder bombas, administrar una inyección letal entre la multitud y hacer que una muerte pareciera accidental. Los *kidon* veían películas sobre asesinatos logrados —el del presidente Kennedy, por ejemplo—, estudiaban las caras y hábitos de los blancos potenciales almacenados en sus ordenadores de alta seguridad memorizaban los cambiantes planos de las ciudades más importantes, así como las instalaciones de puertos y aeropuertos.

La unidad trabajaba en equipos de cuatro, que viajaban con regularidad al extranjero para familiarizarse con Londres, París, Frankfurt y otras ciudades europeas. Realizaban también ocasionales viajes a Nueva York, Los Angeles y Toronto. Durante estas salidas, el equipo iba acompañado de instructores que observaban su habilidad para planear operaciones sin llamar la atención. Los blancos se elegían entre los colaboradores locales que se ofrecían como voluntarios; se les decía solamente que formaban parte de un ejercicio de seguridad para proteger una sinagoga o un banco. Los voluntarios se encontraban con que eran asaltados en plena calle y arrojados al interior de un coche o despertaban en mitad de la noche frente al cañón de una pistola.

Los *kidon* se tomaban estos ejercicios muy seriamente, porque cada equipo estaba al tanto de lo que se conocía como «el fracaso Lillehammer».

En julio de 1973, en plena cacería de los asesinos de los atletas israelíes de Munich, el Mossad recibió el dato de que Ali Hassan Salameh, el *Príncipe Rojo,* que había planeado la operación, se encontraba trabajando de camarero en el pueblecito de Lillehammer, en Noruega.

El entonces director de operaciones, Michael Harari, había reunido un equipo que no pertenecía a la unidad *kidon;* sus miembros estaban desparramados por todo el mundo, persiguiendo a los restantes terroristas que habían participado en la masacre. El equipo de Harari no tenía experiencia sobre el terreno, pero él confiaba en que su propio bagaje como *katsa,* en Europa, fuera suficiente. Formaban parte del grupo dos mujeres, Sylvia Rafael y Marianne Gladnikoff, y un argelino, Kemal Bename, que había sido correo de Septiembre Negro hasta que Harari lo convenció para que se convirtiera en agente doble.

La operación se había encaminado al desastre desde el principio. La llegada de una docena de extranjeros a Lillehammer, donde no había habido ningún asesinato durante cuarenta años, levantó todo tipo de sospechas. La policía local empezó a vigilarlos. Los oficiales estaban cerca cuando Harari y su equipo mataron a un camarero marroquí llamado Ahmed Bouchiki que no tenía ninguna relación con el terrorismo y que ni siquiera se parecía a Salameh. Harari y parte de su escuadrón pudieron escapar. Pero seis agentes del Mossad fueron apresados, incluidas las dos mujeres.

Lo confesaron todo y revelaron por primera vez los métodos de asesinato del Mossad, así como otros detalles igualmente comprometedores acerca de las actividades clandestinas del servicio. Las mujeres, junto a sus colegas, fueron acusadas de asesinato en segundo grado y sentenciadas a cinco años de prisión.

A su vuelta a Israel, Harari fue despedido y toda la red subterránea del Mossad en Europa —refugios, apartados postales y teléfonos secretos— tuvo que ser

abandonada. Aquello había ocurrido seis años antes de que Ali Hassan Salameh muriera finalmente en la operación organizada por Rafi Eitan, que dijo, «Lillehammer fue un ejemplo de lo que pasa cuando se usa a gente inadecuada para un trabajo inadecuado. Nunca debió haber ocurrido y no debe volver a ocurrir».

Pero pasó.

El 31 de julio de 1997, un día después de que dos terroristas suicidas de Hamas mataran a quince personas e hirieran a otras ciento cincuenta y siete en un mercado de Jerusalén, el jefe del Mossad, Danny Yatom, asistió a una reunión presidida por el primer ministro Benyamin Netanyahu. El primer ministro había asistido a una conmovedora conferencia de prensa, en la que había prometido no descansar hasta que los patrocinadores de esos terroristas suicidas dejaran de ser una amenaza.

Públicamente, Netanyahu se mostraba tranquilo y decidido, sus respuestas eran medidas y magistrales: Hamas no escaparía a las represalias, pero la forma en que serían encaradas no era materia de discusión. Éste era el Bibi de los días de Netanyahu en la CNN, durante la guerra del Golfo, cuando se había ganado repetidas alabanzas por sus declaraciones terminantes sobre las reacciones de Saddam Hussein y cómo eran vistas en Israel.

Pero ese día sofocante, lejos de las cámaras y rodeado sólo por Yatom, otros oficiales superiores de inteligencia y sus propios asesores políticos, Netanyahu ofrecía una imagen muy diferente. No se mostraba frío ni analítico. Todo lo contrario: en la repleta sala de conferencias contigua a su oficina, interrumpía frecuentemente para gritar que iba «a atrapar a esos mal nacidos de Hamas, aunque sea lo último que haga».

Añadió, según ha contado uno de los presentes, que «ustedes están aquí para decirme cómo va a suceder esto. Y no quiero leer nada en los diarios acerca de la venganza de Bibi. Se trata de justicia. Un justo pago».

Los términos de la acción quedaban claros.

Yatom, acostumbrado a los cambios de humor del primer ministro, estaba sentado en silencio mientras Netanyahu seguía vociferando. «Quiero sus cabezas. Los quiero muertos. No me interesa cómo se haga, sólo quiero que se haga. Y quiero que se haga cuanto antes.»

La tensión creció cuando Netanyahu pidió a Yatom una lista de todos los líderes de Hamas y sus respectivos paraderos. Ningún primer ministro había pedido antes detalles tan delicados en la etapa inicial de una operación. Más de uno pensó que Bibi estaba sugiriendo que iba a ponerse manos a la obra en aquel asunto.

El hecho de que el servicio estuviera siendo forzado a acercarse demasiado a Netanyahu aumentó la inquietud de varios oficiales del Mossad. Quizá consciente de este hecho, Yatom le contestó que entregaría la lista más adelante. En cambio, el jefe del Mossad sugirió que «era el momento de ver el lado práctico de las cosas». Localizar a los líderes de Hamas sería como «buscar ratas concretas en las cloacas de Beirut».

Una vez más, Netanyahu saltó. No quería excusas, quería acción. Y quería que empezara «aquí y ahora».

Al final de la reunión, varios oficiales de inteligencia tenían la impresión de que

Bibi Netanyahu había cruzado la delgada línea que separa la conveniencia política de las exigencias operativas. No había ningún hombre en la sala que no se diera cuenta de que Netanyahu necesitaba imperiosamente un golpe de publicidad para convencer a la gente de que su política de dureza frente al terrorismo, que lo había llevado al poder, no era sólo retórica. Había superado escándalo tras escándalo y salido indemne al dejar que otros cargaran con las culpas. Su popularidad estaba más baja que nunca. Su vida personal no dejaba de salir en la prensa. Necesitaba desesperadamente demostrar que todavía estaba al mando. Entregar la cabeza de un líder de Hamas era un medio efectivo para lograrlo.

Un oficial superior habló, indudablemente, por todos, cuando dijo: «Si bien estábamos de acuerdo en que cortar la cabeza de la serpiente era eliminarla, las prisas nos preocupaban. Toda la perorata de Bibi sobre una acción inmediata era una completa tontería. Cualquier operación de ese tipo requiere una cuidadosa planificación; Bibi quería resultados, como si aquello fuera un juego de ordenador o alguna de esas viejas películas de acción que suele ver. Pero el mundo real no funciona así».

Yatom ordenó un completo rastreo de los países árabes y envió *katsas* a Gaza y a la franja occidental para descubrir más sobre el paradero de las figuras que controlan Hamas desde las sombras. A lo largo de agosto de 1997, fue llamado varias veces por el primer ministro para informar sobre sus progresos. No había ninguno. En la comunidad de inteligencia israelí corrían los comentarios acerca de cómo el primer ministro había ordenado que Yatom pusiera más hombres sobre el terreno y se empezaba a sospechar que si no veía resultados rápidos iba a iniciar «otras acciones». Si Netanyahu intentaba que esto fuera una torpe amenaza al jefe del Mossad, no tuvo éxito. Yatom decía simplemente «que estaba haciendo todo lo posible». La implicación tácita era que, si el primer ministro deseaba despedirlo, estaba en su derecho, pero que en el debate público que inmediatamente seguiría Netanyahu debería responder a preguntas sobre su propio papel. Pero el primer ministro continuaba presionando para que mataran a un líder de Hamas y para que lo hicieran lo antes posible.

En septiembre de 1997 Netanyahu había empezado a llamar a Yatom noche y día para exigirle resultados. El presionado jefe del Mossad cedió. Sacó agentes de otras sedes. Según uno de ellos: «Que Yatom reorganizara el mapa era un sometimiento a las demandas de Bibi. Yatom es un tipo duro, pero cuando llegaba el tira y afloja no podía compararse con Bibi, que había empezado a recordarle qué rápido había organizado su hermano el *raid* sobre Entebbe. La comparación no tenía pies ni cabeza. Pero así son las cosas con Bibi: echa mano de cualquier cosa que lo ayude a lograr sus propósitos».

El 9 de septiembre llegaron noticias a Tel Aviv de que Hamas había golpeado otra vez y herido a dos guardaespaldas de la embajada israelí, recientemente abierta en Ammán, capital de Jordania.

Tres días más tarde, antes de que empezara el *sabbat,* Netanyahu invitó a almorzar a Yatom en su residencia de Jerusalén. Los dos hombres comieron sopa, ensalada y un plato de carne regados con cerveza y agua mineral. El primer ministro inmediatamente sacó a colación el ataque de Ammán. ¿Cómo pudieron

los tiradores acercarse tanto para disparar? ¿Cómo no había existido ninguna advertencia previa? ¿Qué estaba haciendo al respecto el destacamento del Mossad?

Yatom interrumpió a Netanyahu en medio de su discurso: había un líder de Hamas, llamado Khalid Meshal, que dirigía la oficina política de la organización en la ciudad. Meshal había pasado semanas viajando por varias ciudades árabes, pero ya había regresado a Ammán.

Netanyahu estaba fascinado. «Entonces vayan y derríbenlo —dijo a través de la mesa—. Carguemelo. Mande a su gente para hacerlo.»

Tenso por seis semanas de implacable presión por parte de un primer ministro que había demostrado no tener ni idea de la delicadeza que requería cualquier operación de inteligencia, el jefe del Mossad le dio una precisa lección. Con ojos echando chispas detrás de las gafas, le advirtió que lanzar un ataque en Ammán destruiría la relación con Jordania que su antecesor, Yitzhak Rabin, había establecido. Matar a Meshal en suelo jordano pondría en peligro todas las operaciones del Mossad en un país que había brindado un flujo continuo de información sobre Siria, Irak y los extremistas palestinos. Yatom sugirió que sería mejor esperar a que Meshal abandonara otra vez el país para dar el golpe.

«Excusas. Eso es todo lo que me da —gritó Netanyahu—. Quiero acción y la quiero ahora. La gente quiere acción. Pronto será Rosh Hashanah [el Año Nuevo judío]. Este será mi regalo.»

Desde ese momento, cada movimiento de Yatom debía ser aprobado personalmente por Netanyahu. Ningún otro primer ministro israelí se había tomado un interés tan personal en una operación de asesinato patrocinada por el Estado.

Khalid Meshal, de cuarenta y un años, era un hombre fuerte y barbudo. Vivía cerca del palacio real de Hussein y, según las referencias, era un marido devoto y padre de siete hijos. Era, además de educado y culto, una figura poco conocida en el movimiento fundamentalista islámico. Pero los datos recopilados por la sede del Mossad en Ammán indicaban que Meshal era la fuerza conductora de los ataques terroristas suicidas contra civiles israelíes.

Los detalles sobre los movimientos de Meshal habían llegado junto con una fotografía tomada a escondidas y una petición personal a Yatom de que tratara de convencer a Netanyahu de no proseguir con el plan de asesinato en Ammán. Una acción tan salvaje pondría en peligro los dos años de importante trabajo de contraespionaje que el Mossad había llevado a cabo con la cooperación de Jordania.

Netanyahu rechazó la petición. Según él pronosticaba fracaso, algo que no estaba dispuesto a tolerar.

Mientras tanto, un *kidon* de ocho agentes se había estado preparando: un equipo de dos hombres daría el golpe a plena luz del día; los otros proporcionarían el apoyo necesario, incluidos los vehículos. El equipo regresaría a Israel cruzando el puente de Allenby, próximo ajerusalén.

El arma elegida por el Mossad era inusual, no una pistola sino un aerosol lleno de gas nervioso. Por primera vez, una unidad *kidon* usaría este método letal, aunque había sido perfeccionado mucho tiempo antes por la KGB y otras agencias del bloque soviético. Los científicos rusos recientemente emigrados a Israel habían sido reclutados por el Mossad para crear un surtido de toxinas mortales, como

tabun, sarin y soman, agentes nerviosos prohibidos por los tratados internacionales. Las sustancias producían una muerte inmediata o retardada; en ambos casos, la víctima perdía el control sobre sus órganos internos y sufría un dolor tan extremo que la muerte se convertía en un alivio piadoso. Esta forma de ejecución había sido la elegida para Meshal.

El 24 de septiembre de 1997 el equipo *kidon* voló a Ammán, desde Roma, Atenas y París, donde sus miembros habían permanecido varios días. Algunos de ellos viajaban con pasaportes franceses e italianos. Los verdugos contaban con pasaportes canadienses, a nombre de Barry Beads y Sean Kendall. Se registraron en el hotel Intercontinental, como turistas. Los otros *katsas* se alojaron en la embajada israelí, a corta distancia.

Beads y Kendall se reunieron con los demás al día siguiente. Los dos hombres inspeccionaron el aerosol una vez más. Los agentes especulaban con que podía producir desde alucinaciones hasta un ataque al corazón, antes de la muerte. Fueron informados sobre los últimos movimientos de Meshal por el jefe de destacamento, quien había estado en Londres, en 1978, cuando un desertor búlgaro, Georgi Markov, fue asesinado con un gas nervioso. Un transeúnte lo había pinchado con la punta del paraguas. Markov había tenido una muerte terrible, causada por ricino, un veneno mortal hecho con semillas de esa planta. El transeúnte era un agente del KGB que jamás fue encontrado.

Con ese comentario optimista, Beads y Kendall regresaron al hotel antes de medianoche.

Ordenaron que les llevaran el desayuno a la habitación: café, jugo de naranja y galletitas danesas. A las nueve en punto de la mañana siguiente, Beads apareció en el vestíbulo y firmó el recibo de uno de los coches alquilados, un Toyota azul. El segundo, un Hyundai verde, llegó un poco más tarde y fue reclamado por Kendall. Dijo a los conserjes que él y «su amigo» iban a explorar el sur del país.

A las diez de la mañana Meshal era conducido al trabajo por su chófer; viajaba en el asiento trasero con tres de sus hijos menores, un varón y dos niñas. Beads lo seguía a una distancia prudente en su coche alquilado. Otros miembros del grupo estaban en la calle, con otros coches.

Cuando entraron en el distrito del Jardín, el chófer le comunicó a Meshal que los estaban siguiendo. Meshal usó el teléfono del automóvil para averiguar la matrícula y el propietario del coche de Beads en las oficinas centrales de la policía jordana.

Cuando el Toyota alquilado pasó junto a ellos, los hijos de Meshal saludaron a Beads, tal como lo habían hecho con otros conductores. El agente del Mossad los ignoró. Enseguida, el Hyundai verde de Kendall se adelantó y ambos vehículos desaparecieron en el tráfico.

Al cabo de un momento la policía de Ammán llamó para informar a Meshal que el coche había sido alquilado por un turista canadiense. Meshal se relajó y miró a sus hijos, que saludaban a los automovilistas apoyados en las ventanillas. Cada mañana se turnaban para acompañar a su papá al trabajo, antes de que el chófer los llevara al colegio.

Poco antes de las diez y media el chófer frenó en la calle Wasfi al Tal, donde se había congregado una multitud frente a las oficinas de Hamas. Allí estaban Kendall y Beads. Su presencia no provocaba alarma; muchos turistas curiosos se

acercaban a la sede de Hamas para conocer sus aspiraciones.

Meshal besó rápidamente a sus hijos antes de apearse. Beads se adelantó como si quisiera estrechar su mano. Kendall estaba a su lado, manoseando una bolsa de plástico.

—¿El señor Meshal? —preguntó Beads amablemente.

Meshal lo miró con desconfianza. En ese momento, Kendall extrajo el aerosol y trató de rociar su contenido en el oído izquierdo de Meshal.

El líder de Hamas retrocedió sorprendido, secándose el lóbulo de la oreja,

Kendall hizo otro intento de rociar la sustancia en el oído de Meshal. A su alrededor, la multitud empezaba a recobrarse de la sorpresa y muchas manos se extendieron tratando de sujetar a los agentes.

—Corre —dijo Beads en hebreo.

Seguido por Kendall, corrió hacia su auto, estacionado calle arriba. El chófer de Meshal había visto todo lo ocurrido y dio marcha atrás para embestir al Toyota.

Meshal se tambaleaba, gimiendo. La gente trataba de sostenerlo. Algunos pedían a gritos una ambulancia.

Beads, con Kendall a su lado sosteniendo todavía el aerosol usado a medias, logró evitar la embestida del chófer y aceleró calle arriba.

Otros vehículos salieron en su persecución. Uno de los conductores llevaba un teléfono móvil y pedía que se bloquearan las calles. El chófer usaba el del coche para llamar a la policía.

Para entonces los refuerzos del *kidon* habían llegado. Uno de ellos paró y avisó a Beads para que pasara a su coche. Cuando los dos agentes salieron del Toyota, otro vehículo les cortó el paso. Bajaron muchos hombres armados. Obligaron a Beads y a Kendall a tirarse al suelo. Poco después llegó la policía. Al darse cuenta de que nada podían hacer, los otros miembros del *kidon* se alejaron y regresaron sanos y salvos a Israel.

Beads y Kendall fueron menos afortunados. Los llevaron a la comisaría central de Ammán, donde presentaron sus pasaportes canadienses e insistieron en que eran víctimas de un «terrible complot». La llegada de Samih Batihi, el formidable jefe de contraespionaje jordano, puso fin a la ficción. Les dijo que sabía quiénes eran: acababa de hablar con el jefe de destacamento del Mossad. Según Batihi, el jefe de los espías «se había sincerado. Admitió que era su gente y que Israel trataría el asunto directamente con el rey».

Batihi ordenó que los dos agentes fueran encerrados por separado, pero que no se les hiciera ningún daño.

Entretanto, Meshal había ingresado en la unidad de cuidados intensivos del principal hospital de Ammán. Se quejaba de un campanilleo persistente en su oído izquierdo, «una sensación de escalofríos, como una descarga eléctrica en el cuerpo» y creciente dificultad para respirar.

Los médicos le conectaron un respirador artificial.

Las noticias del fracaso de la operación llegaron a Yatom, mediante una llamada segura del jefe de destacamento, desde la embajada israelí en Ammán. Se dijo que ambos hombres estaban «más que furiosos» por el desastre.

Cuando Yatom llegó a la oficina de Netanyahu, el primer ministro había recibido una llamada del rey Hussein de Jordania por la línea directa que los ponía en contacto en caso de emergencia. El tono de la conversación fue comentado

más tarde por un oficial de inteligencia israelí: «Hussein le hizo dos preguntas a Bibi: A qué carajo estaba jugando y si tenía el antídoto para el gas tóxico».

El rey dijo que se sentía como un hombre cuya hija hubiese sido violada por su mejor amigo y que si Netanyahu pensaba negarlo todo debía saber que sus dos agentes habían confesado en un vídeo dirigido a Madeleine Albright, la secretaria de Estado, que iba ya camino de Washington. Netanyahu quedó encorvado sobre el teléfono, «blanco como alguien a quien han pescado con las manos en la masa».

Netanyahu se ofreció a volar hasta Ammán «para explicar el asunto» al rey. Hussein le dijo que no perdiera el tiempo. El oficial de inteligencia recordaba: «Se notaba el hielo en la línea desde Jordania. Bibi ni siquiera protestó cuando Hussein le dijo que esperaba que ahora Israel pusiera en libertad al jeque Ahmed Yassin, un líder de Hamas encarcelado desde hacía algún tiempo, así como a otros prisioneros palestinos. La llamada duró cinco minutos. Debió de haber sido el peor momento de la carrera política de Bibi».

Los hechos seguían ahora su propio curso. Al cabo de una hora, el antídoto contra el gas nervioso había sido transportado en un avión militar a Ammán y se le había administrado a Meshal. Empezó a recuperarse y, pocos días después, se encontraba suficientemente bien como para ofrecer una conferencia de prensa en la que ridiculizó al Mossad. El jefe del destacamento de Ammán y Samih Bahiti tuvieron una breve reunión, en el transcurso de la cual llamaron a Yatom. El director general prometió fervientemente que jamás se volvería a repetir un intento de asesinato en suelo jordano. Al día siguiente, Madeleine Albright realizó dos llamadas breves a Netanyahu: le hizo saber qué pensaba sobre lo ocurrido, en un lenguaje por momentos tan subido como el del rey Hussein.

Sabiendo que sus pasaportes estaban comprometidos, el Gobierno de Canadá llamó a su embajador en Israel, un movimiento muy próximo a la ruptura de relaciones diplomáticas.

Cuando los detalles empezaron a ser conocidos, Netanyahu recibió tales críticas de la prensa local e internacional, que hubieran obligado a cualquier hombre a renunciar.

En una semana, el jeque Yassin fue liberado y regresó como un héroe a Gaza. Para entonces, Kendall y Beads estaban de vuelta en Israel, sin sus pasaportes canadienses. Estos habían sido devueltos «a la custodia» de la embajada de Canadá en Ammán.

Los dos *katsas* nunca volvieron a la unidad *kidon;* se les asignaron tareas burocráticas de carácter general en Tel Aviv. Como dijo un oficial de inteligencia: «Eso podía significar que estarían a cargo de la seguridad de los baños del edificio».

Pero Yatom ya era un jefe desautorizado. Su plana mayor sentía que había sido incapaz de hacerle frente a Netanyahu. La moral en el Mossad sufrió otro bajón. La oficina del primer ministro filtró el rumor de «que Yatom se vaya, es sólo cuestión de tiempo».

Yatom trató de frenar la marea de abatimiento en que se estaban hundiendo. Adoptó lo que llamaba «su pose prusiana». Trató de intimidar a su personal. Hubo iracundas confrontaciones y amenazas de renuncia.

En febrero de 1998, Yatom renunció en un intento de abortar lo que

consideraba «un inminente motín». El primer ministro Netanyahu no envió a su caído jefe de inteligencia la usual carta de agradecimiento por los servicios prestados.

Yatom dejó el cargo con las primeras olas que empezaban a levantarse sobre el asesinato del primer ministro, Yitzhak Rabin. Un concienzudo periodista de investigación, Barry Chamish, había reunido por su cuenta informes médicos y balísticos y declaraciones de testigos oculares: de los guardaespaldas de Rabin, su esposa, médicos y enfermeras, así como de miembros de la inteligencia israelí con quienes había hablado. Muchas de estas pruebas se habían presentado ante un tribunal a puerta cerrada.

En 1999, Chamish, arriesgando su vida, había empezado a publicar en Internet algunos de sus descubrimientos. Son una fantástica repetición de las dudas que plantea la actuación de un tirador solitario en el asesinato del presidente Kennedy, en 1963. Las conclusiones extraídas por Chamish resultan, como mínimo, fascinantes y convincentes. Ha determinado que «la teoría del pistolero, aceptada por la Comisión Shamgar del Gobierno israelí, sobre el asesinato de Rabin, es una tapadera para lo que debía ser la puesta en escena de un asesinato fallido destinado a reavivar la decreciente popularidad del primer ministro ante el electorado». Yogal Amir acordó hacer el papel de tirador solitario con su controlador o controladores en la comunidad de inteligencia israelí.

Amir disparó una bala de fogueo. Y disparó sólo un tiro, no los tres mencionados. Las pruebas periciales de laboratorio de la policía israelí demuestran que el proyectil encontrado en la escena del crimen no corresponde al arma de Amir. No se vio sangre en el cuerpo de Rabin. Y, además, subsiste el misterio de cómo el coche de Rabin se perdió durante ocho o diez minutos en lo que debió haber sido un viaje de cuarenta y cinco segundos hasta el hospital, con las calles vacías, acordonadas por la policía para la manifestación a favor de la paz.

La afirmación más explosiva de Chamish, entre otras, y que todavía debe ser refutada por algún oficial de inteligencia en activo, es que «durante ese extraño viaje al hospital en un vehículo conducido por un chófer experimentado, Rabin recibió dos disparos de bala reales procedentes del arma de su propio guardaespaldas, Yoram Rubin. Las dos balas extraídas del cuerpo de Rabin se perdieron durante once horas. Después, Rubin se suicidó».

Chamish habló con los tres cirujanos que lucharon para salvar la vida del primer ministro. El periodista estudió los testimonios de los policías que habían estado presentes cuando Amir disparó. Los oficiales declararon que, cuando fue llevado al coche, Rabin no tenía heridas visibles. Los cirujanos se mostraron terminantes. Cuando el primer ministro llegó al hospital mostraba señales claras de una herida masiva en el pecho y de un severo daño en la espina dorsal, a la altura del cuello. Los cirujanos insistieron en que no era posible que un disparo semejante pasara inadvertido en el lugar del atentado y que luego el herido llegara al hospital con daños generalizados.

La Comisión Shamgar concluyó que no había pruebas de que tales heridas existieran. En consecuencia, los médicos dejaron de hablar del asunto.

Además de las investigaciones de Chamish existen declaraciones juradas independientes que sostienen su argumento: «Lo que ocurrió es insondable y una

conspiración».

En la audiencia del proceso, Amir había dicho al tribunal: «Si digo la verdad, todo el sistema se derrumbará. Sé lo suficiente como para destruir este país».

Un agente del Shin Bet que estaba cerca de Amir cuando éste disparó contra Rabin testificó: «Oí a un policía que pedía calma a la gente y decía que era una bala de fogueo». La prueba se presentó a puerta cerrada.

Lea Rabin declaró en la misma audiencia que su marido ni siquiera cayó hasta que no le dispararon desde muy cerca. «Seguía de pie y con buen aspecto».

El perfil de Barry Chamish no es el de «un loco de las conspiraciones». Es muy cuidadoso con lo que escribe y contrasta cada prueba con testimonios que la corroboren. Ha tardado en emitir un juicio y da la impresión de que tiene mucho más para decir, pero que no lo hará por el momento. Más aún, es una rareza en la actual generación de periodistas israelíes: un hombre que se mueve por su cuenta, no debe nada a nadie y, lo más importante, es de fiar.

Ha puesto en Internet todas las pruebas recabadas, en parte como seguro y en parte porque desea que la verdad salga a la luz. También es lo suficientemente realista como para aceptar que quizá los hechos nunca lleguen a ser juzgados de la manera apropiada.

7

El espía refinado

Una húmeda mañana de primavera de 1977, David Kimche instruía a los paisajistas árabes sobre los arreglos de su jardín, en un suburbio de Tel Aviv. Sus modales reservados y su tono de voz suave, más adecuado para una universidad que para tratar con obreros, delataban que Kimche descendía de generaciones de administradores que habían hecho ondear la Union Jack británica sobre grandes extensiones de territorio.

Nacido en Inglaterra, hijo de judíos de clase media, los modales impecables de Kimche dibujaban la imagen de un inglés de pies a cabeza. La ropa cortada a medida realzaba una figura que se mantenía en buena forma gracias al ejercicio y a una dieta estricta. Kimche parecía tener veinte años menos de los que tenía, casi sesenta, debido a su aspecto juvenil. Cada uno de sus gestos, mientras hablaba con los jardineros —el sacudirse el pelo de la frente, las largas pausas, la mirada pensativa—, sugería una vida entera pasada en un claustro universitario.

En realidad, David Kimche había sido lo que Meir Amit llamaba «una de las fábricas intelectuales» detrás de muchas operaciones del Mossad. Su capacidad de razonamiento se unía a un valor asombroso. Era capaz de sorprender al más astuto con un movimiento inesperado, y eso le había valido el respeto incluso de sus colegas más cínicos. Pero muchas veces su intelectualismo los había apartado de él: era demasiado distante y abstracto para sus modos mundanos. Varios de ellos pensaban, como Rafi Eitan, «que si le decían buenos días a David su mente pensaría al instante cuan bueno era y cuánto faltaba para la noche».

Dentro del Mossad, Kimche era considerado el epítome del espía caballero con la astucia de un gato de callejón. Su incorporación al redil del Mossad empezó después de dejar la Universidad de Oxford con una matrícula en ciencias sociales, en 1968. Al cabo de pocos meses, el Mossad, dirigido desde hacía no mucho por Meir Amit, que deseaba incorporar a sus filas graduados universitarios para complementar la dureza de hombres como Rafi Eitan, que habían aprendido su oficio en la calle, lo reclutó.

Cómo, dónde y por quién fue reclutado era una de las cosas que mantendría para siempre guardada bajo siete llaves. Los rumores de la comunidad de inteligencia proponían variados escenarios: que había firmado después de una cena con un editor de Londres, un judío que ejercía como reclutador desde mucho tiempo antes; que la propuesta llegó en una sinagoga de Golders Green; que un

pariente lejano había dado el paso inicial.

La única certeza es que una mañana de primavera, a comienzos de los años sesenta, Kimche entró en el cuartel general del Mossad en Tel Aviv como flamante miembro del Departamento de Planes y Estrategia. A un lado del edificio había una sucursal del Banco de Israel, varias oficinas comerciales y un café. Dudoso sobre qué hacer o adonde ir, Kimche se quedó esperando en el vestíbulo sombrío. Qué distinto de la imponente entrada de la CÍA, sobre la que había leído. En Langley, la agencia proclamaba orgullosamente su existencia con una estrella de dieciséis puntas sobre un escudo dominado por el perfil de un águila grabado sobre el suelo de mármol y una inscripción que decía: «Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de Norteamérica». Una placa recogía las palabras del apóstol Juan sobre la verdad que nos hará libres. Detrás, había filas de ascensores custodiados por hombres armados.

Pero aquí, en el casi miserable vestíbulo del edificio del paseo del Rey Saúl, sólo había cajeros en sus ventanillas y gente sentada en las sillas de plástico del café. Ninguno de ellos parecía ni remotamente un empleado del Mossad. En el extremo más lejano se abrió una puerta sin identificar y salió una figura conocida: el funcionario consular de la embajada de Israel en Londres, que le había proporcionado sus papeles de viaje. Mientras acompañaba a Kimche hacia la puerta, le explicó que su condición de diplomático protegía su verdadero trabajo como *katsa* en Londres. En la puerta, le entregó dos llaves y le dijo que en adelante serían su único medio para entrar en el cuartel general del Mossad. Una de las llaves abría la puerta y la otra, los ascensores -que subían los ocho pisos del edificio. El cuartel general era un edificio dentro de otro, con sus propios servicios de agua, electricidad y cloacas independientes del resto de la torre.

Se había convertido en cuartel del Mossad poco después del fin de la guerra de Suez, en 1956.

Ese año, en octubre, las fuerzas conjuntas británicas, francesas e israelíes habían invadido Egipto para recuperar el canal de Suez, nacionalizado por el presidente Gamal Nasser. La invasión tenía el sello de la «diplomacia cañonera» que durante tanto tiempo había dominado la zona. Estados Unidos casi no fue advertido de una invasión que resultó ser el último aliento de la dominación inglesa y francesa en Oriente Medio. Washington había ejercido una fuerte presión para detener la lucha, temiendo que la Unión Soviética se pusiera a favor de Egipto y se produjera una confrontación de superpotencias. Cuando la guerra terminó, a orillas del canal, Gran Bretaña y Francia se encontraron con que habían sido reemplazadas por Estados Unidos como poder foráneo dominante en la región. Pero Israel insistió en retener la tierra que había conquistado en el desierto del Sinaí. Richard Helms, futuro director de la CÍA, voló a Tel Aviv y fue recibido por la plana mayor del Mossad. Le impresionaron como «un grupo de corredores de fincas sacando a relucir las comodidades».

Mientras subían en el ascensor, el guía de Kimche le explicó que en el primer piso se encontraba el centro de comunicaciones y escuchas; ocupaban el siguiente las oficinas del personal sin cualificar. Los pisos superiores eran para los analistas, planificadores y el personal operativo. Investigación y Desarrollo contaba con un piso propio. En el último, se encontraban las oficinas del director general y sus ayudantes.

Kimche fue colocado entre los planificadores y estrategas. Su oficina estaba equipada como todas las demás: un escritorio de madera barata, un archivador de metal con una sola llave, un teléfono negro y un directorio con la advertencia «No se lo lleve». Una alfombra completaba el mobiliario. La oficina estaba pintada de verde aceituna y ofrecía una buena vista panorámica de la ciudad. Después de trece años, el edificio mostraba signos de desgaste, la pintura se había desconchado en algunas paredes y las alfombras necesitaban un cambio.

Pero, a pesar de estos defectos, David Kimche sentía que había llegado en un momento crucial. Meir Amit estaba a punto de dejar su puesto para ser reemplazado por Rafi Eitan y otros oficiales superiores del Mossad. ¿Kimche no tardó en conocer las manías de sus colegas: el analista que invariablemente anteponía a sus palabras «esto es una maniobra europea, en el clásico estilo Clausewitz»; el jefe del departamento que señalaba una acción, echando hebras de tabaco negro en su pipa y, cuando el humo blanco salía, tomaba decisiones; el estratega que invariablemente terminaba sus informes diciendo que el espionaje era un continuo aprendizaje sobre las debilidades humanas. Estos hombres, que se habían ganado sus medallas, dieron la bienvenida al entusiasmo de Kimche y su habilidad para desentrañar problemas. También captaron que entendía muy bien que descubrir las artimañas del enemigo era tan importante como mantener las del Mossad.

Parte de su trabajo consistía en seguir los acontecimientos en Marruecos; allí había aún un gran número de judíos viviendo bajo el régimen represor del rey Hassan. En un intento de hacerles la vida más fácil, Kimche había entablado «una relación de trabajo» con el temido servicio de seguridad del monarca, encontrando una causa común en la necesidad de derrocar a Nasser, cuyo odio hacia Israel sólo era comparable con el que sentía por el rey. Nasser veía en Hassan un obstáculo para su sueño de establecer una poderosa coalición árabe, desde el canal de Suez hasta la costa atlántica de Marruecos. La amenaza potencial para Israel de tal coalición había persuadido a Meir Amit de entrenar a hombres del rey en métodos de contraespionaje e interrogatorio que distaban poco de una tortura sofisticada.

En Marruecos sobrevivía una pequeña pero igualmente dura oposición, liderada por Mehdi ben Barka. Kimche había estudiado la carrera de Ben Barka: fiel tutor del monarca, había sido durante algún tiempo presidente de la Asamblea Nacional, una especie de Parlamento inocuo que se limitaba a sellar los decretos cada vez más represivos de Hassan. Finalmente, Ben Barka se había convertido en la única voz opositora al monarca.

Una y otra vez, Ben Barka había evitado ser capturado por los hombres del rey. Pero, sabiendo que su arresto era sólo cuestión de tiempo, el carismático ex maestro de escuela se había marchado a Europa. Desde allí continuaba planeando la caída de Hassan.

Dos veces, el pequeño pero eficiente movimiento de resistencia de Ben Barka había estado cerca de tener éxito en su intento de eliminar al monarca por medio de bombas. El enfurecido Hassan ordenó que Ben Barka fuera juzgado en rebeldía y condenado a muerte. Éste respondió ordenando nuevos ataques contra el rey.

En mayo de 1965 Hassan le pidió al Mossad que le prestara ayuda para lidiar

con Ben Barka. La tarea de evaluar esa solicitud le fue encomendada a David Kimche. Más adelante, ese mismo mes, viajó a Londres con su pasaporte británico. Aparentemente, estaba de vacaciones. Pero en realidad iba a dar los últimos toques a su plan. Equipado con un segundo pasaporte legítimo, provisto por un *sayan* y con visado marroquí, Kimche voló a Roma; pasó un día visitando la ciudad y moviéndose para asegurarse de que no era seguido, y luego viajó a Marruecos.

En el aeropuerto de Rabat fue recibido por Muhammed Oufkir, el temible ministro del Interior del reino. Esa noche, en una cena animada por la danza del vientre de las mejores bailarinas, Oufkir le reveló lo que deseaba el rey: la cabeza de Ben Barka. Haciendo gala de un crudo sentido del humor y de su conocimiento de la historia judía, Oufkir añadió: «Después de todo, su Salomé judía le pidió al rey Herodes la cabeza de un revolucionario».

Kimche le contestó que, si bien eso era correcto, no era un asunto que él mismo pudiera resolver. Oufkir debía ir con él a Israel.

Al día siguiente, los dos hombres volaron a Roma y, desde allí, tomaron un avión a Tel Aviv. Meir Amit se reunió con ellos en un piso franco. Estuvo cortés, pero cauteloso.

Le dijo a Kimche que no le entusiasmaba mucho la idea de hacer el trabajo sucio de Oufkir e insistió en que «nuestro compromiso debe limitarse al trabajo preliminar».

Sin el conocimiento de Meir Amit, Oufkir había hecho arreglos con una facción del servicio de inteligencia francés para matar a Ben Barka, si éste podía ser sacado de su fortaleza de Ginebra y llevado a Francia cruzando la frontera. Todavía reacio, Meir Amit insistió en que el primer ministro, Levi Eshkol, debía autorizar personalmente la intervención del Mossad. El primer ministro accedió.

El Mossad puso manos a la obra. Un *katsa* nacido en Marruecos viajó a Ginebra y se infiltró en el círculo de amistades de Ben Barka. Durante meses, el agente trabajó la versión de que tenía acceso a un millonario francés que deseaba ver destronado a Hassan para que Marruecos tuviera una verdadera democracia. Era Kimche quien había inventado esta ficción. El 26 de octubre de 1965 se enteró de que Ben Barka, «como el antiguo Pimpinela Escarlata», estaba a punto de viajar a París.

El centro de comunicaciones del Mossad envió un mensaje clave a Oufkir, a Marruecos. Al día siguiente, el ministro y un reducido equipo de la seguridad marroquí viajaron a París. Esa noche, el ministro recibió información del grupo en servicio francés. Preocupado porque había sido excluido del encuentro, el *katsa* que había acompañado a Ben Barka hasta París llamó a Kimche pidiendo instrucciones. Kimche consultó con Meir Amit. Ambos estuvieron de acuerdo en que «se estaba cocinando algo desagradable y nosotros debíamos quedar limpios».

La noche siguiente, una furgoneta del grupo francés estaba estacionada frente al restaurante de St. Germain donde Ben Barka acudió a cenar creyendo que iba a conocer al millonario. Después de esperar una hora sin que nadie apareciera, Ben Barka abandonó el local. En cuanto pisó la acera, fue atrapado por dos agentes franceses e introducido en la furgoneta. Lo llevaron a una finca del distrito de Fontenay-le-Vicomte, que la facción utilizaba de vez en cuando para interrogar a

sospechosos. A lo largo de la noche, Oufkir supervisó el interrogatorio y la tortura de Ben Barka hasta que, al amanecer, el hombre, totalmente quebrado, fue ejecutado. Oufkir tomó fotos del cuerpo antes de que lo enterraran en el jardín de la finca. El ministro volvió a casa con las pruebas para el rey.

Cuando se descubrió el cadáver, en Francia los clamores llegaron hasta el palacio presidencial. Charles de Gaulle ordenó una investigación sin precedentes, que condujo a una purga masiva del servicio de inteligencia francés. Su director, ansioso por mantener la colaboración corporativa, luchó por mantener el nombre del Mossad fuera del incidente. Pero De Gaulle, poco amigo de Israel, estaba convencido de que el Mossad había estado involucrado en el asunto. Dijo a sus asistentes que la operación llevaba «el sello de Tel Aviv». Sólo los israelíes, había resoplado, mostrarían tal desprecio por las leyes internacionales. La estrecha relación entre Israel y Francia, entablada durante la guerra de Suez, en 1956, había concluido. De Gaulle ordenó inmediatamente que los envíos de armas a Israel cesaran, así como toda cooperación en materia de inteligencia. Meir Amit «recordaría el chaparrón que caía desde París».

Para Kimche, «fue heroico el modo en que Meir Amit manejó la situación. Podía haber tratado de culparme a mí o a otros involucrados en la operación. En cambio, insistió en asumir toda la responsabilidad. Era un verdadero líder».

El Gobierno del primer ministro Eshkol, golpeado por la reacción de París, se distanció del jefe del Mossad. Cuanto más insistía Meir Amit en que el papel del Mossad había sido «marginal», poco más que «facilitar algunos pasaportes y coches», más insistía su predecesor, Isser Harel, en que el asunto Ben Barka jamás hubiera tenido lugar durante su gestión. Meir Amit advirtió al primer ministro que se hundirían juntos bajo semejantes críticas. Eshkol respondió creando un comité de investigación, encabezado por el ministro de Asuntos Exteriores. El comité concluyó que Meir Amit debía renunciar, pero éste se negó a menos que Eshkol también lo hiciera. La partida quedó en tablas. Poco después de un año, Meir Amit admitió que la muerte de Ben Barka ya no habría de causarle más problemas. Pero había sido un aviso peligroso.

Para entonces, Kimche se ocupaba de otras cuestiones. Los palestinos habían entrenado un comando secreto para explotar un flanco débil de la seguridad que ni siquiera el Mossad había previsto: el secuestro de aviones en pleno vuelo. Una vez que el avión era tomado durante el trayecto, se lo desviaba hacia un país árabe amistoso. Allí los pasajeros eran retenidos para pedir sustanciales sumas de dinero como rescate o para ser intercambiados por prisioneros árabes en poder de Israel. Había un beneficio añadido: la propaganda que la difusión mundial del secuestro supondría para la causa de la OLP.

En julio de 1968, un vuelo de El Al procedente de Roma fue desviado hacia Argelia. El Mossad quedó anonadado por la audacia de la operación. Un equipo de *katsas* voló a Argelia, mientras Kimche y otros estrategas trabajaban contra reloj para urdir un plan y liberar a los aterrorizados pasajeros. Pero la masiva presencia de los medios de comunicación impedía cualquier intento de asaltar el avión. Kimche recomendó hacer tiempo con la esperanza de que la historia perdiera actualidad y los *katsas* pudieran efectuar su maniobra. Pero los secuestradores lo habían previsto y comenzaron a amenazar con una carnicería a menos que se cumpliera su exigencia: la liberación de los prisioneros palestinos

de las cárceles de Israel. Kimche se dio cuenta: «Estábamos entre la espada y la pared». Fue uno de los que recomendaron, a regañadientes, liberar a los presos a cambio de los pasajeros, «siendo plenamente consciente de las consecuencias de esa acción. Prepararía el camino para nuevos secuestros y aseguraría que la causa de la OLP iba a recibir, en el futuro, total cobertura de los medios. Israel quedaba a la defensiva. Y también los Gobiernos occidentales que no tenían respuesta frente a los secuestros. Sin embargo, ¿qué otra cosa podíamos hacer sino esperar sombríamente el siguiente ataque?». Y los ataques se sucedieron, cada uno mejor preparado que el anterior. En poco tiempo, media docena más de aviones comerciales fueron tomados por los secuestradores, que no sólo eran expertos en esconder armas y explosivos a bordo, sino que también estaban entrenados para pilotar el avión u ocupar el lugar de la tripulación. En el desierto libio practicaban el intercambio de disparos en la cabina de un avión porque sabían que El Al había introducido guardias armados en sus vuelos: una de las primeras medidas que Kimche recomendó. También había predicho con acierto que los secuestradores conocerían las leyes de los distintos países involucrados, de modo que, si eran capturados, sus colegas pudieran servirse de esas leyes para liberarlos, mediante la negociación o con amenazas.

Kimche sabía que el Mossad iba a necesitar un incidente que le permitiera vencer a los secuestradores con las dos armas que le habían dado renombre: astucia y crueldad. Y así como los secuestradores aprovechaban la publicidad, Kimche quería una operación cuyo resultado despertara la admiración por Israel, tanta como la que había producido el secuestro de Eichmann. El incidente que Kimche necesitaba debía tener mucho dramatismo, considerable riesgo y un final feliz contra todo pronóstico. Esos elementos debían combinarse para demostrar que el Mossad lideraba el contraataque.

El 27 de junio de 1976, un avión de Air France repleto de pasajeros judíos en ruta de París a Tel Aviv fue secuestrado tras hacer escala en el aeropuerto de Atenas, famoso por su falta de seguridad. Los secuestradores eran miembros de la facción extremista Wadi Haddad y exigieron dos cosas: la liberación de cuarenta palestinos prisioneros en Israel y de otros doce que se encontraban en prisiones europeas y la libertad de dos terroristas alemanes arrestados en Kenia cuando trataban de derribar un jet de El Al, con un cohete Sam-7, mientras despegaba del aeropuerto de Nairobi.

Después de hacer escala en Casablanca, y cuando se le negó permiso para aterrizar en Jartum, el avión voló a Entebbe, Uganda. Desde allí, los secuestradores anunciaron que el avión sería dinamitado con todos sus pasajeros a bordo si no se cumplían sus exigencias. El 30 de junio vencía el último plazo.

En las sesiones secretas del Gabinete de Tel Aviv, la jactanciosa imagen pública de no rendirse ante el terrorismo comenzó a marchitarse. Los ministros se ponían a favor de liberar a los prisioneros palestinos. El primer ministro Rabin mostró un informe del Shin Bet para demostrar que había un precedente para liberar a criminales convictos. El jefe del Estado Mayor, Mordechai Gur, anunció que no podía recomendar una acción militar, debido a que la inteligencia con que contaban en Entebbe era insuficiente. Mientras continuaban sus angustiosas deliberaciones, llegaron noticias de Entebbe: los pasajeros judíos habían sido separados del resto y los demás, tras ser liberados, se encontraban camino de

París.

Ésa era la jugada de apertura que necesitaba el Mossad. Yitzhak Hofi, jefe del Mossad en la que sería su hora más gloriosa, argumentó poderosa y apasionadamente que debía montarse una operación de rescate. Sacó a relucir el plan que Rafi Eitan había usado para capturar a Eichmann. Existían similitudes: Rafi Eitan y sus hombres habían trabajado lejos de casa, en un ambiente hostil. Habían improvisado mientras hacían el trabajo, utilizando las argucias de un jugador de póquer. Podía volver a hacerse. Empapado en sudor, con la voz ronca de tanto argumentar y rogar, Hofi miró fijamente a los miembros del Gabinete. «Si dejamos que nuestra gente muera, se abrirán las compuertas. Ningún judío estará a salvo en parte alguna. Hitler obtendría una victoria desde la tumba.»

«Muy bien —dijo Rabin—. Lo intentaremos.»

Kimche y todos los estrategas del Mossad fueron movilizados. El primer paso consistía en abrir un canal de comunicación seguro entre Tel Aviv y Nairobi; Hofi había alimentado los contactos secretos entre el Mossad y la inteligencia keniana iniciados por Meir Amit. El enlace tuvo resultados inmediatos. Media docena de *katsas* llegaron a Nairobi y fueron alojados en un piso franco del servicio de inteligencia de Kenia. Constituirían la cabeza de puente para el asalto principal. Entretanto, Kimche había solucionado otro problema. Cualquier misión de rescate requeriría una parada para repostar combustible en Nairobi. Por teléfono, consiguió la autorización de Kenia en cuestión de horas, basada en «razones humanitarias».

Pero todavía quedaba el formidable problema de llegar hasta Entebbe. La OLP había tomado el aeropuerto como su propio punto de entrada en Uganda, desde donde la organización dirigía sus operaciones contra el régimen proisraelí de Sudáfrica. Idi Amin, el despótico dictador de Uganda, le había entregado a la OLP la residencia del embajador israelí como cuartel general, después de romper relaciones con Jerusalén en 1972.

Kimche sabía que era esencial conocer si la OLP todavía se encontraba en el país. Sus guerrillas experimentadas serían una fuerza difícil de vencer en el corto tiempo disponible para la misión: las fuerzas israelíes sólo podían estar en tierra durante minutos o, de lo contrario, se exponían a un furioso contraataque. Kimche mandó a dos *katsas* en lancha desde Nairobi, a través del lago Victoria. Atracaron cerca de Entebbe y encontraron los cuarteles de la OLP desiertos: los palestinos se habían mudado hacía poco a Angola.

Luego, con el golpe de suerte que toda operación necesita, uno de los guardias kenianos de seguridad que había acompañado a los *katsas* descubrió que un pariente de su mujer era uno de los guardianes de los rehenes. El keniano se infiltró en el aeropuerto y pudo ver que los rehenes estaban a salvo, pero contó quince guardias muy nerviosos y tensos. La información fue comunicada por radio a Tel Aviv.

Entretanto, otros dos agentes, ambos pilotos experimentados, alquilaron un Cessna y salieron de Nairobi con la excusa de tomar fotografías aéreas del lago Victoria para un folleto turístico. Su avión pasó directamente sobre el aeropuerto de Entebbe, lo que les permitió tomar buenas fotos de las pistas y los edificios circundantes. La película fue enviada a Tel Aviv. Allí, Kimche recomendó todavía otra estrategia para confundir a los secuestradores.

En el transcurso de varias conversaciones telefónicas con el palacio de Amin, los negociadores de Tel Aviv dejaron claro que su Gobierno estaba dispuesto a aceptar los términos de los secuestradores. Un diplomático de un consulado europeo en Uganda fue utilizado para añadir credibilidad a esta rendición aparente; lo llamaron «confidencialmente» para ver si podía negociar unos términos aceptables para los terroristas. Kimche dijo al emisario: «Debe ser algo no demasiado humillante para Israel pero al mismo tiempo no demasiado inaceptable para los secuestradores». El diplomático corrió hacia el aeropuerto con las noticias y empezó a redactar las frases adecuadas. Todavía lo estaba haciendo cuando la Operación Trueno comenzó su última etapa.

Un Boeing 707 israelí sin identificar, preparado para ser usado como hospital aéreo, aterrizó en el aeropuerto de Nairobi. Lo pilotaban hombres de las fuerzas de defensa que conocían el aeropuerto de Entebbe. Entretanto, seis *katsas* del Mossad habían rodeado el aeropuerto: cada agente llevaba una radio de alta frecuencia y un aparato electrónico para interferir el radar de la torre de control. Nunca había sido probado en combate.

Cincuenta paracaidistas israelíes salieron del avión hospital al amparo de la oscuridad y se dirigieron a toda velocidad hacia el lago Victoria. Inflaron botes de goma y remaron hacia la costa de Uganda, listos para atacar el aeropuerto de Entebbe. En Tel Aviv, la operación de rescate había sido ensayada a la perfección; cuando llegó el momento, una escuadrilla de Hércules C-130 cruzó el mar Rojo, se dirigió hacia el sur, repostó combustible en Nairobi y luego, volando por encima de los árboles, se precipitó sobre el aeropuerto de Entebbe.

La interferencia del radar funcionó perfectamente. Las autoridades del aeropuerto todavía se preguntaban qué había pasado cuando los tres Hércules y el avión sanitario aterrizaron. Los comandos corrieron hacia el edificio donde se encontraban los rehenes. Quedaban sólo los judíos; todos los de otras nacionalidades habían sido liberados por Amin, que disfrutaba su momento de esplendor en la escena mundial. Los paracaidistas de apoyo jamás fueron llamados. Remaron a través del lago de vuelta a Nairobi. Allí serían recogidos por otro transporte israelí y llevados a casa.

En cinco minutos —dos menos de lo calculado— los rehenes fueron liberados y los terroristas, junto a dieciséis guardias ugandeses que custodiaban a los prisioneros, eliminados. La fuerza de ataque sufrió una baja: el teniente coronel Yonatan Netanyahu, hermano mayor del futuro primer ministro Benyamin Netanyahu. Solía decir que su política dura contra los terroristas se debía a la muerte de Yonatan. También murieron tres rehenes.

El deseo de Kimche de un contragolpe al terrorismo que encabezara los titulares se hizo realidad con creces. El rescate de Entebbe fue un episodio que, aún más que el secuestro de Eichmann, pasó a ser la carta de presentación del Mossad.

Kimche se encontró cada vez más involucrado en los esfuerzos del Mossad contra la OLP. Esta lucha mortal se llevaba a cabo más allá de las fronteras de Israel, en las calles de las ciudades europeas. Kimche fue uno de los estrategas que preparó el terreno para los asesinos del Mossad, los *kidon.* Dieron golpes en

París, Munich, Atenas y Chipre. Para Kimche, las matanzas eran algo lejano, como el piloto de un bombardero que no ve dónde caen las bombas. Las muertes ayudaron a incrementar la permanente sensación de invulnerabilidad del Mossad. La información que aportaban los estrategas indicaba que los *kidon* iban siempre un paso por delante del enemigo.

Una mañana, Kimche llegó a su oficina y encontró a sus colegas casi en estado de conmoción. Uno de sus *katsas* más experimentados había sido asesinado en Madrid por un miembro de la OLP. El asesino había sido un contacto que el *katsa* estaba cultivando en un esfuerzo por infiltrarse en el grupo.

Pero no había tiempo para el luto. Cada mano disponible se dispuso a devolver golpe por golpe. Para Kimche «era un tiempo en que no esperábamos piedad ni tampoco la teníamos».

La implacable presión continuó: se trataba de encontrar nuevos caminos para acercarse a la conducción de la OLP y descubrir lo suficiente sobre sus movimientos internos como para asesinar a sus líderes. Según Kimche «cortar la cabeza era la única manera de evitar que la cola siguiera meneándose». Yasser Arafat era la primera cabeza en la lista de blancos de los *kidon.*

En 1973 otra amenaza más seria había empezado a tomar cuerpo en la mente de Kimche: la posibilidad de una segunda guerra árabe a gran escala, liderada por Egipto, contra Israel.

Pero el Mossad era una voz solitaria dentro de la comunidad de inteligencia israelí. Las preocupaciones de Kimche, apoyadas por sus superiores, eran rechazadas de plano por Aman, la inteligencia militar. Sus estrategas señalaban que Egipto había expulsado a sus veinte mil consejeros militares soviéticos, lo que debía interpretarse como una indicación clara de que el presidente Sadat buscaba una solución política para Oriente Medio.

Kimche no quedó convencido. Por toda la información que llegaba a su escritorio, cada vez estaba más seguro de que Sadat lanzaría un ataque por sorpresa, simplemente porque para Israel era imposible aceptar las pretensiones árabes: Egipto quería que le devolvieran las tierras conquistadas y la creación de un Estado palestino dentro de Israel. Kimche opinaba que aun haciendo estas concesiones, la OLP continuaría su campaña sangrienta hasta que Israel se arrodillara.

La alarma de Kimche aumentó cuando Sadat reemplazó a su ministro de Defensa por un halcón, cuyo primer acto fue reforzar las defensas a lo largo del canal de Suez. Los comandantes egipcios realizaban visitas regulares a otras capitales árabes para buscar apoyo. Sadat había firmado un nuevo convenio para comprar armas a la Unión Soviética.

Para Kimche, las señales eran ominosas: «No era una cuestión de cuándo se iniciaría la guerra sino de en qué día preciso».

Pero los jefes de inteligencia de Aman continuaron subestimando las advertencias del Mossad. Dijeron a las autoridades militares que, aun si la guerra parecía a punto de estallar, habría «al menos un plazo de cinco días de advertencia», tiempo más que suficiente para que las Fuerzas Aéreas israelíes repitieran sus éxitos de la guerra de los Seis Días.

Kimche suponía que seguramente los árabes habían aprendido de los errores del pasado. Se lo tildó de miembro de «un Mossad obsesionado por la guerra»,

una acusación que no cuadraba con un hombre tan cuidadoso de sus palabras. Todo lo que pudo hacer fue vigilar los preparativos egipcios y tratar de deducir una probable fecha de ataque.

El calor ardiente de aquel agosto de 1973 dio paso a un septiembre más fresco. Los últimos informes de los *katsas,* desde la orilla del canal de Suez en el Sinaí, demostraban que los preparativos egipcios estaban llegando a su punto culminante. Los ingenieros militares se encontraban dando los toques finales a los pontones para que las tropas y los carros blindados cruzaran el curso de agua. Cuando el Mossad convenció al ministro de Asuntos Exteriores de exponer su preocupación por los preparativos bélicos ante las Naciones Unidas, el representante egipcio dijo tranquilizadoramente que eran «actividades de rutina». Para Kimche, esas palabras tenían «la misma credibilidad» que las pronunciadas por el embajador japonés en Washington la víspera del ataque a Pearl Harbor.

Sin embargo, Aman aceptó la explicación egipcia. Lo más increíble para Kimche fue que, para octubre, allí donde sus ojos inquisidores se posaban había cada vez más signos de problemas candentes: Libia había nacionalizado las compañías petroleras extranjeras y en los países productores del Golfo se hablaba de cortar los suministros de petróleo a los países occidentales.

A pesar de todo, los estrategas de Aman seguían mal interpretando el panorama de manera lamentable. Cuando los jets de las Fuerzas Aéreas israelíes fueron sorprendidos por los Mig sobre Siria, con el resultado de doce aviones sirios derribados —debido al conocimiento táctico de los pilotos israelíes, aprendido en el Mig robado a Irak— el hecho fue visto por Aman como una evidencia de que si los árabes volvían a la guerra serían derrotados de igual modo.

La noche del 5 al 6 de octubre, el Mossad recibió la prueba más clara de que las hostilidades eran inminentes, quizá cuestión de pocas horas. Sus *katsas* e informadores en Egipto informaban que el Alto Mando egipcio había entrado en alerta roja. La evidencia no podía seguir siendo ignorada.

A las 6 de la mañana, el jefe del Mossad, Zvi Zamir, se reunió con los jefes de Aman en el Ministerio de Defensa. El edificio estaba casi desierto: era Yom Kippur, la más sagrada de las fiestas judías, que guardaban aun los judíos no practicantes. Todos los servicios públicos, incluida la radio, estaban cerrados. La radio siempre había sido el medio para movilizar a los miembros de la reserva en caso de emergencia nacional.

Finalmente, obligados a la acción por las pruebas irrefutables que presentaba el Mossad, las alarmas comenzaron a sonar en todo Israel anunciando que el país estaba a punto de ser sometido a un ataque desde dos frentes, Siria por el norte y Egipto por el sur.

La guerra empezó a la 1.55 de la tarde, hora local, mientras el Gabinete de Israel estaba reunido en una sesión de emergencia, mal informado por los estrategas de Aman, que anunciaban el inicio de las hostilidades para las 6 de la tarde, hora que resultó ser una mera conjetura.

Nunca en la historia de la inteligencia israelí había ocurrido tan calamitoso fracaso en la predicción de los hechos. La gran cantidad de pruebas impecables que Kimche y otros habían proporcionado fue totalmente ignorada.

Tras el fin de la guerra, cuando Israel había arrebatado la victoria de las garras

de la derrota, hubo una purga masiva en los escalafones superiores de Aman. El Mossad reinaba, una vez más, supremo sobre la comunidad de inteligencia, aunque también allí hubo un cambio clave: Zamir fue relevado de su puesto, acusado de no haber sido suficientemente explícito con sus homólogos de Aman. Su lugar fue ocupado por Yitzhak Hofi.

Kimche recibió su llegada con sentimientos encontrados. En algunos sentidos, Hofi se parecía a Meir Amit: el mismo porte erguido, la misma experiencia de combate, las mismas maneras incisivas y una total incapacidad de tolerancia con los necios. Pero Hofi también era franco hasta la rudeza y la tirantez entre ambos databa de los días en que, entre otras tareas, habían instruido reclutas en la escuela de entrenamiento del Mossad. Hofi, con su mentalidad de *kibbutz* no apta para tonterías, había demostrado poca paciencia con el lánguido intelectualismo de Kimche y su refinado acento inglés cuando se dirigía a los estudiantes. Pero Kimche no sólo era ya un agente maduro, sino también el segundo de Hofi. Había sido promovido a director general adjunto poco antes de que Zamir dejara el cargo. Hofi y Kimche aceptaron que debían dejar a un lado sus diferencias personales para que el Mossad continuara actuando con la máxima eficiencia.

Se le encomendó a Kimche una de las tareas más difíciles dentro del Mossad: fue puesto a cargo de la «cuenta libanesa». La guerra civil en el Líbano había empezado dos años después de la guerra del Yom Kippur y, cuando Kimche se hizo cargo de «la cuenta», los cristianos libaneses libraban una batalla perdida. Tal como, años antes, Salman había ido a la embajada israelí en París para dar los primeros pasos en el robo del Mig iraquí, en septiembre de 1975 un emisario de los cristianos fue hasta allí para solicitar a Israel las armas necesarias para evitar su aniquilación. La solicitud terminó en el escritorio de Kimche, que vio en ella una oportunidad para que el Mossad se introdujera en «la carpintería libanesa».

Le dijo a Hofi que políticamente tenía sentido «apoyar en parte» a los cristianos contra los musulmanes que estaban decididos a destruir Israel. Una vez más su interpretación fue aceptada. Israel daría a las milicias cristianas armas para enfrentarse a los musulmanes, pero no las suficientes como para que representaran una nueva amenaza. El Mossad empezó a embarcar armas hacia el Líbano. Luego, Kimche colocó oficiales del Mossad en los puestos de comando cristianos. Aparentemente estaban allí para sacar el máximo partido del armamento pero, en realidad, los oficiales proporcionaban a Kimche un continuo flujo de información que le permitía trazar un mapa del desarrollo de la guerra civil. Dicha información permitió al Mossad lanzar con éxito una serie de ataques contra fortalezas de la OLP en el sur del Líbano.

Pero la relación del servicio con los cristianos se agrió en el verano de 1976, cuando los líderes de las milicias invitaron al Ejército sirio a brindarle ayuda adicional contra el Hezbolá proiraní. Ese grupo era visto como una amenaza en Damasco. En pocos días, miles de experimentados combatientes sirios entraron en el Líbano moviéndose hacia la frontera con Israel. Muy tarde comprobaron las milicias cristianas que, en palabras de Kimche, «se habían comportado como Caperucita Roja invitando al lobo».

Una vez más, los cristianos libaneses recurrieron al Mossad en busca de ayuda. Kimche advirtió que su red para la provisión de armamento,

cuidadosamente construida, era insuficiente. Se necesitaba una operación logística a gran escala. Fueron enviados tanques, misiles antitanque y otras armas. La guerra civil del Líbano estaba fuera de control.

Bajo esa tapadera, Kimche dirigió su propia guerrilla contra la bestia negra de Israel, la OLP. Pronto se extendió contra los libaneses chiítas. El Líbano se convirtió en un campo de prácticas para depurar las tácticas del Mossad, no sólo en asesinatos sino en acción psicológica. Fue una época de halcones para los hombres que trabajaban desde la torre gris, en el paseo del Rey Saúl.

Dentro del edificio, las relaciones entre Kimche y Hofi se estaban deteriorando. Había rumores de violentos desacuerdos sobre cuestiones prácticas; de que Hofi temía que Kimche ambicionara su puesto; de que Kimche sentía que no se apreciaba debidamente su indudable cooperación. Incluso en la actualidad, Kimche se refiere a ello sólo para decir «que nunca le daría fundamento a un rumor comentándolo».

Una mañana de primavera de 1980, David Kimche usó su tarjeta de acceso sin restricciones, que había reemplazado las dos llaves, para entrar en el edificio. Al llegar a su oficina se le comunicó que Hofi deseaba verlo inmediatamente. Kimche caminó por el pasillo hacia la oficina del director general, llamó, entró y cerró la puerta tras de sí.

Lo que allí ocurrió ha pasado a formar parte de la leyenda del Mossad como un episodio de voces cada vez más airadas y acusaciones mutuas. La discusión duró veinte minutos de infarto. Luego Kimche salió de la oficina con los labios apretados. Su carrera en el Mossad había terminado. Pero sus actividades de inteligencia en favor de Israel estaban a punto de entrar en un terreno familiar: Estados Unidos. Esta vez no se trataría del robo de materiales nucleares sino del escándalo que llegó a ser conocido como Irán-contra.

Tras plantearse su futuro una temporada, Kimche aceptó el cargo de director general del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí. Era el puesto ideal dada su capacidad lógica para desentrañar situaciones. Le ofrecía la oportunidad de utilizar sus aptitudes en el ámbito internacional, mucho más allá del Líbano.

En Estados Unidos, el culebrón del presidente Nixon y su Watergate se había precipitado hacia un final ineludible. La CÍA estaba bajo sospecha, de un modo nunca visto desde el asesinato de Kennedy, a causa de las cada vez más numerosas revelaciones sobre las actividades de la agencia durante la Administración Nixon.

Kimche estudió todos los aspectos del drama, «asimilando las lecciones de una catástrofe que nunca debió haber ocurrido. El golpe de gracia fue que Nixon guardó esas cintas. No tendría que haberlo hecho jamás. Sin ellas, probablemente todavía sería presidente».

Más cerca de casa, lo que ocurría en Irán, un asunto de permanente interés para Israel, también lo mantenía ocupado. Con Jomeini y sus ayatolás firmemente al mando, Kimche se sentía verdaderamente impresionado del modo en que la CÍA y el Departamento de Estado se habían equivocado al juzgar la situación.

Pero ahora había un nuevo presidente en la Casa Blanca, Ronald Reagan, que prometía un nuevo amanecer para la CÍA. Kimche sabía por sus contactos en Washington que la agencia se convertiría en el «as en la manga» de Reagan en materia de política exterior. A la cabeza de la CÍA estaba William Casey.

Instintivamente, Kimche supo que no era amigo de Israel pero que no resultaría difícil manipularlo en caso de necesidad.

Durante los dos años siguientes, como parte de su trabajo, Kimche siguió de cerca las actividades de la CÍA en Afganistán y América Central. Muchas de ellas lo impresionaron por ser «anticuadas operaciones de inteligencia combinadas con algún asesinato brutal».

Luego, una vez más, la atención de Kimche se volvió hacia Irán y hacia lo que había ocurrido en Beirut.

Unos meses después de que Kimche se hiciera cargo de sus tareas en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Israel había empezado a armar a Irán, con el apoyo tácito de Estados Unidos. Israel había aportado la ayuda necesaria para debilitar al régimen de Bagdad como parte de la vieja táctica de Jerusalén que Kimche llamaba «jugar a dos bandas».

Tres años más tarde, dos hechos habían influido en la situación: se había producido una masacre de marines norteamericanos en Beirut y Estados Unidos albergaba la creciente sospecha de que no sólo el Mossad conocía previamente el ataque sino que también el servicio de inteligencia iraní había ayudado a prepararlo. Se presionó a Israel para que dejara de entregar armas a Teherán. La tensión aumentó con el rapto, tortura y muerte de William Buckley, jefe de la sede de la CÍA en Beirut. En rápida sucesión, otros siete norteamericanos fueron tomados como rehenes por grupos apoyados por Irán.

Para la dura Administración Reagan, que había llegado al poder con la promesa de aniquilar el terrorismo, la idea de ciudadanos norteamericanos languideciendo bajo los escombros de Beirut exigía acción inmediata. Pero una represalia quedaba completamente descartada: la opción de bombardear Teherán, como sugería Reagan, fue rechazada incluso por sus consejeros más duros. Una misión de rescate también fracasaría, aseguraron los jefes de la Fuerza Delta.

En ese punto, tuvo lugar una conversación entre el presidente y Robert McFarlane, un ex marine, consejero de seguridad nacional. Kimche recordaba que McFarlane le había relatado el diálogo de este modo:

— ¿Qué es lo que más necesitan los iraníes, señor presidente?

—Dígamelo usted, Bob.

—Armas para luchar contra Iraq.

—Entonces les damos lo que quieren y a cambio nos devuelven a nuestra gente.

Reagan y McFarlane, contra el consejo de Casey y otros jefes de inteligencia, hicieron un razonamiento simple: con armar a Irán no sólo se lograría que los *mullabs* presionaran al grupo de Beirut para que liberara a los rehenes, sino que mejorarían las relaciones con Teherán. Podría incluso obtenerse el beneficio añadido de debilitar la posición de Moscú en Irán. Se plantaron las semillas de lo que se convertiría en el escándalo Irán-conrra.

El coronel de la Marina Oliver North fue puesto a cargo de la entrega de armas. North y McFarlane decidieron excluir a la CÍA de sus planes. Ambos eran hombres de acción. Así que, en palabras de North, «era hora de meter a Israel en cintura». También tenía el proyecto personal de visitar Tierra Santa: cristiano practicante, North acariciaba la idea de seguir los pasos de Jesús.

El primer ministro de Israel, Yitzhak Shamir, decidió que había una sola persona capaz de manejar la solicitud de Washington con la seguridad de que los intereses de Israel serían protegidos. El 3 de julio de 1983, David Kirnche viajó para encontrarse con McFarlane en la Casa Blanca. Kimche dijo que pensaba que el trato, armas por rehenes, funcionaría. Preguntó si la CÍA estaba «activamente involucrada». Se le respondió que no.

A su vez, McFarlane le preguntó hasta qué punto se comprometería el Mossad: «Después de todo, son los tipos que hacen el trabajo secreto en el extranjero». Kimche le dijo que Rabin, entonces ministro de Defensa, y Shamir habían decidido excluir al Mossad y dejar el asunto en sus manos. McFarlane estuvo de acuerdo. Kimche no le había dicho que el entonces jefe del Mossad, Nahum Admoni, compartía los temores de Casey sobre un trato lleno de riesgos.

McFarlane condujo hasta el Hospital Naval de Bethesda para informar a Reagan, que se reponía de una intervención en el colon, sobre los puntos de vista de Kimche. El presidente hizo sólo una pregunta: «¿Aseguraba Kimche que Israel mantendría el trato en secreto?». Una fuga podía dañar las relaciones de Estados Unidos con otros países árabes moderados, ya temerosos del creciente fundamentalismo de Teherán. McFarlane le aseguró que Israel iba a «cerrar las escotillas». El trato se puso en marcha. Kimche regresó a Israel. Dos semanas después volvía a Washington. En la cena, revélo a McFarlane su estrategia de juego. Kimche recordaba la conversación de este modo:

—¿Quiere primero las buenas o las malas noticias?

—Las buenas.

—Embarcaremos las armas por ustedes, usando las mismas rutas anteriores.

—No hay problema —dijo McFarlane.

El método de Kimche aseguraría que Estados Unidos no tuviera ningún contacto directo con Irán, de modo que no se comprometiera la belicosa actitud de la Administración sobre el manejo del terrorismo: el embargo de Estados Unidos a Irán quedaría intacto y los rehenes, una vez libres, no habrían sido directamente canjeados por armas.

Entonces McFarlane quiso saber las malas noticias. Kimche dijo que sus contactos, bien situados en Irán, dudaban de que los *mullahs* pudieran realmente lograr la liberación de los rehenes. «Los grupos radicales se les están escapando de las manos», comentó a su anfitrión.

Si McFarlane estaba desilusionado, no lo demostró. Al día siguiente, el Secretario de Estado, George Shultz, le dijo a Reagan, ya de vuelta en el despacho oval, que los riesgos eran muy elevados. ¿Qué ocurriría si los iraníes

tomaban las armas y luego revelaban el trato para avergonzar al «gran Satanás» como llamaban a Estados Unidos? ¿No provocaría eso un acercamiento mayor de Irak hacia el bando soviético? ¿Y qué pasaría con los rehenes?

Su situación podía empeorar. Toda la mañana continuó con sus argumentos. Para el mediodía, Reagan estaba visiblemente cansado. Cuando se decidió, lo hizo de manera repentina. El presidente acordó que Estados Unidos reemplazaría todo el armamento que Israel vendiera a Irán. Una vez más, Kimche regresó a casa con luz verde. Sin embargo, Shamir insistió en que debía dar todos los pasos necesarios para «negar cualquier relación con el asunto en caso de que hubiera problemas».

Con este fin, Kimche reunió un pintoresco grupo de personajes para iniciar la operación.

Estaba Adnan Khashoggi, un millonario saudí del petróleo con el hábito de comer caviar a espuertas y buen ojo para las chicas de portada; Manacher Thorbanifer, un ex agente del conocido SAVAK, servicio secreto del sha, que todavía se comportaba como un espía y programaba encuentros en plena noche. También participaba el igualmente misterioso Yakov Nimrodi, que había dirigido agentes de Aman y había sido agregado militar de la embajada israelí en Teherán durante el reinado del sha. Siempre invariablemente acompañado de Al Schwimmer, el silencioso fundador de las Industrias Aéreas Israelíes.

Khashoggi cerró un trato precursor de lo que vendría. Encabezó un consorcio que indemnizaría a Estados Unidos si Irán no cumplía sus obligaciones y que protegería igualmente a Irán si las armas no eran aceptables según las especificaciones. Por estas garantías, el consorcio recibiría un diez por ciento en efectivo, en moneda norteamericana, por la venta total de armas. A cambio, actuaría también como parachoques para asegurar una inmunidad razonable a los Gobiernos de Estados Unidos e Irán si algo salía mal. Todo el mundo entendió que el consorcio trabajaría fuera del control político y estaría motivado exclusivamente por el interés económico.

A fines de agosto de 1985, la primera carga de armas aterrizó en Teherán, procedente de Israel. El 14 de septiembre, un rehén norteamericano, el reverendo Benjamín Weir, fue liberado en Beirut. A medida que se aceleraba el paso, más personajes dudosos se agregaron al consorcio, entre ellos Miles Copeland, un ex agente de la CÍA, que en la víspera de la caída del monarca había mandado gente a los mercados de Teherán para que repartieran billetes de cien dólares a los que se animaran a gritar « Viva el sha». Otras figuras turbias, como un ex oficial de los SAS que dirigía una compañía en Londres y había prestado servicios al Mossad, también participaron. Mientras tanto, los políticos de Israel y Washington miraban para otro lado. Todo lo que importaba era que la operación se estaba llevando a cabo bajo las narices de un mundo ignorante, al menos por el momento.

En total, Irán recibiría ciento veintiocho tanques norteamericanos, doscientos mil cohetes Katysha requisados en el Líbano, diez mil toneladas de obuses de todo calibre, tres mil misiles aire-aire, cuatro mil rifles y casi cincuenta millones de municiones.

Desde la base aérea de Marama, en Arizona, más de cuatro mil misiles TOW fueron trasladados a Guatemala para proseguir desde allí su camino hacia Tel Aviv. Desde Polonia y Bulgaria, ocho mil misiles Sam 7 fueron embarcados, junto

con mil AK-47. China aportó cientos de misiles navales *Gusano de seda,* autos blindados y transportes anfibios. Suecia mandó proyectiles de artillería de 105 mm y Bélgica, misiles aire-aire.

Las armas fueron embarcadas con certificados que indicaban Israel como destino final. Desde las bases aéreas del Negev, el consorcio enviaba las armas a Teherán en aviones de transporte especialmente contratados. El consorcio recibía «una comisión por el flete» pagada por Irán con fondos de las cuentas suizas. La suma alcanzó unos siete millones de dólares. Israel no recibió recompensa económica, sólo la satisfacción de ver que Irán mejoraba su capacidad para matar a más iraquíes en la larga guerra abierta entre ambos países. Para David Kimche era un ejemplo más de la política del «divide y vencerás» que siempre había alentado.

Sin embargo, sus bien entrenados instintos le advertían que lo que había empezado como una «operación dulce» corría el peligro de descontrolarse. En su opinión, «los hombres inadecuados tenían ahora demasiado poder en el consorcio».

Su creación había demostrado una vez más la *realpolitik* israelí: el país estaba listo para ayudar a Estados Unidos porque reconocía que no podía sobrevivir sin el apoyo de Washington en otras áreas. También era un modo de probar que Israel podía actuar decisivamente en el escenario mundial y guardar el secreto.

Pero cuanto más duraba la operación de intercambio de armas por rehenes, Kimche sentía que aumentaba la posibilidad de que fueran descubiertos. En diciembre de 1985 avisó al consorcio de que no podía seguir involucrado en sus actividades por más tiempo, con la vieja excusa de que el trabajo en el ministerio lo superaba.

El consorcio le agradeció su ayuda, le ofreció una cena de despedida en un hotel de Tel Aviv y le comunicó que iba a ser reemplazado como enlace israelí por Amiram Nir, consejero de Peres en materia de terrorismo. . Ese fue el momento, Kimche lo admitiría después, en que el trato de armas por rehenes se empezó a deslizar rápidamente hacia la autodestrucción. Si alguien podía descarrilarlo, ése era Nir. Ex periodista, Nir había mostrado los signos alarmantes de considerar las tareas de inteligencia en la vida real parte del mismo mundo descrito en las novelas de James Bond que tanto le gustaban. Compartía esa debilidad fatal con hombres del Mossad, que habían decidido también que los periodistas podían ser útiles a sus propósitos.

En abril de 1999, David Kimche demostró que no había perdido su habilidad para interpretar correctamente la situación política en Oriente Medio. Yasser Arafat, el hombre a quien alguna vez había planeado asesinar, «porque era mi enemigo de sangre, seguro de que su muerte sería una gran victoria para Israel», se había convertido ahora en «la mejor esperanza de Israel para una paz duradera. El señor Arafat sigue sin ser mi idea de un perfecto vecino, pero es el único líder palestino capaz de hacer concesiones a Israel y retener el poder y el apoyo de su gente».

Kimche creía que había encontrado algo en común con Arafat. Estaba convencido de que el líder de la OLP se había dado cuenta finalmente de algo que

Kimche había entendido un cuarto de siglo antes: «La verdadera amenaza que implica el fundamentalismo islámico para el nuevo milenio».

Sentado en su pequeño estudio, que daba a un jardín pictórico, Kimche estaba en condiciones de emitir un juicio equilibrado. «No puedo perdonar a mi viejo enemigo por aprobar la muerte de mis compatriotas, décadas atrás. Pero también sería imperdonable negar a Arafat —y a los israelíes— la oportunidad de terminar para siempre con el derramamiento de sangre».

8

Ora y el monstruo

Aquel último viernes de abril de 1988, el vestíbulo del hotel Meridien Palestina, en Bagdad, estaba repleto como siempre, y el ánimo era entusiasta. Irak acababa de ganar una batalla decisiva contra Irán en el golfo de Basra y había consenso en que la guerra se encaminaba a su fin, después de siete años sangrientos.

La inminente victoria iraquí podía ser atribuida, al menos en parte, a los extranjeros que se hallaban sentados en el vestíbulo, con sus chaquetas de buen corte, los pantalones impecablemente planchados y la sonrisa permanente de los hombres de negocios con éxito. Eran vendedores de armas que esperaban colocar sus últimos modelos, aunque nunca utilizaban esa palabra: preferían expresiones más neutrales como «intercambio óptimo», «sistemas de control» o «capacidad de crecimiento». Representaban a la industria de Europa, la Unión Soviética, China y Estados Unidos. El lenguaje común de su negocio era el inglés, hablado en gran variedad de dialectos.

Sus anfitriones iraquíes no necesitaban traducción: se les ofrecía un surtido de bombas, torpedos, minas y otros elementos de destrucción. Los folletos que pasaban de mano en mano mostraban helicópteros con nombres de dibujo animado: *Caballero del mar, Cbinook, Caballo de mar.* Un helicóptero *Mamá grande* podía transportar un pequeño puente; otro, la *Máquina increíble,* podía trasladar un pelotón entero. Los folletos anunciaban armas que disparaban dos mil tiros por minuto o acertaban a un blanco en movimiento, en plena oscuridad, por medio de una mira informatizada. Cualquier tipo de arma se encontraba a la venta.

Sus anfitriones hablaban una jerga esotérica que los vendedores también entendían: «veinte en el día», «treinta a mitad y mitad menos uno», veinte millones de dólares contra entrega o treinta millones por un envío a pagar mitad en el acto y, la otra mitad, el día anterior al embarque de las armas.

Vigilando este cambiante mercado de comerciantes y clientes que bebían té de menta, se encontraban los oficiales del Da'lrat al Mukhabarat al Amah, el principal servicio de inteligencia de Irak, controlado por Sabba'a, el medio hermano de Saddam Hussein, casi tan temible como él.

Algunos de esos vendedores de armas habían estado en aquel mismo lugar siete años antes, cuando sus azorados anfitriones les habían contado que Israel, un enemigo aún más odiado que Irán, había dado un golpe poderoso contra la maquinaria militar iraquí.

Desde la formación del Estado judío, entre Israel e Irak había existido una situación de guerra declarada. Israel había confiado en que sus fuerzas convencionales podían derrotar a Irak. Pero en 1977, Israel descubrió que el Gobierno francés, que le había proporcionado su capacidad nuclear, también había enviado un reactor y «asistencia técnica» a Irak. La instalación se encontraba en Al Tuweitha, al norte de Bagdad.

Las Fuerzas Aéreas israelíes habían planeado bombardear el emplazamiento antes de que se volviera demasiado «caliente», con las barras de uranio dentro del núcleo del reactor. Destruirlo entonces habría causado muerte y contaminación masiva y convertido Bagdad y una considerable parte del territorio iraquí en un desierto radiactivo. Para Israel habría significado una condena mundial.

Por estas razones, Yitzhak Hofi, el entonces jefe del Mossad, se opuso a la operación, argumentando que, de cualquier manera, un ataque aéreo causaría la muerte de muchos técnicos franceses y aislaría a Israel de los países europeos a los que trataba de convencer de sus intenciones pacíficas. Bombardear el reactor también significaría poner fin a la delicada maniobra de persuadir a Egipto para que firmara un tratado de paz.

Se encontró con una casa dividida. Varios de sus jefes de departamento argumentaban que no había otra alternativa que neutralizar el reactor. Saddam era un enemigo despiadado; una vez que tuviera un arma nuclear, no dudaría en usarla contra Israel. ¿Y desde cuándo Israel se preocupaba por hacer amigos en Europa? Norteamérica era lo único que interesaba y en Washington se rumoreaba que eliminar el reactor no iba a costarles más que un tirón de orejas por parte del Gobierno.

Hofi probó una nueva táctica. Sugirió que Estados Unidos presionara diplomáticamente a Francia para que no enviara el reactor. Washington recibió un brusco desaire desde París. Israel eligió entonces una ruta más directa. Hofi mandó un equipo de *katsas* a hacer una incursión en la planta francesa de La Seyne-sur-Mer, cerca de Tbulon, donde se construía el núcleo del reactor nuclear. Fue destruido por una organización de la que nadie había oído hablar hasta entonces, el Grupo Ecológico Francés. Hofi en persona había inventado el nombre.

Mientras los franceses empezaban a construir un nuevo reactor, los iraquíes enviaron a París a Yahya al Meshad, miembro de la Comisión de Energía Atómica, para arreglar el embarque de combustible nuclear hacia Bagdad. Hofi mandó un equipo *kidon* para asesinarlo. Mientras los otros patrullaban las calles circundantes, dos de ellos usaron una llave maestra para entrar en la habitación de Meshad. Le cortaron el cuello y lo apuñalaron en el corazón. El cuarto fue revuelto para simular un robo. Una prostituta de la habitación contigua dijo a la policía que había prestado servicios al científico pocas horas antes de su muerte. Más tarde, ocupada con otro cliente, había oído un «movimiento inusual» en la habitación de Al Meshad. Horas después de que declarara ante la policía fue atropellada por un automóvil. El vehículo jamás fue encontrado. El equipo *kidon* tomó un vuelo de El Al con destino a Tel Aviv.

A pesar de este nuevo golpe, Irak, con la ayuda de Francia, continuó con sus

intenciones de convertirse en una potencia nuclear. En Tel Aviv, las Fuerzas Aéreas proseguían con sus preparativos mientras los jefes de inteligencia discutían con Hofi por sus continuas objeciones.

El jefe del Mossad se vio desafiado por un adversario insólito. Su adjunto, Nahum Admoni, argüía que destruir el reactor no sólo era esencial sino que daría «una lección a otros árabes con ideas brillantes».

Para octubre de 1980, el debate ocupaba todas las reuniones de gabinete del primer ministro Menahem Begin. Se traían a colación viejos argumentos. Hofi se convirtió en una voz solitaria contra el ataque. No obstante, siguió luchando y presentando alegatos bien escritos, sabiendo que redactaba su propio obituario profesional.

Admoni ocultaba cada vez menos su desprecio por la posición de Hofi. Los dos hombres, que habían sido amigos íntimos, se convirtieron en fríos colegas. A pesar de todo, transcurrieron seis meses de agrias discusiones entre el jefe del Mossad y su personal superior hasta que el Estado Mayor ordenó el ataque, el 15 de marzo de 1981.

El ataque fue una obra maestra de la táctica. Ocho cazabombarderos F-16, escoltados por seis cazas F-15, pasaron en vuelo rasante sobre las dunas y el Jordán antes de partir como rayos hacia Irak. Llegaron al blanco en el momento preciso, a las 5.34 de la tarde, hora local, minutos después de que el personal francés abandonara el lugar. Hubo nueve bajas. La planta nuclear quedó reducida a escombros. La escuadrilla regresó sin novedad. La carrera de Hofi en el Mossad había terminado. Admoni lo reemplazó.

Ahora, esa mañana de abril de 1988, los traficantes de armas —que hacía siete años se habían compadecido de sus huéspedes por el ataque israelí, antes de venderle a Iraq mejores equipos de radar— se hubieran asombrado de saber que, en el hotel, un agente del Mossad tomaba nota de sus nombres y sus ventas.

Ese viernes, un poco más temprano, los tratos se habían interrumpido momentáneamente por la llegada de Sabba'a al Tikriti, jefe de la policía secreta iraquí, acompañado por su propia guardia pretoriana. E] *medio* hermano de Saddam Hussein se dirigió a los ascensores para subir a la suite del último piso. Allí lo esperaba una prostituta alta y curvilínea, traída de París para su placer. Se le pagaba muy bien por un trabajo de alto riesgo. Algunas de las rameras anteriores habían simplemente desaparecido del mapa después que Sabba'a terminara con ellas.

El jefe de seguridad se fue a media tarde. Un poco después, de una suite contigua a la de la prostituta salió un joven alto, vestido con una chaqueta de algodón azul y pantalones livianos. Tenía un aire decadente y el hábito nervioso de pasarse la mano por el bigote o restregarse la cara acentuaba su vulnerabilidad.

Se llamaba Farzad Bazoft. En el registro del hotel, cuya copia había sido enviada como de costumbre a Sabba'a, Bazoft constaba como «jefe de corresponsales extranjeros» para el *Observer,* el periódico dominical inglés.

La descripción era inexacta: sólo el personal fijo del periódico que trabajaba en el extranjero podía ser considerado «corresponsal en el extranjero». Bazoft era un

periodista independiente que, durante el último año, había realizado colaboraciones para el *Observer* y escrito varios artículos sobre temas de Oriente Medio. Bazoft había admitido frente a otros periodistas que se encontraban en Bagdad, que siempre se hacía pasar por «jefe de corresponsales» del *Observer* en viajes a ciudades como Bagdad, porque con eso conseguía las mejores habitaciones disponibles. La inocente mentira formaba parte de su encanto algo infantil.

Había otra faceta más oscura de la personalidad de Bazoft que sus colegas de la prensa desconocían y que podía incluso ponerlos en peligro si se involucraban en las verdaderas razones por las cuales estaba en Bagdad. Bazoft era espía del Mossad.

Lo habían reclutado tres años antes, cuando llegó a Londres procedente de Teherán, donde sus crecientes críticas al régimen de Jomeini habían puesto en peligro su vida. Como a muchos antes que él, a Bazoft Londres le resultaba una ciudad ajena y encontraba a los ingleses muy reservados. Había tratado de hacerse un lugar en la comunidad iraní en el exilio y, durante una temporada, sus considerables conocimientos sobre la estructura política de Teherán lo convirtieron en un huésped bienvenido a la hora de cenar. Pero ver siempre los mismos rostros familiares acabó por cansar al joven inquieto y ambicioso.

Bazoft había empezado a buscar algo más excitante que disecar noticias de Teherán. Comenzó a establecer contactos con Irak, el enemigo de Irán. A mediados de 1980, había un gran número de iraquíes en Londres. Eran visitantes apreciados porque los británicos veían en Iraq no sólo un buen comprador para sus productos, sino también una nación que, bajo el régimen de Saddam Hussein, controlaría el amenazador régimen fundamentalista islámico de Jomeini.

Bazoft decidió frecuentar a los iraquíes. Sus nuevos amigos eran más distendidos y estaban más dispuestos a «desmelenarse» que los iraníes. A cambio, quedaban cautivados por sus modales gentiles y sus interminables agudezas sobre los ayatolás de Teherán.

En una fiesta conoció a un hombre de negocios iraquí, Abu al Hibid al que, una vez más ligeramente ebrio al final de la noche, confesó su ambición de convertirse en reportero y que sus héroes eran Bob Woodward y Cari Bernstein, los responsables de la caída del presidente Nixon. Bazoft le dijo a Abu al Hibid que moriría feliz si pudiera derribar a Jomeini. En aquel entonces, Bazoft escribía artículos para un periódico iraní de escasa circulación entre los exiliados en Londres.

Abu al Hibid era el alias de un *katsa* nacido en Irak.

En su siguiente informe a Tel Aviv, incluyó una nota sobre Bazoft, su trabajo y sus aspiraciones. No había nada inusual en ello: miles de nombres pasaban todas las semanas a engrosar la base de datos del Mossad.

Pero Nahum Admoni dirigía el Mossad con mucha ansiedad por desarrollar sus contactos en Irak. El *katsa* de Londres recibió instrucciones de relacionarse con Bazoft. Invitado a cenar varias veces, Bazoft se quejó a Al Hibid de que sus editores no aprovechaban plenamente su potencial. Su anfitrión le sugirió que debía abrirse paso en las altas esferas del periodismo inglés. Debía haber una oportunidad para un reportero con buen dominio lingüístico y conocimientos sobre Irán. Al-Hibid sugirió que la BBC podría ser un buen comienzo.

En la cadena de radiotelevisión había varios *sayanim* cuyas tareas eran revisar los programas que se emitían sobre Israel y vigilar a las personas contratadas por la BBC para el servicio en lengua árabe. Si algún *sajan* tuvo algo que ver en la contratación de Bazoft nunca se sabrá con certeza pero, muy poco después de hablar con Al Hibid, le encargaron un trabajo de investigación. Lo hizo bien. Siguió otro. Los editores de noticias podían confiar en Bazoft a la hora de encontrar sentido a las intrigas de Teherán.

En Tel Aviv, Admoni decidió que era el momento de hacer la siguiente jugada. Con las revelaciones del Irán-contra saliendo a la luz en Estados Unidos, el jefe del Mossad decidió exponer el papel de Yakov Nimrodi, un ex agente de Aman, en el floreciente escándalo. Había sido miembro del consorcio creado por David Kimche y había usado su propio historial de inteligencia para mantener al Mossad apartado de lo que estaba ocurriendo. Hombre astuto y de habla fácil, Nimrodi había llevado al secretario de Estado, George Shultz, a comentar que «el programa de Israel no es el mismo que el nuestro y no podríamos confiar plenamente en ellos en lo que concierne a Irán».

Cuando Kimche se retiró del consorcio, Nimrodi permaneció en él un tiempo más. Pero, a medida que las repercusiones desde Washington se volvían peores y más comprometedoras para Israel, el ex agente de Aman se iba esfumando. Admoni, picado por la forma en que Nimrodi había tratado al Mossad, tenía otros planes: humillaría públicamente a Nimrodi y, al mismo tiempo, daría un espaldarazo a la carrera de Bazoft para mayor beneficio del Mossad.

Al Hibid brindó suficientes detalles al reportero para que se diera cuenta de que aquél podía ser su gran despegue. Llevó la historia al *Observen* Fue publicada con referencias a «un misterioso israelí, Nimrodi, implicado en el asunto Irán-contra». Pronto Bazoft se convirtió en colaborador habitual del *Observer,* Finalmente, un premio codiciado para alguien que no formaba parte de la plantilla, se le dio un escritorio propio. Significaba que no tendría que seguir pagando los gastos telefónicos para rastrear una historia desde casa y que podría además cargar los de entretenimiento. Pero todavía le seguirían pagando sólo por lo que apareciera en el diario. Era un incentivo para conseguir historias y para que realizara algún viaje a Oriente Medio. Mientras estuviera viajando tendría todos los gastos pagados y, como todos los periodistas, podría manipularlos para ganar algún dinero más del que de hecho le correspondía. La escasez de dinero siempre había sido un problema para Bazoft, algo que ocultaba cuidadosamente a sus colegas del periódico. Por cierto, ninguno sospechaba que el reportero, que pasaba horas hablando por teléfono en persa, era un ladrón convicto. Bazoft había pasado dieciocho meses en la cárcel después de asaltar una sociedad constructora. En la sentencia, el juez había ordenado que Bazoft fuera deportado tras su liberación. Bazoft apeló sobre la base razonable de que sería ejecutado si lo enviaban de vuelta a Irán. Aunque la apelación fue rechazada, se le concedió una «dispensa excepcional» para permanecer en Gran Bretaña por tiempo indefinido. Las causas de una decisión tan inusual han permanecido ocultas en alguna bóveda del Ministerio del Interior.

Si el Mossad, habiendo detectado el potencial de Bazoft, utilizó uno de sus bien situados colaboradores en Whitehall para facilitar las cosas, sigue siendo una cuestión sin respuesta. Pero la posibilidad no debe ser descartada.

Cuando Bazoft salió de la cárcel empezó a sufrir episodios depresivos que combatía con un tratamiento homeopático. Estos antecedentes habían sido desempolvados por el *katsa* del Mossad. Más tarde, un escritor inglés, Rupert Alison, miembro conservador del Parlamento y reconocido experto en materia de reclutamientos de inteligencia, diría que una personalidad como la de Bazoft constituía un blanco perfecto para el Mossad.

Un año después de conocerse, Al Hibid reclutó a Bazoft. Cómo y dónde se hizo continúa siendo un misterio. El dinero tuvo que ser un buen aliciente para Bazoft, siempre escaso de recursos. Y para alguien que veía el mundo de un modo dramático, la perspectiva de hacer realidad otro de sus sueños —ser espía como otro de los corresponsales a los que admiraba, Philby, que también había trabajado en el *Observer* como tapadera para sus actividades como espía soviético— puede que también fuera otro factor decisivo.

Lo cierto es que Bazoft comenzó a labrarse una reputación propia: sabía suplir la falta de estilo con un sólido trabajo de investigación. Todo lo que descubría en Irán lo transmitía al *katsa* de Londres. Al mismo tiempo que los artículos para el *Observer,* Bazoft recibió encargos de la ITN, una agencia televisiva de noticias, y de los diarios del grupo Mirror.

En esa época, el editor para noticias del extranjero del *Daily Mirror* era Nicholas Davies. Tenía un don para el chisme, mucha resistencia a la bebida y siempre estaba listo para pagar una ronda. Su acento del norte de Inglaterra no había desaparecido: los colegas decían que se había pasado horas ensayando el tono melifluo que usaba ahora. Las mujeres encontraban atractivos sus modales sencillos y la manera imperiosa en que ordenaba la cena y elegía un buen vino. Adoraban su carácter mundano, la manera en que hablaba de lugares lejanos como si fueran parte de su propio feudo. Avanzada la noche y tras tomar otro trago, relataba aventuras que los cínicos consideraban meras fabulaciones.

Ni por un momento, nadie —ni sus colegas en el *Mirror,* ni su vasto círculo de amigos ajenos al periódico, ni siquiera su esposa Janet, una australiana que había protagonizado la famosa serie de la BBC *Dr. Who*— supo que Nahum Admoni había autorizado que reclutaran a Davies.

Davies siempre insistió en que, aunque «había existido un acercamiento», nunca había servido como agente del Mossad y que su presencia en el vestíbulo del hotel aquella tarde de un viernes de abril se debía sólo a su labor como periodista. Vigilaba a los tratantes de armas mientras hacían su trabajo. No recordaba de qué había hablado con Bazoft en el vestíbulo, pero dijo: «Me imagino que habrá sido sobre lo que estaba sucediendo.» Se negó a concretar qué, una posición que mantuvo a ultranza.

Ambos periodistas habían viajado a Irak con otros colegas (entre ellos, el autor de este libro, que lo hizo para la Asociación de Prensa, el servicio nacional de cable británico). Durante el viaje desde Londres, Davies había entretenido a sus colegas con historias indecorosas sobre Robert Maxwell, que había comprado la cadena Mirror. Lo llamaba «un monstruo sexual con un apetito voraz para seducir a sus secretarias». Dejó claro que estaba muy próximo a Maxwell, «aunque el capitán Bob es un infierno, sabe que sé demasiado como para echarme». La pretensión de Davies de ser invulnerable debido a lo que sabía acerca de la vida del magnate fue considerada por todos una exageración.

Durante el vuelo Farzad Bazoft se mantuvo silencioso, habló poco con los demás y se limitó a conversar en persa con las azafatas. En el aeropuerto de Bagdad, su pericia como traductor allanó las dificultades con los «guías» iraquíes asignados al grupo. En un susurro, Davies aseguró que eran agentes de seguridad. «Estos cabrones dormidos no reconocerían un espía aunque llevara un cartel», dijo Davies proféticamente.

En el Meridian-Palestina, el hombre del *Daily Mirror* informó a sus compañeros de viaje que se encontraba allí porque estaba «asquerosamente aburrido de Londres». Pero dejó claro que no tenía ninguna intención de seguir el itinerario oficial, que incluía una visita al campo de batalla de Basra, donde el Ejército iraquí estaba ansioso por hacer gala de los despojos de la guerra tras su victoria sobre las fuerzas iraníes. Bazoft dijo que no creía que el viaje al golfo interesara a su periódico.

Esa noche del viernes de abril de 1988, después de pasar horas contemplando a los tratantes de armas y mantener varias conversaciones con Davies, Farzad Bazoft comió solo en la cafetería del hotel. Declinó una invitación para unirse a otros periodistas de Londres con la excusa de que «debía revisar su agenda». Durante la comida le avisaron para que atendiera una llamada telefónica en el vestíbulo. Volvió unos minutos después con aspecto pensativo. Había pedido postre, pero repentinamente dejó la mesa e ignoró los chistes groseros de otros periodistas que lo acusaban de tener una chica escondida por ahí.

No regresó hasta el día siguiente. Apareció aún más tenso y dijo, entre otros a Kim Fletcher, un periodista independiente que trabajaba en ese momento para el *Daily Mail,* que «todo está bien para ustedes, nacidos y criados en Gran Bretaña. Yo soy iraní y eso me hace diferente». Fletcher no fue el único en preguntarse si aquello no era «un nuevo gimoteo de Bazoft sobre las dificultades de tener un pasado como el suyo».

Bazoft pasó el día paseando por el vestíbulo del hotel o en su suite. Abandonó brevemente el establecimiento dos veces. En el vestíbulo mantuvo varias conversaciones con Davies, que más tarde declaró que Bazoft «andaba como cualquiera detrás de una historia, preguntándose si lograría lo que deseaba». Por su parte, el editor de la sección internacional del *Mirror* anunció que no pensaba escribir nada «porque aquí no hay nada que pueda interesarle al capitán Bob».

Esa tarde, Bazoft dejó una vez más el hotel. Como de costumbre, un iraquí lo siguió. Pero cuando reapareció iba solo. Los periodistas le oyeron comentar a Davies «que no estaba dispuesto a ser seguido como una perra en celo».

La risa de Davies no logró animar a Bazoft. Una vez más se dirigió a su suite. Cuando volvió a aparecer en el vestíbulo les dijo que no regresaría a Londres con ellos. «Ha surgido algo», dijo en el tono misterioso que le gustaba usar de vez en cuando.

«Tendría que ser una historia muy buena para que yo me quedara aquí», comentó Fletcher.

Horas después, Bazoft dejó el hotel. Aquélla fue la última vez que sus compañeros lo vieron hasta que apareció en un vídeo distribuido por el régimen iraquí en todo el mundo, siete semanas después de su arresto, en el que confesaba ser un espía del Mossad.

Durante ese tiempo, Bazoft llevó a cabo una misión que hubiera puesto a

prueba la destreza del *katsa* mejor entrenado. Se le había ordenado descubrir los avances en los planes de Gerald Bull para fabricar una superarma en Irak. Que se le hubiera encomendado tal tarea indicaba hasta qué punto sus superiores estaban dispuestos a explotarlo. El Mossad también había tomado sus precauciones para que, en caso de que Bazoft fuera atrapado, pareciera que trabajaba para una compañía con sede en Londres, Sistemas de Defensa Limitada. Cuando Bazoft fue arrestado cerca de uno de los enclaves de prueba de la superarma, los agentes iraquíes encontraron en su poder documentos reveladores de su relación con la compañía. La empresa ha negado toda relación con Bazoft o cualquier contacto con el Mossad.

En el vídeo, Bazoft tenía la mirada a veces perdida. Luego le centelleaban los ojos y echaba una mirada rápida a la habitación. De fondo se veía una bonita cortina estampada con profusión de zarcillos. Tenía el aspecto de alguien que no puede evitar que lo aniquilen.

Los psicólogos del Mossad en Tel Aviv estudiaron cada fotograma. Para ellos, las etapas en la desintegración de Bazoft seguían el mismo esquema que habían notado cuando extraían confesiones de un terrorista capturado. Primero Bazoft habría experimentado incredulidad, una negación instintiva de que lo que estaba pasando le estuviera ocurriendo precisamente a él. Eso habría dado paso a una certeza sobrecogedora y destructiva. Le *estaba pasando* a él. En esa etapa, el indefenso periodista pudo haber experimentado dos reacciones: pánico paralizante y un compulsivo deseo de hablar. Este era el momento del vídeo en el que confesó que trabajaba para el Mossad.

Su tono monótono sugería que había sufrido ataques de depresión exógena durante su cautiverio, como resultado de haber sido separado de su ambiente habitual y de haber visto su estilo de vida totalmente desbaratado. Se habría sentido continuamente cansado y el sueño permitido no le sería suficiente. En ese punto la autoacusación habría llegado a su punto más destructivo y su sensación de desesperanza, maximizada. La culpa se habría apoderado de él. Como el prisionero de *El proceso* de Kafka, se habría sentido «estúpido» por la manera en que se había comportado y puesto en peligro a otros.

En el vídeo, los ojos de Bazoft mostraban signos de que había sido drogado. Los farmacólogos del Mossad encontraban imposible determinar qué tipo de drogas habían usado con él.

Nahum Admoni sabía que una confesión tan abyecta como la que contenía el vídeo era el preludio a la ejecución de Bazoft. El jefe del Mossad ordenó a sus especialistas en acción psicológica lanzar una campaña para desviar las preguntas embarazosas sobre la relación del servicio con Bazoft.

Algunos miembros del Parlamento inglés criticaron inmediatamente al *Observer* por enviar a Bazoft a Irak. Al mismo tiempo, periodistas con credibilidad lanzaron el rumor de que Saddam Hussein seguía atentamente por vídeo los interrogatorios a Bazoft. Bien pudo haber sido cierto. Por lo menos, era un buen medio para recordar al mundo que la tortura y el asesinato constituían elementos de la política de Irak. Bazoft fue ejecutado en la horca en marzo de 1990. Sus últimas palabras fueron: «No soy un espía israelí».

En Londres, Nicholas Davies leyó la noticia de la ejecución en una nota de la agencia Reuters, que llegó hasta su escritorio de la sección internacional del *Daily Mirror.* Como hacía con todas las historias sobre Oriente Medio que consideraba importantes, la llevó a la oficina de Robert Maxwell.

Desde 1974, el editor había sido el *sayan* más poderoso de Gran Bretaña. Davies recordaba que «Bob leyó la nota sin comentarios», pero que «honestamente» no podía recordar lo que había sentido por la muerte de Bazoft.

En Tel Aviv, entre los que se enteraron de la ejecución, se encontraba uno de los personajes más pintorescos que había servido al espionaje israelí, Ari ben Menashe. Hasta ese momento no había sabido de la existencia de Bazoft. Pero eso no impidió que el apasionado Ben Menashe sintiera pena por «otro buen hombre que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado». Juicios emocionales como ése habían impedido al bien parecido y sagaz Ben Menashe ocupar puestos importantes en la comunidad de inteligencia israelí. Sin embargo, durante diez años, de 1977 a 1987, había ocupado un cargo relevante en el Departamento de Relaciones Exteriores de las Fuerzas Armadas israelíes, una de las organizaciones de espionaje más poderosas,

El DRE había sido creado en 1974 por el primer ministro Yitzhak Rabin. Dolido por la manera en que la coalición sirioegipcia había sorprendido a Israel en la guerra del Yom Kippur, había decidido que la única manera de evitar otro fracaso de inteligencia semejante sería tener un perro guardián que vigilara a los otros servicios y, al mismo tiempo, realizara su propia tarea de inteligencia,.

Cuatro ramas se habían abierto para operar bajo el paraguas del DRE. La más importante era el SIM, que proporcionaba «asistencia especial» para el creciente número de «movimientos de liberación» en Irán, Irak y, en menor grado, Siria y Arabia Saudí. La segunda rama, el RESH, proporcionaba enlaces con otros servicios de inteligencia amigos. A la cabeza estaba la Oficina de Seguridad del Estado de Sudáfrica. El Mossad tenía una unidad similar, llamada TEVEL, que también tenía lazos con la inteligencia de la República Sudafricana. La relación entre el RESH y TEVEL era a menudo tensa porque sus funciones se solapaban.

Un tercer departamento del DRE, Relaciones Externas, se ocupaba de los agregados militares israelíes y de todo el personal de las Fuerzas Armadas que trabajaba en el extranjero. El departamento seguía también las actividades de los agregados militares extranjeros en Israel. Eso causó otro conflicto, esta vez con el Shin Bet, que hasta ese momento tenía la prerrogativa de informar sobre dichas actividades. La cuarta rama del DRE se llamaba Inteligencia Doce. Destinada a tratar con el Mossad, esta unidad había agriado todavía más las relaciones con los hombres del edificio del paseo del Rey Saúl. Sentían que el DRE iba a disminuir su poder.

Ben Menashe había sido destinado al RESH con la responsabilidad específica de la «cuenta iraní». Llegó en un momento en que Israel estaba a punto de perder a su más poderoso aliado en la región. Durante más de un cuarto de siglo, el sha de Irán había trabajado diligentemente entre bastidores para persuadir a los vecinos árabes de Israel de que cesaran sus hostilidades contra el Estado judío. Aún continuaba progresando de manera limitada, especialmente con el rey Hussein de Jordania, cuando su propio trono fue barrido por la revolución fundamentalista islámica del ayatolá Jomeini, en febrero de 1979. Jomeini entregó

de inmediato la embajada israelí en Teherán a la OLP. Igualmente rápido, Israel comenzó a apoyar la guerra declarada de los guerrilleros kurdos contra el nuevo régimen. Al mismo tiempo, continuaba proveyendo de armas a Irán para que las usara contra Irak. La política de «matar por ambos lados» que David Kimche y otros patrocinaban en el Mossad se encontraba en plena vigencia.

Ben Menashe se vio envuelto pronto en el gran plan de David Kimche para el canje de armas por rehenes con Irán. Los dos hombres viajaron juntos a Washington. Ben Menashe presumía de haber paseado por los anchos pasillos de la Casa Blanca, conocido a Reagan y departido en los mejores términos con sus principales asesores.

Encantador y con una actitud temeraria, Ben Menashe era una figura popular en las fiestas de la comunidad de inteligencia israelí, donde los políticos poderosos intercambiaban anécdotas con los espías para beneficio mutuo. Pocos podían contar una historia mejor que Ben Menashe. En el momento en que David Kimche iniciaba su intercambio de armas por rehenes, Ben Menashe había sido nombrado «asesor personal» del primer ministro Yitzhak Shamir en materia de inteligencia. Le había comunicado que sabía «dónde estaban las pruebas de la infamia». Kimche decidió que Ben Menashe era la persona ideal para trabajar con alguien a quien admiraba más que a ningún otro oficial de inteligencia: Rafi Eitan. Con la plena aprobación del primer ministro, Ben Menashe fue liberado de otras tareas para trabajar con Eitan. Los dos hombres viajaron a Nueva York en marzo de 1981. Su propósito, según Ben Menashe, era concreto: «Nuestros amigos en Teherán estaban desesperados por tener equipo electrónico sofisticado para las Fuerzas Aéreas y las tropas terrestres. Israel, por supuesto, deseaba ayudarlos lo más posible en su guerra contra Irak».

Viajando con pasaporte británico, el preferido del Mossad, instalaron una compañía en el distrito financiero de Nueva York. Reclutaron un grupo de cincuenta corredores que rastrearon toda la industria electrónica en busca del equipo adecuado. Todas las ventas iban acompañadas de certificados en los que Israel constaba como destino final. Ben Menashe recordaba: «Temamos fajos de certificados que completábamos y enviábamos al archivo de Tel Aviv, por si alguien se tomaba la molestia de revisarlo».

El equipo se enviaba por avión a Tel Aviv. Allí, sin pasar por la aduana, era transferido a un transporte aéreo contratado en Irlanda y enviado a Teherán. La idea de usar pilotos irlandeses también había sido de Rafi Eitan. Había mantenido lo que llamaba sus «contactos irlandeses». Cuando se trata de un negocio, los irlandeses conocen las reglas. La única que interesa es el pago puntual».

A medida que crecía el volumen de la operación en Nueva York se hizo necesario contar con una compañía central para manejar los miles de millones de dólares que se movían en la compraventa de armas. El nombre elegido para ella fue *Ora,* que en hebreo significa «luz».

En marzo de 1983, Rafi Eitan le ordenó a Ben Menashe que reclutara a Davies para Ora. Seguramente el viejo espía había oído hablar de Davies a través del Mossad y al mismo tiempo, el servicio se habría puesto en contacto con Davies a través de Bazoft, que había realizado trabajos independientes para el editor de internacionales del *Daily Mirror.* Más adelante, ese mismo mes, Ben Menashe y Davies se encontraron en el hotel Churchill de Londres. En el momento de

despedirse, Ben Menashe sabía que «era nuestro hombre». Al día siguiente almorzaron en casa de Davies. La esposa de Davies, Janet, estaba presente. Ben Menashe se figuró inmediatamente que el sofisticado Davies tenía miedo de perderla. «Eso era bueno. Lo hacía vulnerable.»

El papel de Davies como asesor de Ora fue finalmente definido en el hotel Dan Acadia, frente a la playa, al norte de Tel Aviv. Ben Menashe rememoraba: «Acordamos que sería nuestro conducto en Londres para las armas, nuestro intermediario en los tratos con los iraníes y otros. Su dirección aparecería impresa en el membrete de Ora y, durante el día, el número directo de su oficina —822-3530— sería el usado por nuestros contactos iraníes».

A cambio, Davies recibiría una cantidad de dinero acorde con su fundamental papel en la operación armas por rehenes. En total ganaría un millón y medio de dólares, que sería depositado en bancos de Gran Caimán, Bélgica y Luxemburgo. Parte del dinero sirvió para pagar su divorcio. Janet recibió un pago único de cincuenta mil dólares. Davies liquidó sus deudas bancarias y compró una casa de cuatro pisos. Se convirtió en la oficina europea de Ora y su número de teléfono —231-0015—, en otro contacto para los tratantes de armas que habían empezado a formar parte de la vida del periodista. En su condición de editor de noticias internacionales, empezó a visitar Estados Unidos, Europa, Irán e Irak.

Ben Menashe notó con aprobación que «en sus viajes se presentaba como representante del grupo Ora. Solía organizar una reunión, usualmente los fines de semana, y volaba a la ciudad convenida para acordar el número de armas requerido y la forma de pago».

En 1987, el ayatolá iraní Ali Akbar Hashemi Rafsanjani recibió un telegrama de Ora concerniente a la venta de cuatro mil misiles TOW, a un coste de 13.800 dólares cada uno. El telegrama concluía así: «Nicholas Davies es el representante de Ora autorizado para firmar contratos».

Era una época de gloria para Ari ben Menashe, Nicholas Davies y la poderosa figura que se perfilaba, todavía más imponente, en el trasíbndo de los acontecimientos: Robert Maxwell. Pero nadie sospechó ni por un momento la sombría verdad del tópico hollywoodiense que Davies solía repetir: «No hay nada gratis en este mundo».

9

Dinero sucio, sexo y mentiras

Las cosas tenían un aspecto muy distinto esa mañana de marzo de 1985, cuando Ari ben Menashe tomó el vuelo de British Airways Tel Aviv-Londres. Mientras saboreaba su desayuno *kosher,* se decía que la vida nunca le había sido tan favorable. No sólo estaba haciendo «mucho dinero» sino que había aprendido mucho trabajando codo a codo con Kimche mientras corrían la aventura bizantina de venderle armas a Irán. De paso, había mejorado su educación en el continuo intercambio entre los políticos de Israel y sus jefes de inteligencia.

Para Ben Menashe, «el tratante de armas medio era un niño de coro comparado con mis ex colegas». Había detectado el problema: los efectos secundarios de la aventura de Israel en el Líbano, que finalmente había abandonado, fueron destructivos y desmoralizadores. Ansiosos por recuperar prestigio los políticos dieron todavía más libertad a la inteligencia para librar una guerra sin cuartel contra la OLP, a la que achacaban todos los problemas de Israel. El resultado fue que hubo una sucesión de escándalos en los que sospechosos de terrorismo e incluso sus familias fueron torturados y asesinados a sangre fría. Yitzhak Hofi, ex jefe del Mossad, había formado parte de una comisión gubernamental creada, después de una intensa presión pública, para investigar las atrocidades. Llegó a la conclusión de que los oficiales de inteligencia habían mentido sin excepción al tribunal acerca de la forma en que obtenían las confesiones. Los métodos usados habían sido a menudo salvajes. El comité recomendó seguir los «procedimientos adecuados».

Pero Ben Menashe sabía que las torturas habían continuado: «Era bueno estar lejos de esas cosas horribles». Consideraba muy diferente lo que él hacía al vender armas a Irán para matar a innumerables iraquíes. Ni siquiera la desgracia de los rehenes de Beirut, la verdadera razón por la que iba y venía, le preocupaba verdaderamente. La razón última era el dinero. Aun después dé la partida de Kimche, Ben Menashe pensó que la rueda se detendría sólo cuando él en persona lo decidiera y que saldría del asunto convertido en multimillonario. Según sus cálculos, el negocio de *OSA* valía cientos de millones, la mayor parte de ellos generados en la casa del suburbio de Londres desde donde Davies dirigía las operaciones internacionales.

Ben Menashe sabía que Davies había amasado una fortuna propia. Ganaba mucho más que las setenta y cinco mil libras anuales que le pagaban en el

periódico: su comisión en *ORA* alcanzaba casi la misma cifra sólo en un mes. A Ben Menashe no le importaba que el periodista «se llevara una tajada más grande del pastel; quedaba lo suficiente para seguir andando. Todavía eran tiempos para beber champaña».

Robert Maxwell lo ofrecía a espuertas a las visitas que iban a su oficina del último piso del *Daily Mirror.* Cuando el vuelo de British Airways aterrizara, Ben Menashe sería conducido en una limusina enviada por el magnate: un signo más de la importancia que Maxwell, según él, le concedía. Lo acompañaría Nahum Admoni, director general del Mossad, que había tomado un vuelo posterior de El Al. Ben Menashe planeó esperar a Admoni en el aeropuerto de Heathrow meditando sobre cómo un poderoso barón de la prensa se había transformado en el *sayan* más importante reclutado por el Mossad.

Maxwell había ofrecido voluntariamente sus servicios al final de una reunión en Jerusalén con Shimon Peres, poco tiempo después de formado el gobierno de coalición, en 1984. Uno de los asesores de Peres recordaba el episodio: «un egocéntrico se encuentra con un megalómano. Peres era altivo y autoritario. Pero Maxwell arremetía diciendo cosas como "voy a invertir millones en Israel, voy a revitalizar la economía". Parecía un político en campaña. Era pomposo, interrumpía, se iba por la tangente o contaba chistes obscenos. Peres seguía sentado con su sonrisa de esquimal».

Sabedor de que Maxwell había cultivado durante años valiosos contactos en Europa del Este, Peres arregló un encuentro entre Admoni y el magnate. La reunión tuvo lugar en la suite presidencial del hotel Rey David, en Jerusalén, donde Maxwell se alojaba. Los dos hombres encontraron un terreno común en sus orígenes centroeuropeos. Maxwell había nacido en Checoslovaquia y ambos compartían un ardiente compromiso con el sionismo y la creencia de que Israel debía subsistir por derecho divino. También coincidían en su pasión por la comida y los buenos vinos.

Admoni estaba vivamente interesado en el punto de vista de Maxwell: Estados Unidos y la Unión Soviética tenían idéntico deseó de alcanzar la dominación mundial, aunque a través de métodos significativamente diferentes.

La anarquía internacional formaba parte de la estrategia soviética, mientras que para Washington el mundo se componía de «amigos» o «enemigos», más que de naciones con intereses ideológicos en conflicto. Maxwell había expresado otras intuiciones: el contacto secreto de la CÍA con la inteligencia china causaba inquietud en el Departamento de Estado, que pensaba que podía influir en las futuras relaciones diplomáticas y políticas.

El magnate había retratado a dos hombres de sumo interés para Admoni. Maxwell dijo que cuando conoció a Ronald Reagan tuvo la sensación de que el presidente era un optimista empedernido que utilizaba su encanto para ocultar su verdadera condición de político duro. Su defecto más peligroso era la simplificación, sobre todo en la cuestión de Oriente Medio: su segundo o tercer pensamiento sobre ella no lograba imponerse a un primer juicio precipitado.

Maxwell también había conocido a William Casey, y juzgaba al director de la CÍA como un hombre de miras estrechas que no sentía aprecio alguno por Israel.

Casey dirigía una agencia con ideas anticuadas sobre el papel de la inteligencia en la actual arena política mundial. Nada más evidente que el modo en que Casey había mal interpretado las intenciones árabes en Oriente Medio.

Esas opiniones coincidían exactamente con las de Nahum Admoni. Después de la reunión, fueron en el automóvil de Admoni al cuartel general del Mossad, donde el propio director general acompañó a su huésped en una visita a parte de las instalaciones.

Ahora, un año después, el 15 de marzo de 1985, volverían a encontrarse.

Hasta que Admoni y Ben Menashe no entraron en la oficina de Maxwell, situada en el barrio londinense de High Holborn, su anfitrión no les comunicó que habría otra persona compartiendo los *bagels,* el salmón ahumado y el café que Maxwell siempre tenía disponibles en su suite.

Como un mago que saca un conejo de la chistera, Maxwell les presentó a Viktor Chebrikov, vicepresidente del KGB *y* uno de los agentes más poderosos del mundo.

Ben Menashe admitiría con claridad que «a un líder del KGB encontrarse en la oficina de un editor británico le hubiera parecido una fantasía imposible. Pero, en una época en la que el presidente Gorbachov mantenía muy buenas relaciones con la primera ministra Margaret Thatcher, era aceptable para Chebrikov encontrarse en Londres».

Repantigados en los sillones de cuero hechos a mano, Admoni y Ben Menashe dirigieron la conversación. Querían saber si, en el caso de que «cantidades muy sustanciales» de dinero fuesen transferidas a la Unión Soviética Chebrikov garantizaba que los depósitos estarían a salvo. Se trataba de las ganancias de *ORA* con la venta de armas norteamericanas a Irán.

Chebrikov preguntó de cuánto dinero estaban hablando.

Ben Menashe le respondió que de «cuatrocientos cincuenta millones iniciales de dólares estadounidenses. Seguidos de cantidades semejantes. Quizás hasta mil millones o más».

Chebrikov miró a Maxwell para asegurarse de que había oído correctamente. Maxwell asintió, moviendo la cabeza con entusiasmo. «¡Esto es la *perestroikal»,* exclamó.

Para Ben Menashe, la simplicidad del asunto era un atractivo más. No habría un enjambre de intermediarios llevándose comisiones. Sólo serían «Maxwell con sus contactos y Chebrikov, debido al poder que poseía. Su participación constituía una garantía de que los soviéticos no robarían los fondos. Se acordó que los cuatrocientos cincuenta millones iniciales serían transferidos del Crédit Suisse al Banco de Budapest, en Hungría. Desde allí, el dinero sería distribuido a otros bancos del bloque soviético».

Una prima neta de ocho millones le sería pagada a Robert Maxwell por negociar el trato. Los arreglos quedaron sellados con un apretón de manos y Maxwell propuso un brindis por el futuro capitalismo de Rusia. Después, sus huéspedes fueron transportados en un helicóptero del magnate hasta el aeropuerto de Heathrow para tomar un vuelo a casa.

Aparte de Nicholas Davies, ningún periodista de los que se encontraban en el

edificio del *Daily Mirror* se enteró de que acababa de pasar inadvertida una noticia de primera. No tardaría en escapárseles de las manos otra primicia cuando Maxwell traicionó sus intereses profesionales tratando de proteger a Israel.

En el comienzo de su relación con el Mossad, se acordó que Maxwell era demasiado valioso como para involucrarlo en la rutina de recabar información. Según un miembro de la comunidad de inteligencia israelí: «Maxwell era el máximo comodín del Mossad. Abría las puertas de los despachos más encumbrados. El poder de sus periódicos significaba que presidentes y primeros ministros estaban siempre dispuestos a recibirlo. A causa de lo que era, le hablaban como si fuera de hecho un gobernante, sin darse cuenta nunca de adonde iba a parar la información. Mucho de lo que oía eran probablemente chismes, pero sin duda algunas cosas resultaban pepitas de oro. Maxwell sabía cómo hacer preguntas. No había recibido entrenamiento por parte nuestra, pero se le habían dado indicios de las áreas a explorar».

El 14 de septiembre de 1986 Robert Maxwell llamó a Nahum Admoni por su línea directa con noticias devastadoras. Un periodista colombiano independiente, Oscar Guerrero, se había acercado al periódico dominical de Maxwell, el *Sunday Mtrror,* con una historia sensacional que descubría la tapadera cuidadosamente elaborada acerca del propósito real de Dimona. Guerrero decía actuar para un ex técnico que había trabajado en la planta nuclear. Durante ese tiempo, el hombre había reunido, en secreto, fotografías y otras pruebas para demostrar que Israel ya se había convertido en una potencia nuclear de primera y que contaba con no menos de cien artefactos atómicos de diverso poder destructivo.

Como todas las llamadas del jefe del Mossad, ésta se grabó automáticamente. Según ese mismo miembro de la inteligencia israelí declaró más tarde, la cinta contenía el siguiente diálogo:

Admoni: ¿Cuál es el nombre del técnico?
Maxwell: Vanunu. Mordechai Vanunu.
Admoni: ¿Dónde está ahora?
Maxwell: En Sydney, Australia, creo.
Admoni: Lo llamo más tarde.

La primera llamada de Admoni fue para el primer ministro Shimon Peres, que ordenó tomar todas las medidas para «controlar la situación». Con esas palabras, Peres autorizó una operación que demostraría una vez más la despiadada eficiencia del Mossad.

El personal de Admoni confirmó rápidamente que Vanunu había trabajado en Dimona desde febrero de 1977 hasta noviembre de 1986. Había sido asignado a Machon-Dos, una de las más secretas de las diez unidades productivas de la planta. El edificio sin ventanas parecía un almacén. Pero sus muros eran tan espesos que bloqueaban las más poderosas lentes de los satélites. Dentro de la estructura acorazada, un sistema de paredes falsas conducía a los ascensores que descendían seis pisos, hasta el sitio donde se fabricaban las armas nucleares.

El permiso de seguridad de Vanunu, le permitía acceder a todos los rincones

de Machon-Dos. Su pase especial de seguridad, número 520, coincidía con su firma en la Oficina de Actas Oficiales Secretas y le aseguraba absoluta inmunidad mientras cumplía las funciones de *menahil,* controlador del turno noche. Un asombrado Admoni recibió la noticia de que, durante meses, Vanunu había fotografiado secretamente las instalaciones de Machon-Dos: los paneles de control y la maquinaria nuclear para la fabricación de bombas. Las pruebas sugerían que había almacenado las películas en su taquilla y las había sacado a escondidas del que se suponía que era el sitio más seguro de Israel.

Admoni preguntó de qué modo Vanunu había logrado todo esto y, tal vez, más. ¿Y si ya había mostrado el material a la CÍA? ¿O a los rusos, los británicos o, incluso, los chinos? El daño sería incalculable. Israel quedaría ante el mundo como un país mentiroso y embustero, capaz de destruirlo en buena parte. ¿Quién era Vanunu? ¿Para quién trabajaba?

Las respuestas llegaron pronto. Vanunu era un judío marroquí, nacido el 13 de octubre de 1954 en Marrakesh, donde sus padres eran modestos comerciantes. En 1963, cuando el antisemitismo, siempre a flor de piel en Marruecos, se desbordó con extrema violencia, la familia emigró a Israel y se estableció en la ciudad de Bersheba.

Mordechai tuvo una adolescencia común. Como todos los jóvenes, al llegar el momento fue llamado a las filas del Ejército israelí. Ya empezaba a perder el pelo y parecía mayor a los diecinueve años. Alcanzó el grado de sargento primero en una unidad buscaminas, estacionada en los Altos del Golán. Finalizado el servicio militar, ingresó en la Universidad Ramat Aviv, en Tel Aviv. Después de suspender dos exámenes al final de su primer año de la carrera de física, abandonó los estudios.

En el verano de 1976 se presentó a un anuncio en el que se solicitaban técnicos aprendices para trabajar en Dimona. Después de una prolongada entrevista con el oficial de seguridad de la planta, fue aceptado para, la preparación y lo apuntaron a un curso intensivo de física, química, matemáticas e inglés. Salió suficientemente airoso como para entrar en Dimona a trabajar como técnico, en febrero de 1977.

Vanunu había sido declarado prescindible en noviembre de 1986. En su expediente de Dimona constaba que había dado muestras de tener «creencias de izquierda y proárabes». Vanunu partió hacia Australia y llegó a Sidney en mayo del año siguiente. En algún sitio a lo largo del viaje, que había seguido el conocido itinerario de los jóvenes judíos hacia Extremo Oriente, Vanunu había renunciado a su otrora firme fe judía y se había convertido al cristianismo. La figura que emergía de las fuentes consultadas por Admoni era la de un joven poco atractivo, el clásico solitario: no había hecho amigos en Dimona, no tenía novia y pasaba su tiempo libre leyendo libros de filosofía y política. Los psicólogos del Mossad le dijeron a Admoni que un hombre así podía ser temerario, tener los valores distorsionados y, a menudo, estar desilusionado. Ese tipo de personalidad podía volverse peligrosamente impredecible.

En Australia, Vanunu había conocido a Osear Guerrero, un periodista colombiano que trabajaba en Sidney, mientras pintaba una iglesia. El dicharachero

periodista no tardó en inventarse una extraña historia para divertir a sus amigos del conflictivo barrio King's Cross, en Sidney. Declaraba que había ayudado a un importante científico nuclear israelí a desertar llevándose los planes secretos para destruir a sus vecinos árabes y que, un paso por delante del Mossad, el científico se ocultaba ahora en un refugio suburbano de Sidney mientras Guerrero orquestaba «la venta del notición del siglo».

A Vanunu le molestaban estos comentarios delirantes. Convertido en pacifista confeso, quería que su historia apareciera en una publicación seria, para alertar al mundo sobre la amenaza que significaba la capacidad nuclear de Israel. No obstante, Guerrero se había puesto en contacto con la oficina en Madrid del *Sunday Times* y el osado periódico londinense mandó un reportero a Sidney para entrevistar a Vanunu.

Las fantasías de Guerrero se hicieron evidentes cuando lo entrevistaron. El colombiano empezó a sentir que perdía el control de la historia de Vanunu. Sus temores aumentaron cuando el enviado del *Sunday Times* dijo que llevaría a Vanunu a Londres, donde sus declaraciones iban a ser cabalmente investigadas. El periódico intentaba que el técnico fuera examinado por uno de los principales científicos nucleares británicos.

Guerrero vio a Vanunu y su acompañante tomar el vuelo a Londres y sus recelos aumentaron aceleradamente. Necesitaba consejo para manejar la situación. La única persona a quien acudir que se le ocurría era un antiguo miembro del Servicio de Inteligencia y Seguridad Australiano. Guerrero le dijo que le habían arrebatado una historia impactante y describió exactamente lo que Vanunu había sacado de Dimona: sesenta fotografías de Machon-Dos, con mapas y dibujos. Revelaban más allá de toda duda que Israel era la sexta potencia nuclear del mundo.

Una vez más, Guerrero no tuvo suerte. Había elegido al hombre equivocado. El ex agente del SISA se puso en contacto con su antiguo jefe y le repitió lo que Guerrero le había contado. Había un firme contacto de trabajo entre el Mossad y el SISA. El primero aportaba información sobre los movimientos de los terroristas árabes hacia el Pacífico. SISA informó al *katsa* agregado en la embajada israelí en Canberra sobre la llamada de su ex empleado.

La información fue mandada inmediatamente por fax a Admoni. Para entonces le habían llegado noticias aún más preocupantes.

En su viaje hacia Australia, Vanunu había hecho una escala en Nepal y allí había visitado la embajada soviética en Katmandú. ¿Acaso había mostrado sus pruebas a Moscú?

Al *sayan* situado en la corte del rey de Nepal le llevó tres días descubrir que el único propósito de Vanunu al visitar la embajada había sido averiguar qué papeles se necesitaban para pasar unas vacaciones en la Unión Soviética, en una fecha posterior todavía por determinar. Le habían entregado una serie de folletos.

Durante las horas pasadas desde que Vanunu fuera llevado a Londres por el *Sunday Times,* Guerrero había tratado de adelantarse ofreciendo copias de los documentos de Vanunu a dos diarios australianos. Rechazaron el material creyéndolo falsificado.

Desesperado, Guerrero partió hacia Londres en pos de Vanunu. Al no encontrarlo, llevó los documentos al *Sunday Mirror,* con una foto de Vanunu

tomada en Australia. Al cabo de pocas horas Nicholas Davies ya sabía que estaban allí.

Inmediatamente se lo comunicó a Maxwell. El editor llamó a Admoni. Varias horas después, cuando el jefe del Mossad volvió a llamar a Maxwell, recibió otro susto. El *Sunday Times* tomaba en serio la historia de Vanunu. Por lo tanto, se volvía de una importancia crítica saber qué había fotografiado el técnico. Se esperaba urdir una respuesta que limitara los perjuicios. Los informes de Canberra indicaban que Guerrero tenía una clara motivación económica. Si Vanunu tenía los mismos intereses, entonces se podría montar una campaña efectiva contra el *Sunday Times* diciendo que había sido engañado por los dos hombres que trabajaban en complicidad.

Una vez más, el infatigable Ari ben Menashe fue llamado al servicio. Admoni le ordenó viajar a Londres para obtener las copias que Guerrero había mostrado al *Sunday Mirror.* Ben Menashe contó después al veterano periodista estadounidense Seymour Hersh: «Nicholas Davies lo había arreglado para que Guerrero conociera a un "agresivo" reportero norteamericano: yo. En la reunión, Guerrero, ansioso por conseguir otra venta, desplegó algunas de las fotos en color de Vanunu. Yo no sabía si eran importantes. Debían verlas los expertos en Israel. Le dije a Guerrero que necesitaba copias. Se sobresaltó. Le advertí que necesitaba saber si eran auténticas antes de pagarle y que Nick se hacía responsable por mí».

Guerrero entregó varias fotos a Ben Menashe. Fueron enviadas a Tel Aviv.

Su llegada aumentó la consternación. Los funcionarios de Dimona identificaron el Machon-Dos en las fotos. Una de las copias mostraba el área donde se habían fabricado minas terrestres nucleares que fueron luego sembradas en los Altos del Golán, en la frontera con Siria. No era posible destruir la credibilidad de Vanunu. Cualquier físico nuclear reconocería para qué servía el equipo.

El primer ministro Peres formó un gabinete de crisis para seguir la situación. Algunos de los jefes de departamento del Mossad sugirieron que se enviara un grupo *kidon* para matar a Vanunu. Admoni rechazó la idea. El *Sunday Times* no tendría espacio para publicar todo lo que Vanunu había relatado al periódico: se habría necesitado un libro entero para exponer toda la información a la que el técnico había tenido acceso. Pero una vez que el diario hubiera terminado con Vanunu, éste sería llamado por la CÍA y el MI5, e Israel afrontaría todavía más problemas. Necesitaban imperiosamente saber de qué modo Vanunu había llevado a cabo su operación de espionaje en Dimona, si había trabajado solo o con otros, y de ser ese el caso, para quién trabajaban. La única manera de saber todo esto era trayendo a Vanunu de vuelta a Israel para someterlo a un interrogatorio.

Admoni necesitaba una manera de sacar a Vanunu del sitio donde el *Times* lo tenía escondido. Al aire libre sería más fácil manejar a Vanunu y, en último término, si había que asesinarlo, no sería la primera vez que el Mossad mataba a alguien en las calles de Londres. Durante la caza de los terroristas que cometieron la masacre de los atletas israelíes en Munich, el Mossad había matado a uno de los líderes de Septiembre Negro atrepellándolo con un coche mientras caminaba

hacia su hotel en Bloomsbury.

En Londres, el *Sunday Times,* dándose cuenta de que Israel iba a hacer todo lo posible por desacreditar a Vanunu, había dispuesto que fuera interrogado por el doctor Frank Barnaby, un físico nuclear con referencias impecables que había trabajado en las instalaciones nucleares británicas de Aldermaston. Este dictaminó que las fotografías eran auténticas y el relato detallado del técnico muy exacto.

Luego el *Sunday Times* dio un paso fatal. Su reportero presentó, ante la embajada israelí en Londres, un resumen de todo lo que Vanunu les había revelado, junto con copias de su pasaporte, las fotografías y el dictamen del doctor Barnaby. La intención era forzar al Gobierno israelí a admitir los hechos. En cambio, la embajada rechazó el material «por carecer totalmente de base».

En Tel Aviv, las fotocopias entregadas a la embajada causaron aún más estupor. Para Ben Menashe: «El secreto se había descubierto. Yo todavía estaba en Londres cuando Davies y Maxwell me llamaron. Nos encontramos en la misma oficina donde le había prometido pagarle ocho millones de dólares de comisión por esconder nuestro dinero detrás del telón de acero. Maxwell aclaró que entendía qué hacer con la historia de Vanunu. Dijo que ya había hablado con mi jefe en Tel Aviv».

Como resultado de esa llamada, Admoni había descubierto una manera de descubrir a Vanunu.

En la siguiente edición del *Sunday Mirror* se publicó una foto enorme de Mordechai Vanunu, con una historia que dejaba al técnico y a Guerrero en el más completo ridículo. El colombiano era tildado de mentiroso y estafador y las declaraciones sobre el poder nuclear de Israel, de burdo engaño. El artículo lo había dictado Maxwell, que también había supervisado la destacada posición de la foto de Vanunu. Se había disparado el primer tiro de una campaña de desinformación a gran escala, orquestada por el departamento de acción psicológica.

Después de leerlo, Vanunu se alteró tanto que dijo a sus guardianes del *Sunday Times,* los periodistas que lo habían vigilado desde su llegada a Londres, que quería desaparecer. «No quiero que nadie sepa dónde estoy.»

El aterrorizado técnico se alojaba en el último hotel que sus guardianes le habían conseguido, el Mountbatten, cerca de la avenida Shaftesbury, en el centro de Londres.

Siguiendo la publicación del *Sunday Mirror,* los *sayanim* de Londres fueron movilizados para buscarlo. Numerosos voluntarios judíos de fiar llevaban una lista de hoteles y pensiones para revisar. En cada establecimiento daban una descripción de Vanunu a partir de la foto publicada en el diario, siempre haciéndose pasar por parientes que trataban de averiguar si se había registrado.

El miércoles 25 de septiembre, Admoni recibió la noticia de que Vanunu había sido localizado. Era hora de dar el siguiente paso de su plan.

El lazo entre el trabajo de inteligencia y la trampa sexual es tan viejo como el espionaje mismo. En el cuarto libro de Moisés, la prostituta Rahab salva la vida de dos espías de Josué de las manos de los contraespías del rey de Jericó: el primer encuentro registrado entre las dos profesiones más antiguas del mundo. Una de

las herederas de Rahab en el negocio de amor y espionaje fue Mata Hari, la seductora holandesa que trabajó para los alemanes durante la Gran Guerra y fue ejecutada por los franceses. Desde el principio, el Mossad había reconocido el valor de la seducción sexual. Para Meir Amit:

> Era otra arma. Una mujer tiene habilidades que no poseen los hombres. Sabe cómo escuchar. Las conversaciones de alcoba no son problema para ella. La historia de la inteligencia moderna está pla^ gada de referencias a mujeres que utilizaron su sexo por el bien de su país. Decir que Israel no hizo lo mismo sería estúpido. Pero nuestras mujeres son voluntarias, mujeres inteligentes que saben el riesgo que corren. Eso requiere una forma especial de coraje. No es tanto el hecho de acostarse con alguien como el de hacer que un hombre crea que se acuestan con él a cambio de lo que tiene para contar. Y eso es un mínimo ejemplo de las habilidades que hacen falta para conseguirlo.

Nahum Admoni había elegido una agente que poseía todas esas cualidades para entregar a Mordechai Vanunu a manos del Mossad. Cheryl ben Tov era una *bat leveyha,* estaba un grado por debajo de un *katsa.* Hija de una rica familia judía de Orlando, Florida, había visto el fin del matrimonio de sus padres en un juicio de divorcio amargamente conflictivo. Encontró consuelo en los estudios religiosos, que la llevaron a pasar tres meses en un *kibbutz* de Israel. Allí se compenetró con la historia judía y la lengua hebrea. Decidió quedarse en Israel. A la edad de dieciocho años conoció a un *sabrá,* un nativo de Israel, llamado Ofer ben Tov, y se enamoró de él. Trabajaba como analista de Aman. Se casaron un año después.

Entre los invitados a la boda había varios miembros importantes de la comunidad de inteligencia, incluido uno de Meluckha, la unidad de reclutamiento del Mossad. Durante el banquete de bodas hizo las preguntas que cualquier novia podía esperar. ¿Pensaba seguir trabajando? ¿Iba a tener hijos enseguida? Atrapada en el alboroto de la celebración, Cheryl había dicho que su único plan era encontrar la manera de devolver algo a un país del que tanto había recibido, como si fuera su propia familia. Un mes después de regresar de su luna de miel, el invitado la llamó por teléfono: había estado pensando en lo que ella le dijo y creía posible que pudiera ayudar. Acordaron encontrarse en un café del centro de Tel Aviv. La sorprendió mencionando detalladamente sus estudios, su historia familiar y cómo había conocido a su esposo. Quizás al percibir su enojo por ver invadida su intimidad le explicó que toda la información constaba en el expediente de su esposo en Aman.

El reclutador entendía que la relación entre él y un potencial recluta podía ser a menudo delicada; ha sido comparada con la de un brujo que inicia a un neófito en una secta secreta, con sus signos especiales, conjuros y ritos: es la confraternidad de Orfeo sin el amor por la música. Después de decirle a Cheryl para quién trabajaba, el hombre hizo su oferta. El Mossad siempre buscaba gente que quisiera servir a su país. En la boda, ella había comparado Israel con una familia. Pues bien, el Mossad lo era. Una vez aceptado, te transformabas en parte de la familia, eras protegido y alimentado. A cambio, servías a la familia de la manera que fuera necesario. ¿Estaba interesada?

Cheryl aceptó. Se le dijo que debía superar unas pruebas preliminares.

Durante los tres meses siguientes se sometió a una serie de exámenes orales y escritos, en varios pisos francos de Tel Aviv. Su alto coeficiente —140 en las pruebas—, su ascendencia norteamericana, conocimientos generales y ductilidad social hacían de ella una recluta que destacaba de la media.

Se le comunicó que era apta para el entrenamiento.

Antes de eso, tuvo una sesión más con su reclutador. El le dijo que estaba a punto de entrar en un mundo donde no podría compartir sus experiencias con nadie, ni siquiera con su esposo. En una posición tan solitaria, se sentiría vulnerable al peligroso señuelo de la confianza. Pero no debía confiar en nadie, excepto en sus colegas. Se le enseñaría a engañar, a usar métodos que violaban todo sentido de la decencia y el honor; debía aceptar nuevas maneras de hacer las cosas. Encontraría muy desagradables algunos actos que se le ordenaría ejecutar, pero siempre debía situarlos en el contexto de su misión. El reclutador se inclinó sobre la mesa de la habitación y le dijo que todavía estaba a tiempo de cambiar de parecer. No habría recriminaciones ni debía albergar una sensación de fracaso.

Cheryl dijo que estaba completamente preparada para iniciar el entrenamiento.

Durante los dos años que siguieron se encontró en un mundo que, hasta entonces, había formado parte de su diversión favorita: ir al cine. Aprendió a sacar un arma sentada en una silla y a memorizar la mayor cantidad de nombres proyectados a toda velocidad sobre una pequeña pantalla. Se le mostró cómo ajustar su Beretta a la ropa interior y cómo cortar una abertura invisible en su falda o vestido para acceder rápidamente al arma.

De vez en cuando, otros aspirantes dejaban la escuela de entrenamiento: tales desapariciones jamás se comentaban. Fue enviada a misiones de práctica: entrar en una habitación de hotel ocupada, robar documentos de una oficina. Sus métodos eran analizados por sus instructores durante horas. La sacaban de la cama en plena noche y la enviaban a cumplir órdenes: ligarse a un turista en una discoteca y luego deshacerse de él al llegar al hotel. Cada movimiento que hacía era observado por sus tutores.

Se le hicieron preguntas íntimas sobre su vida sexual. ¿Cuántos hombres había tenido antes de su marido? ¿Se acostaría con un extraño si la misión lo requería? Contestó la verdad: no había habido nadie antes de su esposo y, si estuviera absolutamente segura de que el éxito de una misión dependía de ello, se iría a la cama con un hombre. Sería simplemente sexo, no amor. Aprendió cómo usar el sexo para coaccionar, seducir y dominar. Se volvió especialmente buena en eso.

Se le explicó cómo matar disparando un cargador entero sobre el blanco. Estudió las sectas del islam y cómo crear un *mishlashim,* un buzón seguro para recibir o dejar información. Pasó un día perfeccionando cómo enviar una tira de microfilm pegada dentro de un sobre. Otro día lo dedicó a disfrazarse poniéndose algodón en la parte interior de las mejillas para alterar levemente la forma de su cara. Aprendió a robar coches, a hacerse la borracha y a embaucar a los hombres.

Un día fue llamada a la oficina del jefe de la escuela de entrenamiento. La miró de arriba abajo, como si estuviera haciéndole una inspección y revisando cada punto de una lista mental. Finalmente, le comunicó que había pasado.

Cheryl ben Tov fue asignada como *bat leveyha,* en el departamento Kaisrut del

Mossad, relacionado con las embajadas israelíes. Su papel era en concreto dar cobertura, como novia o esposa, a los *katsas* en activo. Trabajó en muchas ciudades europeas a las que se desplazaba como ciudadana norteamericana. No se acostó con ninguno de sus «amantes» ni «maridos».

Admoni en persona la puso al corriente de la importancia de su última misión: localizado Vanunu, dependería de ella usar sus habilidades para obligarlo a salir de Gran Bretaña. Esta vez se haría pasar por una turista norteamericana que viajaba sola por Europa tras un penoso divorcio. Para dar credibilidad a esa parte de la historia, usaría detalles de la separación de sus propios padres. La parte final de su historia incluía una «hermana» que vivía en Roma. Su orden era llevar hasta allí a Vanunu.

El martes 23 de septiembre de 1986, Cheryl ben Tov se unió a un equipo de nueve *katsas* que ya estaban en Londres. Se encontraban a las órdenes del director de operaciones del Mossad, Beni Zeevi, un hombre hosco con los dientes manchados de nicotina.

Los *katsas* se alojaban en hoteles entre Oxford Street y el Strand. Dos se habían registrado en el Regent Palace. Cheryl ben Tov se inscribió como Cindy Johnson en el Strand Palace, habitación 320. Zeevi había tomado una habitación, en el Mountbatten, próxima a la 105 que ocupaba Vanunu.

Puede muy bien haber sido el primero en notar los cambios de humor del técnico. Aceleradamente, Vanunu iba mostrando signos de tensión. Londres era un ambiente hostil para alguien que había crecido en la vida pueblerina de Bersheba. Y, a pesar de los esfuerzos de sus acompañantes, se sentía solo y hambriento de compañía femenina, de una mujer que tuviera relaciones con él. Los psicólogos del Mossad habían predicho esa posibilidad.

El miércoles 24 de septiembre, Vanunu insistió en que sus guardianes del *Sunday Times* debían dejarlo salir solo. Aceptaron de mala gana. No obstante, un reportero lo siguió discretamente hacia Leicester Square. Allí vio que Vanunu empezaba a hablar con una mujer. El periódico la describiría después como «de unos veinticinco años, 1,75 de estatura, rellena, con el cabello rubio teñido, labios gruesos, traje pantalón de cheviot, tacones altos y, probablemente, judía».

Al cabo de un rato, se separaron. De vuelta en el hotel, Vanunu confirmó a su vigilante que había conocido «a una chica norteamericana llamada Cindy». Dijo que planeaba volver a verla. Los reporteros estaban preocupados. Uno de ellos comentó que la aparición de Cindy en Leicester Square parecía demasiada coincidencia. Vanunu rechazó sus inquietudes. Algo le había dicho Cindy que le resultaba suficiente para querer pasar más tiempo con ella y no en Londres, sino en el departamento de su hermana, en Roma.

Beni Zeevi y otros cuatro *katsas* eran pasajeros del vuelo en el que viajaban Cheryl y Vanunu a Roma. La pareja tomó un taxi hacia el casco antiguo de la ciudad.

En su interior había tres *katsas.* Dominaron a Vanunu y le inyectaron una droga paralizante. Por la noche llegó una ambulancia y Vanunu fue sacado del edificio en camilla. Con cara de aflicción, los *katsas* informaron a los vecinos que un pariente había enfermado. Cheryl se metió en la ambulancia y ésta partió.

El vehículo salió de Roma a toda velocidad y enfiló hacia la costa. En un punto preestablecido esperaba una lancha rápida, a la que Vanunu fue trasladado. La lancha se acercó a un carguero anclado a cierta distancia de la costa. Vanunu fue subido a bordo.

Beni Zeevi y Cheryl viajaron con él. Tres días después, en plena noche, el carguero atracó en el puerto de Haifa.

Mordechai no tardó en encontrarse frente a los hábiles interrogadores de Admoni. Fue el preludio de un juicio sumario y de su condena a cadena perpetua confinado en solitario. Cheryl ben Tbv desapareció en su mundo secreto.

Durante más de once años, Mordechai Vanunu permaneció aislado en la celda donde Israel intentaba retenerlo hasta el siglo que viene. Sus condiciones de vida eran tristes: comida mala y una hora de ejercicio al día. Pasaba su tiempo rezando y leyendo. Luego, cediendo a la presión internacional, el Gobierno de Israel accedió a que Vanunu estuviera sometido a condiciones menos rigurosas. Sin embargo, ha seguido siendo un preso de conciencia para Amnistía Internacional y el *Sunday Times* a menudo recuerda su desgracia a los lectores. Vanunu no recibió dinero alguno por la primicia mundial que entregó a los periódicos. En 1998 fue sacado del aislamiento pero, a pesar de las sucesivas apelaciones de sus abogados, parece poco probable que vayan a ponerlo en libertad.

Diez años después, más rellena todavía, con el cabello al vuelo en la brisa de Florida, Cheryl regresó a Orlando, aparentemente de vacaciones, con sus dos hijas menores.

En abril de 1997, cuando un periodista del *Sunday Times* se encaró con ella, no negó su papel en el secuestro. Su única preocupación era que la publicidad podía «perjudicar su posición» en Estados Unidos.

No le fue tan bien a Ari ben Menashe. Había visto a muchos hombres buenos ir y venir, víctimas de la manipulación constante en el servicio de inteligencia israelí. Pero nunca pensó que llegaría su hora.

En 1989 fue arrestado en Nueva York, acusado de conspirar «con otros» en la violación del Acta de Control para la Exportación de Armas, por intentar vender aviones militares C-130 a Irán. Los aviones habían sido originalmente vendidos a Israel.

Durante la audiencia preliminar, el Gobierno de Israel dijo que «desconocía» a Ben Menashe. Él mostró un expediente con referencias de sus superiores en la comunidad de inteligencia israelí. El Gobierno de Israel dijo que se trataba de falsificaciones. Ben Menashe probó ante el tribunal que eran auténticas. El Gobierno de Israel declaró que Ben Menashe era un «traductor de bajo nivel», empleado «dentro» de la comunidad de inteligencia israelí. Ben Menashe alegó que la acusación a la que se enfrentaba, la venta de las aeronaves, había sido autorizada por los Gobiernos de Israel y Estados Unidos. Habló de «cientos de millones de dólares de ventas autorizadas a Irán».

En Tel Aviv, una vez más, cundió el pánico. Rafi Eitan y David Kimche fueron interrogados sobre cuánto sabía Ben Menashe y cuánto daño les podía causar.

Las respuestas no pudieron ser menos alentadoras. Rafi Eitan dijo que Ben Menashe estaba en posición de sacar a la luz la red, creada por Estados Unidos e Israel, para vender armas a Irán, que ya se había extendido por todas partes: a América Central y del Sur, a través de Londres, hacia Australia, por África, y al interior de Europa.

Mientras estaba en la espera de juicio en el Centro Penitenciario Metropolitano de Nueva York, Ben Menashe fue visitado por los abogados del Gobierno de Israel. Le ofrecieron un trato: declararse culpable a cambio de una generosa prima económica que le aseguraría una buena vida al salir de prisión. Ben Menashe decidió contar cómo había sucedido todo. Había empezado a hacerlo cuando, de repente, en noviembre de 1990, fue absuelto de todos los cargos.

Muchos de sus ex socios en la comunidad de inteligencia israelí pensaron que Ben Menashe había sido afortunado al escapar; declaraban que en sus intentos de recuperar la libertad había usado lo que un oficial del Mossad llamó «el efecto ventilador»: atacar a todos los que amenazaban su libertad. Kimche expresó el ferviente deseo de muchos cuando dijo: «Todo lo que queríamos era que desapareciera de nuestra vista. Estaba dispuesto a hacernos daño, a hacérselo a su país y a la seguridad de éste. El hombre era y sigue siendo una amenaza».

Pero Israel no contaba con la venganza de Ben Menashe. Escribió un libro, *Ganancias de guerra,* que esperaba tuviera el mismo efecto que Woodward y Bernstein lograron con la revelación del Watergate que hundió a Richard Nixon. La intención de Ben Menashe era clara: «Enmendar los terribles errores de los años ochenta y ayudar a que los responsables pierdan el poder».

En Tel Aviv hubo reuniones urgentes. Se discutió la posibilidad de comprar el manuscrito y guardarlo bajo siete llaves. Se señaló que Ben Menashe ya había rechazado una gran suma de dinero, un millón de dólares, por guardar silencio; difícilmente hubiera cambiado de opinión. Se tomó la decisión de que cada *sayan* entre los editores neoyorquinos debía tratar de impedir por todos los medios la publicación del libro.

Si tuvieron éxito, es discutible, aunque el manuscrito fue presentado ante varias editoriales importantes antes de ser publicado por Sheridan Square Press, una empresa pequeña de Nueva York.

Ben Menashe describía así su libro:

> Es la historia del gobierno de una camarilla, un puñado de gente de las agencias de inteligencia que determinaba las políticas de su Gobierno, dirigía secretamente operaciones de enorme envergadura, abusaba del poder y la confianza de la gente, mentía, manipulaba los medios de comunicación y engañaba al público. Por último, pero no menos importante, es una historia de guerra, una guerra dirigida no por generales sino por hombres cómodamente sentados en sus oficinas con aire acondicionado, indiferentes al sufrimiento humano.

Muchos vieron el libro como un acto de reparación de su autor; otros, como una exagerada versión de los hechos, con Ari ben Menashe en el centro de la escena.

En Londres, como muchas otras veces, Robert Maxwell se escudó en la ley y amenazó con llevar al estrado a cualquiera que osara repetir las acusaciones de

Ben Menashe contra él. Ningún editor inglés estaba preparado para desafiar al magnate; ningún periódico usaría su capacidad de investigación para dar fundamento a las afirmaciones de Ben Menashe.

Robert Maxwell, como Ben Menashe había creído firmemente, estaba convencido de que era invencible por una simple razón: se había convertido en un ladrón del Mossad. Cuanto más había robado para ellos, más crecía su certeza de que era indispensable para el servicio.

Además, como a Ben Menashe, a Maxwell le agradaba decir en sus visitas a Israel que él también sabía dónde estaban las pruebas de la infamia. Una declaración que no pasó desapercibida en el Mossad.

10

Una relación peligrosa

Robert Maxwell, que una, vez despidió a un periodista porque lo engañaba en los gastos, había estado sustrayendo secretamente los fondos de pensiones de sus empleados para sostener al Mossad. Los robos desmedidos reflejaban la misma astucia del Mossad y su voluntad creciente de participar en juegos de alto riesgo.

Maxwell había sacado el dinero personalmente, a través de una serie de maniobras financieras interconectadas que, años después, dejarían atónitos a los investigadores de la estafa por su hábil duplicidad. Maxwell había dado una nueva dimensión al fraude a gran escala al transferir cientos de miles de dólares a una cuenta especial del Mossad abierta en el Banco de Israel de Tel Aviv. A veces, los fondos se blanqueaban a través de una cuenta de la embajada en Londres, en el Barclays Bank. Entre otros bancos que Maxwell utilizaba para el timo, sin su conocimiento, estaba el Crédit Suisse de Ginebra, desde donde Ben Menashe había transferido los cuatrocientos cincuenta millones de *ORA,* en connivencia con Maxwell. Algunas veces los fondos de pensiones sustraídos viajaban alrededor del mundo, a través del Chemical Bank de Nueva York, el First National Bank de Australia y otros de Hong Kong y Tokio. Solamente Maxwell sabía que el dinero era robado y en qué punto de su trayecto se encontraba. Y aún peor, frecuentemente ordenaba a sus periódicos atacar «el crimen de guante blanco».

Víctor Ostrovsky, un israelí nacido en Canadá, el oficial del Mossad que se ocupó del caso entre 1984 y 1986, fue el primero en descubrir lo ocurrido:

> El Mossad estaba financiando muchas de sus operaciones en Europa con dinero robado de los fondos de pensiones del periódico de Maxwell. Pusieron sus manos sobre los fondos en cuanto Maxwell compró el grupo Mirror con dinero prestado por el Mossad y el asesoramiento especializado de sus analistas financieros. Todavía más siniestro que el robo resultaba que cualquier persona de su cadena de noticias que viajara por Oriente Medio era sospechosa de trabajar para Israel y se encontraba a un paso de la soga del verdugo.

En sus visitas a Israel, Maxwell era recibido como un jefe de Estado: con todas las comodidades y como huésped de honor en los banquetes oficiales. Pero el Mossad había tomado sus precauciones para el caso de que la proverbial «mano que te da de comer» se arrepintiera súbitamente de su generosidad. Al descubrir que Maxwell alardeaba de un fuerte apetito sexual y de que, a causa de su gran envergadura física, prefería el sexo oral, el Mossad arregló que durante las visitas del magnate a Israel fuera atendido por una de las prostitutas estables que el servicio mantenía con propósitos de chantaje. El Mossad no tardó en reunir una pequeña videoteca de Maxwell, en posiciones sexuales comprometedoras. La habitación del hotel donde se hospedaba había sido equipada con una cámara oculta.

Las declaraciones de Ostrovsky habían aparecido en dos libros personales que aún enfurecen a toda la inteligencia israelí. *Por medio del engaño y El otro lado del engaño* rasgaron el velo del secreto de su época en el Mossad. Describía métodos operativos y nombraba a numerosos oficiales en activo, a los que pudo muy bien haber expuesto, en el clásico «levantar la perdiz» de alguien que creía haber sido tratado injustamente cuando se lo despidió del Mossad.

Irónicamente, el Gobierno israelí ignoró el consejo de Maxwell de no comentar las afirmaciones de Ostrovsky. En una reunión con el primer ministro Yitzhak Shamir, el magnate citó lo que había ocurrido cuando el Gobierno de Margaret Thatcher intentó prohibir la publicación de un libro del ex agente del MI5 Peter Wright. Su *Cazador de espías* también contenía detalles embarazosos sobre el servicio de seguridad británico. En su campaña para impedir la aparición del libro, el Gobierno británico acabó ante los tribunales australianos, a los que había acudido el editor de Wright. *Cazador de espías* se convirtió en un éxito mundial de ventas y Gran Bretaña quedó en ridículo.

La misma suerte había corrido el Gobierno israelí. Presionado por los miembros en activo y retirados -del Mossad —Meir Amit e Isser Harel habían sido particularmente insistentes en exigir acciones contra Ostrovsky—, Shamir ordenó a su fiscal general iniciar acciones legales para evitar la aparición del primer libro del ex espía.

El caso también atizaba el virulento antiamericanismo de Shamir, basado en la idea fija de que Estados Unidos había sido parcialmente responsable del holocausto. Se decía que Shamir pensaba que el presidente Roosevelt debió haber llegado a un «arreglo» —una de las palabras favoritas de Shamir— con Hitler para reemplazar a Gran Bretaña, por aquel entonces poder dominante en Oriente Medio, por el Tercer Reich. A cambio, Hitler habría permitido que los judíos viajaran a Palestina y se hubiera evitado el holocausto.

La idea, aunque disparatada, había teñido los sentimientos de Shamir hacia Estados Unidos con un tinte cercano al odio. Personalmente, había autorizado «como gesto de buena voluntad» —otra de sus frases favoritas— entregar a la Unión Soviética una parte de las quinientas páginas estimadas de los documentos robados por Jonathan Pollard. Shamir esperaba que esto mejoraría sus relaciones con Moscú. Estos documentos contenían información actualizada sobre las defensas aéreas soviéticas y el resumen anual de la CÍA sobre la capacidad bélica de la URSS. Cuando Nahum Admoni le dijo a Shamir que los datos capacitarían al contraespionaje soviético para detectar a los agentes, se encogió de hombros.

En su encuentro para discutir el asunto Ostrovsky, Shamir repitió ante Robert Maxwell lo que ya había dicho a otros: haría cualquier cosa por reducir la influencia de Estados Unidos en el mundo y estaba convencido de que Washington alentaba a Ostrovsky a publicar su libro como un acto de venganza.

Shamir le pidió a Maxwell que movilizara sus poderosos medios de prensa para descreditar a Ostrovsky. Maxwell señaló que, antes de contratarlo, el Mossad debió haber estudiado bien sus antecedentes.

No obstante, Ostrovsky fue objeto de una campaña sucia en los periódicos de Maxwell, incluido el *Maariv* de Tel Aviv, que éste había comprado. Fue tachado de embustero y, al contrario que Maxwell, de falso amigo de Israel.

Tras leer los libros de Ostrovsky, los superiores de la comunidad de inteligencia israelí sabían que muchas de sus afirmaciones eran ciertas.

Los tribunales de Nueva York se negaron a aceptar el argumento del Gobierno de Israel, que alegaba que la seguridad israelí había sido puesta en peligro por las revelaciones de Ostrovsky. Su libro se convirtió en un éxito de ventas.

Aunque *fue* el primero en identificar las relaciones entre Maxwell y el Mossad, Ostrovsky de ningún modo destapó la historia completa. Como tantas otras cosas, ésta tenía las raíces firmemente hundidas en las actividades de un viejo y apreciado amigo de Shamir: Rafi Eitan.

Los dos hombres se habían conocido en los años cincuenta, cuando ambos servían en el Mossad y compartían la misma determinación de luchar para que Israel tuviera un lugar en el mundo.

Treinta años más tarde, en 1986, Shamir había apoyado a Eitan durante las aplastantes críticas que siguieron al asunto de Pollard, que lo condenaban como «líder de un grupo de oficiales de inteligencia renegados que actuaban sin autorización».

La mentira fue un intento desesperado del Gobierno israelí para distanciarse de un episodio del que su comunidad de inteligencia se había beneficiado ampliamente, tanto como las de la Unión Soviética y Sudáfrica. Con la plena complicidad de Israel, ambos países habían recibido valiosa información sobre las actividades de espionaje de Estados Unidos.

Sin embargo, con el descubrimiento de su participación en la venta de armas a Irán, Rafi Eitan quedó profesionalmente dañado. Aunque profundamente herido y enojado por la forma en que los suyos lo habían señalado como culpable, el viejo maestro de espías había permanecido estoicamente silencioso en público; y para aquellos amigos de confianza que alguna vez se habían sentado en su sala para escuchar fascinados el relato del secuestro de Eichmann, tenía una nueva historia que contar: cómo Israel daba la espalda a su propia gente.

Cada vez eran menos los que llamaban a la puerta de la casa de Rafi Eitan en la calle Shay o se reunían con él para admirar sus últimas creaciones de chatarra. Pasaba horas solo frente al horno, blandiendo su temible soplete, con la mente ocupada no tanto en la ira por el modo en que había sido tratado como en los planes para encontrar la manera de «volver al juego» y también de ganar un «dinero considerable».

Su decisión de seguir ayudando a su país, a pesar de la ignominia que había

caído sobre él, era de una simplicidad conmovedora: «El patriotismo no es una palabra de moda. Soy un patriota. Creo en mi país. Con razón o sin ella, voy a luchar contra cualquiera que lo amenace».

Ésa era la fuente de inspiración de un plan que había acariciado secretamente durante la época de su misión en la venta de armas a Irán. Como muchos planes de Rafi Eitan, éste requería su indudable talento para explotar las ideas ajenas. Su proyecto le permitiría ser recordado no sólo como el hombre que atrapó a Eichmann sino como alguien que se había convertido en socio cercano de Robert Maxwell.

En 1967, el experto en comunicaciones William Hamilton regresó a Estados Unidos desde Vietnam, donde había inventado una cadena de puestos de escucha electrónica para vigilar a las fuerzas del Vietcong en la selva. Hamilton consiguió trabajo en la Agencia Nacional de Seguridad. Su primera tarea había sido crear un diccionario informático vietnamita-inglés, que se convirtió en una ayuda inestimable para traducir los mensajes del Vietcong e interrogar a los prisioneros.

Se iniciaba una era en la que la revolución de las comunicaciones electrónicas, los satélites y los microcircuitos iba a cambiar la cara del espionaje: códigos más rápidos y seguros y mejores imágenes llegaban por ordenador a velocidad creciente. Los aparatos se volvieron más pequeños y rápidos; sensores más sofisticados eran capaces de separar miles de conversaciones; el análisis del espectro fotográfico distinguía, entre millones de puntos, sólo aquellos que interesaban; los microchips hacían posible oír un suspiro a metros de distancia; las lentes infrarrojas permitían ver en medio de la noche.

Los cables de fibra óptica de una nueva sociedad habían contribuido a la eficacia operativa: reunir y relacionar datos a una escala que superaba la capacidad humana constituía una herramienta poderosa en la búsqueda de patrones de acción y *modus operandi* de los terroristas. Se había empezado a trabajar en el análisis y comparación, facial por ordenador, que revolucionaría el sistema de identificación de una persona a partir de una foto. Basado en cuarenta y nueve características, cada de una de ellas clasificada del 1 al 4, el sistema podía tomar quince millones de decisiones binarias sí/no por segundo. En las búsquedas simultáneas esta cifra alcanzaba los cuarenta millones. Los ordenadores eran de menor tamaño pero capaces de guardar en la memoria el equivalente a la información de un libro de quinientas páginas.

Cuando todavía trabajaba para la ANS, Hamilton vio una salida para este mercado en expansión; crearía un programa para conectarse con las bases de datos de otros sistemas informáticos. Su aplicación en el mundo de la inteligencia significaría que el dueño del programa podría interferir muchos otros sistemas sin que sus usuarios lo supieran.

Como buen patriota, Hamilton pretendía que su primer cliente fuera el Gobierno de Estados Unidos.

Tal como la NASA había convertido el país en líder incuestionable en materia de tecnología espacial, Hamilton confiaba en que podía hacer lo mismo en beneficio de la comunidad de inteligencia. Alentado por la ANS, trabajaba dieciséis

horas al día los siete días de la semana. Obsesivo y sigiloso, era la encarnación del investigador, como muchos otros en la ANS.

Al cabo de tres años, Hamilton estaba cerca de presentar la última herramienta de vigilancia: un programa que podía rastrear los movimientos de un incontable número de personas, en cualquier parte del mundo. La advertencia de Reagan a los terroristas, «pueden correr, pero no pueden ocultarse», estaba a punto de hacerse realidad.

Hamilton dejó la ANS y compró una pequeña compañía llamada Inslaw. La empresa se dedicaba oficialmente a revisar los antecedentes de los litigantes, los testigos, sus familias e incluso de sus abogados, de cualquier persona involucrada en una acción legal. Hamilton dio al sistema el nombre de Promis. Hacia 1981, lo había perfeccionado hasta el punto de patentar el programa y convertir a Inslaw en una pequeña empresa rentable. El futuro era prometedor.

La ANS protestó porque había hecho uso de sus propias instalaciones de investigación para crear el programa. Hamilton rechazó airadamente la reclamación, pero se ofreció a alquilar el Promis al Departamento de Justicia, con una condición: cada vez que se usara el Promis, su compañía cobraba un tanto. La propuesta en sí no tenía nada de extraordinario. El Departamento de Justicia, como muchos otros, tenía cientos de proveedores de servicios. Sin que Hamilton se enterara, habían enviado una copia del programa a la ANS para «ser evaluado».

Las razones para esto no están muy claras. Hamilton ya había demostrado al Departamento de Justicia que el programa Promis servía a sus fines: inmiscuirse electrónicamente en la vida de la gente de una manera antes imposible. Para Justicia y su brazo de investigación, el FBI, Promis constituía un medio poderoso de luchar contra el blanqueo de dinero de la mafia y otras actividades criminales. De la noche a la mañana, podía también revolucionar la lucha de la DEA contra los capos colombianos de la droga. Para la CÍA, Promis podía convertirse en un arma tan efectiva como un satélite espía. Las posibilidades parecían infinitas.

Entretanto, uno de esos personajes que produce el mundo de la intriga internacional había oído hablar de Promis. Earl Brian había sido secretario de Salud en el estado de California mientras Reagan era gobernador. Principalmente porque hablaba persa, Reagan lo había alentado a organizar el plan de salud *Medicare* para el Gobierno iraní. Era una de esas ideas quijotescas que al futuro presidente de Estados Unidos tanto le gustaban: su versión del plan de medicina social mostraría a Irán el lado positivo de Norteamérica y mejoraría la imagen del país en esa región. En una frase memorable, el gobernador sentenció: «Si *Medicare* funciona en California, puede funcionar en cualquier parte».

Durante sus visitas a Teherán, Brian había atraído la atención de Rafi Eitan, que lo invitó a Israel. Inmediatamente congeniaron. Brian quedó cautivado con el relato de su anfitrión sobre el secuestro de Eichmann; Eitan quedó igualmente fascinado por la descripción de su huésped sobre la vida en las altas esferas de California.

Rafi Eitan no tardó en descubrir que Brian no podía ampliar sus contactos en Irán y, en su fuero interno, pensaba que la idea de Reagan sobre el plan de asistencia médica en Irán «era lo más loco que había oído en mucho tiempo». A lo largo de los años, ambos hombres se habían mantenido en contacto; Eitan incluso

había sacado tiempo para mandar a Brian una postal de Apollo, Pensilvania, donde estaba inspeccionando la planta Numec. Contenía el siguiente mensaje: «Éste es un lugar que vale la pena». Brian mantuvo a Eitan informado acerca de Promis.

En 1990, Brian llegó a Tel Aviv. Se encontraba más que cansado por el largo viaje: la palidez de su cara se debía a que el Departamento de Justicia estaba usando el programa Promis para detectar blanqueo de dinero y otras actividades criminales.

Los instintos de Rafi Eitan le dijeron que su viejo amigo no podía haber llegado en un momento más oportuno. Una vez más había surgido un conflicto entre el Mossad y los miembros de la comunidad de inteligencia israelí. La causa era un nuevo levantamiento árabe: la Intifada. Promis podía ser un arma efectiva para contrarrestar sus actividades.

La revolución se había extendido con notable rapidez, para asombro de los israelíes y alboroto de los palestinos de Cisjordania y Gaza. Cuanta más gente arrestaba, mataba, golpeaba y expulsaba de su casa el Ejército israelí, más rápido se extendía la Intifada. Fuera de Israel, hubo algo cercano a una comprensión forzada, cuando un joven árabe usó un ala delta para burlar las sofisticadas defensas de Israel en la frontera con el Líbano y aterrizó en unos matorrales, cerca del pueblo norteño de Kiryat Shmona. En pocos minutos, el joven mató a seis soldados israelíes fuertemente armados e hirió a seis más, antes de caer acribillado.

El incidente era digno de admiración para las mentes de los palestinos, pero dentro de la comunidad de inteligencia israelí hubo furiosas acusaciones mutuas. El Shin Bet culpaba a Aman y, ambos, al Mossad por su falta de información procedente del Líbano. Siguieron episodios peores. Seis peligrosos terroristas se escaparon de una cárcel de máxima seguridad en Gaza. El Mossad culpó al Shin Bet. Esa agencia respondió que la fuga había sido orquestada desde el extranjero, responsabilidad del Mossad.

Casi a diario, soldados y civiles israelíes eran acribillados a tiros en las calles de Jerusalén, Tel Aviv y Haifa. Desesperado por recuperar autoridad, el ministro de Defensa, Yitzhak Rabin, anunció una política de «fuerza, poder y palizas», pero surtió poco efecto.

Acosada por los conflictos entre los servicios, la comunidad de inteligencia israelí no se ponía de acuerdo en una política para encarar la resistencia árabe masiva, a una escala nunca vista desde la guerra de independencia. Otra espina se añadía con la crítica de Estados Unidos sobre la creciente aparición en las pantallas de televisión de los métodos brutales empleados por los soldados israelíes.

Por primera vez, las cadenas de televisión norteamericanas, normalmente amistosas con Israel, empezaron a mostrar imágenes cuya brutalidad las acercaba a las de la plaza de Tiananmen. Dos soldados israelíes fueron filmados destrozando implacablemente con una piedra el brazo de un joven palestino; una patrulla militar fue sorprendida por la cámara mientras golpeaba a una mujer palestina embarazada; chicos de Hebrón aparecían con golpes de culata de rifle

por arrojar piedras.

La Intifada se disolvió para dejar paso a la Conducción Nacional Unida del Levantamiento. En cada comunidad árabe había carteles con instrucciones para declarar huelgas, cerrar negocios, hacer el boicot a los productos israelíes, negarse a reconocer la administración civil. Recordaba a la Resistencia durante los últimos días de la ocupación alemana en Francia, durante la segunda guerra mundial.

Desesperado por restablecer la primacía del Mossad sobre los otros servicios de inteligencia, Nahum Admoni se preparó para la acción. El 14 de febrero de 1988, un equipo *kidon* fue enviado al puerto chipriota de Limassol. Los agentes pusieron una bomba de gran potencia en el chasis de un Volkswagen Golf. Pertenecía a uno de los líderes de la Intifada, Muhammad Tamimi. Con él iban dos miembros importantes de la OLP. Se habían encontrado con funcionarios libios que les habían proporcionado un millón de dólares para solventar el levantamiento. Los tres hombres resultaron muertos en una explosión que estremeció todo el puerto.

Al día siguiente, el Mossad volvió a golpear colocando una mina lapa en el casco del *Soi Phayne,* un buque de pasajeros que la OLP había comprado para intentar una maniobra de relaciones públicas. Con la prensa mundial a bordo, el barco habría salido hacia Haifa como un punzante recuerdo del «derecho» de los palestinos a regresar a su tierra nativa y una alusión a los barcos judíos, inmortalizados por el *Exodus,* que cuarenta años antes habían desafiado a la Armada británica trayendo a los supervivientes del holocausto, también «con derecho a regresar». El *Soi Pbnyne* fue destruido.

Las operaciones no habían logrado domeñar la determinación árabe. En cualquier momento, las guerrillas podían burlar a los israelíes, cuya única respuesta parecía ser violencia y más violencia. Ante la mirada del mundo Israel no sólo fracasaba en detener la Intifada sino que también perdía la guerra de propaganda. Los comentaristas decían que se estaba produciendo una versión moderna de la lucha entre David y Goliat, con el Ejército israelí en el papel del gigante filisteo.

Yasser Arafat usó la Intifada para recuperar el control sobre su gente desposeída. En todo el mundo, a través de la radio y la televisión, su voz se quebraba de ira al acusar a Israel por lo que estaba sucediendo a causa de su política y su robo de tierras. Instó a todos los árabes a unirse en su apoyo. Un día Arafat estaba en Kuwait, alentando al Hamas, el grupo terrorista respaldado por Irán, a poner en práctica sus habilidades mortales; al siguiente, en el Líbano, reunido con los líderes de la Jihad islámica. Arafat estaba consiguiendo lo que poco tiempo antes habría parecido imposible: unir a los árabes de todas las creencias en una causa común. Para ellos era el «señor Palestina» o el «Presidente».

El Mossad quedaba continuamente desconcertado por las estrategias de Arafat mientras se desplazaba por las capitales árabes. Casi no tenía idea de dónde iba aparecer o con quién se iba a reunir después.

Todo esto y más explicó Eitan a su invitado, Earl Brian. A su vez, Brian le explicó cómo funcionaba Promis. Desde su punto de vista, todavía faltaba trabajo para que Promis alcanzara su máxima velocidad. Rafi Eitan comentó que Promis

podría tener un impacto en la Intifada. Para empezar, el sistema podía infiltrarse en los ordenadores de las diecisiete oficinas de la OLP, repartidas por todo el mundo, para saber adonde iba Arafat y qué estaba planeando. Rafi Eitan dejó a un lado su búsqueda de chatarra y se concentró en cómo explotar el nuevo mundo feliz que le ofrecía Promis.

Por ejemplo, ya no habría que confiar sólo en la inteligencia humana para entender la mentalidad de un terrorista. Con Promis sería posible saber cuándo y dónde iba a golpear. Promis era capaz de rastrear cada paso de un terrorista.

Lograr semejante progreso lo convertiría una vez más en una figura poderosa de la comunidad de inteligencia israelí. Pero las heridas infligidas por sus antiguos compañeros habían calado hondo. Lo habían echado a la calle con poco más que una modesta pensión. Estaba envejeciendo; su primera obligación era para con su familia, a la que, a causa de su trabajo, había descuidado durante mucho tiempo. Promis le ofrecía una oportunidad de reparación: utilizado apropiadamente lo haría rico.

Sin embargo, a pesar de su brillantez, Rafi Eitan no era un genio de la informática; sus habilidades en la materia se limitaban a saber usar el módem. Pero sus años en LAKAM le habían dado acceso a todos los expertos que necesitara.

Cuando Earl Brian regresó a Estados Unidos, Rafi Eitan reunió un pequeño grupo de programadores de LAKAM. Decodificaron el disco de Promis y reordenaron sus componentes, a los que agregaron varios elementos propios. No había manera de reclamar la propiedad de un Promis irreconocible. Rafi Eitan decidió dejarle el nombre original porque «era una buena herramienta de mercado para explicar el sistema».

Los operadores de inteligencia, sin otros conocímíenlos de tecnología informática que los que les permitían saber qué teclas usar, estarían capacitados para acceder a información y a juicios mucho más amplios que los que tenían en mente. Un disco Promis compatible con un ordenador elegiría, entre miles de alternativas, la más adecuada. Eliminaría la necesidad del razonamiento deductivo, porque existían demasiadas variantes correctas pero irrelevantes para ser tenidas en cuenta simultáneamente con el único auxilio del razonamiento humano. Promis podía programarse para eliminar todas las líneas de investigación superfluas y para recabar y relacionar datos a una velocidad y una escala que rebasaban la capacidad humana.

Pero antes de que pudiera ser vendido, de acuerdo con Ben Menashe, Rafi Eitan necesitaba agregar otro elemento. Ben Menashe afirma que fue convocado para participar en la colocación de una «puerta trampa», un chip incorporado, desconocido por el comprador, que capacitaba a Rafi Eitan para conocer la información buscada.

Ben Menashe recomendó a alguien que estaba en condiciones de crear una trampa que ni siquiera los más sofisticados detectores descubrirían. El hombre dirigía una pequeña empresa de investigación y desarrollo de ordenadores, en California. Él y Ben Menashe habían sido amigos en la escuela primaria y, por cinco mil dólares, aceptó producir el microchip. Ben Menashe admitía que salió muy barato. El siguiente paso sería probar el sistema.

Jordania fue el sitio elegido, no sólo porque lindaba con Israel sino porque Se

había convertido en refugio de los líderes de la Intifada. Desde el reino del desierto, dirigían a las multitudes árabes que, en las calles de Gaza o Cisjordania, lanzaban sucesivos ataques contra Israel.

Después de una atrocidad, los terroristas se colaban por la frontera hacia Jordania, a menudo con la complicidad del Ejército jordano.

Consecuentemente, mucho antes de la Intifada, Jordania se había convertido en un campo de pruebas del Mossad para desarrollar sus capacidades electrónicas. En los años setenta, los técnicos del Mossad se habían infiltrado en el ordenador que IBM había vendido al servicio de inteligencia militar jordano. La información obtenida servía de complemento a la que enviaba el *katsa* que Rafi Eitan había situado en el palacio del rey Hussein. Promis ofrecería mucho más.

Venderlo directamente a Jordania era imposible porque todavía no existían relaciones comerciales normales entre los dos países. La compañía de Earl Brian, Hadron, fue la que cerró el trato. Cuando los expertos de la compañía instalaron el programa en el cuartel general del Ejército, en Ammán, descubrieron que los jordanos tenían un sistema de diseño francés para rastrear los movimientos de los líderes de la OLP. Promis fue secretamente enchufado al sistema francés. Rafi Eitan no tardó en comprobar los resultados del chip al ver qué líderes de la OLP eran vigilados por los jordanos.

El siguiente paso iba a ser organizar el lanzamiento de Promis al mercado. Yasser Arafat fue elegido como ejemplo ideal. El presidente de la OLP era famoso por su noción de la propia seguridad: constantemente cambiaba de planes, nunca dormía dos noches en la misma cama, alteraba su horario de comidas a último momento.

Cada vez que Arafat se movía, los detalles se introducían en un ordenador seguro de la OLP. Pero Promis era capaz de burlar esas defensas para averiguar sus alias y los pasaportes falsos que utilizaba. Promis podía obtener sus registros telefónicos y comprobar los números que marcaba. Luego los cruzaba con otras llamadas provenientes de esos números. De ese modo, el programa obtenía una visión completa de las comunicaciones de Arafat.

Mientras estaba de viaje, el líder comunicaba a las autoridades locales su llegada a fin de que dieran los pasos necesarios para protegerlo. Promis se enteraría de los detalles entrando en los ordenadores de la policía. Dondequiera que fuera, Arafat sería incapaz de esconderse de Promis.

Rafi Eitan se dio cuenta de que ni Earl Brian ni su compañía tenían los medios para la comercialización mundial del programa. Para eso hacía falta alguien con soberbios contactos internacionales, energía ilimitada y probadas habilidades para los negocios. Rafi Eitan sólo conocía a un hombre que poseyera esas virtudes: Robert Maxwell.

Maxwell se convenció enseguida y, con su habitual efervescencia siempre que se trataba de ganancias, dijo que tenía una compañía informática ideal para comercializar Promis. Degem Computers Limited, con sede en Tel Aviv, ya prestaba útiles servicios al Mossad. Maxwell había permitido a sus agentes, que se hacían pasar por empleados de Degem, usar las oficinas de la compañía en América Central y Sudamérica. Ahora no sólo veía la oportunidad de sacar muchos beneficios con la venta de Promis a través de Degem, sino también la de dejar sentada su propia importancia ante el Mossad y, en última instancia, ante

Israel.

En sus últimas visitas a Israel Maxwell había empezado a adoptar actitudes molestas. Le había dicho a Admoni que debía emplear psíquicos para leer las mentes de los enemigos del Mossad. Comenzó a sugerir blancos para ser eliminados. Quería conocer a los *kidon* e inspeccionar sus campos de entrenamiento. Todo esto le fue cordial pero firmemente denegado por el jefe del Mossad. Pero en el servicio comenzaban a hacerse preguntas sobre Maxwell. ¿Se trataba del comportamiento de un megalómano haciendo sentir su peso? ¿O era el preludio de otra cosa? ¿Llegaría el momento en que, a pesar de todo lo que había hecho por Israel, Robert Maxwell se volvería mentalmente inestable e impredecible?

Pero no cabía duda de que Maxwell era un excelente vendedor de Promis o, en lo que se refería al Mossad, de la efectividad del sistema. El servicio había sido el primero en obtener el programa, que se había convertido en una herramienta valiosa para oponerse a la Intifada. Muchos de sus líderes habían abandonado Jordania hacia escondites más seguros en Europa después de que varios de sus miembros fueran asesinados por *kidon.*

Se logró un éxito espectacular cuando un comandante de la Intifada, que se había mudado a Roma, llamó a un número telefónico de Beirut que el Mossad tenía en lista como perteneciente a un fabricante de bombas. El que llamaba de Roma quería encontrarse con el otro en Atenas. El Mossad usó Promis para repasar todas las agencias de viajes de Roma y Beirut que podían vender los pasajes a ambos personajes. En Beirut, revisiones posteriores revelaron que el fabricante de bombas había llamado a las empresas de servicios para que suspendieran el suministro a su casa. Una búsqueda de Promis en los ordenadores locales de la OLP también reveló que el terrorista había cambiado el vuelo a último momento. Eso no lo salvó. Lo mató un coche bomba camino del aeropuerto de Beirut. Poco despues, el comandante de la Intifada fue atropellado por un automóvil en Roma.

Entretanto, el Mossad usaba Promis para leer la información secreta de varios servicios. En Guatemala, descubrió los fuertes lazos entre las fuerzas de seguridad del país y los traficantes de droga y sus mercados en Estados Unidos. El Mossad entregó los nombres a la DEA y el FBI.

En Sudáfrica, un *katsa* de la embajada israelí utilizó Promis para vigilar a la organización revolucionaria desterrada y sus contactos con los grupos de Oriente Medio. En Washington, los especialistas del Mossad en la embajada usaron Promis para infiltrarse en las comunicaciones de otras sedes diplomáticas y departamentos del Gobierno norteamericano. Lo mismo pasaba en Londres y otras capitales europeas. El sistema continuó aportando valiosa información para el Mossad. Hacia 1989, más de quinientos millones de dólares en programas Promis habían sido vendidos a Gran Bretaña, Australia, Corea del Sur y Canadá. La cifra habría sido mayor si la CÍA no hubiera comercializado su propia versión en otras agencias. En Gran Bretaña, Promis fue empleado por el MI5 en Irlanda del Norte para rastrear terroristas y los movimientos de líderes políticos como Gerry Adams.

Maxwell también se las había ingeniado para vender el programa al servicio de inteligencia polaco, la UB. A su vez, los polacos, de acuerdo con Ben Menashe, permitieron al Mossad robar un Mig-29 ruso. La operación recordaba el robo del Mig anterior a Irak. Un general polaco, a cargo de la oficina de la UB en Gdansk, a cambio de un millón de dólares pagaderos en el Citibank de Nueva York, decidió que el avión fuera dado de baja a pesar de su reciente llegada de la fábrica rusa. El caza fue desmantelado, colocado en cajas marcadas como «maquinaria agrícola» y transportado a Tel Aviv. Allí el avión fue rearmado y probado por las Fuerzas Aéreas israelíes, lo que permitió a los pilotos enfrentarse a los Mig-29 de servicio en Siria.

Pasaron semanas antes de que el robo fuera descubierto por Moscú, durante un inventario de rutina realizado en los países del Pacto de Varsovia. Moscú protestó vivamente ante Israel y amenazó con impedir el éxodo de judíos desde la Unión Soviética. El Gobierno israelí —sus Fuerzas Aéreas ya habían descubierto todos los secretos del Mig— se deshizo en disculpas por «el celo de oficiales que actúan por su cuenta» y devolvió inmediatamente el avión. Para entonces, el general de la UB se había reunido con su fortuna en Estados Unidos. Washington había convenido en proporcionarle una nueva identidad a cambio de que las Fuerzas Aéreas pudieran también inspeccionar el Mig.

Poco tiempo después, Maxwell voló a Moscú. Oficialmente se encontraba allí para entrevistar a Mijail Gorbachov. En realidad, había ido a vender el Promis al KGB. A través de su microchip secreto, daba a Israel un acceso privilegiado a la inteligencia militar soviética y hacía del Mossad uno de los servicios mejor informados sobre las intenciones soviéticas.

Desde Moscú, Maxwell voló a Tel Aviv. Como siempre fue recibido como un potentado, sin necesidad de pasar por todas las formalidades del aeropuerto y esperado por un emisario oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Maxwell lo trató de la misma manera que a su personal, insistiendo en que el oficial llevara sus maletas y se sentara junto al chófer. También quiso saber dónde estaba su escolta motorizada y, cuando se le dijo que no se encontraba disponible, amenazó con llamar a la oficina del primer ministro para que despidiera al enviado. En cada embotellamiento de tráfico, Maxwell reñía al infortunado oficial y siguió haciéndolo hasta que llegaron a la suite del hotel. Allí esperaba la prostituta favorita de Maxwell. La despachó corriendo: había cosas mucho más urgentes que satisfacer sus necesidades sexuales.

En Londres, el imperio periodístico de Maxwell se encontraba en graves aprietos financieros. Sin una sustancial inyección de capital, se vería obligado a cesar pronto en sus actividades. Pero, en la *city* de Londres, donde siempre había conseguido fondos, eran reacios a seguir respaldándolo. Algunos financieros con buen olfato que conocían a Maxwell se daban cuenta de que, a pesar de sus bravatas y sus fanfarronadas, era un hombre que estaba perdiendo esa perspicacia financiera que en el pasado les había permitido perdonarlo tanto. En aquella época se enfurecía y profería amenazas ante el menor desafío. Los banqueros refrenaban su enojo y se sometían a sus exigencias. Pero ya no estaban dispuestos a hacerlo. En el Banco de Inglaterra y otras instituciones financieras de la *city,* la consigna era que Maxwell ya no resultaba una apuesta segura.

Su información se basaba parcialmente en informes procedentes de Israel en el sentido de que Maxwell estaba siendo presionado por sus inversores israelíes para que les devolviera el dinero prestado para la compra del grupo Mirror. El plazo límite para la devolución había expirado hacía mucho y los israelíes eran cada vez más insistentes. Tratando de defenderse, Maxwell les había prometido un interés mayor por su dinero si esperaban. Los israelíes no estaban satisfechos: querían su dinero de inmediato. Por esta causa Maxwell había llegado a Tel Aviv: esperaba engatusarlos para que le concedieran otra prórroga. Las señales no eran buenas. Durante el vuelo había recibido varias furibundas llamadas telefónicas de los inversores que lo amenazaban con llevar el asunto ante la autoridad reguladora de la *city* de Londres.

Maxwell tenía otra preocupación más. Había robado parte de las sustanciales ganancias de *ORA,* que le habían sido confiadas para ocultar en bancos del bloque soviético y usado el dinero para apuntalar el grupo Mirror. Ya había sustraído los fondos de pensiones y el dinero de *ORA* no iba a durar mucho.

Y si se descubría el robo se encontraría frente a hombres mucho más rudos que los inversores israelíes, entre ellos Rafi Eitan. Maxwell sabía bastante acerca del ex agente del Mossad como para darse cuenta de que no sería una experiencia agradable.

Desde la suite de su hotel empezó a planear una estrategia. Su participación en las ganancias de Promis no alcanzaría para hacer frente a la crisis. Ni tampoco las ganancias de *Maariv,* el periódico israelí creado a imagen y semejanza de su diario principal, el *Daily Mirror.* Pero existía una posibilidad: su empresa Cytex, con sede en Tel Aviv, que fabricaba impresoras de alta tecnología. Si vendía Cytex rápidamente, el dinero serviría para solucionar problemas.

Maxwell convocó a su suite al ejecutivo jefe de Cytex, hijo del primer ministro Shamir. El ejecutivo tenía malas noticias: una venta rápida era improbable. Cytex se enfrentaba a una competencia cada vez mayor. No era el momento de sacarla al mercado. Venderla significaría también echar a gente especializada en un momento en que el desempleo constituía un serio problema en Israel.

La respuesta provocó un estallido de furia de Maxwell, que veía fracasada su última esperanza de salvación. Había cometido un error táctico al regañar al hijo del primer ministro, que inmediatamente puso al corriente a su padre de los problemas financieros de Maxwell. El primer ministro, al tanto de los vínculos de Maxwell con el Mossad, avisó a Nahum Admoni. Este reunió a la plana mayor para debatir cómo manejar el problema.

Posteriormente se supo que discutieron varias opciones.

El Mossad podía pedir al primer ministro que usara su considerable influencia sobre los inversores israelíes, no sólo para ampliar el plazo sino para movilizar sus propios recursos y contactos con el fin de sacar de apuros a Maxwell. Esto fue descartado sobre la base de que Maxwell se las había ingeniado para alterar a Shamir con su actitud arrogante. Todo el mundo sabía que Shamir tenía un alto sentido de la autoconservación y que deseaba distanciarse de Maxwell.

Otra opción para el Mossad sería acercarse a sus *sayanim* en la *city* de Londres y urgirlos a proporcionar un rescate financiero para Maxwell. Al mismo

tiempo, se alentaría a los periodistas amistosos a escribir artículos en respaldo del atribulado magnate.

También esta opción se descartó. Admoni había recibido informes de Londres que sugerían que muchos *sayanim* veían con agrado el fin de Maxwell y que pocos periodistas, aparte de los del grupo Mirror, estarían dispuestos a escribir historias favorables sobre alguien que siempre había amenazado a los medios de comunicación.

La opción final del Mossad era romper relaciones con Maxwell. Pero existía un riesgo: Maxwell, en su impredecible estado mental, podía usar sus periódicos para atacar al Mossad. Dado el acceso a la información que se le había otorgado, eso traería consecuencias gravísimas.

En ese tono sombrío, la junta decidió que Admoni debía hablar con Maxwell y recordarle sus responsabilidades con el Mossad e Israel. Esa noche los dos hombres cenaron en la suite de Maxwell. Lo que ocurrió entre ellos continúa siendo un misterio. Pero, horas más tarde, Robert Maxwell dejó Tel Aviv en su avión privado. Según se supo, fue la última vez que alguien lo vio vivo en Israel.

De nuevo en Londres, Maxwell, contra todo pronóstico, consiguió salvar su grupo editorial. Se lo comparaba con un derviche africano, dando vueltas de reunión en reunión para conseguir respaldo económico. De vez en cuando, llamaba al Mossad para hablar con Admoni. Siempre se anunciaba a la secretaria del director general como el Chequito. Le habían puesto aquel mote después de reclutarlo. El contenido de esas conversaciones se desconoce todavía.

Pero el ex oficial Víctor Ostrovsky tenía alguna idea. Pensaba que Maxwell reclamaba la devolución de la enorme suma de dinero que había robado de los fondos de pensiones del grupo Mirror. Al mismo tiempo, proponía que el Mossad presionara para que Mordechai Vanunu fuera liberado y para que se lo entregaran. Maxwell lo llevaría a Londres y lo entrevistaría personalmente para el *Daily Mirror.* La historia constituiría «un acto de contrición» de Vanunu escrita de manera que mostrara la compasión de Israel. Con el sesgo oportunista de muchos de sus actos, Maxwell agregaba que eso proporcionaría un enorme impulso a la circulación del periódico y que le abriría las puertas cerradas en la *city* de Londres.

Ostrovsky no era el único en pensar que el absurdo plan había convencido al Mossad de que Maxwell se había convertido en un arma sin control.

El 30 de septiembre de 1991, Maxwell telefoneó a Admoni y volvió a comportarse de manera desconcertante. Esta vez no disimulaba sus amenazas. Su situación financiera había vuelto a empeorar y estaba siendo investigado por el Parlamento y por los medios de comunicación británicos, durante mucho tiempo mantenidos a raya por su costoso equipo de abogados y el temor a sus escritos. Maxwell le advirtió que, si el Mossad no arreglaba la inmediata devolución de los fondos de pensiones, no estaba seguro de mantener en secreto la reunión entre Admoni y Vladimir Kryuchkov, ex cabeza del KGB. Kryushkov se encontraba en una cárcel de Moscú, esperando el juicio por su papel en un fallido golpe de Estado contra Mijail Gorbachov. El elemento clave del complot había sido una

reunión de Kryuchkov celebrada en el yate de Maxwell, en el Adriático, poco antes de dar el golpe.

El Mossad había prometido usar su influencia en Estados Unidos y Europa para obtener el reconocimiento diplomático del nuevo régimen. A cambio, Kryuchkov haría los arreglos para que todos los judíos rusos fueran enviados a Israel. La conversación no había llegado a nada. Pero revelarla podía poner en peligro la credibilidad de Israel con el régimen ruso vigente y Estados Unidos.

Ése fue el momento, tal como escribió Víctor Ostrovsky, en que «una junta de derechistas en el cuartel general del Mossad acordó eliminar a Maxwell».

Si la afirmación de Ostrovsky es cierta —*y* nunca ha sido formalmente negada por Israel— entonces es impensable que actuaran sin la autorización de las altas esferas e incluso con el tácito conocimiento del primer ministro, Yitzhak Shamir, el hombre que en otras ocasiones había matado enemigos del Mossad.

El asunto se había agravado todavía más para el Mossad con la publicación de un libro del veterano periodista estadounidense Seymour M. Hersh, *La opción Sansón: Israel, Norteamérica y la bomba,* que trataba sobre el despuntar de Israel como potencia atómica. El contenido del libro había pillado por sorpresa al Mossad y pronto llegaron copias a Tel Aviv. Aunque bien informado, podrían haberlo condenado al silencio. Ya habían aprendido la dolorosa lección de enfrentarse al editor de Ostrovsky (y también de este libro). Pero existía un problema: Hersh ponía en evidencia los vínculos de Maxwell con el Mossad. Esos lazos hacían principalmente referencia al tratamiento de la historia de Vanunu por parte del grupo Mirror y a la relación entre Nick Davies, *ORA* y Ari ben Menashe. Como era de suponer, Maxwell se había escudado detrás de sus abogados y publicado escritos contra Hersh y sus editores en Londres. Pero, por primera vez, se encontró con la horma de su zapato. Hersh, ganador del premio Pulitzer, no se intimidó. En el Parlamento surgían preguntas cada vez más incisivas sobre los contactos de Maxwell con el Mossad. Viejas sospechas salieron a flote. Los miembros del Parlamento solicitaron una investigación oficial de cuánto sabía Maxwell sobre las operaciones del Mossad en Gran Bretaña. Para Víctor Ostrovsky «el suelo comenzaba a temblar bajo los pies de Maxwell».

Ostrovsky aseguraba que el plan, cuidadosamente preparado por el Mossad, para matar a Maxwell, dependía de obligarlo a acudir a una cita para que el Mossad pudiera asestar el golpe. Guardaba un notable parecido con el complot que había conducido al asesinato de Ben Barka en París.

El 29 de octubre de 1991, Maxwell recibió una llamada del *katsa* de la embajada israelí en Madrid. Se le pidió que viajara a España al día siguiente y, según Ostrovsky, «su interlocutor le prometió que las cosas se iban a solucionar y que no había necesidad de dejarse llevar por el pánico». Le pidió a Maxwell que viajara a Gibraltar, tomara su yate, el *Lady Ghislaine,* y ordenara a la tripulación que pusiera rumbo a las islas Canarias «para esperar allí un mensaje».

Robert Maxwell accedió a hacer lo que se le indicaba.

El 30 de octubre, cuatro israelíes llegaron al puerto de Rabat, en Marruecos. Dijeron que eran turistas que se proponían hacer una excursión de pesca en alta mar y alquilaron un yate provisto de motor. Partieron hacia las islas Canarias.

El 31 de octubre, Maxwell, tras su llegada al puerto de Santa Cruz, en la isla de Tenerife, cenó solo en el hotel Mency. Después de la cena, un hombre habló brevemente con él. Quién era y de qué hablaron sigue siendo parte del misterio de los últimos días de Robert Maxwell. Poco después, Maxwell volvió al yate y ordenó zarpar. Durante las treinta y seis horas siguientes, el *Lady Ghislaine* navegó entre las islas, a distintas velocidades, manteniéndose lejos de la costa. Maxwell le había dicho al capitán que iba a decidir adonde se dirigirían después. La tripulación no recuerda que Maxwell aparentara demasiada indecisión.

En la autoproclamada primicia mundial exclusiva, bajo el titular «Cómo y por qué fue asesinado Robert Maxwell», la revista británica *Business Age* sostenía que dos hombres cruzaron en bote, durante la noche, desde un yate cercano al *Lady Ghislaine.*

Los hombres dominaron al magnate antes de que pudiera pedir auxilio. Luego, uno de los asesinos «inyectó una burbuja de aire en la vena yugular de Maxwell, que murió al cabo de pocos instantes».

Según la revista, los asesinos arrojaron el cuerpo por la borda y volvieron a su yate. Pasaron dieciséis horas hasta que el cadáver fue recuperado, tiempo suficiente para que la marca de una aguja desapareciera por efecto de la inmersión y el picoteo de los peces.

De hecho, la noche del 4 al 5 de noviembre, los problemas del Mossad con Maxwell hallaron reposo en el frío oleaje del Atlántico. La posterior investigación policial y la autopsia española dejaron muchas preguntas sin respuesta. ¿Por qué sólo dos de los once tripulantes estaban de guardia? Normalmente lo estaban cinco. ¿A quién envió Maxwell numerosos faxes durante esas horas? ¿Qué pasó con las copias? ¿Por qué tardaron tanto en darse cuenta de que Maxwell no estaba a bordo? ¿Por qué no dieron la alarma hasta pasados otros setenta minutos? Hasta el día de hoy no se han encontrado respuestas convincentes.

Tres patólogos españoles se ocuparon de realizar la autopsia. Dispusieron que los órganos vitales y muestras de tejido fueran enviados a Madrid para su examen posterior. Antes de que se llevaran a cabo las pruebas, la familia de Maxwell intervino para que el cuerpo fuera embalsamado y enviado por avión a Israel. Llama la atención que las autoridades españolas no se opusieran. ¿Quién o qué había persuadido a la familia de tomar esa repentina decisión?

El 10 de noviembre de 1991 se celebró el funeral de Maxwell en el monte de los Olivos, Jerusalén, el lugar de descanso de los héroes más reverenciados de Israel. Tuvo todos los ingredientes de un entierro oficial; fue presenciado por el Gobierno del país y los líderes de la oposición. No menos de seis jefes y ex jefes de la comunidad de inteligencia israelí escucharon el panegírico del primer ministro Shamir: «Ha hecho más por Israel de lo que puede hoy mencionarse».

Entre los asistentes al funeral se hallaba un hombre vestido enteramente de negro, con el único toque blanco de su alzacuello sacerdotal. Nacido de una

familia libanesa cristiana, parecía una figura fantasmal. Apenas sobrepasaba el metro y medio de estatura y pesaba poco más de cincuenta kilos. Pero el padre Ibrahim no era un sacerdote ordinario. Trabajaba para la Secretaría de Estado del Vaticano.

Su discreta presencia en el funeral respondía no tanto a presentar las condolencias por Maxwell como a reconocer los todavía secretos vínculos entre la Santa Sede e Israel. Un ejemplo perfecto de la máxima de Meir Amit: «La cooperación en inteligencia no conoce límites».

11

Alianzas *non sánctas*

Desde el principio, los sucesivos primeros ministros israelíes se habían sentido fascinados por la figura del Papa como gobernante absoluto y vitalicio: un líder que no debía someterse a ningún control legislativo o judicial. Usando una estructura piramidal y jerárquica, el Sumo Pontífice ejercía una extraordinaria influencia para dar forma a las expectativas económicas, políticas e ideológicas no sólo de los creyentes católicos sino de todo el mundo. David ben Gurión había refunfuñado alguna vez: «No se preocupen por esa tontería de con cuántas divisiones cuenta el Papa, sólo miren a cuánta gente puede llamar en su ayuda». Para el Mossad, el atractivo consistía en el puro secreto con que operaba el Vaticano. Un mecanismo bien definido, estrictamente impuesto, que cubría todas las actuaciones de la Santa Sede. A menudo, pasaban meses antes de que se tuvieran indicios de la participación papal en algún asunto diplomático; incluso entonces, la historia completa jamás salía a la superficie. Cada jefe del Mossad se preguntaba cómo descorrer el velo. Pero varios intentos del Gobierno de Israel y del Mossad para establecer una buena relación de trabajo con el Vaticano habían sido cortés pero firmemente rechazados.

La realidad era que dentro de la Secretaría de Estado vaticana, el equivalente de un Ministerio de Asuntos Exteriores en el mundo seglar, existía una poderosa facción contraria a Israel. Estos monseñores con sotana se referían invariablemente a Gaza y la Cisjordania como «territorios ocupados» y a los Altos del Golán como territorio sirio «anexionado» a Israel. Por las noches, solían salir de su diminuto estado para visitar los apartamentos de los árabes ricos en la Via Condotti de Roma o reunirse con ellos a beber algo en la Piazza Navona y escuchar desapasionadamente los sueños de borrar a Israel de la faz de la tierra.

Los sacerdotes cuidaban mucho sus palabras; creían que el Estado judío tenía espías en todas partes, vigilando, escuchando y, quizás, incluso tomando fotos y grabando. Una de las primeras advertencias que recibió un recién llegado a la secretaría fue estar atento «a ser espiado o vigilado, especialmente por agentes de países a los que el Vaticano niega el reconocimiento diplomático». Israel encabezaba esa lista. Al ser elegido en 1978, el papa Juan Pablo II había reafirmado que las cosas seguirían así; sólo después de varios años de pontificado concedería status diplomático a Israel.

La información que el Papa recibía sobre Israel continuaba siendo manipulada por los contactos que sus curas diplomáticos tenían con los árabes. Las incursiones de los monseñores iban seguidas por una visita al tercer piso del palacio apostólico: el cuartel general del servicio diplomático papal, atestado, mal ventilado e iluminado con luz artificial. Conocido como la Sección de Asuntos Extraordinarios, era responsable de llevar a cabo la política exterior de la Santa Sede. Sus veinte «escritorios» manejaban casi tanto papeleo como cualquier ministerio similar, una muestra de los intereses diplomáticos mundiales del Vaticano, siempre en expansión.

El escritorio de Oriente Medio ocupaba las oficinas que daban sobre el patio de San Dámaso, una magnífica plaza en el corazón del gran palacio. Uno de los primeros papeles que le presentaron al nuevo pontífice polaco fue el caso de la internacionalización de Jerusalén, con presencia de fuerzas de las Naciones Unidas y la responsabilidad del Vaticano sobre los santuarios cristianos de la ciudad. Noticias de la propuesta llegaron a Tel Aviv a principios de 1979, fotocopiadas de un documento entregado por un monseñor a un poderoso cristiano libanes que vivía en Roma. Entre el personal del hombre había un *sayan.* La perspectiva de internacionalizar Jerusalén enfadó al primer ministro Menahem Begin, que ordenó al jefe del Mossad, Yitzhak Hofi, redoblar sus esfuerzos para establecer relaciones con el Vaticano. Ambos sabían lo que había ocurrido cuando habían intentado hacerlo bajo cuerda, durante una visita oficial de la predecesora de Begin, la temible Golda Meir.

A fines de 1972, Golda Meir finalmente recibió una respuesta del papa Pablo VI, que estaba dispuesto a recibirla en una breve audiencia privada. En diciembre les dijo a los miembros del Gabinete, reunidos en sesión semanal, que se preguntaban si la visita sería oportuna, que estaba fascinada por «la estructura marxista del papado. En primer lugar, posee un poder económico casi sin precedentes. Luego, opera sin partidos políticos ni sindicatos. El sistema entero está organizado para el control. La Curia Romana controla a los obispos, los obispos a los clérigos y éstos, a los laicos. Con su cantidad de secretarías, comisiones y estructuras, es un sistema a la medida para espiar e informar».

La fecha para la audiencia papal fue fijada para la mañana del 15 de enero de 1973; se informó a Golda Meir de que pasaría exactamente treinta y cinco minutos a solas con el pontífice; al final intercambiarían presentes. No existía una agenda específica para el encuentro, pero Golda Meir esperaba convencer al Papa para que visitara Israel. El motivo oficial sería la celebración de una misa para los cerca de cien mil árabes cristianos de la región. Pero también sabía que su presencia daría al país un gran espaldarazo en el escenario internacional.

Por razones de seguridad, no habría anuncios previos de la visita. Después de asistir a la conferencia de la Internacional Socialista en París, Golda Meir volaría a Roma en su avión alquilado de El Al. Sólo durante el vuelo se informaría a los periodistas que la acompañaban de que se dirigía hacia el Vaticano.

Zvi Zamir, jefe del Mossad, voló a Roma para hacer los preparativos de seguridad. La ciudad era un semillero de facciones terroristas de Oriente Medio y Europa. Roma también se había convertido en puesto de escucha para la

preocupación del Mossad en ese entonces: localizar y matar a los asesinos de los Juegos Olímpicos de Munich.

Zamir había situado a Mark Hessner, uno de sus mejores *katsas,* en Roma, para sondear a la gran comunidad árabe de la ciudad.

En Milán, otro centro de actividad terrorista, el jefe del Mossad había colocado a Shai Kauly, también un experimentado *katsa.* Después de que Zamir los pusiera al corriente de la visita, ambos lo acompañaron al Vaticano.

El 10 de enero de 1973, mientras eran conducidos por Roma hacia el Vaticano, los tres hombres sabían mucho más acerca de las relaciones de la Santa Sede con otro servicio de inteligencia de lo que sus anfitriones podían sospechar.

En 1945, la Oficina de Servicios Estratégicos en tiempo de guerra, antecesora de la CÍA, había sido recibida en el Vaticano, «con los brazos abiertos», según las palabras de James Jesús Angleton, jefe de la sede de la OSE en Roma. El papa Pío XII y su curia pidieron a Angleton que colaborara con la cruzada anticomunista de la Iglesia para llevar al poder a la Democracia Cristiana. Angleton, católico practicante, usó todos los recursos a su alcance: soborno, chantaje y amenaza a los votantes para que le dieran apoyo. Se le había concedido acceso pleno al incomparable servicio de información del Vaticano en Italia: cada párroco y sacerdote informaba sobre las actividades de los comunistas en sus diócesis. El Vaticano evaluaba la información, se la pasaba a Angleton y éste la enviaba a Washington.

Allí se utilizaba para confirmar el ahora fortalecido temor del Departamento de Estado ante la posible amenaza real y duradera de la Unión Soviética. Se le ordenó a Angleton hacer cualquier cosa para impedir que la resistencia del Partido Comunista Italiano en tiempos de guerra pudiera permitirle tomar el poder. Como el Papa, Angleton estaba obsesionado por el espectro de una amenaza comunista mundial que dividiera al mundo en dos bloques, capitalismo y socialismo, que jamás podrían coexistir en forma pacífica. Stalin opinaba lo mismo.

El Papa estaba convencido de que los comunistas italianos se encontraban a la vanguardia de una campaña para destruir la Iglesia a la menor oportunidad. Las reuniones habituales entre el papa Pío y el pío Angleton se convirtieron en sesiones donde el fantasma del comunismo se agigantaba cada vez más. El Papa conminó a Angleton a que pidiera a Estados Unidos hacer todo lo posible para destruir la amenaza. El pontífice que representaba la paz en el mundo se volvió un partidario entusiasta de la política exterior norteamericana que condujo a la guerra fría. En 1952, estaba a cargo de la sede romana de lo que ahora es la CÍA otro católico devoto, William Colby, que pasó a dirigir las operaciones de la CÍA en Vietnam. Colby había establecido una poderosa red de informadores en la Secretaría de Estado y en cada congregación y tribunal vaticano. Los utilizaba para ayudar a la CÍA a contrarrestar el espionaje soviético y la subversión en todo el mundo. Los sacerdotes informaban regularmente al Vaticano de lo que estaba ocurriendo en sus países. En sitios como Filipinas, donde los comunistas trataban de penetrar en la que había sido durante mucho tiempo una nación católica, la CÍA se encontraba en posición de lanzar efectivos contraataques. El Papa consideró necesaria la violencia y opinó que si Estados Unidos no llevaba a cabo «tristes

pero necesarias acciones», el mundo tendría que soportar décadas de mayor sufrimiento.

En 1960, la CÍA consiguió otro avance cuando el cardenal Montini de Milán, futuro papa Pablo VI, le entregó los nombres de los sacerdotes norteamericanos que el Vaticano consideraba blandos con el comunismo. La guerra fría llegaba a su climax; en Washington cundía la paranoia. El FBI persiguió a los curas y muchos dejaron el país para marcharse a América Central y Sudamérica. La CÍA contaba con *un* fondo sustancial, llamado «proyecto dinero» usado para hacer generosas donaciones a instituciones católicas de caridad, colegios y orfanatos o para pagar la restauración de iglesias pertenecientes al Vaticano. Se concedían vacaciones pagadas a sacerdotes y monjas incondicionalmente pro norteamericanos. Los cardenales italianos y los obispos recibían cajas de champaña y canastos con exquisiteces de *gourmet,* en un país que todavía se estaba recuperando de la escasez de alimentos sufrida a causa de la segunda guerra mundial.

Los jefes sucesivos de la CÍA en Roma eran considerados por el Vaticano más importantes que los mismos embajadores de Estados Unidos.

Cuando Juan XXIII resultó elegido Sumo Pontífice, en 1958, asombró a la Curia (la administración del Vaticano) diciendo que la cruzada contra el comunismo había fracasado largamente. Ordenó a los obispos italianos que se mantuvieran «políticamente neutrales». La CÍA se puso frenética cuando el papa Juan ordenó que su libre acceso al Vaticano debía cesar. El pánico de la agencia aumentó cuando la CÍA se enteró de que el Papa había empezado a sembrar las semillas de una política de acercamiento al Este de Europa e intentaba un cauteloso diálogo con Nikita Krushchev, el líder soviético.

Para el jefe del cuartel de la CÍA en Roma, «el Vaticano ya no estaba enteramente comprometido con el sistema norteamericano. La Santa Sede es hostil y, desde ahora, debemos ver sus actividades desde esa óptica».

Los analistas de la CÍA en Washington prepararon exhaustivas valoraciones con títulos tan grandilocuentes como *Los vínculos entre la Santa Sede y el comunismo.* En la primavera de 1963, el cuartel de Roma informó que la Santa Sede pensaba establecer relaciones diplomáticas plenas con Rusia. El director de la CÍA, John McCone, voló a Roma y forró el camino para una audiencia con el papa Juan; afirmaba que había viajado a instancias del primer presidente católico de Estados Unidos, John F Kennedy. McCone dijo al pontífice que la Iglesia «debe parar este acercamiento con el comunismo. Es peligroso e inaceptable regatear con el Kremlin. El comunismo es un caballo de Troya, tal como lo demuestran las últimas victorias de la izquierda en las elecciones nacionales. En el poder, los comunistas han desmantelado muchas de las políticas llevadas a cabo por los partidos católicos».

Durante diez minutos enteros, McCone habló bruscamente y sin interrumpirse. Finalmente se hizo el silencio en el salón de audiencias. Durante un rato más, el viejo Papa estudió a su alto y ascético visitante. Luego, hablando con suavidad, Juan explicó que la Iglesia conducida por él tenía un deber urgente: terminar con la pobreza abyecta y la negación de los derechos humanos; acabar con los barrios pobres y los asentamientos miserables; poner fin al racismo y la opresión. Hablaría con cualquiera que lo ayudara a hacerlo, incluso los soviéticos. Los

argumentos razonables eran la única manera de afrontar el comunismo.

McCone, incapaz de contener su ira por más tiempo —«No he venido a discutir»—, dijo que la CÍA tenía pruebas evidentes de que, mientras el Vaticano buscaba un entendimiento con Moscú, el comunismo perseguía curas católicos en el bloque soviético, Asia y Sudamérica. El Papa entendía que ésa era razón de más para buscar mejores relaciones con la Unión Soviética. Derrotado, McCone regresó a Washington convencido de que el papa Juan era «más blando con el comunismo que ninguno de sus predecesores».

La anunciada muerte del pontífice —padecía un cáncer que progresó rápidamente— fue recibida con alivio por McCone y el presidente Kennedy. Cuando el cardenal Montini de Milán se convirtió en Pablo VI, en 1963, Washington se distendió. Dos días después de su nombramiento, el Papa recibió a Kennedy en audiencia privada. Fuera, McCone se paseaba por los jardines del Vaticano como un terrateniente que ha vuelto a casa después de una larga ausencia.

El largo pontificado de Pablo VI se vio arruinado en el frente interno por su salud declinante y, en el internacional, por la guerra de Vietnam. Llegó a pensar que la escalada de guerra ordenada por el presidente Johnson en 1966 era moralmente objetable y que el Vaticano debía ser tenido en cuenta como pacificador. Tres meses después de la llegada de Richard Nixon al despacho oval, éste voló a Roma a ver al Papa. El presidente le comunicó que pensaba intensificar el compromiso de Norteamérica en Vietnam. Una vez más, la CÍA perdió el favor del Vaticano.

Todo esto lo sabía Zvi Zamir a través de su *katsa* en Washington. Ahora, aquella espléndida mañana del 10 de enero de 1973, cuando los acompañaban a él y sus dos colegas al Vaticano para tomar las medidas de seguridad necesarias durante la visita de Golda Meir, Zamir esperaba que el Mossad pudiera ocupar el lugar de la CÍA en el viejo romance del Vaticano con el mundo de la inteligencia.

El jefe de seguridad del Vaticano, un hombre alto, que vestía el traje azul de los *Vigili,* el servicio de custodia pontificia, los esperaba en el exterior del palacio papal. Durante horas los llevó a recorrer la diminuta ciudad-estado para repasar posibles lugares donde podía apostarse un tirador árabe para asesinar a Golda Meir.

Sin que el jefe de la seguridad vaticana lo sospechara, Zamir buscaba sitios en los que el Mossad pudiera instalar micrófonos una vez establecida la relación de trabajo con la Santa Sede. Zamir volvió a Tel Aviv satisfecho con las muestras de seguridad de la ciudad-estado. Y, aún más importante, había detectado una actitud más conciliadora de la Santa Sede hacia Israel.

Aun antes de que Zamir aterrizara en Israel, los detalles de la visita de Golda Meir cayeron en manos de Septiembre Negro, casi seguramente filtrados por algún cura proárabe en la Secretaría de Estado. Alí Hassan Salameh, líder del grupo, a pesar de que estaba huyendo del Mossad después de haber organizado la masacre de Munich, no podía dejar pasar la oportunidad que se presentaba con la visita de Golda Meir. Comenzó a planear un ataque con misiles al avión, una vez que aterrizara en el aeropuerto Leonardo da Vinci de Roma. Esperaba matar

no sólo a Meir sino también a los ministros que la acompañaban y a los oficiales superiores del Mossad que estarían a bordo. Para el momento en que Israel se hubiera repuesto de estos golpes, él y sus hombres se encontrarían en un escondite que negociaban con los soviéticos.

Desde 1968, cuando una generación de posguerra se lanzó a su propia batalla contra la sociedad —bajo nombres tan dispares como las Brigadas Rojas, la Baader-Meinhoff, el Ejército de Liberación del Pueblo Turco, la ETAy la OLP— el Kremlin había reconocido su valor para destruir al imperialismo y a Israel.

Los terroristas árabes tenían una relación especial con el KGB: eran más audaces y tenían más éxito que otros grupos. Y se enfrentaban a un enemigo más poderoso: el Mossad, un servicio que el KGB detestaba y al que admiraba por su absoluta crueldad. El KGB permitía que selectos activistas árabes recibieran entrenamiento en la Universidad Patrice Lumumba de Moscú. No se trataba de un establecimiento común sino de una escuela para terroristas graduados. Allí, no sólo los adoctrinaban políticamente sino que recibían instrucción sobre los últimos blancos elegidos por el KGB y sus técnicas de asesinato. Fue en la Patrice Lumumba donde Salameh dio los toques finales al plan para la masacre de Munich. Después del ataque asesino, los miembros supervivientes del grupo pidieron a Rusia que les proporcionara refugio. Pero los soviéticos se resistían a hacerlo: la tormenta de furia que había levantado el ataque de Munich hacía que aun el Kremlin se resistiera a ser descubierto protegiendo a los terroristas. Le habían comunicado a Salameh que el asilo para él y sus hombres era un asunto que todavía estaban considerando. Sin embargo, los rusos no habían hecho nada para cooperar con la caza de Septiembre Negro y, desde luego, no habían revelado que el grupo contaba con un arsenal de misiles soviéticos ocultos en Yugoslavia. Esos cohetes serían utilizados para derribar el avión de Golda Meir.

El plan, como todos los de Salameh, era simple y audaz. Los misiles serían cargados en un barco en Dubrovnik y llevados, a través del Adriático, hasta Barí, en la costa este de Italia. Desde allí serían transportados por tierra a Roma, poco antes de la llegada de Golda Meir. Salameh no había olvidado las lecciones de estrategia que le había dado su instructor del KGB en la Lumumba: siempre hay que lograr que el enemigo mire para otro lado. Salameh necesitaba distraer la atención del Mossad, mantenerla apartada de Roma durante los días previos al ataque.

El 28 de diciembre de 1972, un comando de Septiembre Negro asaltó la embajada israelí en Bangkok. Izaron la bandera de la OLP en el edificio y tomaron a seis israelíes como rehenes. Inmediatamente, quinientos policías y las tropas tailandesas rodearon la embajada. Los terroristas exigían que Israel liberara a treinta y seis prisioneros de la OLP o, de lo contrario, matarían a los rehenes.

En Tel Aviv se desplegó una rutina familiar. El Gabinete se reunió en sesión de urgencia. Hubo la usual discusión acerca de si mantenerse firmes o rendirse. Zvi Zamir afirmó que llegar a Bangkok requeriría un apoyo logístico con el que no se podía contar en un trayecto sobre territorio hostil. Y la embajada israelí se

encontraba en pleno centro de Bangkok. El Gobierno tailandés no permitiría ni siquiera la posibilidad de que se desencadenara un tiroteo. Luego, después de breves negociaciones, los terroristas acordaron con Tailandia la oferta de salvoconductos para salir del país a cambio de liberar a los rehenes. Horas más tarde el comando de Septiembre Negro volaba hacia El Cairo y desaparecía para siempre.

En Tel Aviv, el alivio de *Zamir* de ver que ningún israelí había muerto no tardó en convertirse en sospecha. El grupo Septiembre Negro estaba muy bien entrenado, motivado, financiado y siempre había demostrado astucia estratégica. Entendían los métodos y puntos de presión para hacer arrodillar a cualquier Gobierno. ¿Entonces, por qué se habían rendido tan pronto esta vez? La embajada de Bangkok era un blanco perfecto para obtener publicidad y ganar más adeptos a su causa. Casi con seguridad no había nada azaroso en la elección del blanco. Todo lo que hacía el grupo formaba parte de su decidido asedio a la democracia. Dentro del recinto de la embajada, los terroristas habían seguido el consejo de su gurú, el Che Guevara: mantener vivo el odio. Los indefensos rehenes habían sido sometidos al abuso antisemita. ¿Pero no sería todo una maniobra de distracción? ¿Se estaba planeando otra operación contra Israel en alguna otra parte? ¿Dónde y cuándo? Zamir todavía meditaba acerca de estas cuestiones cuando voló a París con Golda Meir. Desde allí, siguió buscando respuestas.

En las primeras horas del 14 de enero de 1973, se hizo la luz. Un *sayan* que trabajaba en la central telefónica de Roma informó sobre dos llamadas realizadas desde un teléfono situado en un edificio de apartamentos donde, a veces, se alojaban terroristas de la OLP. La primera, a Barí y, la segunda, a Ostia, el puerto cercano a Roma. El mensajero decía que era el momento de «mandar las velitas de cumpleaños para la celebración».

Las palabras convencieron a Zamir de que se trataba de una orden relacionada con un presunto ataque terrorista. Las «velitas de cumpleaños» podían ser armas, la más probable un cohete por su semejanza con las velas. Y un cohete sería el perfecto medio para destruir el avión de Golda Meir.

Sería inútil advertírselo. Era una mujer que no conocía el miedo. Alertar al Vaticano podía causar la cancelación de la visita: lo último que deseaba la Santa Sede era verse involucrada en un incidente terrorista, especialmente cuando éste la obligaría a condenar a sus amigos árabes.

Zamir telefoneó a Hessner y Kauly, los dos *katsas* que lo habían acompañado en su visita previa al Vadeano y trasladó a Kauly de Milán a Roma. Luego, acompañado por el reducido equipo del Mossad que viajaba con Golda Meir, tomó el primer vuelo hacia la ciudad. El humor de todos se reflejaba en el chiste siniestro de Zamir cuando dijo que Roma podía ser «la ciudad eterna» para Golda Meir.

En Roma, Zamir hizo partícipe de sus temores al jefe de DIGOS, el escuadrón antiterrorista italiano. Sus oficiales revisaron el edificio desde donde habían partido las llamadas hacia Bari y Ostia. El registro de uno de los apartamentos dio como resultado el hallazgo de un manual de instrucciones ruso para el lanzamiento de misiles. Durante toda la noche, los equipos de DIGOS, cada uno de ellos acompañado por un *katsa,* llevaron a cabo una serie de registros en otros apartamentos usados por la OLP. Pero no se encontró nada más que confirmara

los temores de Zamir. Al romper el alba, cuando faltaban pocas horas para la llegada del avión de Golda Meir, decidió concentrar su búsqueda en el aeropuerto y sus alrededores.

Poco después del amanecer, Hessner localizó una furgoneta Fiat estacionada en un terreno cercano a las pistas. El *katsa* ordenó al conductor que se apeara del vehículo. En lugar de eso, se abrió la puerta posterior y empezó un fuego intenso. Hessner salió ileso, pero los dos terroristas que estaban en la parte posterior de la furgoneta resultaron gravemente heridos. Hessner persiguió al conductor a pie y lo alcanzó cuando trataba de hacerse con el coche de Kauly. Los dos *katsas* del Mossad atraparon al desafortunado terrorista y partieron a toda velocidad hacia el camión donde Zamir había instalado su puesto de mando.

El jefe del Mossad ya había recibido un mensaje por radio en el que se le comunicaba que la furgoneta contenía seis cohetes. Pero todavía debía saber si había más, colocados en otros sitios. El chófer de la camioneta fue severamente golpeado antes de confesar el paradero del segundo grupo de misiles. Zamir sospechaba que era uno de los hombres que había facilitado apoyo para la masacre de Munich. Con el camión a toda velocidad, Zamir, Hessner y Kauly, con el aporreado y deprimido terrorista entre ellos, se dirigieron hacia el norte.

Descubrieron una furgoneta estacionada junto al camino. Sobresalían del techo tres inconfundibles cabezas de misil. En la distancia, descendiendo vertiginosamente, se divisaba la igualmente inconfundible silueta del 747 de Golda Meir, brillando al sol. Sin reducir la marcha, Zamir usó el camión como ariete para golpear el costado de la furgoneta y hacerla volcar. Los dos terroristas que iban dentro quedaron medio aplastados cuando los misiles les cayeron encima. Parando sólo para sacar al terrorista inconsciente que iba con ellos y tirarlo junto a la furgoneta, Zamir arrancó y alertó a DIGOS de que había habido «un interesante accidente del que debían ocuparse». Zamir había pensado, por un momento, matar a los terroristas, pero luego le pareció que sus muertes podían ser engorrosas para la audiencia papal de Golda Meir.

Meir tuvo la sensación de que el peso del mundo descansaba sobre los hombros estrechos del Papa, amenazando con aplastar su blanca figura diminuta. Al final de la audiencia, en respuesta a su pregunta, Pablo VI dijo que visitaría Tierra Santa y se refirió a su pontificado como un peregrinaje. Cuando ella le planteó la posibilidad de establecer relaciones formales entre Israel y la Santa Sede, suspiró y dijo «el momento no es todavía propicio». Golda Meir le regaló un libro encuadernado en cuero con imágenes de Tierra Santa y el Papa le dio una copia dedicada de su encíclica *Humanae Vitae,* en la que cifraba la consagración de su pontificado.

Al salir del Vaticano, Golda Meir le confesó a Zamir que la Santa Sede parecía tener un reloj diferente al del resto del mundo.

Los terroristas de Septiembre Negro —que habían tomado parte en la matanza de los atletas olímpicos israelíes— fueron llevados a un hospital y, una vez recuperados, se les permitió volar a Libia. Pero al cabo de pocos meses todos habían muerto asesinados por los *kidon* del Mossad.

El bíblico ojo por ojo, autorizado por Golda Meir, provocó el disgusto del Papa, cuyo pontificado se basaba por completo en el poder del perdón. También fortaleció los lazos del Vaticano con la OLP, que Juan Pablo II mantuvo después de

su elección en 1978.

Desde entonces, el Papa hubo de recibir a Yasser Arafat y sus principales asesores en muchas audiencias privadas de larga duración, durante las cuales Juan Pablo II reiteró su compromiso de luchar activamente por el logro de una patria palestina. La OLP, ahora con sede en Túnez, tenía un oficial de enlace permanente en la Secretaría de Estado, y la Santa Sede contaba con su propio enviado, el padre Idi Ayad, asignado a la organización.

Con su sotana raída por el polvo del desierto y un sombrero de teja que enmarcaba su rostro plano, Ayad servía con igual devoción al pontífice y a la OLP, hasta el punto de decorar las paredes de su habitación con fotos firmadas de Juan Pablo II y Yasser Arafat. Ayad había ayudado a Arafat a escribir una carta al Papa, en 1980, que lo había deleitado: «Por favor, permítame soñiar. Lo estoy viendo entrar en Jerusalén, rodeado de palestinos que regresan a su hogar, llevando ramos de olivo y tendiéndolos a sus pies».

Ayad había sugerido que Arafat y el Papa intercambiaran saludos en sus respectivas fiestas religiosas: Arafat envió al Papa una tarjeta de Navidad, mientras que el pontífice le mandó saludos el día del cumpleaños de Mahoma. El incansable sacerdote había organizado también el encuentro entre el ministro de Asuntos Exteriores de la OLP y el cardenal Casaroli, secretario de Estado de la Santa Sede. Después de eso, el despacho de Oriente Medio había sido ampliado y los nuncios papales, embajadores del Vaticano, recibieron instrucciones de convencer a los países donde ejercían sus funciones de que apoyaran las aspiraciones nacionales de la OLP. Todos estos movimientos habían desalentado a Israel. Sus contactos oficiales todavía se limitaban a esporádicas visitas de un funcionario gubernamental, a quien se concedían escasos minutos en presencia del Papa.

La gélida relación entre ambas partes había comenzado en parte a causa del peculiar incidente que siguió a la creación del Estado de Israel en 1948. El entonces secretario de Estado había enviado un emisario al fiscal general de Israel, Naim Cohn, para pedir la revisión del juicio a Jesucristo y, desde luego, la invalidación del veredicto final. Una vez que esto se cumpliera, el Vaticano reconocería formalmente a Israel. La importancia de tal vínculo diplomático no se le escapaba a Cohn. Pero lograrlo de tal manera le había parecido «increíblemente caprichoso. Semejante juicio sería inútil y, en cualquier caso, teníamos asuntos más urgentes, como sobrevivir a los ataques de nuestros vecinos árabes. Remover las cenizas de la biografía de Jesucristo estaba muy abajo en mi lista de prioridades».

Después de que el emisario fuera bruscamente despedido por Cohn, el Vaticano volvió la espalda a Israel.

Desde entonces, sólo había habido un destello de esperanza, cuando el predecesor de Juan Pablo I, cardenal Albino Luciani, sugirió durante sus treinta y tres días de reinado en el trono de San Pedro que consideraría el hecho de entablar relaciones con Israel. Su muerte de un ataque al corazón, supuestamente provocado por las responsabilidades de su alto cargo, condujo a la elección de Karol Wojtyla. Durante su pontificado, la puerta de bronce del palacio papal

permaneció cerrada para Israel, mientras el papado se adentraba en la política internacional alentado por sus renovados vínculos con la CÍA.

En 1981, William Casey, católico practicante, era director de la CÍA. Había sido uno de los primeros en ser recibidos por el Papa en audiencia privada. Casey se había arrodillado frente al carismático Papa polaco y había besado el anillo del Pescador. En cada uno de sus gestos y palabras, el director de la CÍA se mostraba como un humilde suplicante, al contrario que los hombres jactanciosos y duros de roer que lo habían precedido. Pero Casey compartía su misma desconfianza, y la del Papa, frente al comunismo.

Durante más de una hora los dos hombres discutieron cuestiones que les interesaban sobremanera. ¿Hacia adonde se encaminaba la política en el Este de Europa? ¿Cómo respondería el régimen polaco, centro del bloque soviético, al cambio de dirección de la Iglesia? Casey abandonó la sala de audiencias seguro de una cosa: el papa Juan Pablo no parecía una persona que buscara favores. Eso era lo que lo hacía tan carismático.

Sus ideas claras eran la mejor respuesta a la famosa pregunta de Stalin sobre cuántas divisiones comandaba el Papa. Juan Pablo, según Casey, era un Papa que probaría que la fe puede ser más efectiva que la fuerza.

Casey volvió a Washington para poner al corriente al presidente Reagan, que ordenó al director de la CÍA regresar a Roma y decir al Papa que, de entonces en adelante, sería informado sobre todos los aspectos de la política militar, económica y civil de Estados Unidos, gracias a un acuerdo secreto aprobado por el presidente.

Cada viernes por la noche, el jefe del cuartel de la CÍA en Roma llevaba al palacio papal los últimos secretos obtenidos con los satélites espías y las escuchas electrónicas por los agentes de campo de la CÍA. Ningún otro líder extranjero tenía acceso a la información que el Papa recibía. Eso permitió al más político de los pontífices imprimir su estilo bien definido en la Iglesia y la sociedad laica. La diplomacia papal, centro de una burocracia vaticana muy centralizada, se había involucrado en los acontecimientos internacionales mucho más profundamente que a lo largo de sus quinientos años de historia. Como líder mundial, esta participación casi le había costado la vida al Papa, que estuvo a punto de ser asesinado, en la plaza de San Pedro, el 13 de mayo de 1981.

Dos años después, el 15 de noviembre de 1983, una fría noche de invierno en Roma, Juan Pablo II estaba a punto de conocer la respuesta a una pregunta que lo consumía: quién había ordenado el asesinato. Cada momento de lo ocurrido había quedado grabado en su memoria para siempre y seguía tan vivido como las cicatrices de las balas.

Había cerca de cien mil personas en la plaza de San Pedro esa tarde del miércoles 13 de mayo de 1981. Estaban apiñadas en el círculo formado por la columnata de Bernini: 264 columnas y 66 pilares, coronados por 162 estatuas de santos. Una sucesión de vallas señalaba el camino del papamóvil hasta la plataforma desde donde Juan Pablo II se dirigía semanalmente a los fieles. En medio de un clima festivo, algunos espectadores se preguntaban qué estaría haciendo el pontífice en sus aposentos mientras ellos esperaban.

Lo que pasaba por la mente de un moreno joven turco, Mehmet Ali Agca, nadie lo sabía. Había llegado a la plaza a media tarde y se abrió camino hacia el sendero que debía recorrer el papamóvil. Agca había sido miembro de un grupo terrorista, los llamados Lobos Grises. Pero había dejado sus filas y viajado por los campos de entrenamiento de los grupos aún más extremistas del fundamentalismo islámico en Oriente Medio. Ahora estaba a punto de llegar al final de su viaje. Agca se encontraba en la plaza de San Pedro no para alabar al Papa, sino para matarlo.

A las cuatro, Juan Pablo se había vestido con una sotana de seda blanca, recién planchada. Según el consejo de la CÍA, la vestidura había sido modificada con astucia para que bajo la ropa pudiera disimularse un chaleco antibalas. Durante su última visita al palacio papal, Casey le había advertido a Juan Pablo que «en aquellos tiempos locos, ni siquiera el Papa estaba a salvo de un ataque. Le dije que no teníamos ninguna prueba evidente de que corriera peligro. Pero Juan Pablo era una figura muy polémica y algún fanático podía tratar de matarlo».

El Papa se había negado a usar la protección. La simple idea, le había dicho a su secretario anglohablante, monseñor John Magee, iba en contra de todo lo que representaba su papado.

Juan Pablo bajó a la plaza de San Dámaso, situada dentro del palacio, a las cinco menos diez de la tarde. El jefe de seguridad del Vaticano, Camillo Cibin, anotó la llegada del pontífice en su copia de la agenda diaria que detallaba, minuto a minuto, las actividades del Santo Padre. En la chaqueta del traje gris a medida, Cibin llevaba un teléfono de gran alcance que lo conectaba con el cuartel de la policía romana. Pero la inmediata protección del Papa estaba en las manos de los guardias de traje azul. La pequeña pero bien entrenada fuerza de seguridad vaticana vigilaba atentamente detrás de la guardia ceremonial suiza, ya situada en la plaza de San Pedro.

Estacionado en el patio se encontraba el papamóvil o *campagnola,* con su asiento forrado de cuero blanco y la barra a la que se asía el Papa mientras avanzaba por la espaciosa plaza. Junto al vehículo se encontraba su plana mayor. Magee recordaría que Juan Pablo estaba en «inusual buena forma».

A las cinco en punto, el papamóvil salió del patio. Delante, en la plaza, comenzó el griterío. Cuando la *campagnola* se acercó al arco de las Campanas, los guardias recibieron el refuerzo de los policías de Roma, que caminaban delante y detrás del vehículo. Al entrar en la plaza, el grito de la multitud se convirtió en un rugido: Juan Pablo saludaba y sonreía; haber sido actor en la juventud le daba una gran fuerza escénica.

A tres kilómetros por hora, con el Papa volviéndose hacia uno y otro lado, el vehículo avanzó en dirección al obelisco egipcio situado en medio de la plaza. A las cinco y cuarto en punto la *campagnola* empezó su segunda vuelta a la plaza, bajo los ojos vigilantes de Cibin; el jefe de seguridad trotaba detrás del papamóvil. Los vivas de la multitud eran cada vez más entusiastas. Impetuosamente, Juan Pablo hizo algo que siempre ponía nervioso a Cibin: se acercó a la multitud y tomó en sus brazos a una niña; la abrazó y besó antes de devolverla a la extasiada madre. Era parte de la rutina del pontífice. La preocupación de Cibin era que algún niño se le escapara de las manos y cayera, lo que habría sido un accidente desagradable. Pero Juan Pablo no tenía tantos escrúpulos.

A las cinco y diecisiete minutos otra vez se inclinó el Papa a tocar la cabeza de una niñita con un vestido de comunión blanco. Luego se enderezó y miró a su alrededor, como si se preguntara a quién más debía saludar. Era su manera de personalizar el papado aun en medio de las más inmensas multitudes.

Lejos de su mente estaban los peligros que había corrido en otras ocasiones. Sólo tres meses antes, en Paquistán, el 16 de febrero de 1983, había explotado una bomba en el estadio municipal de Karachi poco antes de que empezara su recorrido entre los fieles. En enero de 1980, el servicio secreto francés había advertido sobre un complot comunista para asesinarlo, una de las miles de amenazas contra la vida del Papa que el Vaticano había recibido. Todas habían sido investigadas dentro de lo posible. Más tarde, Magee dijo: «En realidad sólo podíamos sentarnos a esperar. Salvo que encerráramos al Santo Padre en una cabina blindada cada vez que aparecía en público, algo a lo que jamás accedería, no había mucho más que pudiéramos hacer».

A las cinco y dieciocho minutos sonó el primer disparo en la plaza de San Pedro.

Juan Pablo se quedó de pie, con las manos todavía aferradas a la barra. Luego empezó a tambalearse. La bala de Mehmet Ali Agca le había perforado el estómago y abierto múltiples heridas en el intestino delgado, la parte baja del colon, el intestino grueso y el mesenterio, el tejido que sujeta los intestinos a la cavidad abdominal.

Instintivamente, Juan Pablo se puso la mano sobre el orificio de entrada tratando de restañar la sangre que salía a borbotones. Su rostro se fue cubriendo de dolor y, despacio, comenzó a desmoronarse. Habían pasado sólo segundos desde que había sido herido.

La segunda bala de Agca hirió al pontífice en la mano derecha, que cayó inutilizada a su flanco. La sangre, de un rojo encendido, manaba a chorros por su sotana. Una tercera bala de 9 mm lo acertó más arriba, en el brazo derecho.

El conductor de la *campagnola* se volvió en su asiento con la boca abierta, demasiado aturdido como para hablar. Cibin le gritaba que se moviera. Un asistente del Papa lo protegió con su propio cuerpo. El vehículo empezó a dar bandazos hacia delante. La multitud empezó a mecerse como zarandeada por un viento huracanado. Una frase terrible subía desde la escena del suceso. En cientos de idiomas se pronunciaban las mismas palabras de consternación: «Le han disparado al Papa».

Cibin, sus guardias y los policías de Roma blandían las armas, gritando órdenes y contraórdenes, buscando al tirador. Agca corría entre la multitud a toda velocidad, con la pistola en la mano derecha. La multitud se abría ante el cañón amenazador. De repente, arrojó el arma. En ese momento, alguien lo tomó de las piernas por detrás. Un oficial de la policía de Roma había hecho el arresto. En un instante, ambos hombres quedaron enterrados debajo de otros policías en una escena semejante a un *serum* de rugby. Varios policías patearon y golpearon a Agca antes de que fuera arrastrado hasta un camión de detención.

El papamóvil había seguido avanzando a velocidad agónica hacia la ambulancia más cercana, estacionada junto a la puerta de bronce del Vaticano. Pero la ambulancia no contaba con equipo de oxígeno, de modo que el Papa fue transferido a otra ambulancia próxima. Se perdieron momentos vitales.

Con las luces y la sirena encendidas, la ambulancia aceleró hacia el hospital Gemelli de Roma, el más próximo al Vaticano. Realizó el trayecto en un tiempo récord de ocho minutos. Durante el viaje, el Papa no pronunció ninguna palabra de desesperación o resentimiento, sólo profundas plegarias, «¡María, madre mía! ¡María, madre mía!».

En el hospital lo llevaron de inmediato a una suite quirúrgica del noveno piso con sala de reanimación, sala de operaciones y área de terapia.

Allí, en el centro de la crisis, no hubo pánico ni palabras o movimientos desperdiciados. Todo era serenidad, rapidez y disciplina estrictamente controlada. Allí el herido pontífice empezó a recobrar la esperanza.

Su sotana ensangrentada, la camiseta y la ropa interior fueron hábilmente cortadas y se le quitó la cadena de oro macizo con su cruz manchada de sangre. Lo envolvieron con toallas quirúrgicas. Las manos enguantadas buscaron y acarrearon el primer instrumento necesario para emprender aquella lucha que tan familiar resultaba a los cirujanos.

Cuando se recuperó, después de seis horas de cirugía, Juan Pablo creía que había sido salvado por una de las apariciones milagrosas más reverenciadas del mundo católico, la Virgen de Fátima, cuya fiesta se celebraba el mismo día del atentado.

Durante los largos meses de recuperación, el deseo de saber quién había ordenado asesinarlo se convirtió en una obsesión para Juan Pablo. Trató de leer cada prueba que mandaban la policía y agencias tan diversas como la CÍA, la BND de la República Federal de Alemania y los servicios de seguridad de Turquía y Austria. Era imposible leerlo todo: había millones de palabras en informes, declaraciones y opiniones.

Ningún documento contestaba plenamente lo que el Papa quería saber: ¿quién deseaba verlo muerto? Tampoco se enteró de mucho más cuando Agca fue llevado a juicio ante el tribunal de justicia de Roma, la última semana de julio de 1981. El rápido proceso de tres días no echó ninguna luz sobre los motivos del pistolero. Agca fue sentenciado a cadena perpetua; con buena conducta podría aspirar a la libertad provisional en el año 2009.

Dos años después de que Agca fuera condenado, Juan Pablo II finalmente había recibido la promesa de que le sería contestada la pregunta que todavía supuraba en su mente. La respuesta se la daría un sacerdote en quien confiaba por encima de todos. Su título era el de *nunzio apostólico con incarichi speciali.* Las palabras no explicaban suficientemente que el arzobispo Luigi Poggi era el heredero natural de las políticas papales secretas, con especial hincapié en recabar información sobre la Europa comunista. La gente del Vaticano lo llamaba simplemente «el espía del Papa».

Durante muchos meses, Poggi había mantenido contactos muy secretos con el Mossad. Sólo cuando estuvieron bastante avanzados había informado al Papa sobre sus intentos. Juan Pablo le dijo que continuara. Desde entonces había celebrado reuniones con un oficial del Mossad en Viena, París, Varsovia y Sofía. Ambos, el cura y el *katsa,* querían asegurarse de la oferta y la demanda. Después de cada encuentro, ambos volvían a sus casas a meditar la jugada siguiente.

Unos días antes había tenido lugar otra reunión, de nuevo en Viena, una ciudad que los dos hombres preferían como escenario para sus encuentros

clandestinos.

De esa reunión regresaba Poggi aquella helada noche de noviembre de 1983. Traía consigo la respuesta a la pregunta del Papa. ¿Quién había ordenado a Agca que lo asesinara?

12

Benditos sean los amos del espionaje

Una de las macizas puertas del arco de las Campanas ya estaba cerrada, preludio a la ceremonia diaria de cerrar todas las entradas al Vaticano con el toque de medianoche, cuando la limusina Fiat azul oscuro traqueteó sobre los adoquines alumbrando con los faros a los dos guardias suizos arrebujados en el capote para protegerse del frío. Detrás de ellos se encontraba un miembro de seguridad. Uno de los guardias se adelantó levantando un brazo entre el saludo y el alto al paso. Se esperaba la llegada del coche y, al volante, iba la figura familiar de un chófer del Vaticano. Pero después del intento de asesinato del Papa, nadie quería correr riesgos.

El chófer había esperado una hora en el aeropuerto de Roma porque el vuelo de Viena llevaba retraso debido a las malas condiciones climatológicas. El guardia retrocedió después de levantar el brazo en un franco saludo al pasajero que viajaba en el asiento posterior. No hubo respuesta.

El coche pasó junto a la basílica de San Pedro y avanzó sobre el empedrado del patio de San Dámaso antes de frenar a la entrada del palacio papal. El conductor descendió de un salto y abrió la puerta a su pasajero. El arzobispo Luigi Poggi salió, completamente vestido de negro, el alzacuello cubierto con una bufanda. Físicamente se parecía a Rafi Eitan: los mismos hombros y bíceps poderosos, el mismo balanceo al andar y unos ojos capaces de ser tan fríos como esa noche invernal.

Como de costumbre, Poggi había viajado con una pequeña maleta de cuero que contenía sus efectos personales y un maletín provisto de una cerradura de combinación. A menudo bromeaba acerca de que pasaba más tiempo dormitando en los asientos de los aviones que durmiendo en la espaciosa suite que ocupaba al fondo del palacio.

Pocos de sus recientes viajes habían tenido la importancia de lo que se le había dicho en esa cita, en el viejo barrio judío de Viena. Allí, en un angosto edificio de techo inclinado, a pocas manzanas de las oficinas del cazador de nazis Simón Wiesenthal, el arzobispo había escuchado absorto a un hombre que se hacía llamar simplemente Eli.

Poggi ya estaba acostumbrado a tales precauciones en sus relaciones con el Mossad. Nadie llevaba tan lejos la seguridad como sus agentes. El único detalle personal que conocía sobre Eli era que hablaba varios idiomas y que había

contestado finalmente la pregunta acerca de quién había orquestado el atentado contra la vida del Papa.

Por su parte, el trabajo de Luigi Poggi era tan secreto que en el *Annuario Pontificio,* donde constaban los nombres y ocupaciones de los miembros del Vaticano, no había rastro de que el arzobispo hubiera establecido, durante más de veinte años, contactos propios, secretos y de fiar, que llegaban hasta el Kremlin, Washington y los pasillos del poder en Europa. Había sido uno de los primeros en enterarse de que el líder soviético Yuri Andropov se estaba muriendo de hepatitis crónica. Poggi había estado en la misión rusa en Ginebra, un palacio del siglo XIX surtido con el mejor vodka y el caviar que tanto gustaba al arzobispo, y se había enterado de primera mano de que Moscú se avenía a retirar los misiles nucleares que apuntaban hacia Europa si Estados Unidos dejaba de jugar fuerte en las conferencias de desarme. Las noticias habían sido comunicadas al jefe del cuartel de la CÍA, durante su visita al Papa de los viernes por la noche. Durante más de dos décadas Poggi había proporcionado detalles a los pontífices que les permitían evaluar mejor la información procedente de otras fuentes. El arzobispo tenía la habilidad, rara incluso entre los diplomáticos, de presentar una rápida y equilibrada valoración de los materiales provenientes de una docena de fuentes y casi en la misma cantidad de idiomas, muchos de los cuales hablaba con fluidez.

En su siguiente encuentro con Eli, Poggi había hablado en el tono suave que lo caracterizaba. Mantenía los ojos castaños bien atentos y la boca cerrada antes de hacer una nueva pregunta, y no perdía jamás la compostura.

Pero esa fría noche de invierno, sin duda fatigado por los viajes, se le podía perdonar un cambio de paso. Caminó por el palacio pasando junto a los miembros de seguridad y los guardias, que lo saludaron en posición de firmes, y tomó el ascensor hacia los aposentos papales.

El mayordomo del Papa lo acompañó hasta el estudio de Juan Pablo. Los estantes llenos de libros mostraban la diversidad de intereses del Papa. Junto a ediciones polacas de los clásicos y obras de teólogos y filósofos había ejemplares de la *International Defense Review* y libros con títulos tan sugestivos como *Problemas de disposición militar* o *Equilibrio militar y ataque sorpresa.* Reflejaban la convicción inmutable del Papa de que el mayor enemigo del mundo en 1983 seguía siendo el comunismo soviético.

Juan Pablo no había perdido la oportunidad de decir a su personal que, antes de la llegada del nuevo milenio, algo «decisivo» se iba a precipitar sobre el mundo. Se había negado a responder a sus preguntas, sacudiendo la cabeza y diciendo que todos debían rezar para que la Iglesia no perdiera más terreno frente al comunismo y el laicismo que se extendía por Estados Unidos, Alemania y Holanda. Insistía en que había salvado la vida en la plaza de San Pedro para luchar contra eso.

Poggi sabía que esta preocupación, más que ninguna, había afectado a Juan Pablo física y mentalmente. Después de los saludos, Poggi no pudo dejar de notar que, en privado, el Papa se había vuelto más reservado.

Las balas de Agca no sólo había destruido hueso y tejidos sino que habían dejado cicatrices emocionales que habían convertido al Papa en un hombre introspectivo y, a veces, distante.

Sentado con ambas manos sobre las rodillas, la posición habitual de Poggi

cuando tenía que comunicar noticias graves, el arzobispo relató una historia que había comenzado en las primeras semanas después de que Agca disparara al Papa.

Cuando las noticias de lo que había ocurrido en la plaza de San Pedro, el 13 de mayo de 1981, llegaron a Tel Aviv, la inmediata reacción del jefe del Mossad, Yitzhak Hofi, fue pensar que el atentado había sido obra de un maniático. Por más impactante que fuera el incidente de Roma, no tenía directa incidencia en los normales intereses del Mossad.

Los árabes de Israel se estaban volviendo cada vez más extremistas y, al mismo tiempo, los extremistas judíos, liderados por el partido Kahane Kach, actuaban con mayor violencia. Justo a tiempo se había descubierto su plan para destruir el santuario musulmán más importante de Jerusalén, la mezquita de Omar. De haber tenido éxito, las consecuencias habían sido una pesadilla inimaginable. La guerra del Líbano seguía adelante, a pesar del puente diplomático que Estados Unidos había tendido entre Damasco, Beirut y Jerusalén. En el Gabinete, el primer ministro Begin conducía un partido ansioso por un encuentro «final» a gran escala con la OLP. El asesinato de Yasser Arafat seguía siendo una prioridad del Mossad; durante el mismo mes en que el Papa fue herido, hubo dos intentos de matar al presidente de la OLP.

El hecho de que, aparentemente, todos los servicios de inteligencia occidentales estuvieran investigando el atentado contra el Papa, también influyó en la decisión de Hofi de mantener al Mossad fuera de la cuestión. En cualquier caso, esperaba enterarse por ellos de los entresijos del incidente.

Todavía aguardaba que se lo contaran cuando fue reemplazado por Nahum Admoni, en septiembre de 1982. De ascendencia polaca —sus padres habían sido inmigrantes de clase media de Gdansk—, Admoni sentía más que una mediana curiosidad por la Iglesia Católica. Durante su estancia en el extranjero trabajando de manera encubierta en Estados Unidos y Francia, había visto cuan poderosa podía ser la influencia de la Iglesia. Roma había ayudado a la elección del católico Kennedy y, en Francia, la Iglesia seguía teniendo un papel importante en la política.

Una vez en el cargo, Admoni pidió el expediente del Mossad sobre el intento de asesinato del Papa. Conténía sobre todo recortes de periódico y un informe del *katsa* en Roma que no profundizaba mucho más. Curiosamente, los seis servicios de inteligencia que habían hecho sus propias investigaciones, incluida la entrevista a Agca en su celda de máxima seguridad en la cárcel romana de Rebibbia, no habían logrado poner sus datos en común. Admoni decidió llevar a cabo su propia investigación.

William Casey, entonces director de la CÍA, diría más tarde que «la razón más probable quizá fuese el olfato del Mossad de que tal vez con ello se le abriese un camino hacia el Vaticano. Admoni debía pensar que iba a conseguir algo que intercambiar con la Santa Sede».

En la estela del infructuoso intento de Golda Meir por establecer relaciones diplomáticas con el Vaticano, Zvi Zamir había colocado una presencia permanente del Mossad en Roma para penetrar en el Vaticano. Trabajando cerca del edificio

de la embajada, el *katsa* había tratado vanamente de reclutar sacerdotes como informadores. La mayor parte de lo que averiguó eran chismes captados en los bares y restaurantes frecuentados por el personal vaticano. Logró poco más que mirar con envidia al jefe del cuartel de la CÍA en Roma cuando salía hacia el Vaticano para sus visitas de los viernes al Santo Padre, reanudadas tan pronto como el pontífice se recuperó de sus heridas.

Durante esa convalecencia, el cardenal Agostino Casaroli, secretario de Estado, había dirigido el Vaticano. El *katsa* había oído que Casaroli expresaba francamente sus sentimientos acerca del incidente: la CÍA debió haber estado al tanto sobre Agca y el complot. El *katsa* informó a Tel Aviv sobre el punto de vista del secretario.

Dentro de la inteligencia norteamericana, prevalecía la opinión de que Agca había sido el gatillo de un complot para matar al pontífice inspirado por el KGB. En un informe declarado de alto secreto y titulado *Atentado de Agca contra el Papa: el caso de la participación soviética,* se argumentaba que Moscú temía que el pontífice encendiera la mecha del nacionalismo polaco.

Ya en 1981, Solidaridad, el movimiento nacional de los trabajadores liderado por Lech Walesa, se encontraba ejercitando sus músculos cada vez más y las autoridades se veían sometidas a la presión de Moscú para contener las actividades del sindicato.

El Papa había pedido a Walesa que no hiciera nada que provocara la intervención militar soviética. Juan Pablo II había instado al moribundo cardenal Stefan Wyszinski que asegurara a los líderes comunistas del país que el pontífice no permitiría que Solidaridad traspasara los límites. Cuando el sindicato planeó una huelga general, el propio Wyszinski se postró ante Walesa en su oficina, se aferró al pantalón del estupefacto trabajador de los astilleros y le dijo que no lo soltaría hasta morir. Walesa suspendió la huelga.

En Tel Aviv, los analistas del Mossad advirtieron qué el pontífice entendía plenamente la necesidad de calmar a los soviéticos con respecto a Polonia para que Solidaridad no perdiera el considerable terreno que había conquistado. Parecía improbable que Moscú hubiera querido matar al Papa. Todavía quedaba la posibilidad de que los soviéticos hubieran subcontratado para el asesinato a uno de sus secuaces. En el pasado, el servicio secreto búlgaro había llevado a cabo misiones similares para el KGB cuando era necesario que la participación de ésta no se supiera. Pero los analistas consideraban imposible que en aquella ocasión el KGB huhiera delegado una misión tan importante. Los búlgaros jamás habrían organizado el asesinato por su propia voluntad.

Nahum Admoni empezó a explorar la relación actual entre la CÍA y el papado. En los intervalos de las visitas regulares de Casey al Papa, un protagonista importante de la relación entre el servicio y la Santa Sede era el cardenal John Krol de Filadelfia, que enlazaba la Casa Blanca con el palacio papal. Para monseñor John Magee, secretario anglohablante del Papa, «Krol era el amigo superespecial del Santo Padre. Ambos tenían los mismos orígenes, sabían las mismas historias y canciones polacas y podían bromear a la hora de la cena en el mismo dialecto polaco. El resto de nosotros nos limitábamos a mirar y sonreír, sin entender ni una palabra».

Había sido Krol quien acompañaba a Casey durante la primera audiencia del

jefe de la CÍA con el Papa, después de su convalecencia. Más tarde, el cardenal le había presentado al adjunto de Casey, Vernon Walters. Desde entonces, la lista de temas tratados por el oficial de la CÍA y el pontífice abarcaba desde el terrorismo en Oriente Medio hasta la política interna de la Iglesia o la salud de los dirigentes del Kremlin. Para Richard Alien, un católico que fue el primer consejero de seguridad de Reagan: «la relación entre la CÍA y el Papa fue una de las más grandes alianzas de todos los tiempos. Reagan albergaba la profunda convicción de que el Papa iba a ayudarlo a cambiar el mundo».

Con más exactitud, habían establecido metas comunes. El presidente y el pontífice habían proclamado su unánime oposición al aborto. Estados Unidos bloqueó millones de dólares de ayuda a países que contaban con programas de planificación familiar. El Papa, «mediante un significativo silencio», apoyaba las políticas militares de Estados Unidos, incluida la de proveer a la OTAN con una nueva generación de misiles crucero. La CÍA solía poner micrófonos en los teléfonos de los obispos y curas centroamericanos que abogaban por la teología de la liberación y se oponían a las fuerzas sustentadas por Estados Unidos en Nicaragua y El Salvador; las transcripciones telefónicas formaban parte de los informes que el jefe del cuartel de la CÍA en Roma presentaba durante sus visitas de los viernes. Reagan había autorizado también al coronel Oliver North, que trabajaba entonces para el Consejo Nacional de Seguridad, a realizar sustanciales pagos a curas que el Vaticano estimaba «leales» en Centroamérica y Sudamérica, África y Asia. El dinero se usaba para financiar su pródigo estilo de vida y promocionar la oposición papal al control de la natalidad y el aborto.

Una de las tareas del secretario personal del Papa, monseñor Emery Kabongo, era mantener actualizada la lista de sacerdotes en nómina. Otra, archivar los documentos entregados por la CÍA y tomar notas en sus encuentros clandestinos con el Papa.

Kabongo había conocido a los amos del espionaje de Washington el 30 de noviembre de 1981, poco después de que Juan Pablo volviera al trabajo una vez repuesto del atentado. Después de que Kabongo se reuniera con el Papa para rezar los maitines, cuando el gran reloj del pasillo vecino a la capilla papal señalaba las cinco y cuarto de la mañana, los dos hombres se encaminaron hacia el estudio artesonado para recibir al director adjunto de la CÍA Vernon Walters.

Kabongo recordaba así el episodio:

> Ocupé mi posición habitual en un rincón de la habitación, con una libreta sobre las rodillas. No había intérprete. El general Walters preguntó en qué idioma debía hablar. Su Santidad le respondió que el italiano le resultaba cómodo. Walters empezó diciendo que traía saludos del presidente Reagan. El Papa respondió a la gentileza. Luego, a los negocios. Walters mostró fotos de satélite y Su Santidad estaba fascinado de lo claras que eran. Walters habló durante más de una hora sobre la opinión de la CÍA acerca de las últimas intenciones soviéticas. Su Santidad se lo agradeció. Al final de la reunión, Walters sacó una serie de rosarios y le pidió al Papa que los bendijera tras explicarle que eran para sus familiares y amigos. El Papa accedió.

Intrigado por la habilidad del Papa para pasar de temas espirituales a temas

materiales, Admoni recurrió a su amistad personal con el secretario de Estado Alexander Haig —se habían conocido cuando Admoni trabajaba en la embajada israelí en Washington— para que le consiguiera en la CÍA una copia del perfil psicológico de Juan Pablo II.

Era el retrato de un hombre cuyo fervor religioso podía ser tan intenso que llegaba a llorar cuando rezaba y a menudo lo encontraban tendido sobre el suelo de mármol de su capilla, boca abajo, con los brazos en cruz, inmóvil como un muerto. Podía pasar horas en esa posición. Sin embargo su ira era repentina y temible: cuando lo dominaba explotaba y gritaba. Su dominio de la geopolítica era formidable y podía ser tan impávido como un dictador. Juan Pablo tampoco tenía miedo de enfrentarse a la Curia, la administración civil del Vaticano o a su secretario de Estado Agostino Casaroli. Según el perfil, Juan Pablo «estaba muy politizado a raíz de sus experiencias polacas y disfrutaba de actuar en el plano mundial».

Una cosa le quedó clara a Nahum Admoni: las íntimas relaciones de mutuo servicio entre el Papa y la CÍA habían jugado un papel importante en la aceptación del punto de vista norteamericano sobre la responsabilidad del Kremlin en la organización del atentado.

Sin embargo, si se probara que ese supuesto era equivocado, ¿cómo reaccionaría el Papa? ¿Se destruiría su fe en la CÍA? ¿O se volvería receloso con todos los servicios de inteligencia? ¿Permitiría eso al Mossad —si podía demostrar la existencia de otra mano detrás del atentado— encontrar un camino hacia el Vaticano? Si no era admitido como consejero pleno del papado en materia de secretos seculares, por lo menos quizá lograra que se diera crédito a sus informaciones y, a cambio, esperar una revisión de la actitud de la Santa Sede hacia Israel.

Seis meses después, la primera pregunta de Admoni sobre la participación de otros en la organización del atentado fue respondida satisfactoriamente.

El complot había sido preparado en Teherán con la completa aprobación del ayatolá Jomeini. Matar al Papa era el primer movimiento de la Jihad, la Guerra Santa contra Occidente y lo que Jomeini consideraba sus valores decadentes aprobados por la mayor Iglesia cristiana.

Un informe presentado ante Admoni decía: «Jomeini sigue siendo un clásico ejemplo de fanatismo religioso. Se ha arrogado la función de Dios-instructor para su gente. Con el fin de mantener esa ilusión, necesitará actuar de manera cada vez más peligrosa para Israel, Occidente y el mundo entero».

Anticipándose al fracaso de Agca, sus superiores iraníes se habían asegurado de que fuera visto como un fanático solitario. Para lograrlo habían filtrado algunos de sus antecedentes. Mehmet Ali Agca había nacido en el lejano pueblo de Yesiltepe, al este de Turquía y había sido criado en un semillero del fundamentalismo islámico. A la edad de diecinueve años se unió a los Lobos Grises, un grupo terrorista proiraní, responsable de mucha de la violencia habida en una Turquía que aspiraba a la democracia. En febrero de 1979, Agca asesinó al editor de un periódico de Estambul famoso por su política a favor de Occidente. Tras ser arrestado, Agca escapó con la ayuda de los Lobos Grises. Al día

siguiente, el diario recibió una carta escalofriante sobre la inminente visita del Papa, prevista para tres días después: «Los imperialistas occidentales, temerosos de que Turquía y sus repúblicas islámicas hermanas lleguen a ser potencias políticas, militares y económicas en Oriente Medio, envían en este delicado momento a Turquía al Comandante de los Cruzados, Juan Pablo, ungido como líder religioso. Si no se cancela esta visita, voy a matar al Papa Comandante».

Admoni quedó convencido de que la carta se había escrito en Teherán: su estilo y contenido sobrepasaban la capacidad del casi analfabeto Agca. Los rastreos informáticos del Mossad revelaron que Jomeini, en sus discursos, se había referido al Papa como el «Comandante de las Cruzadas» y el «Papa Comandante».

Al final, la visita del pontífice transcurrió sin incidentes. El nombre de Agca y su foto se introdujeron en los ordenadores de numerosos servicios de inteligencia, pero no en los del Mossad. A Otto Kormek, un oficial del servicio secreto austríaco que había estado a cargo de las averiguaciones sobre el atentado contra el Papa, le pareció que «no era necesario informar al Mossad. Israel sería el último lugar del mundo adonde a Agca se le ocurriría ir».

La investigación del Mossad descubrió que, tras su fuga, Agca fue llevado misteriosamente a Irán, donde pasó meses en campos de entrenamiento. A partir de sus propias fuentes en esos campos, el Mossad se había hecho una idea sobre la vida de Agca en esa época.

Se levantaba antes del alba, con los ojos pequeños e irritados muy hundidos en su cara larga, atentos mientras los otros se despertaban. Las primeras luces del día dejaban ver los carteles de las paredes de su cabana: fotos del ayatolá Jomeini y eslóganes revolucionarios destinados a alimentar sus fantasías. Las canciones que se oían por los altavoces acentuaban ese clima.

Vestido con camiseta y pantalones cortos, Agca tenía una figura poco agraciada: manos y pies largos, desproporcionados, pecho hundido, hombros huesudos y brazos y piernas esmirriados. Lo primero que hacía cada mañana, como los otros reclutas, era extender su alfombra para orar y postrarse tres veces hasta tocar el suelo con la frente pronunciando el nombre de Alá, Señor del Mundo, Clemente y Misericordioso, Supremo Soberano del Juicio Final. Después, empezaba a recitar la lista de despechos, que el instructor le había hecho escribir. Era una lista larga y variada que incluía a todos los imperialistas, la OTAN y los países árabes que se habían negado a cortar el flujo de petróleo hacia Occidente. Pedía especialmente a Alá que destruyera Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo, y a su gente; le rogaba que su estilo de vida, sus valores y costumbres, la razón misma de su existencia les fueran arrebatados.

Finalmente, quedaban sus odios religiosos. Eran los más virulentos, llegaban a consumirlo como un cáncer y devorarle el cerebro. Veía las otras confesiones como una amenaza contra su fe. Sus instructores le habían enseñado a reducir ese odio a una sola imagen reconocible: un hombre vestido de blanco que vivía en un palacio enorme mucho más allá de las montañas. Desde allí gobernaba como un califa de antaño, sancionando decretos y dando órdenes que millones de personas obedecían. El hombre divulgaba su odiado mensaje de la misma manera

que lo habían hecho sus predecesores durante más de diecinueve siglos. Rodeado de pompa *y* de gloria, con más títulos que Alá, el hombre era conocido como Siervo de los Siervos de Dios, Patriarca de Occidente, Vicario de Cristo en la Tierra, Obispo de Roma, Soberano del Estado Vaticano, Supremo Pontífice, Su Santidad Juan Pablo II.

Se le había prometido a Agca que, cuando llegara el momento, tendría su oportunidad de matar al Papa. Sus instructores grabaron en su mente que no había sido coincidencia que el Papa llegara al trono al mismo tiempo que el amado Jomeini liberaba a Irán del régimen del sha. El «infiel de Roma», como se le enseñó a llamar al Papa, había venido para destruir la revolución que el ayatolá había proclamado en nombre del Sagrado Corán.

Existía una pizca de verdad en la acusación. Juan Pablo había hablado severamente contra el Islam y los peligros que entrañaba su fundamentalismo. Al visitar la planta de Olivetti, en Ivrea, el Papa había sorprendido a los trabajadores con un pasaje espontáneo de su discurso: «Lo que el Corán predica es agresión; lo que nosotros enseñamos es paz. Por supuesto, siempre está la naturaleza humana que distorsiona cualquier mensaje religioso. Pero aunque la gente pueda ser descarriada por los vicios y los malos hábitos, la cristiandad aspira al amor y la paz. El islam es una religión que ataca. Si se empieza por enseñar agresión a la comunidad, se termina por alimentar los elementos negativos de todos. Ya se sabe a qué conduce eso: esa gente nos va a asaltar».

En enero de 1981, Agca había volado a Libia. Inicialmente, al Mossad le había intrigado esa parte del viaje, hasta que un informador en Trípoli descubrió que un oficial renegado de la CÍA, Frank Terpil no estaba en el país en ese momento. Terpil había sido procesado por un Gran Jurado, acusado de los cargos de haber enviado armas a Libia, conspirado para asesinar a un opositor de Gaddafi en El Cairo, y reclutado ex pilotos militares norteamericanos para volar aviones libios y boinas verdes para dirigir campos de entrenamiento terrorista. En Libia enseñaba a los terroristas a evitar ser detectados por las agencias occidentales. Terpil se había mudado a Beirut, donde desapareció. El Mossad creía que había sido asesinado cuando dejó de ser útil.

El Mossad sabía que el contacto de Agca con Terpil había sido arreglado por sus patrones en Teherán y filtrado al KGB, después del atentado contra el Papa, para que los rusos tuvieran una prueba de la participación de la CÍA en el complot. Al igual que el Mossad, el KGB contaba con un efectivo departamento de acción psicológica. La ficción sobre la CÍA llenó las páginas de los periódicos y los espacios televisivos. Para embarrar más las aguas, los dignatarios de Teherán determinaron que Agca, después de dejar Libia en febrero de 1981, viajara a Sofia, Bulgaria, para encontrarse con gente que supuestamente formaba parte del servicio secreto de ese país. Furiosa ante los intentos del KGB por inculpar a la agencia la CÍA devolvió el golpe declarando que los búlgaros habían manejado a Agca a petición del Kremlin.

Desde el punto de vista del Mossad, la situación era perfecta para explotar el

principio «divide y vencerás». No sólo estaría en condiciones de desacreditar a la CÍA en el Vaticano sino, por fin, de promocionar su versión de los hechos como la única valedera. El Mossad había encontrado la manera de hacerse oír por el Papa. Todo lo demás partiría de ese punto: sus oficiales tendrían acceso a la formidable red de información de la Secretaría de Estado; los *katsas* podrían trabajar con curas y monjas o sacarles datos y, llegada la oportunidad, se colocarían por fin esos micrófonos en los santos lugares que Zvi Zamir había indicado.

Cuando el Mossad completó el resumen de la odisea de Mehmet Ali Agca, Nahum Admoni se dispuso a contestar la única pregunta que convertiría todo aquello en realidad. Una vez más la búsqueda informática permitió encontrar la solución. Uno de los «espías supervivientes» de Rafi Eitan, un católico que vivía en Munich, les había contado el extraordinario papel que Luigi Poggi cumplía en el papado. Nahum Admoni había llamado a Eli y le había ordenado ponerse en contacto con Poggi.

Ahora, dos años después del atentado, el arzobispo pasaba la noche en vela explicándole a Juan Pablo lo que Eli le había contado.

Un mes después, el 23 de diciembre de 1983, a las cuatro y media de la madrugada, casi tres horas antes que se apagaran las luces del árbol de Navidad en la plaza de San Pedro, el Papa fue despertado por su ayuda de cámara.

El dormitorio era sorprendentemente pequeño, todavía tapizado con los tonos pastel que le gustaban a su predecesor. El piso de madera lustrosa estaba cubierto en parte por una alfombra tejida por monjas polacas. Había un crucifijo en la pared, sobre la cabecera de la cama en la que cuatro papas anteriores habían esperado la muerte. Ocupaba otra pared un exquisito cuadro de la Santa Virgen. Ambos eran regalos de Polonia. Además del ayuda de cámara, quienes lo veían a esa hora —por lo general sacerdotes de su administración con noticias urgentes— quedaban aliviados al ver que Juan Pablo había recuperado algo de su antiguo vigor y vitalidad.

Como siempre, el Papa empezó su día arrodillándose en el reclinatorio para rezar en privado. Luego se duchó, se afeitó y se puso la ropa preparada por el ayuda de cámara: una pesada sotana de lana con esclavina, camisa clerical blanca, medias blancas, zapatos marrones y solideo blanco. Estaba listo para ir a ver a Agca a la prisión de Rebibbia.

El encuentro fue concertado a petición del Papa como un «acto de perdón». En realidad, Juan Pablo quería saber si era cierto lo dicho por el Mossad. Fue conducido a la prisión por el mismo hombre que iba al volante del papamóvil, en la plaza de San Pedro, el día en que Agca atentó contra él. Acompañada por una escolta de la policía romana, la limusina se dirigió hacia el noreste a través de la ciudad. En otro coche viajaba un pequeño grupo de periodistas (el autor de este libro entre ellos). Habían sido invitados a presenciar el histórico momento en que el Papa y su asesino se encontraran cara a cara.

Dos horas después, Juan Pablo fue admitido en el ala de máxima seguridad de la prisión de Rebibbia. Caminó solo por el corredor hasta la puerta abierta de la celda T4, donde Agca esperaba de pie. Los periodistas permanecieron en el

corredor. Con ellos había guardias preparados para correr a la celda de Agca en caso de que hiciera algún movimiento sospechoso.

Cuando el Papa tendió la mano, Agca fue a estrechársela, dudó y luego se inclinó a besar el anillo del Pescador. Después tomó la mano del Papa y la posó brevemente sobre su frente.

—*Leí é Mebmet Ali Agca?*

El Papa hizo la pregunta despacio. Le habían dicho que Agca había aprendido italiano en prisión.

—Sí —lo dijo con una breve sonrisa, como si se avergonzara de admitir quién era.

—*Ab, leí abita qui?* —-Juan Pablo miró a su alrededor, genuinamente interesado en la celda donde su asesino frustrado pasaría quizás el resto de su vida.

—Sí.

Juan Pablo se sentó en una silla colocada justo junto a la puerta. Agca se hundió en la cama, frotándose las manos.

—*Come si senté?* —la pregunta del Papa era casi paternal.

—*Bene, bene.* —De repente Agca empezó a hablar con urgencia, locuazmente, en un bajo torrente de palabras que sólo el Papa podía escuchar.

La expresión de Juan Pablo se tornó más pensativa. Su rostro estaba junto al de Agca, ocultándolo parcialmente de los guardias y los periodistas. Agca susurró al oído izquierdo del Papa. El Papa sacudió imperceptiblemente la cabeza. Agca calló, con expresión de incertidumbre. Juan Pablo indicaba con un rápido movimiento de la mano derecha, que podía continuar. Ambos estaban tan cerca que sus cabezas casi se tocaban.

Los labios de Agca apenas se movían. Una expresión de dolor cruzó el rostro del pontífice. Cerró los ojos como si eso lo ayudara a concentrarse mejor.

De repente, Agca interrumpió su discurso. Juan Pablo no abrió los ojos. Sólo sus labios se movieron y solamente Agca pudo oír sus palabras.

Una vez más, Agca habló. Después de unos minutos, el Papa hizo otra seña con la mano. Agca dejó de hablar. Juan Pablo se cubrió la frente con la mano izquierda, como si quisiera ocultar sus ojos de Agca.

Luego, el Papa apretó el antebrazo de Agca como si quisiera agradecerle lo que había dicho. El diálogo duró veintiún minutos. Después el Papa se puso de pie, extendió la mano para invitar a Agca a levantarse y los dos hombres se miraron a los ojos. El pontífice culminó este momento de casi perfecto dramatismo sacando del bolsillo de su sotana una cajita de cartón con el sello pontificio. Se la entregó a Agca. Azorado, Agca le dio la vuelta en su mano.

El Papa esperaba con la más amable de las sonrisas en sus labios. Agca abrió la caja. Dentro había un rosario de nácar y plata.

—*Ti ringrazio* —le agradeció Agca.

—*Mente, niente* —respondió el Papa. Luego volvió a inclinarse y le dirigió algunas palabras sólo para él.

Por fin, sin decir más, el Papa salió de la celda.

Más tarde un portavoz del Vaticano dijo: «Ali Agca sabe cosas sólo hasta cierto nivel. Más allá de ese nivel no sabe nada. Si se trató de una conspiración, fue tramada por profesionales y los profesionales no dejan huellas. Uno nunca

encuentra nada».

No por primera vez, el Vaticano había dicho sólo parte de la verdad. Agca había confirmado lo que Luigi Poggi supo por el Mossad. El complot para matar al

Papa había sido gestado en Teherán. El descubrimiento iba a cambiar la actitud de Juan Pablo hacia el islam y hacia Israel.

Cada vez más a menudo decía a su personal que el verdadero conflicto del porvenir en el mundo no tendría lugar entre el Este y el Oeste, Rusia y Estados Unidos, sino entre el fundamentalismo islámico y la cristiandad. En público, tenía buen cuidado de separar la fe del islam del fanatismo fundamentalista.

En Israel, los analistas del Mossad vieron en el cambio de actitud del pontífice la primera señal de que el testimonio de Poggi había sido aceptado. Pero aunque no se dio ningún paso para invitar al Mossad a contribuir a la comprensión del mundo del Papa, éste había quedado convencido del valor de los diálogos entre Poggi y Eli. En Tel Aviv, Admoni le pidió a Eli que siguiera en contacto con Poggi. Se encontraron en distintas ciudades europeas, algunas veces en una embajada israelí y otras, en una nunciatura apostólica. Sus conversaciones eran variadas, pero siempre se centraban en dos temas: la situación en Oriente Medio y el deseo del Papa de visitar Tierra Santa. Unido a esto estaba el continuo esfuerzo de Juan Pablo por encontrar una patria permanente para la OLP.

Poggi dejó claro que el Papa estaba fascinado con Yasser Arafat y que le tenía simpatía. Juan Pablo no compartía la opinión de Rafi Eitan, David Kimche y Uri Saguy sobre el líder de la OLP, a quien Eitan había considerado un asesino despiadado «carnicero de nuestras mujeres y niños, alguien a quien mataría con mis propias manos».

Para el pontífice, criado en la heroica resistencia polaca contra los nazis, Arafat era un desamparado, una figura carismática siempre capaz de escapar a los reiterados intentos del Mossad para asesinarlo. Poggi le contó a Eli que Arafat le había dicho al Papa que había desarrollado un sexto sentido «y un poco del séptimo» cuando estaba en peligro. «Un hombre como ése merece vivir», había concluido Poggi.

Estos comentarios dieron a Eli una visión más clara de la mentalidad papal. Pero Juan Pablo defendió con hechos la verdad histórica de que las raíces judías de la cristiandad no deben ser olvidadas y el antisemitismo —tan común en su amada Polonia— debe ser erradicado.

En mayo de 1984 Poggi invitó a Eli al Vaticano. Los dos hombres conversaron juntos durante horas, en la oficina del arzobispo. Hasta el día de hoy nadie sabe de qué hablaron.

Una vez más, en Israel se vivían tiempos de escándalo en la comunidad de inteligencia. Un mes antes, el 12 de abril, cuatro terroristas de la OLP habían secuestrado un autobús con cuarenta y cinco pasajeros cuando éste se dirigía a la ciudad sureña de Ashqelon. La versión oficial del incidente fue que el Shin Bet había tomado por asalto el autobús y que en el tiroteo fueron abatidos dos de los terroristas y los otros dos, heridos, murieron camino del hospital.

Los diarios decían que habían sido sacados del vehículo sin heridas graves visibles. De ello se deducía que habían muerto a causa de haber sido brutalmente

golpeados en la ambulancia por los oficiales del Shin Bet. Aunque no estuviera directamente implicado, la condena internacional del incidente salpicó al Mossad.

Con estos antecedentes, Poggi le explicó a Eli que no podía plantearse la cuestión de que el Papa estableciera relaciones diplomáticas con Israel. Hasta que lo hiciera, respondió Eli, no había posibilidad de que se le permitiera a Juan Pablo una visita a Tierra Santa.

Sin embargo, ambos acordaron que ese punto quedaría en suspenso en el puente de enlace que se ocupaban de construir.

El 13 de abril de 1986, Juan Pablo hizo algo que ningún otro pontífice había hecho nunca. Entró en la Sinagoga de Roma, en Lungotevere dei Cenci, donde lo abrazó el rabino principal de la ciudad.

Cada uno con sus propios ornamentos, los dos hombres caminaron lado a lado entre la silenciosa congregación hasta la *teva,* la plataforma desde donde se lee la Torah.

Al fondo se encontraba Eli, que había jugado un papel en la consecución de este histórico hecho. Sin embargo, todavía no se había logrado el reconocimiento papal que quería Israel.

Eso llegaría por fin en diciembre de 1993, cuando se establecieron relaciones diplomáticas a pesar de la oposición de los representantes de la línea dura del Vaticano.

Para entonces, Nahum Admoni ya no era jefe del Mossad. Su sucesor, Shabtai Shavit, continuó el delicado proceso de un acercamiento de la agencia a la Santa Sede. Parte de esa maniobra consistía en demostrar al Papa que tanto Israel como la OLP tenían por fin verdadero interés en alcanzar un acuerdo y reconocían la amenaza común del fundamentalismo islámico. Juan Pablo ll llevaba en su cuerpo las cicatrices que lo probaban.

Entretanto, el Mossad había estado ocupado con un continente en el que el Vaticano tenía depositadas muchas esperanzas de futuro: África. Desde allí, la Santa Sede esperaba ver surgir algún día el primer papa negro. Pero en el continente africano el Mossad se había comportado con la maestría del pasado en el oscuro arte de enfrentar a un servicio de inteligencia con otro para asegurar su propia posición.

13

Conexiones africanas

A pocas manzanas del venerable hotel Norfolk de Nairobi, el club Oasis había sido siempre el favorito de los hombres de negocios de Kenia. Podían beber toda la noche en su interior sombrío y llevarse a una chica del bar hasta una de las habitaciones traseras, depués de revisar su certificado médico actualizado para confirmar que no tenía ninguna enfermedad venérea.

Desde 1964, el club también había recibido a otros visitantes: chinos con ropa de safari, rusos con cara de baldosa y hombres cuya nacionalidad podía ser cualquiera de la zona mediterránea. No se encontraban allí por la cerveza fría o por las «chicas más ardientes de África» que el club anunciaba. Aquellos hombres trabajaban para los servicios de inteligencia y luchaban por hincar la bandera en África Central, donde sólo el MI5 británico había operado secretamente alguna vez. Los recién llegados representaban al Servicio de Inteligencia Chino (SIC), el KGB y el Mossad. Cada servicio tenía su propio programa y competía contra los otros. Ninguno era mejor que el Mossad en este aspecto.

En total, había una docena de *katsas* distribuidos a lo largo del ecuador, desde Dar es Salaam, en el océano Indico, hasta Freetown, en la costa atlántica. Los agentes, jóvenes y muy aptos, contaban con un número impresionante de pasaportes falsos y, además de las habituales destrezas, habían adquirido conocimientos de medicina y cirugía que les permitían sobrevivir en la maleza, donde rondaban leones y leopardos, así como nativos hostiles.

La aventura del Mossad en África había comenzado poco después de que Fidel Castro tomara el poder en Cuba, en 1959, y comenzara a exportar la revolución. Su primer éxito se produjo cuando su secuaz, John Okello, un «mariscal de campo» con estilo propio, fue sacado de la selva por un reclutador cubano, recibió un curso de guerrilla en La Habana y se le ordenó tomar la pequeña isla de *Zanzíbar,* en la costa oriental de África. Su altura y peso —llegaba a los ciento cincuenta kilos— bastaron para aterrorizar a la policía local, que fue inmediatamente sometida. El desorganizado ejército de Okello ejerció una autoridad brutal sobre una población cuyas únicas armas eran las herramientas para cosechar las especias que dieron fama a Zanzíbar. La isla se convirtió en la pista de lanzamiento de Castro para penetrar en el continente africano. Había población china en el puerto de Dar es Salaam y sus informes atrajeron la atención del Gobierno de Pekín. Viendo la oportunidad que la revolución

embrionaria ofrecía a China para ganar más peso en el continente, se ordenó al SIC establecerse en la región y ofrecer ayuda a los revolucionarios.

Entretanto, Castro había montado una operación a gran escala para cubanizar el floreciente movimiento de liberación negra. Su foco estaba en el puerto de Casablanca, sobre la costa oeste de África. Allí llegaban los cargueros con armas cubanas y regresaban a La Habana con reclutas guerrilleros de toda África Central. Pronto el SIC estaba ayudando a elegirlos.

La idea de tener a cientos de revolucionarios entrenados y bien armados a pocas horas de distancia de su territorio resultaba alarmante para el Gobierno y los servicios de inteligencia de Israel.

Pero, provocarlos cuando no habían amenazado todavía directamente a Israel, llevaría a una confrontación indeseada. Teniendo las manos ocupadas en luchar contra la amenaza del terrorismo árabe, debía evitarse la complicación de una acción directa contra los revolucionarios negros. Meir Amit ordenó a sus *katsas* de África mantener una estrecha vigilancia pero no involucrarse activamente.

La entrada en escena del KGB cambió completamente el panorama. Los rusos proponían una oferta a los futuros terroristas que éstos no podían rechazar: la oportunidad de ser entrenados en la Universidad Patrice Lumumba de Moscú. Allí serían adiestrados por los mejores instructores en tácticas guerrilleras del KGB, que les enseñarían cómo explotarlas con el pretexto de ayudar a los desposeídos, los que no tenían poder ni oportunidades en los países democráticos. Para vender la idea, el KGB llevó a sus mejores alumnos de la Lumumba: los terroristas árabes.

Meir Amit reforzó a sus *katsas* de África con grupos de *kidon.* Sus nuevas órdenes eran interferir por todos los medios las relaciones entre el KGB y sus huéspedes africanos, entre el KGB y el SIC, matar a los activistas árabes a la menor oportunidad, y cultivar las relaciones con los revolucionarios prometiéndoles que Israel los ayudaría al margen de la guerrilla para permitir que sus organizaciones obtuvieran legitimidad política. Todo lo que Israel pedía a cambio era no ser atacado por estos movimientos.

El club Oasis se había convertido en parte de la batalla por los corazones y mentes de los revolucionarios africanos. Las noches se llenaban de largas conversaciones sobre cómo el terrorismo, sin publicidad, era sólo un arma decorativa, y sobre la necesidad de no perder de vista nunca la meta final: libertad e independencia. En la atmósfera asfixiante del club se urdían complots, se cerraban tratos, se identificaban blancos para su ejecución o destrucción. Algunas víctimas serían emboscadas en una sucia calle; otras, asesinadas en sus camas. Un día iba a ser un agente del KGB; al siguiente, un espía del SIC. Cada bando culpaba al otro por lo que había hecho el Mossad.

De vuelta al Oasis, las noches continuarían como siempre, con nuevos planes trazados en las mesas de bambú y la lluvia cayendo sobre los montes y golpeteando en el techo de chapa. No había razón para hablar en susurros, pero los viejos hábitos nunca mueren.

Meir Amit había informado a sus agentes de todo lo que sabía sobre el SIC. La tradición de espionaje del servicio tenía 2.500 años de antigüedad. Durante siglos había sido un títere del emperador para espiar a sus subditos. Pero con la llegada de Mao y posteriormente, de Deng Xiaoping, la inteligencia china, como tantas

otras cosas, había cambiado de rumbo. El SIC empezó a extender sus redes a través del Pacífico hacia Estados Unidos, Europa, Oriente Medio y, finalmente, África.

Estas redes se usaban para otros servicios además del espionaje: eran rutas importantes para el tráfico de drogas y el blanqueo de dinero. Con casi la mitad del opio mundial creciendo a las puertas de la República Popular China, en el triángulo dorado de Tailandia, Laos y Myanmar, el SIC trabajaba con las bandas de la Tríada para pasar droga hacia el oeste. Dado que Hong Kong era uno de los mayores centros para el blanqueo de dinero, el SIC contaba con la tapadera perfecta para ocultar las ganancias provenientes del narcotráfico. Ese dinero ayudó a financiar sus actividades en África y estuvo, a partir de 1964, a cargo en última instancia del director general del SIC, Qiao Shi. Éste, un hombre alto y encorvado, amante del coñac francés y los habanos cubanos, era el jefe de cientos de espías y contaba con un presupuesto para el soborno y el chantaje sólo igualado por el del KGB. Los campos de trabajo de China Central estaban llenos de aquellos que se habían atrevido a desafiar a Qiao. El perfil psicológico del Mossad lo describía como un hombre que había hecho carrera con maniobras modestas pero hábiles.

Las actividades del SIC en África estaban bajo el mando local del coronel Kao Ling, una figura legendaria en el servicio, que se había ganado una reputación por sus tácticas subversivas en la India y Nepal. En Zanzíbar, Kao Ling llevaba una vida regalada y tenía una sucesión de jovencitas africanas como amantes. Se movía por África Central como un depredador; desaparecía durante semanas. Con motivo de sus visitas a Nairobi se celebraban fiestas desenfrenadas en el Oasis. El humo dulce del incienso perfumaba el club. Las prostitutas africanas se vestían con ropa de seda china; había fuegos artificiales y números de variedades traídos de Hong Kong.

Los guerrilleros que regresaban de Cuba eran agasajados antes de adentrarse en la maleza para combatir. Uno de ellos hacía el truco de beber un vaso de sangre humana que extraía de sus enemigos muertos.

Entretanto, Kao Ling ampliaba sus operaciones no sólo a lo ancho de África sino también hacia el norte, Etiopía, Yemen del Sur y Egipto. Proporcionaba a sus terroristas sustanciales sumas de dinero para atacar a Israel. El SIC consideraba a Israel un peón en las manos de Washington y un blanco legítimo para lo que Kao Ling llamaba «mis combatientes de la libertad».

Meir Amit decidió que el Mossad debía ir de frente contra el SIC. Primero abortaron un complot chino para derrocar al régimen prooccidental de Malawi. Luego, informaron a las autoridades de Kenia sobre la magnitud de la presencia china en el seno de su país.

Más adelante, el Gobierno de Nairobi daría una muestra de su gratitud al permitir a los aviones militares israelíes sobrevolar su territorio durante la misión en Entebbe. El club Oasis fue cerrado y, sus patrones chinos, expulsados del país aunque, según ellos, sólo eran hombres de negocios. Fueron afortunados: varios agentes del SIC quedaron para siempre en África, asesinados por *katsas* del Mossad o abandonados a su suerte en la sabana para ser devorados por leones y leopardos.

Cuanto más trataban de contraatacar los chinos en otros países africanos, más

despiadado se volvía el Mossad. Los *kidon* acechaban a los agentes del SIC cada vez que se instalaban en algún lugar. En Ghana, un agente del SIC fue acribillado cuando salía de una discoteca con su novia. En Mali murió otro por una bomba colocada en su coche; en Zanzíbar, todavía la joya de la corona del SIC, un incendió destruyó el edificio de apartamentos donde se alojaba personal del servicio. Durante uno de sus viajes, Kao Ling escapó por poco de la muerte cuando su instinto lo llevó a cambiar de coche en Brazzaville. El otro vehículo explotó minutos después, matando a su chófer. En Zambia, un agente del SIC fue atado a un árbol para que se lo comieran los leones.

Cuando Kwame Nkrumah, el gobernante prochino de Ghana, se encontraba de visita oficial en Pekín, el Mossad orquestó el levantamiento que condujo a su derrocamiento y a la destrucción de la infraestructura del SIC en el país.

Durante tres años, el Mossad llevó a cabo su guerra mortal de desgaste contra el SIC, a lo largo y a lo ancho de África. No hubo piedad en ninguno de ambos bandos. Cuando un equipo del SIC emboscó a un *katsa* en el Congo, lo tiraron a los cocodrilos y filmaron sus últimos minutos en el agua para enviar la cinta al jefe del cuartel local del Mossad. Se vengó personalmente, disparando un cohete al edificio desde donde operaba el SIC. Tres chinos resultaron muertos.

Finalmente, a través del presidente Mobutu de Zaire, el SIC hizo saber al Mossad que no deseaba seguir la lucha; al contrario, ambos compartían el interés común de refrenar el avance soviético en la zona. El acercamiento encajaba perfectamente en la política hacia las superpotencias articulada sobre la máxima de Meir Amit: «Dividirlos ayuda a que Israel sobreviva».

Mientras el SIC y el Mossad combatían entre sí, el KGB había hecho sus planes para apoderarse de los planes de Castro de «cubanizar» África. Los jefes del KGB y el Politburó se habían reunido en el Kremlin y habían decidido que Rusia financiaría totalmente la economía cubana. Los términos del acuerdo eran suficientes para asegurar que una nación de siete millones de personas quedara empeñada con la Unión Soviética. A cambio, Castro aceptaba que el comunismo soviético, y no el chino, sería el apropiado para las naciones de África. También aceptó recibir a cinco mil «consejeros» que adiestrarían al servicio secreto cubano, la DGI, para operar correctamente en África.

El KGB comenzó a trabajar con los cubanos en todo el continente. En seis meses, cualquier acto de terrorísmo en.Áfricaca estaba controlado por los rusos. Desde ios campamentos emplazados en Oriente Medio para entrenar terroristas, el KGB llevó a los mejores para hacer la guerra al régimen sudafricano de *apartheid.*

Terroristas de Europa, América Latina y Asia ofrecieron su experiencia en Angola, Mozambique y los países que rodean a Sudáfrica.

Según Meir Amit «las cosas se estaban calentando de veras al sur del ecuador».

Se dio cuenta de que sólo era cuestión de tiempo que aquellos veteranos mercenarios volvieran su atención hacia Israel. La oferta del SIC de colaborar contra el enemigo común, el KGB y sus terroristas, fue recibida con gratitud por el Mossad. Los chinos comenzaron a aportar información sobre los movimientos árabes en el sur de África. Algunos fueron eliminados con el conocido método de las bombas colocadas en coches o en habitaciones de hotel. En una ocasión, el

Mossad colocó una bomba en el baño de un mercenario que sufría de «diarrea del Congo», una forma particularmente desagradable de disentería. La parte baja de su cuerpo *voló* por los aires cuando tiró de la cadena del inodoro en un hotel de Jartum.

El Mossad cumplió su parte del trato advirtiendo al SIC de que Moscú intentaba ofrecer un paquete de asistencia financiera global a uno de los países más pobres de la tierra: Somalia. Inmediatamente, Pekín dobló la oferta. Luego, el Mossad ayudó a China en Sudán, donde Moscú había establecido una cabeza de playa a través del Gobierno militar del presidente Nimeri. Cuando el dictador se negó a depender por completo de los rusos, el KGB planeó un golpe. El Mossad se lo dijo al SIC, que avisó a Nimeri. Éste expulsó a los diplomáticos soviéticos y suspendió los planes de ayuda del bloque.

Una vez atizada la enemistad a muerte entre los dos bastiones del comunismo, el Mossad volvió su atención hacia el único servicio de inteligencia de África que había considerado amigo: la Oficina de Seguridad del Estado, la OSE, el brazo más temido del aparato de seguridad sudafricano. La OSE igualaba al Mossad en chantaje, sabotaje, falsificaciones, secuestros, interrogatorio de prisioneros, acción psicológica y asesinatos. Como el Mossad, la OSE tenía mano libre para manejar a sus oponentes. Los dos servicios pronto se volvieron íntimos. A menudo actuaban a dúo y se movían por África unidos por un «entendimiento» secreto entre Golda Meir y el Gobierno de Pretoria.

El primer resultado había sido la exportación de mineral de uranio a Dimona. Las cargas eran transportadas en aviones comerciales de El Al, de Johannesburgo a Tel Aviv, y registradas como maquinaria agrícola. Científicos sudafricanos viajaron a Dimona y fueron los únicos extranjeros que supieron el verdadero propósito de las instalaciones. Cuando Sudáfrica probó un artefacto nuclear en una remota isla del océano índico, los científicos israelíes se hallaban presentes para calibrar la explosión. En 1972, Ezer Weizman, entonces oficial superior en el Ministerio de Defensa israelí, se encontró con el primer ministro P. W. Botha, en Pretoria, para ratificar posteriores «colaboraciones».

Si uno de los dos países era atacado y necesitaba ayuda militar, el otro acudiría en su auxilio. Israel facilitó al Ejército sudafricano una cantidad sustancial de armamento norteamericano y, a cambio, se le permitió probar sus primeros artefactos nucleares en el océano Indico.

Para entonces, el Mossad había estrechado sus lazos con la OSE. No pudieron conseguir que los agentes de la oficina desistieran de sus brutales métodos de interrogatorio, pero los instructores del Mossad les enseñaron muchos otros que habían tenido éxito en el Líbano y otros lugares: privación de sueño; estar encapuchado; obligar a un sospechoso a mantenerse de pie contra una pared durante mucho tiempo; apretar los genitales, y toda una variedad de torturas mentales que iban desde la amenaza hasta el simulacro de ejecución. Los *katsas* del Mossad viajaban con las unidades de la OSE a los países vecinos en misiones de sabotaje. Los *kidon* mostraron a los sudafricanos cómo matar sin dejar huellas comprometedoras. Cuando el Mossad se ofreció a localizar a los líderes del Congreso Nacional Africano (CNA) que vivían exiliados en Gran Bretaña y Europa, para que pudieran ser eliminados, la OSE agradeció la sugerencia. El Gobierno de Pretoria finalmente vetó la propuesta, temiendo perder el apoyo de los políticos

más conservadores de Londres.

Ambos, el Mossad y la OSE, estaban obsesionados por la creencia de que África se iba deslizando hacia la izquierda, camino de una revolución que afectaría a los dos países.

Para evitar que eso sucediera, estaba permitido cualquier método. Alimentando mutuamente sus temores, ambos servicios no daban cuartel y compartían una autoestima tan elevada que los llevaba a creer que sólo ellos eran capaces de lidiar con el enemigo. No tardaron en convertirse en los dos servicios de inteligencia más temidos de África.

Esta alianza no sentaba bien a Washington. La CÍA temía que podía perjudicar sus propios esfuerzos por controlar el continente negro. La descolonización de África en los años sesenta había provocado un renovado interés de la agencia y un gran incremento de sus actividades clandestinas. Se formó una división africana y, en 1963, se habían establecido cuarteles de la CÍA en todas las naciones africanas.

Uno de los primeros que sirvió en África fue Bill Buckley, más tarde secuestrado y asesinado por los terroristas del Hezbolá, en Beirut. Buckley recordaba, poco antes de su captura, que «esos eran tiempos de locura en África, con todo el mundo compitiendo por el primer lugar en la carrera. Llegamos tarde a la fiesta y el Mossad nos miraba como si nos hubiéramos colado».

En Washington, el Departamento de Estado realizó discretos pero decididos esfuerzos para disminuir la influencia israelí en África. Filtró detalles de cientos de judíos que habían salido de Sudáfrica para ayudar a Israel durante la guerra de Suez. Veinte naciones africanas negras cortaron las relaciones diplomáticas con Jerusalén. Entre ellas estaba Nigeria. La ruptura podría haber sido un golpe mortal para Israel: Nigeria proporcionaba el 60 por ciento de los suministros de petróleo a Israel a cambio de armas vendidas en un principio a Israel por Estados Unidos. A pesar de la ruptura diplomática, el primer ministro Yitzhak Shamir decidió continuar armando secretamente Nigeria a cambio de un continuo flujo de petróleo. Para Buckley era un «ejemplo palmario de pragmatismo político». Otro fue el modo en que el Mossad empezó a apuntalar a su vieja socia, la OSE. Como consecuencia de la invasión israelí del Líbano, en 1982, el Mossad encontró gran cantidad de documentos que revelaban vínculos estrechos entre la OLP y el Congreso Nacional Africano, la bestia negra de la OSE. El material incriminador fue entregado a la oficina y permitió a sus agentes arrestar y torturar a cientos de miembros del CNA.

Los años ochenta fueron tiempos felices para el gran safari africano del Mossad. Al mismo tiempo que ponía a los chinos en contra de los rusos, complicaba las cosas a la CÍA, el MI5 y otras agencias europeas que actuaban en el continente. Cada vez que alguien amenazaba su posición, el Mossad ponía en evidencia sus actividades. Un agente del MI5 fue descubierto en Kenia. En Zaire, naufragó una red de la inteligencia francesa. Una operación de la inteligencia alemana fue rápidamente abortada en Tanzania después de haber sido expuesta por el Mossad, mediante una confidencia a un periodista local.

Cuando el líder terrorista Abu Nidal, que había urdido el asesinato del embajador israelí en Londres, Shlomo Argov, el 3 de junio de 1983, trató de pedir asilo en Sudán, el Mossad prometió un millón de dólares de recompensa por su

captura, vivo o muerto. Al final, Nidal escapó hacia su refugio en Bagdad.

En una docena de países el Mossad sacó provecho del naciente nacionalismo africano. Entre los agentes que habían servido en esos países se encontraba Yaakov Cohén, quien recordaba: «Les dimos la capacidad de inteligencia necesaria para mantenerse por delante de la oposición. En países como Nigeria, las rivalidades tribales condujeron a la guerra civil. Nuestra política era trabajar con cualquiera que quisiera trabajar con nosotros. De ese modo sabíamos todo lo que pasaba en el país. Se informaba del más leve cambio de humor que pudiera afectar a Israel».

Antes de ir a África, Cohén se había distinguido en misiones encubiertas en Egipto y otros lugares. Como parte de su disfraz, el Mossad había hecho que un cirujano plástico alterara el más notable de sus rasgos étnicos: la nariz. Cuando volvió del hospital, su esposa apenas lo reconoció con su nueva nariz.

El día de año nuevo de 1984, el parte diario de Nahum Admoni contenía noticias sobre un golpe de Estado en Nigeria. Una camarilla militar, conducida por el general de división Muhammad Buhari, había tomado el poder. La primera pregunta de Shamir fue de qué manera eso influiría en el suministro de petróleo a Israel. Nadie lo sabía. Durante todo el día se hicieron precipitados esfuerzos para ponerse en contacto con el nuevo régimen.

En su segundo día de mandato, Buhari publicó una lista de ex miembros del Gobierno acusados de diversos crímenes. El primero de la lista era Umaru Dikko, el depuesto ministro de Transporte, acusado de malversar millones de dólares en ganancias petroleras del Tesoro nacional. Dikko había huido del país y, a pesar de los tremendos esfuerzos por encontrarlo, había desaparecido.

Admoni vio su jugada de apertura. Viajando con un pasaporte canadiense —otro de los favoritos del Mossad—voló a Lagos, capital de Nigeria. Buhari lo recibió por la noche. El general escuchó la oferta de Admoni, plenamente respaldada por Rabin. A cambio de la garantía de no suspender el suministro petrolero a Israel, el Mossad encontraría a Dikko y lo traería de vuelta a Nigeria. Buhari tenía una pregunta: ¿Podría el Mossad localizar también el dinero que Dikko había robado? Admoni dijo que el dinero estaría seguramente en cuentas numeradas de bancos suizos, imposibles de rastrear a menos que Dikko revelara voluntariamente su paradero. Buhari sonrió por primera vez. Cuando Dikko volviera a Nigeria, no habría problemas para hacerlo hablar. Buhari hizo una última pregunta: ¿Estaría dispuesto el Mossad a trabajar con el servicio secreto nigeriano y a no atribuirse el mérito de la captura de Dikko? Admoni aceptó. El Mossad no necesitaba apuntarse una operación que parecía bastante sencilla.

Los «espías supervivientes» de Rafi Eitan fueron movilizados en toda Europa. Se enviaron *katsas* a indagar desde España hasta Suecia. Los *sayanim* de doce países fueron puestos en alerta: se dijo a los médicos que estuvieran atentos en caso de que Dikko necesitara atención o recurriera a un cirujano plástico para cambiar de aspecto; los conserjes de los hoteles de Saint Moritz y Montecarlo, antiguos lugares de recreo de Dikko, vigilaban. Los empleados de las agencias de coches avisarían si alquilaba un automóvil; se pidió a los agentes de viajes que dieran aviso si compraba un pasaje. Los *sayanim* que trabajaban para las empresas de tarjetas de crédito debían vigilar si usaba las suyas.

Los camareros memorizaron la descripción de Dikko; los sastres, sus medidas

y; los camiseros, el tamaño de su cuello. Los zapateros de Roma y París fueron puestos al corriente de que calzaba zapatos hechos a medida del número cuarenta. Se le pidió a Robert Maxwell que sondeara a sus contactos de alto nivel entre los diplomáticos africanos. Como todos, no obtuvo respuesta.

No obstante, Admoni decidió que Dikko se escondía en Londres —la ciudad se había convertido en refugio de los opositores al nuevo gobierno— y desplazó a sus mejores *katsas* hasta allí. Con ellos iban agentes de seguridad nigerianos, al mando del comandante Muhammad Yusufu. Alquilaron un apartamento en la calle Cromwell. Los *katsas* se alojaron en hoteles donde se hospedaban turistas africanos.

Trabajando por separado, los dos grupos se movieron dentro de la pequeña comunidad nigeriana. Los hombres de Yusufu se hacían pasar por refugiados del nuevo régimen y, los *katsas,* por simpatizantes de las aspiraciones africanas para derrocar al régimen de Pretoria. Gradualmente estrecharon el cerco al oeste de Londres, cerca de Hyde Park, donde muchos nigerianos ricos vivían en el exilio. Empezaron a repasar los registros electorales del distrito, de libre consulta en el municipio. No llegaron a nada.

Entonces, siete meses después de que Dikko huyera de Lagos, reapareció. El 30 de junio de 1984, un *katsa* que conducía por Queensway, una concurrida calle, avistó cerca de Bayswater a un hombre que encajaba en la descripción de Umaru Dikko. Parecía más viejo y delgado, pero la cara ancha y los ojos negros como el carbón, que ni miraron el auto del *katsa,* no dejaban lugar a dudas.

El *katsa* buscó un sitio para aparcar y siguió a pie los pasos de Dikko hasta una casa cercana de Dorchester Terrace. Admoni fue inmediatamente informado. Ordenó la permanente vigilancia de la casa como único paso a dar. Durante los primeros tres días de julio de 1984, dos agentes mantuvieron continuamente vigilado a Dikko. Entretanto, los nigerianos usaban su embajada como base para preparar una operación de secuestro, inspirada en la que Rafi Eitan había montado para atrapar a Eichmann.

Excepcionalmente, se le había asignado un papel preponderante a un extraño, el doctor Levi Arie Shapiro, anestesista y director de la unidad de cuidados intensivos del hospital Hasharon de Tel Aviv. Había sido reclutado por Alexander Barak, un *katsa* que apeló al patriotismo del médico. El doctor accedió a viajar a Londres y gastar los mil dólares que Barak le había entregado para comprar equipo médico: anestesia y un tubo endotraqueal. Recibiría más instrucciones en Londres. Shapiro no quiso aceptar dinero por su colaboración porque estaba orgulloso de servir a Israel. Otro *katsa,* Félix Abithol, había llegado a Londres en un vuelo de Amsterdam, el 2 de julio. Se registró en el hotel Russell Square. Su primera orden al jefe del equipo nígeriano, el comandante Yusufu, fue que alquilara una furgoneta. Uno de los hombres de Yusufu alquiló una de color amarillo canario. Ése bien pudo haber sido el momento en el que el plan comenzó a venirse abajo.

La noche del 3 de julio, un carguero 707 de Nigerian Airways aterrizó en el aeropuerto de Stansted, cuarenta y cinco kilómetros al noreste de Londres. Había volado desde Lagos, vacío. Según dijo el piloto a las autoridades del aeropuerto,

su cometido era recoger equipaje diplomático de la embajada en Londres. Entre la tripulación había varios agentes de seguridad, que se identificaron abiertamente y alegaron encontrarse allí para proteger el equipaje. Su presencia fue comunicada a la Brigada Especial de Scotland Yard. Había habido varias denuncias en los meses precedentes porque el régimen nigeriano amenazaba a los exiliados en Londres. Se ordenó a los hombres de seguridad que no abandonaran el aeropuerto. Aparte de las visitas a la cafetería de la terminal, permanecieron a bordo de la aeronave.

Al día siguiente, alrededor de media mañana, la furgoneta color canario salió de un garaje de Notting Hill Gate que había sido alquilado por uno de los nigerianos. Yusufu iba al volante. En la parte posterior se agazapaba el doctor Shapiro, junto a un cajón. En cuclillas iban Barak y Abithol. A mediodía, en Stansted, el piloto del 707 anotó la partida hacia Lagos para las tres de la tarde. El plan de vuelo describía la carga como dos cajones de «documentación» para el Ministerio de Asuntos Exteriores en Lagos. Aquellos papeles requerían inmunidad diplomática para ambos contenedores.

Poco antes de mediodía, la furgoneta sorteó el tráfico y estacionó delante de la casa de Dorchester Terrace. Poco después, Umaru Dikko salió para almorzar con un amigo en un restaurante cercano. Su secretaria particular, Elizabeth Hayes, estaba mirando por la ventana. Cuando se daba la vuelta, la puerta posterior de la furgoneta se abrió de golpe y «dos hombres de color aferraron al señor Dikko y lo obligaron a entrar en el vehículo. Sólo atinó a gritar algo antes de que subieran tras él y la furgoneta partiera a toda velocidad».

Cuando se recuperó, la secretaria marcó el número de emergencias. Al cabo de pocos minutos la policía llegó al lugar de los hechos, seguida por el comandante William Hucklesby, de la Brigada Antiterrorista de Scotland Yard. Éste sospechaba lo que había ocurrido. Cada puerto y aeropuerto fue alertado. Para Hucklesby la situación tenía particulares dificultades. Si Dikko había sido raptado por el régimen nigeriano, eso podía acarrear problemas políticos complicados. El Ministerio de Asuntos Exteriores y Downing Street fueron puestos al corriente. Hucklesby recibió la orden de hacer lo que considerara oportuno.

Poco antes de las tres de la tarde la furgoneta llegó a la terminal de carga de Stansted. Yusufu mostró un pasaporte diplomático nigeriano a los oficiales de seguridad de la aduana, que observaron cómo cargaban los dos contenedores. Uno de los oficiales, Charles Morrow, diría: «Había algo que no me convencía. Luego oí un ruido que provenía de uno de los contenedores. Pensé, "me importa un comino". Inmunidad diplomática o no, necesitaba ver su contenido».

Las cajas fueron bajadas del avión y llevadas a un hangar, a pesar de las airadas protestas de Yusufu, que exigía que se respetara la inmunidad diplomática. En la primera caja descubrieron a Umaru Dikko, atado y anestesiado. A su lado se encontraba el doctor Shapiro, con una jeringa en la mano, listo para aumentar la dosis de anestesia. Umaru llevaba un tubo endotraqueal en la garganta para evitar que se ahogara con su propio vómito. En el otro contenedor se acuclillaban Barak y Abithol.

Durante el juicio, ambos agentes se atuvieron estoicamente a la versión de que eran mercenarios que trabajaban para un grupo de empresarios nigerianos que deseaban que Dikko fuera llevado ante los tribunales. Uno de los abogados más

eminentes *y* caros de Gran Bretaña, George Carmen, había sido contratado para su defensa. En su alegato final, dijo: «Quizá la explicación más plausible es que el servicio de inteligencia israelí nunca estuvo demasiado alejado de la operación».

La fiscalía no presentó ninguna prueba que implicara al Mossad. Lo dejó todo en manos del juez de la causa. Éste dijo al jurado: «El dedo acusador apunta casi con toda probabilidad al Mossad».

Condenaron a Barak a catorce años de prisión; al doctor Shapiro y a Abithol, a diez años cada uno; Yusufu fue condenado a doce años. Todos fueron posteriormente puestos en libertad por buena conducta *y* deportados sin escándalo a Israel. Como había ocurrido con otros que habían servido bien al Mossad, el servicio se aseguró de que quedaran fuera del foco de atención y no tuvieran que contestar preguntas comprometidas. El doctor Shapiro, por ejemplo, a pesar de haber violado su juramento hipocrático, siguió ejerciendo la medicina.

El MI5 advirtió a Nahum Admoni que, si se producía otro desliz, el Mossad sería tratado como un servicio poco amistoso. Para entonces, el jefe del Mossad estaba planeando otra operación diseñada para recordar a Gran Bretaña quiénes eran los verdaderos enemigos y, al mismo tiempo, ganar adeptos a Israel.

14

La bomba de la camarera

Una mañana despejada de febrero de 1986, dos cazas de las Fuerzas Aéreas israelíes descendieron en picado sobre un Learjet libio que volaba de Trípoli a Damasco. El avión civil se encontraba en el espacio aéreo internacional, a diez mil metros sobre el Mediterráneo y a punto de entrar en el espacio aéreo de Siria. A bordo viajaban los delegados que regresaban de una conferencia de palestinos y otros grupos radicales, organizada por Gadaffi para discutir los nuevos pasos a seguir con el fin de coronar la ardiente obsesión del líder libio de ver a Israel borrada de la faz de la tierra.

La visión de los cazas alineados a cada lado del Learjet creó el pánico entre sus catorce pasajeros, con fundadas razones. Cuatro meses antes, el martes 1 de octubre de 1985, cazas israelíes F-15 habían destruido el cuartel general de la OLP al sudeste de Túnez tras dar un rodeo de casi cuatro mil quinientos kilómetros que había implicado el reabastecimiento en el aire y el tipo preciso de información que siempre provocaba escalofríos en el mundo árabe.

Esa incursión fue una respuesta directa al asesinato, unos días antes, de tres turistas israelíes de mediana edad que se encontraban a bordo de su yate, en el puerto chipriota de Larnaca, tomando el último sol del verano. La matanza había coincidido con el Yom Kippur y, a muchos israelíes, les recordó el principio de la guerra del Día del Perdón, cuando la nación misma había sido tomada tan de sorpresa como los turistas.

A pesar de haber soportado casi cuatro décadas de terrorismo, los asesinatos causaron horror y miedo generalizado entre los israelíes: los turistas habían sido retenidos durante algún tiempo a bordo y se los había forzado a escribir sus últimos pensamientos antes de morir. La primera en hacerlo fue la mujer, a la que dispararon en el estómago. Sus dos compañeros fueron obligados a tirarla por la borda. Luego, uno tras otro, los asesinaron a quemarropa de un tiro en la nuca.

En la guerra de falsa propaganda que había caracterizado la lucha de inteligencia entre la OLP e Israel, los primeros alegaban que las víctimas eran agentes del Mossad que cumplían una misión. Tan bien presentó la historia la OLP, que varios periódicos europeos identificaron a la mujer como una de las agentes atrapadas en el caso Lillehammer, hacia 1973. Esa mujer todavía vivía y había dejado el Mossad.

Desde entonces, la prensa árabe estaba plagada de advertencias calamitosas

sobre una venganza de Israel. Muchas de las historias habían sido producidas por el departamento de acción psicológica del Mossad, para irritar aún más los nervios de millones de árabes.

Los pasajeros del Learjet, que sólo unas pocas horas antes habían abogado por la destrucción de Israel en la conferencia libia, vieron la cara sombría de su enemigo atisbándolos. Uno de los cazas movió las alas, la señal de «sigúeme» conocida por todos los pilotos del mundo. Para reforzar el mensaje, un israelí señaló con la mano enguantada hacia delante y abajo, hacia Galilea. Las mujeres que iban a bordo del jet empezaron a lloriquear; algunos hombres comenzaron a rezar. Otros miraban hacia delante con fatalismo. Todos sabían que aquella posibilidad existía: los malditos infieles tenían la capacidad de alcanzarlos y atraparlos en el cielo.

Una de las aeronaves israelíes disparó una breve ráfaga de ametralladora para advertir al piloto del Learjet que no se le ocurriera pedir auxilio por radio a las Fuerzas Aéreas sirias, situadas a escasos minutos de vuelo. El miedo de los pasajeros se acrecentó. ¿Iban a correr ellos la misma suerte de los auténticos héroes del mundo árabe?

Justo un mes antes del *raid* aéreo en Túnez, una patrulla naval israelí con agentes del Mossad había detenido un pequeño barco, llamado *Opportunity,* que realizaba su viaje regular entre Beirut y Larnaca. De la sentina habían sacado a Faisal Abu Sharah, un terrorista con las manos manchadas de sangre. Había sido empujado a bordo del bote patrulla como preludio de un interrogatorio salvaje en Israel, seguido de un juicio rápido y una larga condena. La rapidez y la audacia de la operación habían hecho crecer todavía más la imagen de invulnerabilidad que Israel tenía en el mundo árabe.

Incidentes como aquel eran muy comunes. Trabajando con la pequeña pero bien entrenada Marina de Israel, el Mossad había interceptado varios barcos y detenido a pasajeros sospechosos de actividades terroristas. No sólo la costa mediterránea de Israel requería vigilancia, sino también el mar Rojo, siempre vulnerable.

Un agente del Mossad en Yemen había sido la fuente de una operación que frustró un complot de la OLP para mandar un bote de pesca por el mar Rojo hasta el balneario de Elat y detonar su carga de explosivos cerca de la costa, bordeada de hoteles. Una lancha israelí interceptó el bote y redujo a los dos ocupantes suicidas antes de que pudieran hacer estallar su carga.

Cuando el Learjet descendía hacia el norte de Israel, los pasajeros temían que aquello fuera otra venganza por lo que había pasado cuando uno de sus héroes, Abu al Abbas, sólo unos meses antes, el 2 de octubre de 1985, había tomado el transatlántico *italiano Achille Lauro* en el acto de piratería marítima más espectacular que el mundo recordaba. Al Abbas había asesinado a uno de los pasajeros, León Klinghoffer, un norteamericano judío inválido, arrojándolo al mar.

El crimen se había convertido en un incidente diplomático en el que se habían visto implicados Israel, Estados Unidos, Egipto, Italia, Chipre, Túnez y la errante OLP. Durante días la crisis había recorrido el Mediterráneo, dando publicidad a los secuestradores y revelando el interés egoísta que gobernaba las actitudes ante el terrorismo en Oriente Medio. El secuestro de un crucero de línea regular que traía muchos turistas y divisas para Israel, seguido del asesinato de un pasajero,

provocó una ola de indecisión. La muerte había ocurrido técnicamente en suelo italiano, el *Achille Lauro* estaba registrado en Genova. Pero Italia era muy vulnerable al terrorismo y deseaba poner tierra sobre el incidente. Estados Unidos quería justicia para su ciudadano asesinado. Por toda la nación aparecieron pegatinas que rezaban: «No hay que perder la cabeza, hay que desquitarse». Finalmente, los secuestradores, que habían ocupado los titulares de todo el mundo durante varios días, se rindieron ante las autoridades egipcias, que los autorizaron a salir del país, para desesperación de Israel.

Más de uno de los pasajeros del Learjet se preguntaban si no serían todos retenidos en una cárcel de Israel como revancha. Con los cazas volando pegados a las alas, el jet aterrizó en un aeropuerto al norte de Galilea. El equipo de interrogadores de Aman que los esperaba sabía por el Mossad que a bordo se encontraban dos de los terroristas más buscados del mundo, el notorio Abu Nidal y el igualmente famoso Ahmed Jibril. En lugar de eso, los interrogadores se encontraron acusando a un grupo de árabes terriblemente asustados, ninguno de cuyos nombres aparecía en los ordenadores de Israel. El Learjet fue autorizado a partir con sus pasajeros.

Israel insistiría en que la idea de atrapar terroristas fue la única razón para interceptar el avión. Pero dentro del Mossad existía el ánimo de no perder una sola oportunidad para infundir miedo y pánico en las mentes de los árabes. Los interrogadores de Aman tuvieron cierta satisfacción al saber que los pasajeros contribuirían a reforzar la imagen de un Israel todopoderoso.

La cabeza de Aman, Ehud Barak, creía que la operación era otro ejemplo de la jactancia del Mossad y se lo hizo saber claramente a Nahum Admoni.

El jefe del Mossad, que nunca pudo soportar un error o el más leve reproche, comenzó a organizar una operación que no sólo terminaría con las burlas al Mossad en las radios árabes, por haber obligado a descender a un avión civil, sino que pondría fin a las críticas dentro de la comunidad de inteligencia para que el servicio a su mando pudiera estar bien seguro la próxima vez antes de ponerlos en ridículo a todos.

Así se inició una operación que, entre otras cosas, arruinaría la vida de una camarera irlandesa embarazada y enviaría a su amante árabe a prisión, a cumplir una de las condenas más largas dictadas por un tribunal británico. Una operación que avergonzaría profundamente al canciller alemán, Helmut Kohl, y al primer ministro francés, Jacques Chirac; que revelaría una vez más la furia manipuladora de Maxwell; que causaría la expulsión de Siria de la mesa diplomática y obligaría a cambiar la sintonía a todas esas radios árabes que habían ridiculizado al Mossad.

Como en todas las operaciones, habría momentos de gran tensión y períodos de paciente espera. Conllevaría una cuota de desesperación humana, ira útil y traición. Pero, para hombres como Nahum Admoni, tal complot constituía la esencia de su vida. Se preguntaba una y otra vez las mismas cosas. ¿Podía funcionar? ¿Creería la gente que había sucedido así? Y, por supuesto, ¿quedaría la verdad enterrada para siempre?

Seguramente, el Mossad había tomado nota de las muy diferentes destrezas de dos hombres para la operación. Uno era un *katsa* que servía en Inglaterra bajo

el alias de Tov Levy. El otro, un informador palestino cuyo nombre de guerra era Abu. El palestino había sido reclutado después de ser descubierto por el Mossad robando dinero del fondo de la OLP que administraba en un pueblo cercano a la frontera jordanoisraelí.

Jugando con su temor de que el crimen fuese revelado mediante un anónimo al jefe de la aldea y que eso le costara la vida, el Mossad lo había forzado a viajar a Londres. Le habían proporcionado documentación falsa y se hacía pasar por empresario. Gastaba lo que correspondía a su papel de derrochador de altos vuelos. Tov Levy estaba a cargo de su control.

En todos los sentidos, Abu encajaba en la definición clásica de Uzi Mahnaimi, ex miembro de la comunidad de inteligencia israelí, de lo que debía ser un agente:

> Uno pasa horas con él, quizá días; le enseña todo lo que debe saber; lo acompaña en los cursos; se relaciona con él; mira las fotos de su familia y conoce los nombres y las edades de sus hijos. Pero el agente no es un ser humano, nunca debe pensar que lo es. El agente es sólo un arma, el medio para conseguir un fin, como un Kalashnikov. Eso es todo. Si debe enviarlo a la horca, ni siquiera lo piense dos veces. El agente es siempre un número, nunca una persona.

Abu había hecho su papel a la perfección y se había vuelto una figura familiar en las mesas de juego de Mayfair. Dado su éxito, le toleraban su apetito sexual y sus excesos con la bebida. Moviéndose por los sitios favoritos de los comerciantes de armas y los magnates amigos de la OLP, Abu recogía información que permitía al Mossad asestar golpes contra el enemigo. Quince hombres de la OLP fueron eliminados por el servicio en pocas semanas como resultado del trabajo de Abu.

Algunas de sus citas con Tov Levy habían tenido lugar en bares y restaurantes del hotel Hilton, en Park Lañe. Allí trabajaba una irlandesa de Dublín llamada Ann-Marie Murphy.

Como muchas otras, había sido tentada a cruzar el mar de Irlanda por la fascinación de ganar dinero en Londres. Todo lo que había podido conseguir era un puesto de camarera. La paga era baja y el horario, prolongado. Ann-Marie pasaba su escaso tiempo libre en bares del distrito de Shepherds Bush, antiguo refugio de expatriados irlandeses. Cantaba las canciones de los rebeldes y hacía durar su vaso de Guinness. Luego volvía a su habitación solitaria, lista para otro largo día de cambiar sábanas, restregar lavabos y dejar cada habitación reluciente tal como exigía el Hilton. Su carrera no tenía futuro.

Poco antes del día de Navidad de 1985, al borde de las lágrimas pensando que lo iba a pasar sola, lejos de su despreocupado Dublín que tanto echaba de menos, Ann-Marie conoció a un árabe de piel oscura, a sus ojos bien parecido. Vestido con traje de seda y corbata llamativa, rezumaba abundancia. Cuando le sonrió, ella devolvió la sonrisa. Se llamaba Nezar Hindawi y era primo lejano de Abu. Hindawi tenía treinta y cinco años, aunque le mintió a Ann-Marie quitándose tres para hacerle creer que tenía treinta y dos, como ella. Seguiría mintiendo a una mujer confiada e ingenua.

Se habían conocido en un bar, cerca del teatro BBC, en Shepherds Bush Green. Nunca había estado en ese bar y quedó sorprendida al encontrar a

Hindawi entre las caras rubicundas de los albañiles, cuyo acento recordaba cada condado de Irlanda. Pero Hindawi parecía conocer a muchos de los parroquianos y se unía a sus bromas toscas o pagaba una ronda cuando le llegaba el turno.

Durante semanas, Hindawi había frecuentado el bar con la intención de entrar en contacto con el IRA. Abu le había pedido que lo hiciera, aunque por supuesto no le había explicado el porqué. Los pocos intentos de Hindawi por discutir la situación política de Irlanda eran ignorados por hombres más interesados en sus jarras de cerveza. Cualquier plan que estuviera urdiendo Abu seguiría siendo un secreto, al menos en lo que a Hindawi concernía. La llegada de Ann-Marie le había dado otra cosa en que pensar.

Cautivada por sus buenos modales y su encanto, Ann-Marie pronto se encontró riendo de las anécdotas de Hindawi sobre su vida en Oriente Medio. Para una mujer que nunca había ido más allá de Londres, eran como fantasías de *Las mil y una noches.* Hindawi la acompañó a su casa, la besó en las mejillas y se fue. Ann-Marie se preguntaba si la sensación de mareo que experimentaba era el paso previo a enamorarse. Al día siguiente la llevó a almorzar a un restaurante sirio y la introdujo en las delicias de la comida árabe. Alegre con el fino vino libanes, apenas opuso resistencia cuando la llevó a su apartamento. Esa tarde hicieron el amor. Hasta ese momento Ann-Marie era virgen. Criada en la fuerte tradición católica irlandesa, opuesta a los anticonceptivos, no había tomado ninguna precaución.

En febrero de 1986, descubrió que estaba embarazada. Se lo dijo a Hindawi. Él sonrió tranquilizador: se haría cargo de todo. Alarmada, Ann-Marie contestó que jamás aceptaría un aborto. Hindawi dijo que jamás se le había pasado por la mente. En realidad sentía pánico ante la perspectiva de casarse con una mujer a la que consideraba socialmente inferior. También temía que ella presentara una queja ante las autoridades. No tenía ni idea de lo poco que les importa un episodio así a los funcionarios; pensaba que iban a revocar su permiso de residencia y lo iban a deportar como un extranjero indeseable. Hindawi recurrió a la única ayuda que tenía a mano, su primo Abu.

Abu tenía sus propios problemas. Había perdido gran cantidad de dinero en el juego. Le dijo francamente a Hindawi que no podía prestarle el dinero para que Ann-Marie regresara a Dublín, tuviera su bebé y lo diera en adopción. Ella le había dicho que eso era muy común en Irlanda.

Al día siguiente, Abu se reunió con Tov Levy. Durante la cena, el *katsa* le dijo a Abu que debía hacer algo para que el Gobierno británico cerrara la embajada siria en Londres y expulsara a su personal, sospechoso desde hacía mucho de actividades terroristas. Levy dijo que necesitaba un «anzuelo» para lograrlo. ¿Podía Abu conseguir algo o alguien que fuera útil? Abu mencionó que tenía en Londres un primo cuya novia estaba embarazada.

La conspiración empezó a cuajar después de la sacudida sufrida por la inteligencia israelí a raíz de las revelaciones en Washington sobre el trato del cambio de armas por rehenes con Irán. La imagen de la dureza de Israel frente al terrorismo había quedado vapuleada. En el Mossad estaban furiosos porque la Administración Reagan había permitido que las cosas salieran tan mal como para

que el papel de Israel saliera a la luz.

Las revelaciones habían complicado todavía más la posibilidad de mantener el mínimo apoyo de vecinos cautelosamente amistosos como Egipto y Jordania, que ya se estaban cansando de la OLP y el histrionismo de Yasser Arafat. Cada vez más, el líder de la OLP se estaba convirtiendo en un rehén político de sus propios extremistas. Sin ser marxista, se veía obligado a usar su retórica y llamar a «la aniquilación política, cultural y militar del sionismo».

Los insultos no hacían nada por mejorar su posición entre las varias facciones desgajadas de la OLP. Para ellos, Arafat era el hombre que se vio obligado a una retirada humillante de Beirut, con la protección de la ONU y bajo la mirada vigilante de los israelíes. Casi quince mil combatientes palestinos habían embarcado hacia Túnez. Otros habían abandonado a Arafat con la promesa de recibir apoyo sirio y se habían convertido en militantes radicales contra él e Israel, desde sus bases en Damasco.

Sin embargo, para el Mossad, Arafat seguía representando el obstáculo principal en el camino a la paz.

Todavía era prioritario asesinarlo: en el polígono de pruebas del Mossad, todos los blancos tenían la silueta de Arafat. Hasta que estuviera muerto, continuaría siendo responsable de todos los actos de salvajismo que cometían los grupos palestinos en Siria.

Entonces ocurrieron dos incidentes que, al menos momentáneamente, desviaron la mirada de Arafat y, en última instancia, decidieron el plan en el que Abu jugaría un papel clave.

Siria percibía un problema creciente con las facciones de la OLP que se encontraban bajo su ala: la necesidad de satisfacer sus constantes demandas de acción. Como uno de los principales exponentes del terrorismo patrocinado por el Estado, Siria se encontraba en posición de financiar cualquier operación que no empañara aún más su ya dañada imagen. Muchos de los proyectos presentados por los grupos de la OLP ante la inteligencia siria eran demasiado arriesgados para obtener la aprobación. Uno había sido envenenar el suministro de agua de Israel. Otro, enviar con una bomba a un terrorista suicida, que se hiciera pasar por judío ortodoxo y se inmolara en el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén. Cualquiera de ellos garantizaba una venganza terrible por parte de Israel.

Luego apareció un plan audaz que la inteligencia siria no sólo consideró viable sino que pensó que significaría un golpe contundente al corazón de la supremacía militar israelí. El primer paso fue comprar un barco. Después de semanas buscando por los puertos del Mediterráneo, compraron y enviaron hacia Argel un mercante de bandera panameña, el *Atavarius.*

Una semana después de que atracara, un comando palestino llegó de Siria en un transporte aéreo militar. Traía un pequeño arsenal: ametralladoras, armas antitanques y cajas de rifles Kalashnikov, muy apreciados por los terroristas. Esa noche, al amparo de la oscuridad, el comando y sus armas subieron a bordo del *Atavarius.*

Al amanecer, el barco zarpó. El capitán comunicó a las autoridades que se dirigía hacia Grecia para una revisión de las máquinas. Los miembros del

comando iban en las cubiertas inferiores. Pero su llegada no había pasado desapercibida. A un informador del Mossad, empleado en la oficina del puerto, le habían parecido lo suficientemente sospechosos como para informar al *katsa* de la ciudad. Éste envió un mensaje a Tel Aviv.

Su llegada provocó una «alerta amarilla» que fue comunicada a toda la red del Mossad en el Mediterráneo. Todavía estaba fresco el intento de volar Elat y se creyó que podía tratarse de una intentona similar, esta vez contra Haifa. El concurrido puerto de la costa mediterránea era un blanco obvio. Dos lanchas navales fueron estacionadas en alta mar para impedir cualquier intento *del Atavarius* de entrar en un puerto que constituía el principal enlace comercial marítimo de Israel.

El *Atavarius* se dirigía a las playas del norte de Tel Aviv. En un plan que parecía extraído de una película hollywoodiense, *el Atavarius* desembarcaría a los miembros del comando en botes y éstos irían remando hasta la orilla. Una vez allí, se abrirían paso a sangre y fuego hacia Tel Aviv hasta llegar a su blanco: la Kyria, el fortificado cuartel general de las Fuerzas Armadas israelíes, cuya torre dominaba el horizonte y serviría de faro al comando. El plan dependía del efecto sorpresa y de un coraje tan feroz como el que los israelíes se atribuían a sí mismos.

El ataque estaba planeado para la celebración del Día de la Independencia, cuando se viviría un clima de carnaval y en la Kyria, de acuerdo con la inteligencia siria, habría menos centinelas. Los miembros del comando no esperaban salir con vida, pero habían sido elegidos para la misión porque poseían los mismos rasgos suicidas que los hombres-bomba de Beirut.

Entretanto, podían relajarse y disfrutar del crucero que los llevaba a su primera escala en Sicilia. Nadie prestó atención al barco de pesca que se mecía en la marea al paso del *Atavarius.* El barco contenía sofisticado equipo electrónico capaz de detectar las conversaciones a bordo del mercante. En una breve transmisión en árabe se anunció que el barco cumplía su horario. Uno de los dos tripulantes del pesquero, ambos *sayanim,* llamó por radio a Tel Aviv. Durante las veinticuatro horas siguientes el *Atavarius* fue seguido por otros barcos tripulados por el Mossad, mientras pasaba junto a Creta y Chipre.

Un veloz yate de motor se cruzó en su camino. También iba equipado con aparatos de detección, incluida una cámara de largo alcance escondida dentro de la cabina del timón. Sobre cubierta había dos mujeres jóvenes tomando sol. Eran primas del *sayan* chipriota dueño del yate y habían sido puestas como carnada para atraer la atención de los que iban a bordo del *Atavarius.* Cuando el barco se puso a la par, varios hombres salieron a cubierta, gritando y sonriendo a las mujeres. En la cabina, el *sayan* activó la cámara para fotografiar a los que gesticulaban. Finalizado su cometido de vigilancia, volvió a Chipre a toda máquina. En su casa, reveló la película y envió las copias a Tel Aviv. Los ordenadores del Mossad identificaron las caras de tres conocidos terroristas árabes. La alerta amarilla pasó a roja.

El primer ministro Shimon Peres ordenó que el *Atavarius* fuera atacado. Se sopesó y rechazó un plan para bombardearlo. Un ataque aéreo podía ser considerado erróneamente por Egipto como parte de un golpe frustrado; aunque las relaciones diplomáticas entre ambos países habían sobrevivido a numerosos

incidentes, en El Cairo sospechaban bastante de las actividades de Tel Aviv. Peres acordó que el ataque debía efectuarse por mar.

Seis lanchas fueron abastecidas de combustible y cargadas con cohetes. A bordo iban unidades especiales de las Fuerzas Armadas y agentes del Mossad que interrogarían a los miembros del comando en caso de que fueran apresados con vida. Las lanchas partieron temprano desde Haifa y pusieron rumbo hacia el oeste por el Mediterráneo. Volaban por el agua en fila india para reducir la posibilidad de ser rastreadas por el radar del *Atavarius.* Los israelíes habían establecido la hora de ataque justo al amanecer, cuando el sol se levantara a sus espaldas.

Un poco después de las seis y media de la mañana el *Atavarius* fue avistado. En una maniobra de manual, las lanchas se abrieron en abanico y atacaron el mercante por ambos flancos, destrozando el casco y la cubierta con cohetes. Los de a bordo respondieron al fuego. Pero su armamento pesado todavía se encontraba en la bodega y los rifles automáticos no servían para responder al alcance superior de las armas israelíes. En pocos minutos el *Atavarius* se incendió y la tripulación y los miembros del comando empezaron a abandonar el barco. Algunos fueron acribillados cuando se tiraban al mar.

En total murieron veinte tripulantes e integrantes del comando. Sus cuerpos fueron recuperados. Ocho supervivientes fueron tomados prisioneros. Antes de que las lanchas regresaran a Israel, el *Atavarius* fué hundido con cohetes cuyas cabezas contenían explosivos de gran potencia.

Los cadáveres fueron enterrados sin ceremonia en el desierto del Negev. Los prisioneros fueron juzgados en secreto y condenados a largos años de confinamiento. Durante su interrogatorio, habían implicado totalmente a Siria como fuerza impulsora del incidente. Pero, más que lanzar un ataque sobre su vecino, el gobierno israelí, por consejo del Mossad, mantuvo el asunto en secreto. Los psicólogos del Mossad habían predicho que la desaparición del barco, sus tripulantes y pasajeros se convertiría en tema de inquietante preocupación para los grupos de la OLP estacionados en Siria. El Mossad también advirtió al primer ministro Peres que lo único que debía tener por seguro era que los terroristas, al saber que habían fallado, estarían deseosos de recuperar la estima de sus benefactores sirios.

Mientras tanto, los palestinos continuaban tronando contra Arafat y aplaudiendo la guerra mortal que le hacía su antiguo socio, Abu Nidal. Largamente considerado como «el gran maestro de lo inesperado» en el campo del terrorismo, Abu Nidal discrepaba con Arafat en cuanto a tácticas.

Arafat estaba llegando lentamente a la idea de que un movimiento que sólo contaba con el terrorismo como arma acabaría fracasando; necesitaba un programa político y un sentido de la diplomacia. Había tratado de demostrarlo en sus últimas declaraciones públicas, ganándose el aliento de Washington para que continuara por esa senda. Las palabras de Arafat eran vistas como una impostura. Para Abu Nidal no eran más que la traición de todo lo que él representaba: el terrorismo puro y simple.

Durante meses, Nidal había estado esperando su hora entre las sombras. Cuando supo lo del fracaso del *Atavarius y* la manera en que el barco había desaparecido de la faz de la tierra, decidió que era el momento de recordarle su

presencia a Israel. Con la convivencia de sus protectores en la inteligencia siria, Abu Nidal dio un golpe de efectos terribles. En diciembre de 1985, sus pistoleros abrieron fuego sobre los indefensos viajeros que en las vacaciones navideñas llenaban los aeropuertos de Viena y Roma. En pocos segundos, diecinueve pasajeros, entre ellos cinco norteamericanos, fueron masacrados en los mostradores de El Al de ambos aeropuertos. ¿Cómo habían conseguido los terroristas moverse, sin ser detectados por la policía italiana, hasta alcanzar sus blancos? ¿Dónde estaban los hombres de seguridad de El Al?

Mientras se buscaban las respuestas a estas acuciantes preguntas, los estrategas del Mossad revisaban otras áreas. Aunque Gran Bretaña se había unido a la condena universal del ataque, el país todavía mantenía plenas relaciones diplomáticas con Siria, a pesar de que el Mossad había proporcionado suficientes pruebas sobre el papel de Damasco en el terrorismo de Estado. No bastaba que la primera ministra Margaret Thatcher arremetiera contra el terrorismo en el Parlamento. Se necesitaba una acción más directa. Sin embargo, en otro tiempo, el MI5 había recordado al Mossad que incluso Israel había mostrado un expeditivo pragmatismo al aceptar negociar con su enemigo jurado. Había sido decisión propia liberar a mil palestinos detenidos, terroristas convictos, sólo meses antes de que se cometieran los atentados de Viena y Roma, a cambio de tres soldados israelíes detenidos en el Líbano.

Pero ahora, el Mossad estaba decidido a dar un golpe definitivo para forzar a Gran Bretaña a cortar sus lazos diplomáticos con Damasco y cerrar la embajada en Londres, considerada desde mucho antes como una de las sedes clave en la conspiración contra Israel. Abu, el primo de Nezar Hindawi, constituiría el núcleo del plan.

Después de su cena con Tov Levy, Abu buscó a Hindawi y se disculpó por su anterior indiferencia sobre el asunto de Ann-Marie. Por supuesto, pensaba ayudarla, pero antes quería hacerle algunas preguntas. ¿Se iba a quedar con el bebé? ¿Todavía lo presionaba para que se casaran? ¿Realmente Nezar la amaba? Procedían de culturas diferentes y los matrimonios mixtos casi nunca funcionaban.

Hindawi replicó que si alguna vez había amado a Ann-Marie, ya no. Se había vuelto histérica y llorona, y no paraba de preguntar qué iba a suceder. Desde luego, no deseaba casarse con la camarera.

Abu le dio diez mil dólares, suficiente dinero para deshacerse de Ann-Marie y seguir viviendo su vida de soltero en Londres. El dinero era del Mossad. A cambio, Hindawi tenía que hacer algo para la causa en la que ambos creían: la destrucción de Israel.

La tarde del 12 de abril de 1986, Hindawi visitó a Ann-Marie en su pensión del barrio de Kilburn. Le llevó flores y una botella de champaña, comprados con el dinero de Abu. Le dijo que la amaba y que quería conservar al bebé. Las novedades llenaron de lágrimas los ojos de la joven. De repente, su mundo parecía un lugar mejor.

Hindawi dijo que había un solo obstáculo: Ann-Marie debía obtener la bendición de sus padres para el matrimonio. Era una tradición árabe que ningún

hijo obediente podía soslayar. Debía volar a la aldea árabe de Israel donde vivía su familia. Pintó la escena del estilo de vida de su aldea, que casi no había cambiado desde los tiempos de Cristo. Para una chica educada por las monjas, esta imagen fue la confirmación final de que hacía bien en casarse con su amante. El y su familia podían no ser cristianos, pero venían de la tierra del Señor. A sus ojos, eso los convertía en gente temerosa de Dios. No obstante, Ann-Marie dudó. No podía abandonar el trabajo. ¿Y de dónde sacaría el dinero para pagarse el pasaje? Y necesitaría ropa para una ocasión tan importante. Hindawi calmó sus dudas sacando de su bolsillo un fajo de billetes. Le dijo que era más que suficiente para renovar su vestuario. Con otro pase de magia, Hindawi sacó un pasaje de El Al para el vuelo del 17 de abril, cinco días después. Lo había comprado aquella misma tarde.

—¿Estabas seguro de que iba a ir? —rió Ann-Marie.

—Tan seguro como de mi amor por ti —contestó Hindawi.

Le prometió que se casarían en cuanto regresara a Londres. Los siguientes cinco días pasaron como un torbellino para la camarera embarazada. Dejó su trabajo y visitó la embajada irlandesa en Londres para sacar un nuevo pasaporte. Compró vestidos de futura mamá. Todas las noches hacía el amor con Hindawi. Cada mañana, mientras tomaban tranquilamente el desayuno, planeaba su futuro juntos. Su bebé sería bautizado con el nombre de Sean, si era varón, y de Sínead si era nena.

El día de la partida de Ann-Marie, Hindawi le dijo que lo había arreglado para que recogiera «un regalo» de un amigo que trabajaba en la limpieza exterior del aeropuerto.

Ari ben Menashe, que afirmaba tener conocimiento previo de los detalles del complot, acotaba que «ya que Hindawi no quería que la detuvieran porque llevaba demasiado equipaje de mano, había concertado con su amigo que le daría el bolso una vez que estuviera en la puerta de embarque de El Al».

Su ingenuidad al no preguntar nada sobre «el regalo» era propia de una mujer completamente enamorada y que confiaba plenamente en su amante. Una perfecta simplona enredada en el plan que se precipitaba a su fin.

En el taxi hacia el aeropuerto, Hindawi se comportó como un amante tierno y atento. ¿Se acordaría de hacer los ejercicios respiratorios durante el largo vuelo? Debía beber mucha agua y sentarse apartada para evitar los calambres que últimamente la aquejaban. Ann-Marie lo había hecho callar risueña. «¡Santo Dios, parece que pensaras que voy a volar a la Luna!»

,Había dudado en la puerta hacia la sala de embarque, reacia a separarse de él. Le prometió llamarlo desde Tel Aviv y le aseguró que iba a querer a sus padres tanto como a los suyos. Él la besó por última vez y luego la empujó con delicadeza hacia la fila del control de inmigración.

Tras observarla hasta que se perdió de vista, Hindawi siguió obedeciendo las instrucciones de Abu y tomó un autobús de Syrian Arab Airlines para regresar a Londres. Mientras tanto, la inocente Ann-Marie había pasado sin contratiempos los controles de inmigración y de seguridad británica. Luego se dirigió hacia el área de máxima seguridad reservada para el vuelo de El Al. Agentes bien entrenados del Shin Bet la interrogaron y revisaron su equipaje de mano. Se le asignó un asiento y siguió hacia la puerta de embarque para reunirse con los otros 355 pasajeros.

Según Ben Menashe, «el regalo» para los padres de Hindawi le fue entregado por un hombre vestido con el mono azul de los empleados de limpieza. El hombre desapareció tan misteriosamente como había llegado. Ben Menashe escribió: «En pocos segundos, Ann-Marie fue obligada a someterse a un registro. La gente de seguridad de El Al encontró explosivo plástico en el doble fondo del bolso».

El explosivo era un kilo y medio de Semtex. Ann-Marie, sollozando, contó la historia de una desdichada mujer no sólo traicionada en el amor sino doblemente engañada por su pareja. Los oficiales se concentraron en establecer los contactos de Hindawi con Siria en cuanto se dieron cuenta de que Ann-Marie era una inocente incauta.

Cuando el autobús de la compañía aérea entró en Londres, Hindawi ordenó al chófer que lo condujera a la embajada siria. Cuando el conductor protestó, Hindawi le dijo que tenía autoridad para ordenárselo. En la embajada, pidió asilo político a los funcionarios consulares. Les dijo que temía que la policía británica lo arrestara porque había tratado de volar un avión de El Al, «por la causa». Los azorados funcionarios lo enviaron a dos hombres de seguridad de la embajada. Después de interrogarlo, le pidieron que permaneciera en un apartamento del personal diplomático. Tal vez sospecharon que se trataba de una trampa para comprometer a Siria. Si así fue, sus temores debieron crecer cuando, poco después, Hindawi dejó el apartamento.

Hindawi había salido a buscar a Abu. Al no encontrarlo, se registró en el hotel London Visitors de Notting Hill, donde más tarde fue arrestado.

La BBC transmitió la noticia de cómo la policía había frustrado el atentado. Los detalles eran inusualmente precisos: el Semtex checo estaba oculto en el doble fondo del bolso de Ann-Marie y preparado para explotar a trece mil metros de altura.

Para Ben Menashe la operación se había deslizado rápidamente hacia un resultado satisfactorio: «Margaret Thatcher cerró la embajada siria. Hindawi fue encarcelado por cuarenta y cinco años. Ann-Marie regresó a Irlanda, donde dio a luz una niña». Abu volvió a Israel, cumplida su misión.

Después del juicio de Hindawi, Robert Maxwell dio alas al *Daily Mirror:* «El bastardo tuvo su merecido» decía el editorial. «El embajador de la muerte», clamaba un titular el día en que el embajador sirio fue expulsado de Saint James. «Fuera, cerdos sirios», pedía otro. Ari ben Menashe sería el primero en afirmar que el Mossad había dado «un golpe brillante que condenaba a Siria al ostracismo político».

Pero existían preguntas intrigantes detrás de ese claro sentimiento. ¿Se le había entregado a Ann-Marie una bomba real o sólo se trató de una complicada farsa? ¿Era el hombre del mono, el supuesto amigo de Hindawi, un oficial de seguridad? ¿Hasta qué punto tenía conocimiento previo del complot el MI5? ¿No era impensable que el Mossad y los servicios británicos permitieran que el Semtex fuera introducido en un avión cuando existía la remota posibilidad de que explotara en tierra? Una explosión semejante hubiera devastado gran parte de uno de los aeropuertos del mundo con más tráfico, en el momento en que miles de personas se encontraban en él. La genialidad de la operación, que logró la expulsión siria, ¿no habría sido utilizar una sustancia inofensiva similar al Semtex? A todas esas preguntas, el primer ministro Peres sólo respondería: «Lo que pasó lo saben

quienes deben saberlo y quienes no lo saben deben seguir sin saberlo».

Desde la celda de máxima seguridad en Whitmoor, Hindawi ha seguido alegando que fue víctima de una clásica operación de castigo del Mossad. Con el pelo blanco y ya no delgado, dice que espera morir en prisión y sólo se refiere a Ann-Marie como «esa mujer». En la actualidad, ella vive en Dublín y cría a su hija con la satisfacción de que no se parece a su amante. Nunca habla de Hindawi.

Queda una inquietante nota a pie de página para la historia. Dos semanas después de que a Hindawi se le impusiera una condena que lo mantendrá en prisión hasta bien entrado el siglo xxi, Arnaud de Borchgrave, el respetado editor del *Washington Times,* colocó su grabadora sobre el escritorio del primer ministro francés, Jacques Chirac, en París. De Borchgrave estaba en Europa para asistir a la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea y con la entrevista a Chirac pretendía obtener datos sobre la postura francesa. La conversación había transcurrido por los carriles usuales y Chirac dejó claro que Francia y Alemania se habían visto forzadas a demostrar lealtad hacia el Gobierno británico, que por su parte se mostraba cada vez más intransigente con las políticas del Mercado Común. De Borchgrave preguntó sobre la relación de Francia con otra área. El editor deseaba saber en qué punto se encontraban las negociaciones con Siria para poner fin a la escalada de bombas terroristas en París y conocer los esfuerzos de Francia para liberar a los seis rehenes que todavía se encontraban secuestrados en el Líbano. El primer ministro hizo una pausa, miró por encima de su escritorio. Aparentemente, se había olvidado de la grabadora. Luego dijo que el canciller aleman Helmut Kohl y el ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, le habían confiado que el Gobierno sirio no estaba involucrado en el plan de Hindawi para volar el avión de El Al; que el plan había sido orquestado por el Mossad, el servicio secreto israelí.

La furia diplomática que se desató casi termina con la carrera de Chirac. Se vio atacado por su propio presidente, Francois Mitterrand, por un lado y, por el otro, se encontró afrontando las furiosas llamadas de Helmut Kohl que lo instaba a retractarse. Chirac hizo lo que a menudo hacen los políticos. Dijo que había sido mal citado. En Londres, Scotland Yard dictaminó que la cuestión ya había sido enteramente resuelta por los tribunales y que no había necesidad de comentarios ulteriores. En París, la oficina de Jacques Chirac, presidente de Francia en 1997, declaró no recordar la entrevista con el *Washington Times.*

Pronto otro asunto añadiría una mancha a la reputación del Mossad.

15

El caricaturista prescindible

La caída de Nahum Admoni como director general del Mossad empezó una tarde de julio de 1986, como resultado de un incidente en una de esas calles de Bonn construidas durante la explosión inmobiliaria de la posguerra alemana. Cuarenta años más tarde, la calle se había convertido en una madura avenida de casas con jardines delanteros bien cuidados y habitaciones para la servidumbre en la parte trasera. Los sistemas de seguridad estaban discretamente ocultos detrás de los portones de hierro forjado y las ventanas bajas tenían vidrios de botella.

Nadie vio a la persona que dejó el bolso de plástico en la cabina telefónica, al final de la calle. Un patrullero reparó en ella y se detuvo para investigar. El bolso contenía ocho pasaportes británicos en blanco, recién impresos. La inmediata reacción de la oficina local del *Bundeskriminal Amt* (BKA), el equivalente del FBI, fue pensar que los pasaportes pertenecían a uno de los grupos terroristas que asolaban las calles de Europa con una serie de atentados con explosivos y secuestros.

Representantes de causas y minorías de todos los rincones del planeta estaban decididos a abrirse camino para tener un papel en la política internacional. Habían encontrado apoyo efectivo en los movimientos estudiantiles radicalizados que habían actuado en Gran Bretaña y el continente. Desde 1968, cuando Leila Khaled, una joven revolucionaria palestina, secuestró un jet a Londres y fue prontamente liberada porque el Gobierno británico temía más ataques, los estudiantes habían hecho suyas las consignas propagandísticas de la OLP. Esos jóvenes radicales de clase media tenían una visión romántica de la OLP y veían a sus miembros como «combatientes de la libertad» que, en lugar de tomar drogas, tomaban las vidas de los burgueses y, en vez de hacer sentadas, tomaban rehenes.

El BKA supuso que los pasaportes habían sido dejados por un estudiante que actuaba como correo para un grupo terrorista. La lista de grupos era tremendamente larga e incluía desde el IRA o la Baader-Meinhof hasta grupos extranjeros como el Frente Nacional Islámico de Sudán, el Ejército de Liberación Nacional de Colombia, el Movimiento de Liberación de Angola o los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil. Estos y muchos otros contaban con células y cuadros en toda la República Federal de Alemania. Cualquiera de ellos podía

estar planeando usar los pasaportes para atacar una de las bases militares británicas en Alemania o viajar a Inglaterra y allí cometer un acto de vandalismo.

A pesar de haber sido el poder imperial de Europa Occidental, en principio Gran Bretaña sólo había padecido un ataque continuo del terrorismo por parte del IRA. Pero sus servicios de inteligencia habían advertido que era sólo cuestión de tiempo que otros grupos extranjeros, capacitados para actuar en Gran Bretaña contra sus propios países, la arrastraran en sus maquinaciones. Un anticipo de lo que podría suceder llegó cuando un grupo opuesto al régimen de Teherán tomó la embajada en 1980. Cuando las negociaciones fracasaron, el Gobierno Thatcher envió a los SAS, que mataron a los terroristas. Una efectiva publicidad de esta acción había logrado que las conspiraciones de Oriente Medio que se gestaban en Londres perdieran fuerza. En cambio, París se había convertido en un campo de batalla a causa de sangrientos conflictos internos entre varias organizaciones extranjeras, principalmente la OLP de Arafat y la gente de Abu Nidal. El Mossad también había hecho lo suyo, matando a enemigos árabes en las calles de París.

La BKA creía que los pasaportes encontrados en la cabina telefónica de Bonn anunciaban otra matanza. La agencia llamó a la BND, equivalente a la CÍA, que informó al oficial de enlace del MI6 agregado a los cuarteles de la BND en Pullach, al sur de Alemania. En Londres, el MI6 comprobó que los pasaportes eran excelentes falsificaciones. Eso dejaba fuera al IRA y a la mayoría de los grupos terroristas. No tenían la capacidad de producir documentos de tan buena calidad. Las sospechas se volvieron hacia el KGB: sus falsificadores eran casi los mejores del negocio. Pero los rusos eran conocidos por tener una gran reserva de pasaportes falsos y ciertamente, no era su estilo usar una cabina telefónica como buzón. El servicio secreto sudafricano también fue descartado. Prácticamente había dejado de actuar en Europa y no se necesitaban pasaportes británicos en los poco sofisticados países africanos donde los sudafricanos concentraban sus actividades. El MI6 se volvió hacia el único servicio de inteligencia que podía hacer buen uso de los pasaportes: el Mossad.

Arie Regev, agregado en la embajada israelí en Londres, que además era *katsa* residente, fue invitado a tratar el asunto con un oficial superior del MI6. Regev dijo que no sabía nada acerca de los pasaportes, pero accedió a plantear la cuestión en Tel Aviv. La respuesta de Nahum Admoni fue rápida: el Mossad no tenía nada que ver con los pasaportes. Sugirió que podían ser obra de la República Democrática de Alemania; el Mossad había descubierto poco antes que la Stasi, la policía secreta de la República Democrática, no se privaba de vender pasaportes falsos a los judíos alemanes que deseaban viajar a Israel, a cambio de una buena suma. Admoni sabía que los pasaportes habían sido falsificados por el Mossad para ser utilizados por *katsas* que trabajaban encubiertos en Europa, para entrar y salir con facilidad de Gran Bretaña.

A pesar del «entendimiento» con el MI5 que Rafi Eitan había orquestado en un principio, y que obligaba al Mossad a informar al MI5 sobre todas las operaciones que se llevaban a cabo en suelo británico, la agencia había colocado subrepticiamente a un *katsa* con la esperanza de obtener un doble triunfo: matar al comandante de las fuerzas especiales de la OLP, la Fuerza 17, y terminar con el creciente éxito de Arafat en sus relaciones con el Gobierno Thatcher.

En Londres, el nombre de Arafat ya no era sinónimo de terrorismo. La señora

Thatcher se había convencido de que podía traer una paz justa y duradera a Oriente Medio que reconociera los derechos del pueblo palestino y protegiera la seguridad de Israel. Los líderes judíos eran más escépticos. Argumentaban que el terrorismo había llevado a la OLP a su posición actual y que la organización seguiría utilizando sus amenazas terroristas a menos que se cumplieran sus exigencias. No por única vez, Londres permaneció inconmovible ante las protestas de Tel Aviv. El Mossad continuaba considerando a Gran Bretaña como un país que, a pesar del resultado del sitio iraní a la embajada, se encontraba más que dispuesto a respaldar la causa palestina. Ya había preocupación por la manera en que la OLP se las había arreglado para intimar con la CÍA.

Los contactos entre la OLP y Estados Unidos serían fechados posteriormente con exactitud por el ex secretario de Estado Henry Kissinger. Revelaría en sus memorias, *Años de cataclismos,* que seis meses después de que el embajador de Estados Unidos en Sudán fuera asesinado en Jartum por tiradores de Septiembre Negro, tuvo lugar un encuentro secreto, el 3 de noviembre de 1973, entre el director adjunto de la CÍA, Vernon Walters, y Yasser Arafat. El resultado fue «un pacto de no agresión» entre la OLP y Estados Unidos. Kissinger escribió: «Los ataques a norteamericanos por parte de la facción de la OLP que respondía a Arafat cesaron».

Cuando se enteró del pacto, Yitzhak Hofi echó chispas, porque en la larga historia del oportunismo nunca había existido ejemplo peor. Usando su canal privado con la CÍA, Hofi trató de que Walters cancelara el acuerdo. El director adjunto dijo que no era posible y advirtió a Hofi que Washington consideraría «un acto de hostilidad» que la noticia del pacto se hiciera pública. Fue una maniobra para que el departamento de acción psicológica no operara sobre los periodistas amigos.

El enojo de Hofi fue monumental cuando descubrió que Arafat había puesto a Ali Hassan Salameh a cargo del pacto por parte de la OLP. Era el mismo Príncipe Rojo, líder del grupo Septiembre Negro, que había planeado la masacre de los atletas israelíes en Munich y la muerte del embajador norteamericano en Jartum; el hombre que iba a terminar de la manera en que había vivido, en una explosión organizada por Rafi Eitan. Pero para eso todavía faltaban unos años. En 1973, Salameh era una figura reverenciada en la OLP y Arafat no dudó en nombrarlo enlace con la CÍA. Lo que chocaba verdaderamente al Mossad era que la CÍA aceptara al Príncipe Rojo, apenas un año después de la masacre de Munich y de la muerte de su enviado en Jartum.

Pronto Salameh se convirtió en una visita frecuente a los cuarteles de la CÍA en Langley. Normalmente acompañado por Vernon Walters, el Príncipe Rojo atravesaba el suelo de mármol de la entrada, pasaba junto a los guardias y subía al ascensor hasta el séptimo piso, donde se encontraban las espaciosas oficinas de Walters. Interrumpían sus reuniones para almorzar con los oficiales superiores de la CÍA en su comedor especial. Walters pagaba siempre la comida de Salameh: no había almuerzos gratis en Langley.

Lo que pasó entre Salameh y la CÍA continúa siendo un secreto. Bill Buckley, que luego murió a manos de los terroristas en Beirut cuando era jefe del destacamento de la CÍA, declararía que «Salameh jugó un papel importante para que corazones y mentes de Estados Unidos se pusieran a favor de la OLP. Era

carismático y persuasivo y sabía cuándo discutir y cuándo callar. Y en términos de espionaje, era un informador de primera».

Un ejemplo temprano lo dio Salameh cuando advirtió a la CÍA de un complot orquestado por Irán para derribar el avión de Kissinger cuando volara a Beirut en el curso de sus mediaciones de paz. Luego, Salameh cerró un trato para que la OLP escoltara a doscientos sesenta y tres extranjeros fuera del Líbano, en el momento más crucial de la guerra civil. Poco después, el Príncipe Rojo advirtió a la CÍA sobre un intento de asesinar al embajador norteamericano en el Líbano. Luego, en otra reunión con la CÍA, firmó una garantía de «no asesinato» para todos los diplomáticos estadounidenses en el Líbano. En Beirut, la broma más repetida era: «Es bueno vivir en el mismo edificio que los diplomaricos norteamericanos porque la seguridad de la OLP es óptima».

Yitzhak Hofi, entonces cabeza del Mossad, había urgido a la CÍA a romper sus relaciones con el Príncipe Rojo. La petición fue ignorada. En los cuarteles de la CÍA en Langley, Salameh era conocido como «el mal tipo que se volvió bueno para nosotros». Siguió proporcionando información secreta que mantenía a la CÍA completamente al día sobre Oriente Medio y se había convertido en su baza más importante dentro de la región. Cuando finalmente fue asesinado, la CÍA se enfureció y sus relaciones con el Mossad se enfriaron durante un tiempo considerable.

Un embajador de Estados Unidos en el Líbano, Hermann Eilts, dijo tras el asesinato de Salameh: «Sé que en muchas ocasiones, de manera oculta, fue extraordinariamente útil y proporcionó seguridad a los ciudadanos y funcionarios norteamericanos. Considero su muerte una pérdida».

Ahora, seis años después, la OLP trataba de seducir una vez más al Gobierno de Margaret Thatcher, mientras su Fuerza 17, con otro líder, seguía matando israelíes. Nahum Admoni decidió que tendría éxito donde sus predecesores habían fracasado. Quebraría la relación entre la OLP y el Gobierno británico y, al mismo tiempo, eliminaría al comandante de la Fuerza 17. El éxito de la operación dependería de un chico árabe que, siendo niño, había rogado en la mezquita que Alá le diera fuerzas para matar a tantos judíos como le fuera posible.

El potencial de Ismail Sowan había sido detectado siete años antes. En 1977, cuando Sowan todavía era un adolescente que vivía en un pueblo de Cisjordania, un oficial de inteligencia israelí lo había entrevistado como parte de la rutina de actualización del perfil del área.

La familia Sowan se había establecido allí en 1930, una época en la que la revuelta contra el Mandato británico y los judíos hacía hervir la sangre de todos los árabes. Había violencia por todas partes; la sangre engendraba más sangre. El padre de Ismail se había unido al Partido Árabe Palestino, organizado protestas y azuzado el sentimiento nacionalista en su comunidad. Al principio su furia se dirigía contra los británicos. Pero cuando se retiraron de Palestina, en 1948, el nuevo Estado judío se convirtió en su blanco principal. Las primeras palabras de Ismail fueron para entonar su odio contra los judíos.

A lo largo de su niñez, la palabra que escuchaba más a menudo era «injusticia». Se le inculcaba en el colegio y llenaba las conversaciones en la mesa

familiar: la terrible injusticia cometida contra su pueblo, su familia y él mismo.

Luego, poco después de su decimoquinto cumpleaños, presenció un brutal ataque contra un autobús lleno de peregrinos judíos que iban a Jerusalén. Mujeres y niños habían sido masacrados por los árabes. Esa noche, Ismail hizo una pregunta que cambiaría para siempre su forma de pensar. ¿Y si los judíos tenían derecho a defender lo que creían suyo? Todo lo demás partió de esa pregunta: su firme apartamiento de la violencia de sus compañeros, su convicción de que árabes y judíos *podían* vivir juntos, *debían* vivir juntos. Con esto llegó la convicción de que si podía hacer algo para lograrlo, estaría dispuesto.

Dos años más tarde, con apenas diecisiete, se había sentado y le había dicho al oficial del Ejército israelí lo que aún sentía. El oficial había escuchado atentamente y luego había interrogado a Ismail. ¿Cómo podía haber dado la espalda a las creencias de su gente, que como una señal de alarma repetía: los árabes son oprimidos y deben luchar hasta la muerte por lo que consideran justo? Las preguntas del oficial fueron muchas y las respuestas de Ismail, extensas.

El oficial notó que, al contrario de otros jóvenes árabes que vivían bajo la dominación de Israel, Sowan ponía pocas objeciones a la estricta seguridad que imponía el Ejército.

Con frescura, el delgado joven de la sonrisa cautivadora parecía entender por qué los israelíes debían proceder así. Todo lo que le preocupaba era que la restricción del Ejército no le permitía ir al colegio en el este de Jerusalén, a estudiar su materia favorita: ciencias.

El expediente de Sowan llegó a la inteligencia militar, señalado como el de alguien que merecía posteriores investigaciones y, finalmente, aterrizó en el escritorio de un oficial del Mossad. Lo envió a reclutamiento.

Ismail Sowan fue invitado a viajar a Tel Aviv, aparentemente para hablar sobre su futura educación; recientemente había solicitado permiso para ir a estudiar a Jerusalén. Ismail fue interrogado durante toda una tarde. Primero, el examinador exploró sus conocimientos científicos y quedó satisfecho con las respuestas. Luego se puso al descubierto toda la historia familiar de Sowan y las respuestas de Ismail fueron cotejadas con las que había dado al oficial del Ejército. Finalmente, se le presentó la oferta. El Mossad pagaría su educación, con la condición de que hiciera el curso de adiestramiento. También debía comprender que, si hablaba con alguien sobre aquello, su vida correría peligro.

Era una advertencia normal, hecha a todos los arabes que reclutaba el Mossad. Pero al idealista Ismail Sowan le pareció la oportunidad que esperaba: unir a los judíos y a los árabes.

Sowan superó todos los procesos de examen en los pisos francos antes de ser enviado a la escuela de entrenamiento, en las afueras de Tel Aviv. Obtuvo sobresaliente en varias materias; demostraba un don natural para la informática y para eludir el seguimiento. Naturalmente obtuvo una alta calificación en las materias relacionadas con el islam, y su ensayo sobre el papel de la OLP en Oriente Medio fue suficientemente interesante como para que se lo enseñaran al jefe del Mossad, Yitzhak Hofi.

Al finalizar su entrenamiento, Sowan se convirtió en *bodel,* correo entre el cuartel general y las embajadas israelíes, donde los *katsas* operaban encubiertos por un cargo diplomático. Empezó a viajar alrededor del Mediterráneo. Visitaba

regularmente Atenas, Madrid y Roma para llevar documentos. Ocasionalmente viajaba a Bonn, París y Londres. La oportunidad de ver el mundo y recibir un pago por ello —ganaba quinientos dólares al mes— era una sensación excitante para alguien que acababa de salir de la adolescencia.

Sowan no se daba cuenta de que los documentos no tenían ninguna importancia. Eran parte de otra prueba para ver si intentaba mostrarlos a un contacto árabe en alguna de las ciudades que visitaba. En cada viaje, Sowan era seguido por otros nuevos oficiales del Mossad de origen israelí, que hacían sus propias prácticas de vigilancia. La persona a quien Sowan entregaba los documentos, en un café o en el vestíbulo de un hotel, no era, como él creía, un diplomático israelí, sino un oficial del Mossad.

Después de semanas de pasar su tiempo libre caminando alrededor del Panteón romano, visitando la Capilla Sixtina o explorando Oxford Street en Londres, se le ordenó ir a Beirut y unirse a la OLP.

Alistarse fue fácil. Simplemente entró en una oficina de reclutamiento de la OLP, en el oeste de Beirut. El reclutador era inteligente y extraordinariamente informado en materia política. Pasó tiempo analizando la actitud de Ismail hacia la violencia necesaria y si Sowan estaba dispuesto a renunciar a sus lazos afectivos —familia y amigos— para depender sólo de la OLP en el aspecto emocional. Se le dijo que, si era aceptado, eso supondría un gran cambio en su vida: la organización se convertiría en su protección contra un mundo hostil. A cambio, la OLP le pedía absoluta lealtad.

Su control del Mossad había preparado a Sowan para que diera las respuestas correctas y fue enviado a un campamento en Libia. Allí continuó el adoctrinamiento. Se le enseñó de mil maneras que Israel se proponía destruir a la OLP y que, por lo tanto, debía ser destruida antes. Sus maestros predicaban una profunda hostilidad hacia todo lo que viniera de fuera de la OLP. Sowan recordó las lecciones aprendidas en el Mossad sobre actuación; había pasado muchas horas estudiando la idiosincrasia de los grupos terroristas, su dinámica y sus tácticas. En Libia se le dijo que un asesinato no era más que un medio para la liberación; un coche bomba representaba otro paso hacia la libertad; un secuestro, la manera de conseguir justicia. Ismail seguía demostrando las habilidades que el Mossad le había inculcado. Aceptó todo el entrenamiento de la OLP, pero no permitió que afectara sus creencias íntimas. También demostró suficiente perseverancia, recursos y resistencia física para ser considerado algo más que un soldado raso. Cuando dejó el campo de entrenamiento, se le asignó un puesto en el escalafón operativo de la OLP. Paso a paso ascendía en la cadena de mando.

Conoció a los líderes de la organización, incluso a Arafat; viajó por los campos de entrenamiento de la OLP en Oriente Medio. De regreso en Beirut, aprendió a vivir bajo las incursiones de la Fuerza Aérea israelí sin esconderse bajo tierra debido al riesgo de que el edificio se derrumbara encima de él. Pero de alguna manera se las ingeniaba para encontrarse con su control del Mossad, que habitualmente se escurría en el Líbano para recibir las últimas novedades de Sowan.

Nunca se destapó. Cuando Ali Hassan Salameh fue asesinado, Ismail dirigió las salmodias contra el odiado Israel. Cada vez que un francotirador de la OLP mataba a un soldado israelí se encontraba al frente de los festejos. En todo lo que

decía y hacía, aparentaba ser un militante comprometido.

En 1984, cuando Arafat fue expulsado del Líbano y se estableció en Túnez, la OLP mandó a Sowan a París para aprender francés. Nahum Admoni, que ya había reemplazado a Hofi, vio el traslado de Sowan como una oportunidad única para tener un agente dentro de las florecientes actividades de la OLP en Europa.

Los guetos árabes en el decimoctavo y el vigésimo distrito se habían convertido en un santuario para terroristas; en las angostas calles donde la gente vivía al borde de la ilegalidad, había refugio para los tiradores y los fabricantes de bombas. Desde allí se habían lanzado ataques contra restaurantes judíos, tiendas y sinagogas. Fue en París donde se firmó el primer comunicado conjunto de varias organizaciones terroristas en el que prometían apoyo unánime para atacar los blancos israelíes en toda Europa.

El Mossad había devuelto el golpe con su habitual ferocidad. Los *kidon* habían entrado en enclaves árabes y asesinado a sospechosos de terrorismo en sus camas. A uno le cortaron la garganta de oreja a oreja, a otro le retorcieron el cuello como a un pollo. Pero éstas eran victorias menores. El Mossad sabía que el terrorismo llevaba ventaja, especialmente porque estaba bien dirigido por la OLP. Para Admoni, la perspectiva de tener su propio hombre dentro de los cuarteles operativos de la organización, en París, resultaba excitante.

A los pocos días de su llegada a la capital francesa, Sowan se puso en contacto con su oficial superior, que trabajaba en la embajada israelí, en el número tres de la calle Rabelais. Sólo lo conocería por el nombre de Adam. Establecieron puntos de encuentro regulares, en varios cafés y en el metro. Sowan solía llevar un ejemplar de periódico en el que guardaba la información. Adam llevaba otro igual, que contenía las instrucciones de Sowan y su sueldo mensual, ahora de mil dólares. Con una técnica que habían aprendido en la escuela del Mossad, tropezaban uno con otro en la calle, se ofrecían disculpas y seguían su camino tras haber intercambiado los periódicos.

Por estos medios simples, el Mossad trataba de recuperar la iniciativa en una ciudad que durante mucho tiempo había tenido fama de ofrecer asilo a los extremistas políticos, siempre que no molestaran a Francia. Pero el Mossad había decidido cambiar eso lanzando una operación que hirió el orgullo francés hasta tal punto que todavía hoy, veinte años después, Francia no lo ha olvidado ni perdonado. El episodio se inició a más de cuatro mil kilómetros de distancia, en la boca del canal de Suez diseñado por Ferdinand de Lesseps, el visionario francés.

En unos cuantos minutos devastadores de la tarde del 21 de octubre de 1967, Israel había descubierto su vulnerabilidad a los medios de guerra modernos. Uno de sus buques insignia, el *Eilat,* un viejo destructor británico de la segunda guerra mundial que patrullaba la costa egipcia, fue atacado por tres misiles Styx rusos lanzados desde Port Said. De una tripulación de ciento noventa y siete hombres, cuarenta y siete resultaron muertos y otros cuarenta y uno, gravemente heridos. El *Eilat* se hundió. No sólo fue el mayor desastre naval de Israel, sino la primera vez en la historia de su Marina que un barco era destruido por misiles de largo alcance.

Cuando la magnitud inicial de la calamidad estuvo bajo control, el Gobierno de Levi Eshkol ordenó un programa urgente para proveer a la Marina de otro buque de guerra que reemplazara al *Eilat.* Al cabo de pocas semanas, los diseñadores

presentaron un proyecto de lancha rápida, muy maniobrable y provista de contramedidas electrónicas que permitirían disponer de los segundos vitales en las maniobras para esquivar los futuros ataques con misiles. Se encargó la construcción de siete de aquellas embarcaciones a los astilleros CCM de Cherburgo, Francia.

Mientras los estaban construyendo, los científicos de Dimona fabricaban los misiles que transportarían y el sofisticado equipo con el que contarían.

Las cosas se desarrollaban con normalidad en Cherburgo hasta que el presidente De Gaulle impuso un embargo de armas a Israel, después de que sus comandos atacaran el aeropuerto de Beirut, el 26 de diciembre de 1968, y destruyeran dieciséis aviones libaneses en represalia por el ataque al Boeing de El Al, en Atenas, dos días antes. El embargo significaba que los barcos no serían entregados a Israel.

La respuesta de Francia puso fin a una alianza de diez años que se había gestado durante la revolución argelina —que finalmente condujo a la independencia de la colonia francesa, en 1962— y se basaba, en parte, en la común hostilidad hacia el Egipto de Nasser. Durante ese período, el Mossad había proporcionado información sobre el FLN argelino y Francia había vendido a . Israel armas y cazas Mirage de última generación.

Con la pérdida de Argelia, De Gaulle había restablecido rápidamente sus tradicionales lazos con otros países árabes. A la OLP se le permitió establecer una oficina en París. El *raid* del aeropuerto de Beirut fue considerado por De Gaulle como una bofetada pública a su voluntad de que Israel no llevara a cabo «ataques de represalia» contra sus vecinos árabes.

El embargo de armas francés significaba realmente que Israel no podría contar con suficientes Mirage para dominar el cielo de Oriente Medio o defenderse de los ataques por mar. El embargo llegaba en un momento en que Israel se aseguraba el premio de una asombrosa victoria en la guerra de los Seis Días. En esos pocos días de 1967 se había apoderado de Cisjordania, la franja de Gaza y el este de Jerusalén. En aquellos territorios vivían casi un millón de árabes, la mayoría imbuidos de odio hacia sus conquistadores.

Según Meir Amit, el problema al que se enfrentaba Israel «no era en absoluto baladí. Dentro de nuestras fronteras había miles de *mehabelim,* terroristas en hebreo, que contaban con el apoyo de la población árabe dispuesta a prestarles socorro y refugio. Mi primera tarea era reforzar la presencia del Mossad en las organizaciones palestinas».

La primera ministra Golda Meir ordenó a Meir Amit que trazara un plan para sacar los barcos de Francia. «La primera sugerencia fue que partiéramos hacia Cherburgo con suficientes marinos armados, nos apoderáramos de los barcos y regresáramos a Israel. Moshe Dayan, el entonces ministro de Defensa, se lo pensó bien. Hizo notar con acierto que la reacción internacional traería graves repercusiones y que Israel sería tachado de ladrón. Cualquier cosa que se hiciera, debía ser legal. Había que salir de las aguas territoriales francesas con un permiso en regla. Una vez en mar abierto, era otra cuestión.»

La legalidad de lo que siguió depende de cómo se mire. A pesar de la insistencia de Dayan en que había que atenerse a la ley, lo que se hizo fue una pura y simple artimaña.

En noviembre de 1969, Meir Amit había dado el primer paso de la operación Arca de Noé. Una firma de abogados de Londres había sido contratada por la compañía naviera más importante de Israel, Maritime Fruit, que transportaba productos a todo el mundo, para que registrara una nueva firma llamada, por la estrella de David, Starboat. Su principal accionista era Mila Brenner, director de Maritime Fruit. Los otros accionistas eran apoderados de Meir Amit. La segunda parte de la operación también fue sobre ruedas. Durante meses, el almirante Mordechai Limón, el oficial naval de enlace en Cherburgo, había estado discutiendo con el astillero las compensaciones por la ruptura del contrato. Cada vez que los franceses se acercaban a un acuerdo, Limón encontraba un nuevo punto de conflicto. El 10 de noviembre informó al astillero que Israel estaba dispuesto una vez más a discutir el asunto.

En Tel Aviv, Mila Brenner se había puesto en contacto con uno de los magnates navieros más respetados del mundo, Ole Martin Siem, cuya sede estaba en Oslo. Accedió a formar parte del consejo de administración de Starboat con el propósito específico de comprar las lanchas de guerra.

Limón, con un pase de manos digno de un jugador de cartas profesional, hizo su movimiento. El 11 de noviembre se reunió con los funcionarios del astillero y escuchó la mejora de su oferta de compensación. Luego dijo que todavía no estaba satisfecho. Los funcionarios se quedaron atónitos: su nueva oferta era muy generosa. Mientras consideraban qué hacer, Limón partió hacia París. Allí lo esperaba Ole Siem. Tras su encuentro, Limón telefoneó al astillero y dijo que se pondría en contacto con ellos al cabo de pocos días. Al cabo de una hora Siem estaba sentado frente al general Louis Bonte, vendedor de armas del Gobierno francés. Siem le dijo que había oído que tenían «varias lanchas de guerra a la venta que podían ser reconvertidas para buscar petróleo».

Actuando con una perfecta sincronía, Limón llamó en ese preciso momento a Bonte para decirle que estaba en París y dispuesto a aceptar su oferta final en compensación. La cifra que propuso fue la misma que le habían ofrecido los funcionarios de Cherburgo. Bonte le dijo que estaba «negociando» y lo llamaría después. El general se volvió hacia Siem y le reveló que Limón estaba dispuesto a aceptar, pero que la suma era muy elevada para el Gobierno francés. Rápidamente, Siem incrementó un cinco por ciento la cifra de Limón. Bonte llamó a Limón y le comunicó que aceptaba el acuerdo. Bonte creía que había hecho un gran trato al librar a Francia de un asunto espinoso. Israel recibiría su compensación y Francia se quedaría con un beneficio del cinco por ciento.

Sólo tenía dos preguntas para Ole Siem: ¿Irían las lanchas hacia Noruega? ¿Garantizaba Siem que no serían reexportadas una vez que finalizaran sus tareas en la búsqueda de petróleo?

Siem le garantizó plenamente ambas cosas. Bonte aceptó que, para evitar la curiosidad de la prensa sobre el emplazamiento de los pozos petroleros —un tema comercial delicado en una industria que se caracteriza por el secreto— las lanchas serían retiradas de Cherburgo con la mayor discreción. La fecha de partida se fijó para la víspera de Navidad de 1969, cuando Cherburgo estuviera celebrando el inicio de las fiestas.

Todavía quedaba un mes y Meir Amit se daba cuenta de que era suficiente para que las cosas se estropearan. Harían falta ciento veinte marinos israelíes

para tripular los barcos en su viaje de cuatro mil kilómetros hasta Haifa. Mandarlos todos juntos alertaría a los servicios de seguridad franceses. Una vez más, el creativo Meir Amit encontró la solución.

Decidió que los marinos viajarían de dos en dos a distintas ciudades de Europa antes de trasladarse a Cherburgo. Los hombres recibieron instrucciones de alojarse en los hoteles de los puertos sólo una noche y luego mudarse. Todos viajarían con pasaporte israelí de modo que, si los apresaban, no pudieran acusarlos de usar documentos falsos. No obstante, Meir Amit sabía que los riesgos eran aún muy altos. «Solo hacía falta que un suspicaz policía francés se preguntara qué hacían tantos judíos juntos, en Cherburgo, por Navidad, y toda la operación se vendría abajo.»

El 23 de diciembre todos los marinos habían llegado a Cherburgo. Desde diferentes puntos de la ciudad oían los incesantes villancicos; algunos, que habían nacido y se habían criado en Jerusalén, se unían a los cánticos.

En Tel Aviv, un aliviado Meir Amit seguía con un ir y venir de problemas.

Solucionó la cuestión de aprovisionar las lanchas para ocho días de navegación en alta mar el oficial de aprovisionamiento, que había visitado todos y cada uno de los comercios de Cherburgo. Pero cada vez que los tenderos le ofrecían el jamón navideño lo rechazaba educadamente. El cuarto de millón de litros de combustible requerido había sido subido a bordo en barriles y escondido bajo cubierta. El único gran imponderable era el clima. Las embarcaciones debían atravesar la bahía de Vizcaya en condiciones invernales capaces de hundirlas. Meir Amit recordaba que en Tel Aviv «orábamos por un clima favorable. Habíamos enviado a un meteorólogo que revisaba cada pronóstico de Inglaterra, Francia y España».

Las horas fueron pasando lentamente hasta que llegó la víspera de Navidad. El pronóstico en Cherburgo era de lluvia con ráfagas del sudoeste. A pesar de todo, se dio la orden de zarpar a las ocho y media de la noche. Todos los tripulantes estaban a bordo a las siete y media. Pero el tiempo empeoró. Se fijó la nueva hora de partida para las diez y media. Las condiciones obligaron a cambiarla varias veces. De Tel Aviv llegaron órdenes urgentes en código de zarpar fuera cual fuese el estado de la mar.

En Cherburgo, el oficial israelí al mando las ignoró; para él las vidas de sus hombres eran más importantes en ese momento. En su puesto de mando esperaba en silencio, observando a los meteorólogos que estudiaban frenéticamente sus cartas. A medianoche anunciaron: «El viento va a cesar y virará al noroeste dentro de dos horas. No será fuerte y quedará a nuestra espalda. Podremos partir».

A las dos y media de la madrugada del día de Navidad se pusieron en marcha los motores de los barcos y éstos enfilaron lentamente hacia alta mar. Siete días después, el día de Año Nuevo, entraron en el puerto de Haifa.

Entre los que esperaban en el muelle se encontraba Meir Amit. Para él el nuevo año no podía empezar mejor. Pero también sabía que el general De Gaulle nunca perdonaría a Israel.

Así había sucedido. Cuando el Mossad llegó a París y otras ciudades en

persecución de terroristas, sus agentes fueron tan estrechamente vigilados como sus perseguidos por el servicio de seguridad francés. Peor aún, oficiales proárabes del servicio secreto a menudo soplaban a la OLP que el Mossad iba a lanzar un contragolpe. En muchas ocasiones, se les escapaba un terrorista.

El más famoso era Ilich Ramírez Sánchez, que por sus actividades se había ganado el apodo de Carlos, *el Chacal.* Trabajaba en París como pistolero a sueldo para alguno de los grupos escindidos de la OLP, con base en Siria. Sus hazañas lo habían convertido en una figura mítica de la prensa clandestina que circulaba por Europa. Las mujeres encontraban emocionantes sus actitudes de *playboy,* mucho más cuando parecía capaz de escapar a voluntad de las trampas que el Mossad le tendía para eliminarlo. Un día estaba en la Costa Azul tomando sol con una chica y, al siguiente, aparecía en Londres para ayudar a algún grupo de terroristas de Oriente Medio a urdir planes contra otros grupos y, por supuesto, contra Israel. Carlos y ellos operaban sin interferencias de la policía y otros servicios, en el sobreentendido de que ningún ciudadano británico saldría perjudicado. Cuando el Mossad estaba preparado para intervenir, Carlos ya se encontraba de nuevo en el continente y había volado a Damasco, Bagdad u otros países árabes para seguir cometiendo fechorías.

Seguirle la pista el tiempo suficiente como para eliminarlo era otra de las tareas que se le habían encomendado a Sowan durante su estancia en París.

Su contribución a la guerra abierta del Mossad en Francia fue considerable. Permitió a los *katsas* y *kidon* lograr éxitos espectaculares: incendiaron una fábrica de documentos falsos de la OLP, destruyeron arsenales, interceptaron y asesinaron correos, detonaron explosivos traídos de contrabando desde Europa del Este; de mil maneras, el Mossad devolvió golpe por golpe gracias a la información aportada por Sowan.

En enero de 1984, Sowan recibió de Adam, su control del Mossad, la orden de trasladarse a Inglaterra donde pasaría por un estudiante maduro que cursaba la carrera de ciencias. Su nueva tarea consistiría en infiltrarse en la OLP de Londres y descubrir todo lo que pudiera sobre su unidad de servicio activo, la Fuerza 17, dirigida por Abdul Rahid Mustafá, que usaba Gran Bretaña como base de operaciones. Mustafá estaba en la lista de blancos del Mossad.

Ismail Sowan comunicó al oficial de la OLP que había concluido sus estudios de francés —un *sayan* le había proporcionado el diploma falsificado por si se le pedía como prueba, aunque nadie lo hizo— y que deseaba ir a Londres para continuar sus estudios de ingeniería. Deslizó en la solicitud que aquel título lo haría «aún más útil cuando se tratara de fabricar bombas».

La perspectiva de agregar otro fabricante de bombas al equipo de expertos de la OLP resultaba tentadora, y mucho más en 1984. La directiva de la OLP necesitaba demostrar a los palestinos de Cisjordania y Gaza que no los habían olvidado. Miles *de* ellos sufrían la creciente dureza de la ocupación israelí y no entendían por qué Arafat no hacía más para ayudarlos, de manera práctica y no solamente retórica.

El Mossad sabía que Arafat se encontraba presionado para apoyar las iniciativas de paz con Israel propuestas por el presidente egipcio Hosni Mubarak.

El régimen de Siria, siempre impredecible, había decidido enfriar sus relaciones con los distintos bandos palestinos y había apresado a cientos de sus combatientes. El presidente Assad quería demostrar a los norteamericanos que no era el revoltoso que todos creían.

Eso sólo aumentó entre las filas de la OLP de los campamentos la sensación de que serían dejados a la deriva por el mundo árabe, trasladados de lado a lado, abandonados a su suerte. Hubo recriminaciones por la traición de sus líderes. Los israelíes continuaron sacando provecho y diciendo en todos los territorios ocupados que la OLP tenía bienes por valor de cinco mil millones de dólares invertidos por todo el mundo. Arafat también se había convertido en el blanco de una campaña de desprestigio ideada por el departamento de guerra psicológica del Mossad. Se difundió que utilizaba parte de ese dinero para satisfacer su gusto por los jóvenes atractivos. El rumor fue alimentado en los campos de refugiados y, aunque no enteramente creído, tuvo su efecto. Arafat, en una maniobra astuta, ordenó a las diecisiete oficinas de la OLP filtrar la historia de su desmedido gusto por las mujeres, cosa que era cierta.

Para el director de la oficina de la OLP en París, la idea de que Sowan utilizara su futuro título para fabricar bombas era razón suficiente para pagarle el pasaje de tren a Londres y cubrir sus gastos de una semana. Tambien recibió quinientas libras de manos de Adam, que le comunicó que debía conseguir empleo en Londres para evitar sospechas.

Ismail llegó a la capital inglesa un día borrascoso de febrero de 1984. Viajó con un pasaporte jordano del Mossad. Llevaba un segundo pasaporte, éste canadiense, escondido en el doble fondo de su maleta. Se le había dicho que lo usara sólo en el caso de tener que abandonar precipitadamente el país. Oculto con el pasaporte iba el informe del Mossad sobre Abdul Rahid Mustafá y la Fuerza 17.

La unidad había sido creada como fuerza de seguridad personal de Arafat. Su nombre se debía al número de la extensión telefónica de Arafat en su cuartel general de Beirut. En una primera etapa, la Fuerza 17 creció hasta convertirse en un ejército informal de más de mil combatientes; una de sus unidades había sido el famoso Septiembre Negro, que había llevado a cabo la masacre de los atletas israelíes en Munich. Poco después de que la OLP fuera obligada a dejar el Líbano y se estableciera en Túnez, el primer comandante de la Fuerza 17, Ali Hassan Salameh, murió en la explosión planeada por Rafi Eitan. En Túnez, Arafat se había enfrentado con la dura realidad. No sólo era perseguido por el Mossad, sino que estaba recibiendo amenazas de otros grupos extremistas. Abu Nidal, que proclamaba ser la auténtica voz de la lucha armada, decía que no alcanzarían la victoria hasta que Arafat fuera eliminado. La respuesta de Arafat había sido reestructurar la Fuerza 17 como una unidad cerrada con dos propósitos: continuar protegiéndolo y lanzar ataques bien preparados contra sus enemigos, empezando por Israel. El mando de la Fuerza 17 recayó en Mustafá. En Túnez, sus hombres fueron entrenados en la guerrilla por fuerzas especiales chinas y rusas. En 1983, Mustafá viajó a Inglaterra para reclutar mercenarios.

En Londres había muchos *ex* miembros de los SAS y veteranos del Ejército

que habían servido en Irlanda del Norte y buscaban un nuevo panorama para sus habilidades bélicas. La paga como instructores de la OLP era buena y muchos de los mercenarios tenían una actitud marcadamente antisemita. Buena parte de ellos firmaron y viajaron a Túnez para trabajar en los campamentos de la OLP. Otros instructores provenían de la Legión Extranjera francesa y, en una etapa, hubo incluso un ex agente de la CÍA, Frank Terpil, que luego se vería brevemente involucrado con Mehmet Ali Agca, el fanático que atentó contra el Papa Juan Pablo II.

Durante todo un año, Mustafá había entrado y salido de Gran Bretaña sin que el MI5 ni la Brigada Especial se dieran cuenta de quién se trataba. Cuando el Mossad los puso al corriente, la única medida que tomaron fue recordar a la oficina de la OLP en Londres que sería cerrada y su personal expulsado al primer indicio de actividades terroristas contra Gran Bretaña. Pero podían continuar fulminando a Israel.

Un aspecto curioso de la guerra de propaganda se puso de manifiesto cuando Bassam Abu Sharif, entonces portavoz de Arafat ante los medios de comunicación, fue invitado a conocer al novelista Jeffrey Archer. El hombre de la OLP comentaría que Archer le había explicado «cómo debemos desarrollar y manejar nuestros medios de difusión, cómo organizar nuestra actividad política, cómo entablar contactos con políticos británicos y movilizar a la opinión pública. Estoy extremadamente impresionado».

Ese encuentro hizo que Archer pasara a engrosar la lista de los ordenadores del Mossad.

A los ojos de los israelíes, furiosos, parecía que Mustafá estaba bajo la protección de las autoridades británicas y que cualquier intento de lidiar con él en Inglaterra acarrearía graves consecuencias al Mossad.

La tarea de Ismail Sowan era tratar de conducir a Mustafá a una emboscada fuera del país, de ser posible en Oriente Medio, donde los *kidon* esperaban para matarlo. Adam le había comunicado a Sowan que trabajaría bajo la guía de sus controles de la embajada israelí en Londres. El primero fue Arie Regev. El segundo, Jacob Barad, que se ocupaba de los intereses comerciales de Israel. Un tercer *katsa,* que no trabajaba escudado por la actividad diplomática, era Bashar Samara, contacto principal de Sowan. Samara le había pedido a un *sayan* empleado en una inmobiliaria que consiguiera un apartamento para Sowan en el distrito de Maida Vale.

Unos días después de su llegada a Londres, Sowan tuvo su primer encuentro con Samara. La pareja se conoció bajo la estatua de Eros, en Picadilly Circus. Cada uno llevaba una copia del *Daily Mirror,* recientemente adquirido por Robert Maxwell. Usando la técnica de intercambiar diarios que había funcionado en París, Sowan obtuvo sus primeras seiscientas libras de sueldo, junto con instrucciones sobre cómo encontrar trabajo administrativo en la oficina de la OLP.

Muchos de los que allí trabajaban querían estar en el frente de acción: llevar mensajes a varias células de la OLP en Europa o volar al cuartel general en Túnez con información importante y luego esperar horas la oportunidad de echarle un vistazo a Arafat. Estos jóvenes y comprometidos revolucionarios no tenían interés

en el trabajo rutinario de la oficina: atender a la gente o archivar, leer los periódicos *o* contestar el teléfono. Cuando Sowan se ofreció para este trabajo en la oficina de Londres fue inmediatamente aceptado.

Al cabo de pocos días ya conocía a Mustafá. Bebiendo tacitas de té de menta dulce iniciaron una buena relación. Ambos compartían el pasado de haber vivido los bombardeos israelíes en Beirut. Habían caminado por las mismas calles con la misma agudeza mental y de vista, y atravesado los mismos edificios horadados por tantos agujeros que parecían enrejados. Ambos habían dormido en una cama diferente todas las noches y, al alba, habían escuchado la llamada de los altavoces a la oración de los creyentes. Los dos habían cumplido sus turnos en la tarea de dar paso a las ambulancias palestinas parando a todos los demás y corriendo a cubrirse sólo cuando se oía el silbido de los aviones israelíes. Habían reído con el recuerdo del viejo dicho de Beirut: «Si oyes estallar la bomba es que todavía estás vivo». Tenían tantos recuerdos comunes: los gritos de los moribundos, el llanto de las mujeres, sus miradas de odio indefenso hacia el cielo.

Sowan y Mustafá pasaron un día entero rememorando el pasado. Finalmente, Mustafá le preguntó qué estaba haciendo en Londres. Mejorar su educación para servir mejor a la OLP, respondió Sowan. A su vez, le preguntó a Mustafá qué lo había traído a Londres.

La pregunta desató un río de revelaciones. Mustafá describió las hazañas de la Fuerza 17: cómo sus comandos estaban a punto de secuestrar un avión israelí lleno de turistas alemanes cuando Arafat canceló la operación para no enemistarse con la opinión pública alemana. Pero Mustafá había llevado la guerra contra Israel hasta Chipre y España. Ismail sabía que todas las cosas de las que se jactaba su compañero acrecentarían la determinación de matarlo que tenía el Mossad.

Acordaron encontrarse unos días después en el Rincón de los Oradores de Hyde Park, sitio tradicional de Londres donde es posible expresar libremente todo tipo de opiniones. Ismail Sowan llamó al número especial que tenía para el caso de que hubiese noticias urgentes. Bashar Samara contestó. Arreglaron encontrarse en Regent Street. Caminando entre los oficinistas a la hora del almuerzo, Sowan lo puso al corriente de lo que Mustafá le había contado. Samara dijo que estaría en Hyde Park para fotografiar a Mustafá y seguirlo adondequiera que fuera.

Mustafá faltó a la cita. Pasarían semanas antes de que Sowan volviera a verlo. Entonces Sowan había sido aceptado como estudiante de una facultad de Bath. Dos veces por semana, viajaba a Londres para cumplir sus tareas en la oficina de la OLP. En una de esas ocasiones se encontró con Mustafá.

Una vez más, los dos hablaron mientras tomaban taza tras taza de té de menta. Mustafá sacó de la cartera un libro ilustrado sobre la historia de la Fuerza 17. Alardeó de que cien mil copias habían sido repartidas entre los palestinos. Hojeándolo, Ismail vio una foto de Mustafá en el Líbano. Mustafá estampó su rúbrica sobre ella y le entregó el libro a Ismail. De nuevo acordaron encontrarse, pero Mustafá volvió a faltar a la cita.

Mientras tanto, Sowan le había dado el libro a Samara en la estación de tren de Bath, el lugar de sus encuentros periódicos. El *katsa* viajaba en un tren y regresaba en el siguiente con todo lo que Sowan había conseguido en la oficina de

la OLP y después de entregarle su sueldo de seiscientas libras.

Durante casi un año su relación continuó del mismo modo. Para entonces, Sowan había conocido a una chica inglesa, Carmel Greensmith, que aceptó casarse con él. Pero la víspera de la ceremonia Sowan todavía no se había decidido por el padrino.

Mientras visitaba una vez más la oficina de la OLP, volvió a encontrarse con Mustafá que, como siempre, no explicó dónde había estado. Mustafá tenía un montón de recortes del periódico árabe *Al Kabas,* publicado en Londres. Cada recorte contenía una mordaz caricatura de Yasser Arafat. El periódico estaba financiado por la familia real de Kuwait, vieja enemiga de la OLP. Los dibujos eran obra del más celebrado artista político árabe, Naji al Ali. Domiciliado en Londres, había librado una guerra solitaria contra Arafat retratando al líder de la OLP como un hombre venal, interesado y políticamente inepto. Las caricaturas habían consagrado la publicación como la voz de la oposición a Arafat.

Mustafá arrojó los recortes sobre la mesa y dijo que Al Ali merecía morir, y que sus patrones kuwaitíes merecían una buena lección.

Sowan esbozó una sonrisa poco comprometedora. El Mossad apreciaba todo lo que pudiera minar la posición de Arafat. Luego sacó a colación un tema más personal, la necesidad de encontrar un padrino para su boda. Mustafá se ofreció. Se abrazaron a la usanza árabe. Ese bien pudo haber sido el momento en que Ismail Sowan deseó haber podido zafarse de alguna manera de las garras del Mossad.

En Tel Aviv, Nahum Admoni había empezado a preguntarse cuánto tiempo pasaría hasta que el MI5 descubriera la verdad sobre los ocho pasaportes dejados en la cabina telefónica de Bonn, en julio de 1986. Shimon Peres, que no admiraba al Mossad, se encontraba en los últimos meses de su Gobierno de coalición y hacía preguntas comprometedoras. El primer ministro decía que el desastre iba a arruinar las relaciones de Israel con el Gobierno Thatcher; que era mejor confesar la verdad. Según el dicho conocido de Peres: «Cuanto más pronto se diga, más pronto se arregla».

Admoni se oponía a la idea. Podía conducir a una investigación del MI5 y la Brigada Especial sobre las actividades del Mossad en Gran Bretaña. Eso quizá terminara con la expulsión de Sowan, que había probado ser una fuente de información útil. Además, admitir la verdad sobre los pasaportes sería revelar una chapuza del Mossad.

Los pasaportes iban destinados a la embajada de Israel en Bonn. El trabajo de llevarlos desde Tel Aviv se le había encomendado a un novato que nunca había estado en Bonn. Condujo por la ciudad un rato sin atreverse a preguntar direcciones por temor a llamar la atención. Finalmente usó el teléfono público para llamar a la embajada. Un funcionario lo reprendió por su tardanza. Ya fuera obnubilado por el pánico o por simple descuido, el hombre dejó la bolsa en la cabina telefónica. Al llegar a la embajada advirtió su error pero, más asustado todavía, no podía recordar el nombre de la calle desde donde había llamado. Acompañado por el enfurecido jefe de seguridad, había encontrado por fin la cabina telefónica. La bolsa no estaba. El correo fue enviado al Negev. Pero el

problema de los pasaportes seguía preocupando a Admoni. El Ministerio del Asuntos Exteriores británico, a través del embajador en Tel Aviv, presentó una reclamación ante el Gobierno israelí.

Uno de los pasaportes estaba destinado a Sowan, para facilitarle los viajes entre Londres y Tel Aviv; con un pasaporte británico sería sometido a menos controles de inmigración en Heathrow que con el canadiense.

Durante el tiempo que Sowan había permanecido en Londres, había hecho viajes ocasionales a Israel para visitar a su familia. Eso formaba parte de su tapadera. Para ellos todavía era miembro activo de la OLP Actuaba con tanta convicción que su hermano mayor, Ibrahim, le advirtió que los israelíes podían arrestarlo. Ismail se fingió horrorizado por la idea y regresó a Londres a continuar con su trabajo.

Pronto las cosas tuvieron un giro inesperado. Su flamante esposa había instado a Sowan a aceptar un puesto de investigador en el Humberside College de Hull. Según ella, eso significaría un complemento a su sueldo en la OLP. No sabía nada sobre las relaciones de su esposo con el Mossad ni de las seiscientas libras que le pagaban todos los meses. Para Ismail, mudarse a Hull podía ser una oportunidad de escapar a las crecientes demandas de su control londinense.

Como muchos informadores que habían aceptado el dinero del Mossad, Ismail Sowan había empezado a sentir terror del riesgo que corría. Después de convertirse en su padrino de boda, Mustafá se había tornado más amistoso. Con frecuencia visitaba a Ismail y su esposa con regalos de Oriente Medio para la pareja. A la hora de cenar, Mustafá contaba cómo había manejado al último enemigo de la OLP. A lo largo de los meses, alardeó de haber matado a varios «traidores a la causa». Sowan se quedaba hipnotizado, esperaba «que mi corazón no latiera demasiado fuerte». Se había vuelto igualmente temeroso después de sus encuentros con Samara; el *katsa* le pedía que entrara en el ordenador de la OLP y copiara documentos delicados; también debía arreglar sus vacaciones con Mustafá a Chipre, donde un *kidon* estaría esperando. Hasta el momento, Sowan se había excusado —nunca estaba solo en la sala de ordenadores o la presión de sus estudios no le permitía tener vacaciones— pero había percibido una creciente amenaza en las peticiones de Samara. En Hull, esperaba tener menos contacto con Mustafá y Samara, y que se le permitiera una vida académica sin más presiones. El Mossad tenía planes muy diferentes para él.

El viernes 13 de marzo de 1987, en el cuartel general del Mossad en el paseo del Rey Saúl, corría el rumor de que Admoni esperaba una importante visita. Poco antes del mediodía, el oficial de enlace del MI6 fue escoltado hasta la oficina del director general, situada en el noveno piso. Su reunión fue breve. Se le comunicó a Admoni que el MI6 sabía que los pasaportes falsos encontrados en Bonn eran obra del Mossad. Un oficial que estuvo presente en el procedimiento contó, en junio de 1997, cómo «el hombre del Seis simplemente entró, dijo "buenos días", rechazó una taza de té o café y se lo soltó ahí mismo. Luego saludó con la cabeza y salió. Probablemente tardó menos de un minuto en transmitir el mensaje».

En Londres, el Ministerio de Asuntos Exteriores llamó al embajador israelí y le presentó una firme queja además de exigirle que tal comportamiento no volviera a

repetirse. El único pequeño consuelo para Admoni fue que nadie había mencionado a Ismail Sowan.

La tarde del 22 de julio de 1987, Sowan puso las primeras noticias de la BBG en su apartamento de Hull.

No había sabido nada del Mossad desde abril, cuando Bashar Samara se desplazó a Hull para encontrarse con él en la estación de tren y decirle que mantuviera la discreción hasta nuevo aviso a menos que Mustafá se pusiera en contacto con él.

Ahora, la cara del hombre a quien Mustafá deseaba ver muerto llenaba la pantalla. Naji al Ali, el caricaturista, había sido abatido cuando salía de las oficinas de *Al Kabas* en Londres.

El tirador había disparado una sola vez *y* desaparecido. La bala había entrado por la mejilla y se había alojado en el cerebro de la víctima. La primera reacción de Sowan fue pensar que el asaltante no pertenecía al Mossad ni a la Fuerza 17. Ambas organizaciones tenían una manera profesional de matar: varios tiros en la cabeza y en la parte superior del cuerpo. Aquello parecía el ataque de un aficionado. En el reportaje televisivo se decía que habían montado una operación policial masiva a gran escala y que los colegas de Naji intuían que el ataque provenía de algún «enemigo anónimo poderoso».

Sowan recordó una conversación previa con Mustafá. Estaba cada vez más seguro de que Arafat había ordenado el asesinato. Se preguntó si él había sido la única persona a quien Mustafá había confiado la necesidad de que el dibujante muriera. Sowan decidió que era mejor para él y su mujer volar a Tel Aviv. Pero cuando estaban haciendo las maletas alguien llamó a la puerta. Sowan recordaba: «El hombre traía dos maletas. Dijo que Mustafá necesitaba esconderlas con urgencia. Cuando le dije que quería saber su contenido, sonrió y contestó que no me preocupara. "Al que no hace preguntas no se le dicen mentiras" fue todo lo que agregó. Cuando se fue, miré dentro de las maletas. Estaban llenas de armas y explosivos: había suficiente Semtex como para volar la Torre de Londres, pistolas AK-47, detonadores, de todo».

Ismail llamó al número especial del Mossad en Londres. Había sido desconectado. Telefoneó a la embajada israelí. Se le dijo que Arie Regev y Jacob Barad no podían atenderlo. Pidió hablar con Bashar Samara. La voz del otro lado del teléfono le dijo que esperara. Una nueva voz apareció en línea. Cuando Ismail dijo su nombre, la voz contestó: «Éste es un buen momento para pasar unas vacaciones al sol». Las palabras eran la señal de que tenía que viajar a Tel Aviv.

Allí, en el hotel Sheraton, se encontró con Jacob Barad y Bashar Samara. Explicó qué había hecho después de ver el contenido de las maletas. Le dijeron que esperara mientras se ponían en contacto con sus superiores. Esa misma noche, Samara volvió y le dijo a Sowan que regresara a Londres en el siguiente avión. Cuando llegara lo encontraría todo solucionado.

Sin sospechar lo que le esperaba, Sowan voló a Londres el 4 de agosto de 1987. Fue arrestado por oficiales armados de la Brigada Especial, en Heathrow, y acusado de la muerte de Naji al Ali. Cuando protestó diciendo que era agente del Mossad, los oficiales se rieron de él. Sowan se había vuelto tan prescindible como el dibujante que había muerto después de dos semanas de aferrarse a la vida en el hospital. Sowan sería sacrificado en el intento de recuperar el favor del

Gobierno Thatcher. La presencia del arsenal dejado en el apartamento de Sowan destruiría cualquier esfuerzo que hiciera por demostrar que era un empleado del Mossad. Las armas habían sido llevadas por un *sayan.*

En Londres, Arie Regev había entregado al MI5, que las pasó luego a Scotland Yard, todas las «pruebas» que el Mossad «había acumulado» sobre las actividades terroristas de Sowan. El expediente detallaba cómo el Mossad había seguido a Sowan desde Oriente Medio, a través de Europa y Gran Bretaña, sin poder obtener hasta entonces pruebas en su contra. Desde el momento en que habían descubierto el arsenal, el Mossad decidió, «en nombre de la seguridad de todos», entregar a Sowan.

La decisión de hacerlo *fue* una sombría confirmación de la ley no escrita del Mossad sobre lo que era oportuno. Se había invertido gran cantidad de tiempo y dinero en el entrenamiento de Sowan y su trabajo de campo. Pero, cuando llegó el momento, todo eso no importaba comparado con la necesidad mayor del Mossad de cubrir sus huellas en Gran Bretaña. Sowan sería la víctima propiciatoria, servida a los ingleses como un ejemplo del terrorismo siempre denunciado por el Mossad. Sería una pérdida, por supuesto: Sowan había hecho un buen trabajo, aunque no consiguiera entregar algunas de las cosas que se le habían pedido. Pero el arsenal había sido una oportunidad ideal. Arruinaría las relaciones de la OLP con el Gobierno Thatcher y permitiría a Israel presentar a Arafat como el terrorista que era. Y siempre habría otro Ismail Sowan listo para ser seducido por aquellos hombres que, en Israel, se deleitaban rompiendo sus promesas.

Durante una semana entera, el Mossad se distendió, convencido de que nada de lo que Sowan dijera a sus interrogadores sería tenido en cuenta.

Pero Admoni no había contado con los esfuerzos desesperados de Sowan por evitar ir a prisión. Dio a los investigadores de la Brigada Especial descripciones detalladas de sus superiores así como de todo lo que se le había enseñado en el Mossad. La policía empezó a darse cuenta gradualmente de que Sowan podía estar diciendo la verdad. El oficial de enlace del MI6 en Tel Aviv fue llamado. Interrogó a Sowan. Todo lo que dijo sobre el cuartel del Mossad y sus métodos coincidía con lo que el oficial sabía. El pleno alcance del papel del Mossad empezó a salir a la luz.

Regev, Barad y Samara fueron expulsados de Gran Bretaña. La embajada israelí en Londres hizo una declaración desafiante: «Lamentamos que el Gobierno de Su Majestad haya considerado necesario tomar medidas como las que se han adoptado. Israel no actuó contra los intereses británicos. Su único objetivo fue la lucha contra el terrorismo».

La verdad no salvó a Ismail Sowan. En junio de 1988 fue condenado a once años de cárcel por posesión de armamento para un grupo terrorista.

Cinco años después de la expulsión de los tres *katsas,* que de hecho había significado el cierre de la sede del Mossad en Gran Bretaña, el servicio regresó. Hacia 1998, cinco *katsas* trabajaban desde la embajada en Kensington en conexión con el MI5 y la Brigada Especial para detectar facciones iraníes en Gran Bretaña.

Tres años antes, en diciembre de 1994, Ismail Sowan salió de la prisión de

Sutton, se le devolvió su pasaporte jordano y fue deportado a Ammán. La última vez que lo vieron salía del aeropuerto con la misma maleta que el Mossad le había dado ocho años antes cuando viajara a Londres. Pero ya no tenía doble fondo.

Desde el reino del desierto tuvo un asiento de primera fila en la tormenta que se avecinaba en el golfo Pérsico, que fue precedida por el cambio de comandante en el puente del Mossad. Los ocho años al timón de Nahum Admoni llegaron a su fin en la víspera del Año

Nuevo judío, el Rosh Hashanah. En su lugar quedó Shabtai Shavit, que heredó una serie de fracasos: el asunto Pollard, el Irán-contra y, por supuesto, los pasaportes británicos falsos hallados en una cabina telefónica de Bonn que habían anunciado el fin de Admoni. Pero, para su sucesor, del otro lado del Jordán soplaba más que una tormenta de arena. Saddam Hussein había decidido que llegaba el momento de arremeter contra el mundo.

16

Espías en la arena

El 2 de diciembre de 1990, al sur de Bagdad, una figura con la ropa sucia de un habitante del desierto permanecía inmóvil junto a un pozo de agua. Al alba, la arena estaba fría como el hielo porque la temperatura de la noche había descendido bajo cero. La cabeza del hombre estaba cubierta con una *bupta* de lana de oveja, un sombrero que lo identificaba como miembro de la tribu sarami, la más vieja de las sectas islámicas sufíes, que erraba por el desierto iraquí y cuyo fanatismo se unía a un código de honor inigualado por otras tribus. Pero la lealtad del hombre se encontraba novecientos kilómetros hacia el oeste, en Israel: era un *katsa.*

Sus vestiduras procedían de un almacén del Mossad, donde se guardaban trajes de todo el mundo que iban actualizándose. Obtenían la mayoría *sayanim* que las enviaban a las embajadas israelíes locales desde donde eran despachadas a Tel Aviv como equipaje diplomático. Otras vestimentas llegaban desde países árabes hostiles traídas por visitantes proisraelíes. Unas cuantas, pocas, las confeccionaba la sastra que se encargaba del almacén. A lo largo de los años, ella y su pequeño equipo de modistas se habían ganado la reputación de estar en todos los detalles; utilizaban incluso el mismo hilo de coser para hacer los arreglos.

El nombre en clave del *katsa,* Shalom, procedía de una lista de alias guardada en el archivo de la División de Operaciones; Rafi Eitan había tenido la idea de la lista después de la operación Eichmann. Shalom Weiss había sido uno de los mejores falsificadores del Mossad antes de unirse al equipo que secuestró a Eichmann. Había muerto de cáncer en 1963, pero su nombre seguía vivo y había sido usado varias veces por los *katsas.* Sólo un grupo de oficiales superiores de las Fuerzas Armadas, Shabtai Shavit y la propia sección de Shalom sabían por qué estaba en el desierto.

En agosto de 1990, Saddam Hussein había invadido Kuwait, una acción precursora de lo que se convertiría en la guerra del Golfo. La maniobra de Irak contra Kuwait había sido un fracaso de inteligencia espectacular para todos los servicios secretos occidentales; ninguno había previsto lo que iba a ocurrir. El Mossad trató de comprobar los informes sobre el arsenal de armas químicas que Saddam guardaba en emplazamientos secretos, al sur de Bagdad, cuyo radio de alcance incluía Kuwait y también algunas ciudades de Israel.

En el Mossad dudaban de si Iraq poseía los misiles necesarios para disparar las cabezas. Gerald Bull había sido borrado del mapa y su superarma, después de la prueba inicial, de acuerdo con la vigilancia por satélite de Estados Unidos, había quedado hecha trizas. Los analistas de Shavit sugirieron que incluso si Saddam contaba con las cabezas, no era seguro que contuvieran armas químicas; ya otras veces había montado esa farsa.

Shabtai Shavit, con la cautela de un jefe nuevo, había dicho que, según los datos, dar la voz de la alarma podía generar un pánico innecesario. Se le había encomendado a Shalom descubrir la verdad. Previamente, ya había llevado a cabo varias operaciones en Irak; una vez, en Bagdad, donde se había hecho pasar por un hombre de negocios jordano. En Bagdad había *sayanim* que podían ayudarlo. Pero allí, en el desierto vasto y vacío, dependía de sus propios recursos y de las destrezas que sus instructores ponían a prueba una vez más.

Shalom había realizado ejercicios de supervivencia en el desierto del Negev para dominar el «entrenamiento de la memoria», cómo reconocer un blanco incluso en plena tormenta de arena, y la «protección de autoimagen», cómo mimetizarse con su entorno. Vestía la misma ropa día y noche para darle un aspecto gastado. Pasó un día entero en el campo de tiro y demostró una instintiva rapidez para disparar a corta distancia. Con el farmacéutico aprendió a usar su botiquín de emergencias en el desierto y le llevó toda una mañana memorizar los mapas que lo orientarían en la arena.

Todos sus instructores lo llamaban por un número; no lo humillaban ni lo alababan. No le daban ni un indicio de por qué estaba haciendo lo que hacía: eran como robots. Dedicaba parte del día a probar su resistencia física a marcha forzada bajo el abrasador sol del mediodía cargando una mochila llena de piedras. Se le tomaba el tiempo constantemente, pero nadie le decía si lo hacía bien. Otra prueba consistía en arrancarlo de sus prácticas para contestar preguntas. «Si una niña beduina te descubre, ¿le das muerte para proteger tu misión? Estás a punto de ser tomado prisionero: ¿te rindes o te suicidas? Si te encuentras con un soldado israelí herido que ha participado en otra misión, ¿te detienes a ayudarlo o lo abandonas aunque sabes que va a morir?» No era que las respuestas de Shalom fueran decisivas: las preguntas eran otra manera de probar su habilidad para decidir bajo presión. ¿Cuánto tardaba en contestar? ¿Se sentía aturdido o seguro al hacerlo?

Comía sólo los alimentos que iba a consumir en el desierto: concentrados para mezclar con el agua salobre que esperaba encontrar de vez en cuando. Había tomado clases particulares con un psiquiatra del Mossad para aprender a controlar el estrés y a relajarse. El médico también quería saber si Shalom era capaz de pensar con claridad para apelar a los recursos y la dureza necesarios en las situaciones impredecibles que afrontaría sobre el terreno. Las pruebas de aptitud determinaron su estabilidad emocional y su autosuficiencia. Se lo evaluó para ver si existían signos de que se había convertido en un «lobo solitario», un rasgo preocupante que había puesto fin a otras carreras prometedoras.

Un instructor le enseñó dialectos durante horas y lo escuchó repetir la jerga sufí. Ya experto en persa y árabe, Shalom aprendió rápidamente el dialecto de la tribu. Cada noche era llevado a un sitio distinto del Negev para dormir. Se acurrucaba en la arena y descansaba por un rato, nunca más que para dar una

cabezada y luego se desplazaba hacia otro lugar para evitar a los instructores que lo seguían. El ser descubierto significaría una ampliación del entrenamiento o que la misión fuera asignada a otro *katsa.*

Shalom había logrado burlar a sus perseguidores. La tarde del 25 de noviembre de 1990 subió a un helicóptero Sikorsky CH-536 de la comandancia regional de las Fuerzas Armadas israelíes.

Su tripulación también había sido entrenada por separado para la misión. En otra área de la base del Negev, habían practicado abrirse paso a baja altura, a través de un obstáculo aéreo, en la oscuridad. Con turbinas habían levantado ráfagas de arena para que el helicóptero pudiera mejorar su técnica de vuelo a través de las inestables corrientes de aire del desierto iraquí. El piloto había permanecido continuamente lo más cerca posible del suelo sin estrellarse. En otro ejercicio, los instructores se habían sentado a horcajadas sobre el tren de aterrizaje y disparado sus armas a las siluetas que hacían de blanco mientras el piloto mantenía estable la máquina. Mientras tanto, la tripulación había estudiado su ruta de vuelo.

Sólo el oficial al mando, el coronel Danny Yatom, conocía la ruta a seguir hasta la frontera con Irak. Yatom había sido miembro del comando de élite Sayeret Matkal, los Boinas Verdes de Israel, que en 1972 habían asaltado con éxito un avión belga secuestrado en el aeropuerto de Tel Aviv. Otro de los comandos de la operación era Benyamin Netanyahu. La amistad con el futuro primer ministro de Israel le valdría a Yatom ser nombrado jefe del Mossad, cargo que también pondría fin a su amistad con Netanyahu. Pero eso todavía tenía que suceder.

Aquella mañana de diciembre, mientras Shalom seguía vigilando por encima del borde del pozo de agua, no sospechaba que el largo y peligroso viaje que lo había adentrado en territorio hostil había sido decidido en una sala de conferencias de la Kyria, el cuartel general de las Fuerzas Armadas israelíes, en Tel Aviv.

Además de Yatom estaban presentes Amnon Shahak, el jefe de Aman, la inteligencia militar, y Shabtai Shavit. Habían convenido conversar sobre los últimos datos de un informador infiltrado en la red terrorista iraní, en Europa. La persona —sólo Shavit sabía si se trataba de hombre o mujer— era conocida por la letra «I». Todo lo que Shahak y Yatom podían haber deducido era que esa persona debía tener acceso al complejo blindado del tercer piso de la embajada iraní en Bonn. El complejo constaba de seis oficinas y una sala de comunicaciones. El área entera había sido acondicionada para soportar la explosión de una bomba y se ocupaban permanentemente de ella veinte Guardias Revolucionarios, cuya tarea era coordinar las actividades terroristas de Irán en Europa Occidental. Hacía poco que habían tratado de llevar por barco una tonelada de Semtex y detonadores electrónicos desde el Líbano hasta España. El cargamento estaba destinado a reponer explosivos para un número de grupos terroristas proiraníes en países europeos. Por una confidencia del Mossad, la aduana española había abordado el barco cuando entró en aguas territoriales.

Pero en el verano de 1990, Irán también hacía grandes desembolsos de dinero para incrementar la influencia del fundamentalismo y el terrorismo en Europa. Las cantidades invertidas eran todavía más sorprendentes dado que la economía de Irán había quedado dañada después de los ocho años de una guerra con Iraq que

finalizó con el alto al fuego de 1988.

Aquel día de noviembre, en la bien custodiada sala de conferencias de la Kyria, lo que el agente doble había descubierto no era una nueva amenaza de Irán sino de Irak. «I» había obtenido la copia de un detallado plan de batalla iraquí, robado por el servicio secreto de Irán en el cuartel general de Bagdad, en el que se describía cómo se usarían los misiles Scud para lanzar un ataque con armas químicas y biológicas contra Irán, Kuwait e Israel.

Una sola pregunta rondaba la mente de cada hombre reunido en el salón de conferencias: ¿sería de fiar la información? «I» había probado serlo en todos los datos previos que había proporcionado. Pero, por más importante que hubiera sido la información, nada era comparable con lo que «I» había enviado aquella vez. Sin embargo, ¿no sería el plan de batalla parte de un complot de la inteligencia iraní para obligar a Israel a lanzar un ataque preventivo contra Irak? ¿Habrían desenmascarado a «I» y estaba siendo usado por Irán?

Tratar de contestar a esa pregunta también conllevaba sus riesgos. Haría falta tiempo para mandar a un *katsa* a ponerse en contacto con «I». Pasarían semanas antes de que pudiera hacerlo; sacar a un informador del absoluto anonimato era un proceso lento y delicado. Y si «I» había permanecido leal, su seguridad podía ser puesta en peligro. Sin embargo, las consecuencias de actuar en reacción al documento iraquí sin antes confirmarlo serían calamitosas para Israel. Un golpe preventivo llevaría a una represalia iraquí y podía destruir la coalición que se estaba creando laboriosamente en Washington para echar a Saddam de Kuwait. Muchos de sus miembros árabes posiblemente apoyarían a Irak contra Israel.

La única manera de descubrir la verdad sobre el plan robado había sido mandar a Shalom a Irak. Rozando el desierto, el helicóptero había volado a través de una franja de Jordania en lo profundo de la noche. Cubierto con pintura de camuflaje, sofocado el ruido del motor, el Sikorsky era prácticamente indetectable para los radares más sofisticados. Volando en modalidad silenciosa para que las aspas del rotor casi no hicieran ruido, el helicóptero había alcanzado su punto de entrega, en la frontera iraquí.

Shalom había desaparecido en la oscuridad. A pesar de todo su entrenamiento, nada lo había preparado completamente para ese momento: estaba solo; para sobrevivir debía respetar su entorno. Las sorpresas del desierto no son comparables con las de ningún otro lugar del planeta. En un instante podía levantarse una tormenta de arena que cambiara el paisaje y lo enterrara vivo. Un cierto tipo de cielo significaba una cosa; otro, algo muy diferente. Confeccionaría su propio pronóstico del tiempo; debía hacerlo todo por sí mismo *y* aprender a ajustar sus oídos al silencio para recordar que no hay como el silencio del desierto. Y siempre debía recordar que su primer error podía ser el último.

Tres días después de dejar el helicóptero, esa fría madrugada de diciembre, Shalom yacía postrado en el oasis iraquí. Debajo de la *bupta* llevaba gafas cuyos cristales teñían el paisaje de un tono crepuscular. La única arma de Shalom era la que se esperaría que tuviera un sarami: el cuchillo de caza. Le habían enseñado a matar con él de muchas maneras. Si se iba a molestar en usarlo contra una fuerza superior, no lo sabía, y tampoco si sería capaz de volverlo contra sí mismo o, simplemente, de suicidarse con la pildora letal que llevaba. Desde la tortura y muerte de Eli Cohén, todo *katsa* que actuaba en Irán, Irak, Yemen o Siria tenía

derecho a suicidarse antes de caer en manos de los brutales interrogadores. Shalom continuaba vigilando y esperando.

Los nómadas, en sus campamentos a un kilómetro del pozo, comenzaron a recitar las oraciones de la mañana. Ya el ladrido de sus perros flotaba débilmente en el viento, pero los animales no se aventuraban fuera del campamento antes de que el sol se elevara sobre el horizonte: los patrones de conducta eran las primeras lecciones que Shalom había recibido para sobrevivir en el desierto.

De acuerdo con la información que le habían dado, el convoy debía aparecer entre el campamento y las colinas situadas a su izquierda. Para un ojo no entrenado, el camino que seguiría era invisible. Para Shalom, estaba tan claro como una calle bien señalizada: las pequeñas arrugas en la arena eran las que formaban los topos del desierto excavando entre las huellas de los vehículos.

El sol estaba alto cuando finalmente apareció el convoy: un lanzador de misiles Scud y su vehículo de apoyo. Se detuvo a casi un kilómetro. Shalom empezó a tomar fotografías y a cronometrar lo que veía.

El personal iraquí tardó quince minutos en lanzar el Scud. Se elevó haciendo un arco y desapareció en el horizonte. Minutos más tarde el convoy se movió a toda velocidad hacia las colinas. En pocos instantes, ese Scud podía haber caído en Tel Aviv o en otra ciudad de Israel si el lanzamiento no hubiera sido una práctica. Shalom inició su largo viaje de vuelta a Tel Aviv.

Seis semanas después, el 12 de enero de 1991, Shalom formaba parte de un equipo conjunto del Mossad y de Aman sentado alrededor de la mesa de conferencias en el Comando Conjunto de Operaciones Especiales de Estados Unidos, en la base Pope de las Fuerzas Aéreas, Virginia. El comando estaba al frente de los Boinas Verdes y los SEAL y había mantenido un estrecho contacto de trabajo con el Mossad.

Después de que Shalom regresara de Irak, Shavit había informado al general Earl Stiner, comandante de operaciones del CCOE, de que Saddam iba más allá de la simulación. El duro general tenía un estilo campechano y usaba un lenguaje subido de tono que los israelíes apreciaban. Pero en un puesto de mando, con su cerrado acento de Tennessee tomaba decisiones sagaces. Como máximo jefe de comandos de la nación, conocía el valor de un buen trabajo de inteligencia y su propia experiencia en Oriente Medio lo había convencido de que el Mossad ofrecía el mejor.

Desde la incursión de Saddam en Kuwait, Stiner se había comunicado regularmente con sus contactos israelíes. Algunos de ellos se remontaban a 1983 cuando, recién promovido a general de brigada, había sido enviado secretamente a Beirut por el Pentágono para informar directamente al Estado Mayor Conjunto de hasta qué punto Estados Unidos se vería involucrado en la guerra del Líbano.

Más adelante había trabajado con el Mossad durante el secuestro del *Achille Lauro* y descendido con sus comandos de la Fuerza Delta en una base aérea de Sicilia donde los secuestradores habían hecho escala para tomar un avión hacia la libertad, en Egipto. Las tropas italianas habían impedido que Stiner capturara a los secuestradores y casi habían llegado al tiroteo. Frustrado, Stiner había volado en persecución del avión en su propio transporte militar. Sólo abandonó la caza

cuando ambas aeronaves entraron en el espacio aéreo de Roma y sus controladores de tráfico amenazaron con derribar el avión de la Fuerza Delta, por «piratería aérea». En 1989, Stiner había sido el comandante de tierra durante la invasión a Panamá y el responsable de la rápida captura de Manuel Noriega.

Sólo el jefe del Estado Mayor, el general Colin Powell, y el general Norman Schwarzkopf, a cargo de las fuerzas de coalición, conocían la relación de Stiner con el Mossad. Mientras Schwarzkopf batallaba para crear una línea defensiva en la frontera Saudita que evitara las incursiones de Irak fuera de Kuwait, los oficiales de inteligencia de Stiner trabajaban codo a codo con el Mossad para crear movimientos de resistencia en Irak que derrocaran a Saddam.

Cuando el general de división Wayne Downing, comandante del CCOE, llamó a una reunión en la sala de conferencias, todo el mundo sabía que, mientras se acercaba la fecha señalada para el inicio de las hostilidades, establecida por las Naciones Unidas, el 15 de enero de 1991, el mundo entablaba un diálogo de sordos con Bagdad. Saddam seguía aguardando la que, según sus predicciones, iba a ser «la madre de todas las guerras».

Downing empezó recordando a sus oyentes que Washington solicitaba que Israel permaneciera al margen del conflicto. A cambio, obtendría beneficios políticos y económicos a largo plazo.

La inmediata respuesta de los israelíes fue mostrar una serie de ampliaciones de las fotos que Shalom había tomado en el desierto durante el lanzamiento del misil Scud. Luego vinieron las preguntas. ¿Qué pasaría si Saddam usaba un Scud con cabeza nuclear? El Mossad tenía la certeza de que Irak ya había construido las instalaciones para fabricar un artefacto tosco. También tenía la capacidad de ajustar cabezas químicas o biológicas a sus misiles. ¿Se suponía que Israel debía esperar a que eso ocurriera? ¿Cuál era el plan de las fuerzas de coalición para ocuparse de los Scud antes de que fueran lanzados? ¿Tenían idea de cuántos misiles había en Irak?

Uno de los oficiales de inteligencia de Downing dijo que «estimaban que aproximadamente» unos cincuenta misiles. «Creemos que Saddam tiene cinco veces esa cantidad, quizás incluso quinientos en total», replicó Shabtai Shavit.

El tenso silencio de la sala fue roto por la pregunta de Downing. ¿Podía señalar dónde se encontraban? Shavit no podía ser más concreto y sólo sugería que los Scud estaban emplazados en el desierto occidental de Irak y en el este del país. Los norteamericanos estuvieron de acuerdo con Downing en que «eso es mucho desierto para esconderlos». «Cuanto antes empiecen, mejor» dijo Shavit, sin molestarse en ocultar su frustración.

Downing prometió ocuparse del asunto enérgicamente y la reunión se cerró con la repetida advertencia a Israel de que se mantuviera fuera de la guerra. Toda la información secreta que el Mossad y Aman pudieran recabar sería sin embargo bien recibida. Mientras tanto podían estar seguros de que los Estados Unidos y sus socios iban a ocuparse de los Scud. El equipo israelí volvió a casa con la sensación de que se habían llevado la peor parte en el trato.

Poco después de las tres de la madrugada del 17 de enero de 1991 —horas después de iniciarse la operación Tormenta del Desierto— siete Scud cayeron sobre Tel Aviv y Haifa, destruyeron más de un millar y medio de edificios e hirieron a cuarenta y siete civiles.

Esa misma mañana, el primer ministro Yitzhak Shamir preguntó fríamente a Washington cuántos israelíes debían morir antes de que el presidente Bush hiciera algo. La breve llamada concluyó con el ruego de Bush pidiendo moderación y la advertencia de Shamir de que Israel no iba a quedarse de brazos cruzados mucho tiempo más.

Shamir ya había ordenado a los jets israelíes patrullar el espacio aéreo del norte en la frontera con Irak. Bush inmediatamente prometió que, si los aviones volvían, enviaría «doblemente rápido» dos baterías Patriot antimisiles «para defender sus ciudades» y que las fuerzas de coalición iban «a destruir los misiles Scud en pocos días».

Los misiles siguieron cayendo sobre Israel. El 22 de enero, uno aterrizó en el suburbio de Ramat Gan, en Tel Aviv. Noventa y seis civiles resultaron heridos, varios de ellos de gravedad, y tres murieron de ataques al corazón. El sonido de las explosiones llegaba hasta el cuartel general del Mossad. En la Kyria, Amnon Shahak llamó al teléfono directo del Centro de Comando Militar Nacional, en el segundo piso del Pentágono. Su comunicación fue aún más corta que la de Shamir: hagan algo o lo hará Israel.

Horas más tarde, Downing y sus hombres estaban en camino hacia Arabia Saudí. Shalom los esperaba en un pueblecito de la frontera iraquí, Ar Ar. Iba vestido con el uniforme de faena del Ejército británico. Nunca explicó, y nadie se lo preguntó, dónde lo había conseguido. Las noticias que traía eran tremendas. Podía confirmar que había cuatro rampas de lanzamiento de misiles Scud a menos de treinta minutos de vuelo.

Downing dijo: «¡Vamos a freír unos cuantos traseros!».

Los helicópteros Chinook los transportaron hasta el desierto iraquí, a ellos y al Land Rover especialmente adaptado para el terreno, que parecía un paisaje lunar. Al cabo de una hora habían localizado las rampas. Por una frecuencia de radio segura, avisaron a los cazabombarderos, armados con racimos de municiones y bombas de mil kilos. Un helicóptero Black Hawk, quieto en el aire, filmó la matanza.

Horas más tarde, una copia del vídeo llegó a la oficina de Shamir en Tel Aviv.

En otra llamada de Bush, el primer ministro concedió que había visto lo suficiente para mantener a Israel fuera de la guerra. Ninguno de los hombres mencionó el papel del Mossad en el episodio.

Durante los días restantes de la guerra del Golfo, los Scud hirieron o mataron a quinientas personas, incluidos los ciento veintiocho norteamericanos muertos o heridos por un misil que impactó en Arabia Saudí; más de cuatro mil israelíes se quedaron sin hogar.

Las secuelas de la guerra del Golfo se tradujeron en virulentos ataques contra Aman y el Mossad por parte del subcomité de relaciones exteriores del Knesset en sus sesiones secretas. Ambos servicios fueron rotundamente condenados por no

haber previsto la invasión de Kuwait ni haber advertido suficientemente sobre la amenaza iraquí. Los detalles que se filtraron se referían a discusiones e insultos entre Amnon Shahak, Shabtai Shavit y los miembros del comité. Después de un encontronazo, el jefe del Mossad había estado a punto de renunciar. Pero no todo estaba perdido para el acosado Shavit.

El departamento de guerra psicológica del Mossad, generalmente utilizado para desinformar y ensombrecer el carácter de los enemigos de Israel, enfocó sus esfuerzos en los medios de difusión locales. Periodistas amigos fueron llamados y se les dijo que no se trataba de falta de inteligencia sino de que el público israelí estaba acostumbrado a no tener poder de decisión en aquel campo.

El departamento sacó a relucir viejas verdades: ningún otro país contaba, en proporción a su tamaño y población, con un servicio de inteligencia como el de Israel; ningún servicio podía compararse con el Mossad en entender la mentalidad o las intenciones de los enemigos de la nación ni igualar sus récords en desbaratar los planes de los que habían agredido a Israel durante cincuenta años. Eran cuestiones que despertaban interes y encontraron cabida en los medios de comunicación, que se sentían agradecidos de recibir información de primera mano.

Un torrente de artículos apareció para recordar a los lectores que, a pesar de los recortes en el presupuesto de Defensa, previos a la guerra del Golfo, el Mossad había continuado batallando en el Líbano, Jordania, Siria e Irak. La gente había sido capaz de leer entre líneas: el Mossad estaba siendo entorpecido porque los políticos habían manejado mal el presupuesto de Defensa. Era un tema manido que siempre funcionaba. Para una población todavía terriblemente asustada por los ataques de los Scud, el hecho de que la falta de fondos estuviera en la raíz de todos sus males desviaba las críticas sobre el Mossad hacia los políticos. De pronto, hubo dinero disponible. Israel, dependiente durante tanto tiempo de los datos de los satélites estadounidenses, aceleró su propio programa de satélites espía. La prioridad era lanzar un satélite militar para vigilar en concreto a Irak. Un nuevo misil antimisil, el Hetz, empezó a producirse en cadena. Se encargaron varias baterías Patriot a Estados Unidos.

El subcomité del Parlamento se marchitó al afrontar la andanada de publicidad a favor del Mossad. Shavit salió triunfante y dispuesto a reafirmar la posición del Mossad. Varios *katsas* bien situados en el corazón de Iraq recibieron la orden de descubrir cuánto armamento químico y biológico había sobrevivido al bombardeo aliado.

Descubrieron que Irak todavía contaba con ciertas cantidades de ántrax, viruela, virus Ebola y agentes nerviosos capaces de matar no sólo a hombres, mujeres y niños en Israel, sino a un gran porcentaje de la población mundial.

La cuestión para Shavit, los otros jefes de inteligencia y los políticos de Israel era decidir si hacer pública la información. Eso crearía pánico en Israel y podía provocar una serie de efectos negativos. La industria turística del país había sido devastada por la guerra del Golfo; la economía de Israel tocaba fondo y las nuevas inversiones del extranjero llegaban con lentitud. Revelar que Israel aún se encontraba al alcance de armas letales difícilmente atraería turistas o dinero al país,.

Además, el desmembramiento de la coalición de la guerra del Golfo, cuyos

miembros árabes siempre habían sido fríos a la hora de hacer la guerra contra sus hermanos, había tenido como consecuencia una creciente simpatía por la indudable adversidad de los iraquíes. La evidencia de la destrucción masiva causada por los bombardeos de la coalición y el sufrimiento continuo de civiles inocentes había atizado poderosas emociones en el resto de Oriente Medio y renovado la enemistad árabe hacia Israel. Si Tel Aviv hacía públicos los detalles sobre las armas químicas y biológicas intactas en Iraq, los países occidentales proárabes lo considerarían un intento de persuadir a Estados Unidos y Gran Bretaña para lanzar nuevos ataques contra Iraq.

La cuestión de revelar la existencia del arsenal de Saddam también dependía de las cuidadosamente orquestadas negociaciones secretas para llegar a un cese de hostilidades entre Israel y la OLP. En 1992, dichas negociaciones se llevaban a cabo en Noruega y progresaban bien, aunque faltaba todavía un año para que se llegara a un acuerdo y se le diera publicidad en octubre de 1993, cuando Arafat y Rabin se estrecharon la mano en el césped de la Casa Blanca, ante la sonrisa benévola del presidente Clinton. Para cada uno de esos hombres fue un triunfo diplomático.

Sin embargo, no todos en el Mossad estaban de acuerdo en que la fórmula «tierra por paz» —una patria palestina a cambio de no más luchas— funcionara. El fundamentalismo islámico estaba en marcha y los vecinos de Israel, Jordania, Egipto y Siria estaban siendo golpeados por las fuerzas extremistas de Irán. Para los *mullahs* de Teherán, Israel seguía siendo un estado paria. Dentro del Mossad y, desde luego, para muchos israelíes, la perspectiva de una paz duradera con la OLP era un sueño imposible. El sionismo tenía pocos deseos de reconciliarse con los árabes: la religión y la cultura árabes eran para los sionistas inferiores a las creencias e historia propias. No podían aceptar que el acuerdo de Oslo garantizaba el futuro de su Tierra Prometida y que ambas razas podían vivir juntas, si no felizmente, al menos con respeto mutuo.

Shabtai Shavit midió cuidadosamente todas estas cuestiones mientras consideraba si dar a conocer la existencia del arsenal de Irak. Por fin, decidió mantener la información en secreto para no empañar la ola de optimismo que había seguido al acuerdo de Washington. Además, si las cosas salían mal, la información sobre las reservas de venenos mortales de Iraq podía hacerse pública. La imagen de un cruel Saddam enviando a uno de sus agentes a colocar una lata de ántrax en el Metro de Nueva York o la de un terrorista esparciendo el Ebola a través del aire acondicionado de un Boeing 747 repleto —de modo que cada pasajero se convertía en una bomba de tiempo biológica capaz de contagiar el virus a miles antes de que se supiera la verdad— eran, para los expertos en acción psicológica del Mossad, escenarios perfectamente válidos para cuando llegara el momento de poner a la opinión pública en contra de Irak. Otros dos incidentes también escondidos por el Mossad podían perjudicar y causar un tremendo bochorno a Estados Unidos.

Una tarde de diciembre de 1988, el vuelo 103 de Pan American Airways, de Londres a Nueva York, explotó en el aire sobre Lockerbie, Escocia. En pocas horas, el personal del departamento de acción psicológica trabajaba en los

teléfonos con sus contactos de prensa, urgiéndolos a publicar que había «pruebas irrefutables» de que Libia, a través de su servicio secreto, Jamahirya, era la responsable. (El autor de este libro recibió una de estas llamadas pocas horas después del desastre.) Inmediatamente se impusieron sanciones al régimen de Gaddafi. Estados Unidos y Gran Bretaña denunciaron a dos libios, acusándolos de la destrucción del vuelo de la Pan Am. Gaddafi rehusó entregar a los hombres para que fueran juzgados.

Luego, el Mossad acusó a Siria e Irán de complicidad en el desastre de Lockerbie. El caso contra Damasco no hacía más que reiterar su bien conocido patrocinio al terrorismo de Estado. La acusación contra Irán fue más específica. El vuelo 103 de la Pan Am había sido destruido como acto de venganza por el derribo de un avión iraní de pasajeros, por parte del *USS Vincennes,* el 3 de julio, con un resultado de doscientos noventa muertos. Se había tratado de un trágico error por el que Estados Unidos había pedido disculpas. El Mossad nombró después al Frente Popular para la Liberación de Palestina como autor de la destrucción del avión. Ninguno de los periodistas que publicaron ampliamente esta historia se detuvo a pensar por qué Libia, acusada de ser la responsable inicial, habría necesitado la ayuda de Siria o Irán y, mucho menos, la del grupo palestino.

Según una fuente de la inteligencia británica, «Lockerbie era la oportunidad perfecta para recordar al mundo que la red de terror que el Mossad siempre se había esforzado por hacer pública existía. No hacía falta. En realidad, echar tantos nombres sobre el tapete resultaba contraproducente. Sabíamos que sólo los libios eran los responsables». Sin embargo, había hechos que hacían del vuelo 103 de la Pan Am un caso difícil de cerrar.

La pérdida del avión se había producido cuando Bush era presidente electo y su equipo de transición se estaba poniendo al tanto de los asuntos en Oriente Medio para que el mandatario conociera el terreno en cuanto entrara en el despacho oval.

Bush había sido director de la CÍA entre 1976 y 1977, un período en que el secretario de Estado Henry Kissinger había dictado la política proisraelí de Washington. Mientras Bush mantenía públicamente su mano tendida hacia Israel, los años al timón de la CÍA lo habían convencido de que Reagan había sido «demasiado ingenuo con respecto a Israel». Mientras esperaba convertirse en presidente, no necesitaba que le recordaran que, en 1986, Estados Unidos se había visto forzado a cancelar un trato de mil novecientos millones de dólares en armas con Jordania cuando intervino el *lobby* judío del Congreso.

Bush había dicho a su equipo de transición que, como presidente, no iba a tolerar interferencias «en el derecho de los buenos norteamericanos a hacer negocios con quien y donde lo desearan». Esta actitud tendría un papel importante en la destrucción del 103 de la Pan Am.

A bordo del avión, cuando dejó Londres, esa noche de diciembre de 1988, se encontraban ocho miembros de la comunidad de inteligencia norteamericana que regresaban de su servicio en Oriente Medio. Cuatro de ellos eran oficiales de campo de la CÍA, dirigidos por Matthew Gannon. También iban a bordo el mayor del Ejército Charles McKee y su pequeño grupo de expertos en rescate de rehenes. Habían viajado a Oriente Medio para estudiar la posibilidad de liberar a los rehenes occidentales todavía retenidos en Beirut. Aunque la investigación del

desastre de Lockerbie corrió a cargo de un equipo escocés, los agentes de la CÍA estaban en el terreno cuando la maleta de McKee fue encontrada, milagrosamente intacta. Un hombre que podía haber sido oficial de la CÍA, aunque nunca fue positivamente identificado, la retiró de la escena del suceso por un breve lapso. Más tarde, la maleta fue devuelta a los investigadores escoceses, que la registraron como «vacía».

Nadie cuestionó qué había pasado con las pertenencias de McKee, mucho menos por qué viajaba con una maleta vacía. Pero en ese momento, nadie sospechó que el oficial de la CÍA podía haber sacado de la maleta datos que explicaban por qué había sido destruido el vuelo 103 de la Pan Am. Nunca se dieron explicaciones sobre el equipaje de Gannon, lo que dio pie a la creencia de que la bomba estaba en su maleta. No se obtuvo ninguna aclaración satisfactoria de cómo o por qué un oficial de la CÍA llevaba una bomba en su equipaje.

Después, el programa televisivo de investigación *Frontline* proclamó haber resuelto la causa del desastre. El vuelo 103 de la Pan Am había iniciado su viaje en Frankfurt, donde los pasajeros con destino a Estados Unidos procedentes de Oriente Medio eran transferidos a ese vuelo. Entre ellos se encontraban Gannon y su equipo, que habían viajado en un vuelo de Air Malta para hacer la conexión. Su equipaje era similar a los cientos que pasaban todos los días por las manos de los empleados. Uno de ellos estaba a sueldo de los terroristas. En algún lugar de los compartimientos para equipaje del aeropuerto, el hombre había escondido la maleta que contenía la bomba. Sus instrucciones eran encontrar una maleta similar que llegara en un vuelo de conexión, cambiarla por la suya y luego colocar ésta en el equipaje del vuelo 103. Una teoría plausible de las tantas que surgieron para explicar el atentado.

Comprensiblemente desesperados por demostrar que la destrucción del avión había sido un acto de terrorismo del que Pan Am no tenía culpa alguna, la compañía aseguradora contrató a una firma de investigadores privados de Nueva York llamada Interfor. La compañía había sido fundada en 1979 por un israelí, Yuval Aviv, emigrado a Estados Unidos un año antes. Aviv declaraba haber sido oficial administrativo del Mossad, hecho que el servicio negaría. No obstante, Aviv había convencido a los aseguradores de que tenía los contactos necesarios para descubrir la verdad.

Cuando recibieron su informe, debieron quedarse de una pieza. Aviv afirmaba que el ataque había sido llevado a cabo «por un grupo traidor de la CÍA que actuaba en Alemania, donde proporcionaba protección a un envío de drogas desde Oriente Medio hacia Estados Unidos, vía Frankfurt. La CÍA no hizo nada para desbaratar la operación porque los traficantes los ayudaban a enviar armas a Irán, como parte del intercambio de armas por rehenes. El método para el contrabando de droga era muy simple. Una persona registraba equipaje en el vuelo y un cómplice que trabajaba en el área lo cambiaba por otro idéntico que contenía la droga. La noche fatal, un terrorista sirio, al tanto de cómo funcionaba la operación drogas, había cambiado la maleta por otra que contenía la bomba. Su objetivo era destruir a los agentes de inteligencia norteamericanos que iban a tomar ese vuelo».

El informe de Aviv aseguraba que McKee estaba al tanto de la existencia del «grupo de la CÍA» que había trabajado bajo el nombre en clave de COREA, cuyos

miembros también tenían vínculos con otro de esos personajes misteriosos que habían encontrado su sitio en los márgenes del mundo de la inteligencia. Monzer al Kassar se había hecho una reputación como traficante de armas en Europa, incluso aprovisionando al coronel Oliver North de armas para los contras nicaragüenses en 1985 y 1986. Al Kassar también tenía vínculos con la organización de Abu Nidal y las conexiones de su familia eran igualmente dudosas. Ali Issa Duba, cabeza de la inteligencia siria, era su cuñado y la mujer de Al Kassar, pariente del presidente de Siria. El informe de Aviv afirmaba que Al Kassar había encontrado en COREA un socio dispuesto para la operación de contrabando de drogas. Aquello había funcionado durante varios meses, antes de la destrucción del vuelo de la Pan Am. El escrito decía además que McKee había descubierto la infamia siguiendo sus propios contactos en el submundo de Oriente Medio, en un intento por encontrar la manera de liberar a los rehenes. Aviv citaba que «McKee planeaba llevar a Estados Unidos la prueba de la relación de los maleantes con Al Kassar».

En 1994, Joel Bainerman, el editor de un informe de la inteligencia israelí cuyos análisis también han aparecido en el *Wall Street Journal,* el *Christian Science Monitor* y el *Financial Times* inglés, escribió: «Veinticuatro horas antes del vuelo, el Mossad le sopló a la BKA alemana que podía haber un plan para colocar una bomba en el vuelo 103. La BKA pasó el dato al equipo COREA de la CÍA, que trabajaba en Frankfurt, y dijo que iba a hacerse cargo de todo».

El abogado de la Pan Am, Gregory Buhler, mandó comparecer al FBI, la CÍA, la DEA y otros organismos del Estado para que revelaran todo lo que sabían, pero luego declaró que «el Gobierno anuló las citaciones por razones de seguridad nacional».

Ni los periodistas de *Frontline,* ni Yuval Aviv, ni Joel Bainerman han podido contestar preguntas inquietantes. Si había cobertura para las actividades de COREA, ¿cuan alto llegaba dentro de la CÍA? ¿Quién la había autorizado? ¿Habían ordenado esas personas sacar datos comprometedores de la maleta de McKee? ¿Por qué la policía alemana había informado a COREA? ¿Era pura casualidad? ¿O había sido motivada porque las actividades de COREA se habían vuelto inaceptablemente peligrosas para otros en la CÍA? ¿Y cuáles eran las «razones de seguridad nacional» que habían llevado a rechazar las citaciones del abogado de la Pan Am?

Hasta el momento, el servicio ha mantenido en secreto todo lo que sabe sobre la destrucción del vuelo. Algunas fuentes, que piden no ser nombradas porque sus vidas podrían peligrar, afirman que el Mossad se guarda la información como un as en la manga para el caso de que Estados Unidos lo presione para abandonar sus actividades de inteligencia en ese país.

Por cierto, hubo otro episodio que pudo resultar igualmente comprometedor para la inteligencia norteamericana. Concernía a la muerte de Amiram Nir, el hombre que amaba las novelas de James Bond y había reemplazado a David Kimche como representante de Israel en el intercambio de armas por rehenes.

Amiram Nir era la persona ideal para actuar como consejero sobre antiterrorismo del primer ministro Shimon Peres. Explosivo, inquisitivo, ávido, manipulador y despiadado, Nir poseía un encanto rufianesco, desconocía la automoderación y tenía la habilidad de ridiculizar, dar saltos imaginativos, romper

las reglas y trabajar en una mezcla de realidad y ficción. Había sido periodista.

Sus nociones previas del trabajo de inteligencia provenían de su labor como reportero para la televisión israelí y luego, de su trabajo para el diario más importante del país, el *Yediot Aharonot,* dirigido por la dinastía Moses, con la que estaba emparentado por matrimonio. El imperio editorial era todo lo que Robert Maxwell no había podido alcanzar nunca: el epítome de la respetabilidad y la seguridad financiera. Basaba el trato a sus empleados en el criterio de un buen pago por un trabajo duro. Nir no sólo se había convertido en el marido de una de las mujeres más ricas de Israel, sino que eso le había dado acceso a las altas esferas políticas del país.

No obstante, hubo sorpresa cuando se convirtió en uno de los miembros más importantes de la comunidad de inteligencia, en 1984, al nombrarlo Peres para el delicado puesto de asesor en materia de antiterrorismo.

Nir tenía treinta y cuatro años y su única experiencia concreta en el trabajo de inteligencia había sido un breve curso en las Fuerzas Armadas. Aun entre sus amigos, existía la opinión común de que su tosca apostura no era suficiente para el trabajo.

El jefe del Mossad, Nahum Admoni, fue el primero en reaccionar ante el nombramiento de Nir: cambió la estructura del Comité de Jefes de Servicio para excluirlo de sus deliberaciones. Imperturbable, Nir pasó las primeras cinco semanas leyendo a toda velocidad todo cuanto caía en sus manos. Rápidamente enfocó sus esfuerzos en la operación de intercambio de armas por rehenes que se estaba llevando a cabo. Consciente de que constituía una oportunidad para probarse, Nir persuadió a Peres de que debía ocupar el lugar que había dejado David Kimche. Con el infatigable Ben Menashe como mentor, Nir se encontró trabajando también con Oliver North.

Pronto los dos hombres eran íntimos, yendo y viniendo por todo el mundo. Durante sus viajes urdieron un plan para poner un punto final triunfal a la operación de intercambio. Viajarían a Teherán para encontrarse con los líderes iraníes y negociar la liberación de los rehenes.

El 25 de mayo de 1986, haciéndose pasar por técnicos de Aer Lingus, la compañía aérea nacional irlandesa, Nir y North volaron de Tel Aviv a Teherán en un avión de El Al pintado con el trébol tradicional de Aer Lingus. A bordo había noventa y seis misiles teledirigidos Tow y un contenedor con repuestos de misiles Hawk. Nir viajaba con el pasaporte norteamericano falso que le había facilitado North.

North, el cristiano evangelizador, había convencido de alguna manera a Reagan para que firmara una Biblia que regalarían al ayatolá Rafsanjani, un devoto musulmán. También llevaban una caja de chocolatinas y juegos de pistolas Colt para sus anfitriones: toda una reminiscencia de los tiempos en que los negociadores habían hecho un trueque con los indios a cambio de Manhattan.

Cuando el Mossad tuvo la primera noticia del asunto el vuelo ya había entrado en el espacio aéreo iraní. La reacción de Nahum Admoni ha sido descrita como de «furia asesina».

Afortunadamente, los iraníes se limitaron a echar a los visitantes y a usar la misión para lanzar una campaña masiva de propaganda contra Estados Unidos. Reagan estaba furioso. En Tel Aviv, Admoni tildó a Nir de «vaquero». Nir se las

arregló para permanecer en el Gobierno diez meses más, hasta que las críticas de la comunidad de inteligencia, que pedía su cese, se convirtieron en una andanada implacable. Durante esos meses, los casos de Hindawi, Vanunu y Sowan pasaron por su escritorio, pero todas las contribuciones que hacía sobre cómo manejar las cosas eran fríamente rechazadas por el Mossad.

Su presencia en Washington ya no era grata y se encontraba aislado en Tel Aviv. Amiram Nir renunció a su cargo de asesor del primer ministro en materia de antiterrorismo en marzo de 1987. Para entonces, su matrimonio estaba en crisis y su círculo de amigos se había reducido. Ari ben Menashe fue uno de los pocos lazos que Nir conservó con el pasado. En 1988, Nir abandonó Israel para irse a vivir a Londres.

Se estableció con una guapa canadiense de pelo negro, Adriana Stanton, una chica de veinticinco años que decía ser secretaria en Toronto y a quien Nir había conocido en sus viajes. Varios miembros del Mossad decían que estaba relacionada con la CÍA, que era una de las mujeres que ésta utilizaba para operaciones de seducción. En Londres, Nir actuaba como representante europeo de una compañía exportadora de aguacates, la Nucal de México, con domicilio en Uruapán. La compañía controlaba un tercio de la exportación total de aguacates del país.

Pero no fueron los aguacates los que llevaron a Ben Menashe hasta la puerta de Nir, una lluviosa noche de noviembre de 1988. Quería saber exactamente qué iba a revelar Nir cuando fuera llamado como testigo principal en el juicio contra Oliver North por el escándalo Irán-contra. Nir le dejó claro que su testimonio iba a ser muy comprometedor, no sólo para la Administración Reagan sino también para Israel. Intentaba demostrar lo fácil que había sido burlar todos los controles para llevar a cabo operaciones ilegales en las que estaban involucrados países como Sudáfrica y Chile. Añadió que estaba planeando escribir un libro que lo convertiría en el soplón más grande de la historia de Israel. Ari ben Menashe arregló encontrarse con Nir a su regreso de otra visita a la Nucal. Mientras tanto, el visitante advirtió a Nir que «tuviera cuidado con esa mujer» cuando Adriana Stanton los dejó a solas. Ben Menashe no quiso revelar por qué se lo advertía. Sólo le dijo, en su habitual tono misterioso, que la conocía de antes. Aunque Nir no lo sabía, Adriana Stanton no era su verdadero nombre.

El 27 de noviembre de 1988, Nir y Stanton viajaron juntos a Madrid con nombres falsos. Nir se hacía llamar Patrick Weber, la identidad que había utilizado en su desgraciado viaje a Teherán. Stanton figuraba en la lista de pasajeros de Iberia como Esther Arriya. Por qué habían elegido alias para los pasajes cuando ambos viajaban con sus auténticos pasaportes, canadiense e israelí, nunca tendría explicación. Otro misterio era el porqué de una escala previa en Madrid, cuando había muchos vuelos directos a Ciudad de México. ¿Acaso Nir estaba tratando de impresionar a su amante con su facilidad para engañar a todo el mundo durante mucho tiempo? ¿O sentía un miedo persistente después de la visita de Ben Menashe? Como mucho de lo que siguió, eso quedaría sin respuesta.

Llegaron a Ciudad de México el 28 de noviembre. Un hombre no identificado

esperaba en el aeropuerto. Los tres viajaron hacia Uruapán y llegaron a las tres de la tarde. Nir contrató un Cessna T-210 en el pequeño aeropuerto de Uruapán.

Una vez más, Nir se comportó de un modo incomprensible. Alquiló el avión a nombre de Patrick Weber usando una tarjeta de crédito con esa firma. Contrató a un piloto para que, al cabo de dos días, los llevara hasta la planta de procesamiento de la Nucal. En el hotel de la localidad donde compartieron habitación, Nir se registró con su propio nombre. El hombre que los había acompañado desde México desapareció tan misteriosamente como había llegado.

El 30 de noviembre, Nir y Stanton se presentaron en el pequeño aeropuerto de Uruapán con otro hombre. En el registro de vuelo figuraba como Pedro Espinoza Huntado. Para quién trabajaba sigue siendo un misterio. Otro más sería el motivo por el que Nir y Stanton usaron sus identidades reales. Si el piloto notó la diferencia con el nombre que Nir había usado para alquilar el Cessna, no hizo comentarios.

El avión partió con buenas condiciones de vuelo. A bordo iban el piloto, el copiloto y los tres pasajeros. Después de ciento cincuenta kilómetros de vuelo falló el motor y el Cessna se estrelló. Murieron el piloto y Nir. Stanton resultó gravemente herida y el copiloto y Huntado, un poco maltrechos. Cuando el primer socorrista, Pedro Cruchet, llegó al lugar del accidente, Huntado se había esfumado. Cómo Cruchet fue el primero en llegar es otra vuelta de la historia. Afirmó trabajar para la Nucal, pero la planta de la compañía quedaba a considerable distancia. No podía explicar por qué se encontraba tan cerca del lugar del accidente. Cuando la policía le pidió que probara su identidad, alegó que había perdido su documentación en una corrida de toros. Resultó que Cruchet era un argentino que vivía ilegalmente en México. Cuando se descubrió, también había desaparecido. En el lugar del siniestro, Cruchet había recuperado e identificado el cuerpo de Nir y luego había acompañado a Stanton al hospital. Estaba con ella cuando un periodista local lo llamó para pedirle más detalles.

Joel Bainerman, el editor del memorando de la inteligencia israelí, afirmaría: «Una mujer joven indicó que Cruchet estaba presente. Cuando fue a buscarlo, apareció otra mujer en la puerta y le dijo al periodista que Cruchet no estaba y que nunca había oído hablar de él. La segunda mujer insistió en que la presencia de Stanton en el Cessna era pura coincidencia y que no tenía ninguna relación "con los israelíes". Se negó a identificarse y dijo que era una turista argentina».

Stanton atizó el misterio. Contó a los investigadores del accidente, según el periodista israelí Ran Edelist dijo en 1997, que «cuando estaba herida y conmocionada vio a Amiram Nir que, unos metros más lejos, agitaba su mano a modo de saludo y la consolaba. Su voz sonaba normal cuando le dijo: "Todo saldrá bien. ¡La ayuda está en camino!". En dos ocasiones, durante las horas que siguieron, se le aseguró que Nir estaba vivo».

El cuerpo de Nir fue llevado a Israel para ser enterrado. Más de mil personas asistieron al funeral y, en su memoria, el ministro de Defensa Rabin se refirió a «la misión de Nir como labores secretas todavía no reveladas y secretos que había mantenido encerrados en su corazón».

¿Había sido asesinado Amiram Nir para que nunca revelara esos secretos? ¿Era el cuerpo de Nir el que se hallaba en el ataúd? ¿O lo habían matado antes del choque? ¿Y quién? En Tel Aviv y Washington se ha tendido un manto de

silencio sobre esas preguntas.

Dos días después del siniestro, Ari ben Menashe salía de una oficina de correos en el centro de Santiago de Chile. Iba acompañado por dos guardaespaldas, que ahora consideraba necesarios para su protección. De repente, «la vidriera que acababa de pasar se hizo trizas. Luego algo se incrustó en el maletín metálico que llevaba. Los dos guardaespaldas y yo nos echamos cuerpo a tierra al darnos cuenta de que alguien nos disparaba».

Stanton fue la siguiente en darse cuenta de que su vida corría peligro. Según Edelist, sus contactos de inteligencia le contaron que «se convirtió en una reclusa y se sometió a cirugía plástica para cambiar de aspecto».

Cada vez más, el Mossad creía que la CÍA había eliminado a Nir. De acuerdo con Ari ben Menashe, «la inteligencia israelí siempre ha creído en una bien ejecutada operación de la CÍA. La muerte de Nir aseguraba que no habría problemas para Reagan y Bush en el juicio contra Oliver North».

Un apoyo a esta teoría lo aportó el comandante naval norteamericano que había acompañado a Nir a Teherán en su misión para liberar a los rehenes de Beirut. La historia del comandante se refería al hecho de que Nir había conocido a George Bush, entonces vicepresidente, el 29 de julio de 1986, en el hotel Rey David de Jerusalén, donde lo había puesto al corriente sobre la operación de venta de armas a Irán, vía Israel. Según el escritor Joel Bainerman, «Nir estaba grabando secretamente la conversación. Y esto le proporcionó la prueba para relacionar a Bush con el canje de armas por rehenes. En la reunión tomaron también parte McKee y Gannon, que morirían en el desastre del vuelo de la Pan Am».

Bainerman describiría una visita que el comandante había hecho al cuartel general de la CÍA en Langley, donde se había encontrado con Oliver North unos meses antes de que fuera elevado a juicio. En palabras del escritor, el comandante le preguntó a North «qué había pasado con Nir. North le confió que Nir había sido asesinado porque pensaba hacer pública la grabación de Jerusalén».

Los periodistas que han tratado de interrogar a North sobre el asunto han sido disuadidos de ello. Los ayudantes de Bush han mantenido durante años una actitud similar: todo lo que el ex presidente de los Estados Unidos tiene que decir en cuanto al Irán-contra, ya ha sido dicho.

En julio de 1991, el domicilio de la viuda de Nir, Judy, fue asaltado. Sólo le robaron grabaciones y documentos. La policía dijo que la intrusión fue «muy profesional». Judy Nir declaró que estaba segura de que el material robado contenía «información que podía perjudicar a cierta gente». Se negó a decir más. El material nunca ha sido recuperado. La pregunta de quién lo robó queda sin respuesta.

Durante los cuatro años siguientes, Shabtai Shavit siguió dirigiendo el Mossad y haciendo todos los esfuerzos posibles para mantenerlo fuera de los titulares de los periódicos y del afán de los inventores de mitos. Mientras, continuaba su labor de inteligencia.

Lejos de la mirada pública, la vieja carrera por el poder en la comunidad de

inteligencia no había perdido vigor. Los políticos que todavía quedaban en el negligente subcomité de inteligencia del Parlamento recordaban de qué manera Shabtai Shavit les había ganado de calle después de la guerra del Golfo. Los recuerdos perduran en Israel tanto como en cualquier parte, y la campaña de rumores contra Shavit había continuado: su enfoque era muy estrecho, el canal de retroalimentación con la CÍA apenas estaba entreabierto, no sabía delegar y se mostraba muy distante con el personal, que iba desmoralizándose.

Shabtai Shavit decidió ignorar los signos de advertencia. De repente, una agradable mañana de primavera de 1996, se le pidió que acudiera a la oficina del primer ministro Benyamin Netanyahu y se le comunicó que había sido relevado de su cargo. Shavit no intentó discutir; conocía lo suficiente a Netanyahu como para saber que sería inútil. Sólo había formulado una pregunta: ¿Quién era su sucesor?

Netanyahu había respondido que Danny Yatom. El día del Prusiano había llegado al Mossad.

Entre las cuestiones que había tenido que afrontar Yatom estaba la de ordenar al Mossad reabrir la investigación sobre el atentado terrorista a la embajada de Israel en Buenos Aires, el 17 de marzo de 1992. Veintinueve personas resultaron muertas, la mayoría de ellas miembros del personal diplomático, y, más de doscientas, heridas de distinta gravedad. No sólo era el ataque más serio llevado a cabo en la Argentina, sino uno de los peores cometidos contra Israel.

El acto de salvajismo había tenido lugar en tiempos de Shavit, y éste había reaccionado apropiadamente. Un equipo de *katsas,* especialistas forenses y expertos en explosivos había sido enviado a Buenos Aires. Durante semanas habían trabajado con la CÍA y los investigadores argentinos.

En la superficie la relación entre el grupo del Mossad y los argentinos había sido buena. Los informes privados a Shavit eran muy críticos. Enviados por un fax seguro desde la improvisada embajada que les habían proporcionado a los israelíes, los informes hablaban de «una completa incapacidad de los argentinos para entender los rudimentos de una correcta investigación». Citaban ejemplos de «importantes pruebas forenses, como los, escombros de la embajada destruida, removidos y retirados antes de realizar una adecuada investigación». La peor crítica era que «la investigación propiamente dicha no se había iniciado hasta seis años después de la explosión».

En Tel Aviv, los informes fueron leídos con desazón por el ministro de Asuntos Exteriores, Shimon Peres. En la Argentina vivían un cuarto de millón de judíos y el presidente de la nación, Carlos Menem, se había mostrado públicamente amigo de Israel.

El equipo del Mossad empezó a sondear discretamente el pasado del presidente y la primera dama. Descubrieron que, tal como se publicó posteriormente en el libro de Chamish *Traidores y aventureros: diario de la traición de Israel,* Menem tenía vínculos cercanos con miembros de grupos terroristas, dentro de la comunidad siria en la Argentina.

Una periodista israelí, Nurit Steinberg, que había hecho su propia investigación sobre el atentado y publicado sus hallazgos en el semanario de Jerusalén *Kol Hair,* que depende del prestigioso diario hebreo *Haaretz,* confirmó esta

declaración.

Poco después de publicarse su detallado informe —nunca desmentido por Menem o su Gobierno— Nurit Steinberg fue víctima de un incidente semejante al que le había ocurrido a Judy Nir. El único objeto robado en este caso fue el disquete donde había almacenado toda la información. Nunca se descubrió quién lo había robado.

En Israel, el Ministerio de Asuntos Exteriores ignoró las afirmaciones de Steinberg. Los portavoces empezaron a alimentar historias que acusaban a Irán de la destrucción de la embajada, perpetrada por su socio, el fanático Hezbolá.

La acusación estaba a la orden del día. Un mes antes de que estallara la bomba en la embajada, un helicóptero israelí había ametrallado al jeque Abbas Musawi, secretario general de Hezbolá, a su esposa, su hijo pequeño y seis guardaespaldas. La víspera del ataque en Buenos Aires, había habido protestas en el Líbano a favor de «golpear los intereses norteamericanos e israelíes en todas partes». En Washington, el presidente Bush había expresado su preocupación por la creciente espiral de violencia y criticado a Israel por la matanza de Musawi y su familia.

El Departamento de Estado envió una advertencia a todas sus legaciones en el extranjero en marzo de 1992. Pocos días después envió una segunda alerta a todas las sedes diplomáticas norteamericanas consideradas como posibles blancos. Pero la embajada en Buenos Aires no constaba entre ellas.

Allí los investigadores del Mossad seguían encontrando pruebas preocupantes que contradecían la opinión del Ministerio de Asuntos Exteriores acerca de la culpabilidad de Irán y el Hezbolá. El grupo del Mossad descubrió que los restos del coche encontrado cerca de la devastada sede diplomática pertenecían a un paquistaní llamado Abbas Malek, que estaba registrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores argentino como ayudante del embajador de Paquistán.

Las cámaras de seguridad de la embajada, que habían sobrevivido milagrosamente a la catástrofe, mostraban a Malek corriendo desde el coche momentos antes de la explosión.

En su libro, Chamish apunta: «En el vídeo también se veía la marca del vehículo. Fue rastreada hasta un concesionario en el que admitieron haberlo vendido tres semanas antes a un árabe con acento brasileño».

El Mossad pasó los detalles a los investigadores argentinos. Los israelíes quedaron atónitos cuando, a los pocos días, se les comunicó que el árabe, Ribahru Dahloz, era ilocalizable. Pero no había constancia de que hubiera salido del país.

Un informe a Tel Aviv, a finales de marzo de 1992, hablaba de «una clara sensación de que nadie está buscando a este hombre».

Para entonces, el embajador de Israel en la Argentina, Yitzhak Shefi, había añadido otro hilo a lo que el grupo del Mossad empezaba a sospechar que era, según Chamish, «una oculta conexión siria con el atentado». Shefi informó a Tel Aviv que el día de la explosión, los dos guardias de seguridad que normalmente se encontraban frente a la embajada estaban ausentes. Uno de ellos había trabajado previamente seis años en la embajada siria.

El equipo del Mossad descubrió que Zulema Menem compartía el lugar de nacimiento —el pequeño pueblo de Yatrud, en Siria— con una figura bien

conocida para el Mossad. Se trataba de Monzer Al Kassar, un veterano traficante de armas y drogas cuyo círculo de amigos abarcaba desde Oliver North hasta Abu Nidal, consagrado con el título de «gran maestre del terrorismo mundial». La última dirección de Nidal estaba en Damasco, Siria.

Hechos que parecían curiosas coincidencias salieron a la luz con los sondeos del Mossad. Nueve meses antes del atentado, un noticiario de televisión de Damasco mostró al hermano del presidente Menem, Muñir, entonces embajador argentino en Siria, filmado en conversaciones con Al Kassar. Poco después del atentado, Muñir fue trasladado a Buenos Aires. El equipo del Mossad no había podido descubrir por qué.

Pero hicieron otro descubrimiento. Días antes de la explosión, Al Kassar había estado en Buenos Aires. Ni uno de los investigadores argentinos había sabido decir cuándo dejó el país ni adonde se había ido.

Mientras tanto, el presidente Menem continuaba insistiendo en que el ataque había sido obra de grupos neonazis. La posibilidad era una de las primeras que el Mossad había considerado y descartado. Pocas semanas después del atentado, se echó leña a la versión cuando la Interpol mandó un aviso internacional de que Andrea Martina Klump, buscada por el asesinato, en 1989, de Alfred Herrhausen, presidente del Deutsche Bank, podía haber huido a Sudamérica. Pero no se encontraron rastros de Klump y mucho menos de que la organización terrorista a la que pertenecía como miembro fundador, el Ejército Rojo, estuviera implicada en el atentado.

En abril de 1992, Shabtai Shavitya había retirado al equipo del Mossad. Un año después, Shimon Peres declaró públicamente que «sabemos más o menos quién voló nuestra embajada». Se negó a dar explicaciones con el pretexto de que la investigación no había concluido.

En realidad, se había ordenado a Shabtai Shavit archivar el expediente, hecho notable en sí mismo dado lo ocurrido cuando el equipo del Mossad se retiró.

En Buenos Aires, el embajador Shefi se había mostrado desdeñoso con el presidente Menem por «aferrarse a la idea disparatada de que un grupo neonazi llevó a cabo el atentado». También acusó a los investigadores argentinos de «arrastrar los pies». Su acusación era que no sólo Irán estaba detrás de lo sucedido sino que también Siria estaba implicada. Tácitamente apuntaba a que el presidente Menem debía responder algunas preguntas. Menem elevó una protesta ante Shimon Peres. Shefi fue llamado «a consulta».

Shefi fue reemplazado por Yitzhak Aviran, un cauteloso diplomático de carrera con fama de no agitar el bote. Empezó por calmar los temores de los judíos en la Argentina y apaciguar a Menem y sus consejeros.

Para entonces, Al Kassar había reaparecido, esta vez en España. Allí fue arrestado y acusado en 1993 de traficar con explosivos para los terroristas. El Gobierno argentino pidió la extradición de Al Kassar con el argumento de que había obtenido ilegalmente un pasaporte de esa nacionalidad. Al Kassar afirmó que había recibido el documento directamente de Menem.

Luego siguió algo semejante a una farsa. El Gobiemo español pidió la extradición de la secretaria personal de Menem, Amira Yoma, para «ser llevada a juicio por pertenecer a una red de traficantes de drogas en España». Yoma es cuñada de Menem. La Argentina, como era previsible, rechazó la demanda

española.

En la Argentina, los temores de la comunidad judía fueron amainando lentamente. Empezaron a aceptar que el atentado a la embajada había sido un hecho aislado, al margen de quien lo hubiera orquestado. Una vez más volvieron a su vida normal. Para muchos de ellos se centraba en un edificio de siete pisos situado en la calle Pasteur de Buenos Aires. Ésta era la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina, AMIA. El edificio guardaba importante material de archivo en el que se detallaban las actividades judías en el país. También funcionaba como sede del Proyecto Testigo, un grupo de investigación que había documentado el modo en que los sucesivos gobiernos argentinos habían dado refugio a mil nazis que habían escapado de Europa después de la guerra.

El edificio también albergaba una asociación de comercio, una escuela de lengua judía, un banco y una bolsa de trabajo. Formaban parte de su personal fijo varios *sayanim* que, regularmente, enviaban información a la nueva embajada en la ciudad; allí era filtrada por uno de los dos oficiales residentes y, cualquier cosa de interés, se enviaba por télex privado a Tel Aviv.

A pesar de la bomba en la embajada, Buenos Aires todavía era considerada «un destino blando» por los *katsas.* La mayoría de los viejos nazis habían sido atrapados o estaban muertos. Aunque era cierto que quedaban algunos reductos de un apenas oculto antisemitismo alimentado por el Modín, partido político de los ex militares rebeldes, conocidos como carapintadas, en general judíos y gentiles vivían en armonía. Por su parte, el Ejército argentino trataba de convencer a la comunidad judía de su compromiso con la democracia.

Todo eso no sirvió de nada cuando el 18 de julio de 1994, a las diez menos siete minutos de la mañana, una bomba de trescientos kilos de nitrato de amonio arrasó el edificio de la AMIA. Murieron ochenta y seis personas y hubo ciento veinte heridos, muchos de ellos graves. La gran mayoría de los muertos y heridos eran judíos.

En Tel Aviv, el disuelto equipo del Mossad se reagrupó y voló a Buenos Aires con perros adiestrados para localizar a los enterrados bajo los escombros. Cuando llegaron, el gobierno argentino insistía en que la masacre era, una vez más, obra de Hezbolá; un punto de vista que Israel corroboró oficialmente.

Luego llegaron las noticias de que diez de los detenidos por el ataque eran oficiales retirados de las Fuerzas Armadas argentinas. Se los acusó de aportar explosivos y detonadores robados de almacenes militares. Todos admitieron ser carapintadas extremistas, una de cuyas consignas era: «Es más fácil encontrar un perro verde que un judío honesto». El Gobierno continuó insistiendo en que la masacre había sido obra del Hezbolá. El grupo hizo, contra su costumbre, una declaración en Beirut negando cualquier vínculo.

Como la vez anterior, el grupo del Mossad llegó y se fue sin conseguir nada. Privadamente, sus miembros dudaban de que alguien fuera acusado directamente del atentado a la embajada o de la destrucción de la AMIA. En un informe filtrado, el Mossad lo achacaba «a la inexperiencia de los investigadores combinada con la obstrucción por parte de las fuerzas de seguridad argentinas».

Cinco personas, incluidos cuatro oficiales de policía, fueron condenadas a cuatro años de prisión como «partícipes esenciales» en el atentado. Ninguno de ellos tenía conexión con grupos terroristas de Oriente Medio.

Y así estaban las cosas cuando Yatom ocupó su cargo.

En pocos días los oficiales superiores lo instaron a reabrir el caso. Pero otra vez intervino el pragmatismo político. En los años pasados desde las explosiones en la embajada y la AMIA, los acontecimientos políticos en Oriente Medio habían vuelto a cambiar. Siria ya no era el archivillano de Israel. Saddam Hussein se había ganado ese papel.

Reabrir una investigación que podía muy bien desenterrar desagradables nexos entre el presidente argentino y la tierra de sus antepasados ya no era una opción viable. Durante los años posteriores, Menem había seguido jugando su papel de honesto mediador entre Siria e Israel. Era mucho más importante para los amos políticos del Mossad que lo siguiera haciendo. Se le comunicó a Yatom que los expedientes de ambos atentados debían continuar cerrados.

17

Operación Chapuza

Rompía el alba del jueves 16 de enero de 1998 cuando el coche oficial se alejó de la casa pintada de blanco de un exclusivo barrio situado a poca distancia de la cerca electrificada que marca la frontera entre Israel y Jordania. Por una de esas vueltas que da la historia en Israel, la casa se hallaba en el terreno donde los espías de Gedeón, el gran guerrero judío, habían preparado sus misiones de inteligencia para permitir a los israelíes derrotar a fuerzas abrumadoramente superiores. Ahora, Danny Yatom se preparaba para ultimar una operación que podía salvar su carrera.

Empezando por el fracaso en las calles de Ammán, en julio de 1997, cuando un equipo *kidon* falló en su intento de asesinar al líder de Hamas, Khalid Meshal, los últimos siete meses habían sido para Yatom como «vivir al borde del tajo, esperando que caiga el hacha».

Su presunto verdugo era el primer ministro Benyamin Netanyahu. Su antigua y firme amistad se había agriado hasta tal punto que no pasaba un día sin que los francotiradores de la oficina del primer ministro dejaran de apuntar al jefe del Mossad con el mismo rumor: sólo era cuestión de tiempo que lo echaran. Otros hombres hubieran renunciado. Pero no Yatom. Orgulloso y autoritario, estaba preparado para afirmarse en sus logros. Había ordenado muchas operaciones con éxito sin que ningún extraño se enterara: «Sólo los fracasos se arrojan públicamente en el umbral de mi puerta», comentaba amargamente a sus amigos.

Ellos y su familia habían sufrido su tensión: las noches de insomnio, los repentinos e inesperados ataques de ira, rápidamente sofocados, el inquieto caminar, los largos silencios, todos los signos exteriores de un hombre sometido a extrema angustia.

Después de dos años en el cargo, todavía se enfrentaba a presiones que ningún otro director había sufrido. En consecuencia, su propio personal se iba desmoralizando y ya no podía contar con su lealtad por más tiempo. Los medios de comunicación rondaban, sabiéndolo herido, pero se contenían esperando a que el único hombre en quien Yatom había confiado en el pasado blandiera el hacha. Hasta el momento, Benyamin Netanyahu se había mantenido a una prudente e indiferente distancia.

Pero esta fría mañana de febrero, Yatom supo que el tiempo se le acababa. Por eso necesitaba que funcionara la operación que había estado preparando las

últimas semanas. Demostraría al primer ministro que el jefe de los espías no había perdido su habilidad. Pero la cara de Yatom no revelaba nada de esto: a pesar de todo lo que había soportado mantenía sus sentimientos bajo siete llaves. Sentado en el rincón del asiento trasero del Peugeot, inmóvil, Yatom tenía un aspecto temible con su chaqueta de cuero negro, la camisa de cuello abierto y los pantalones grises. Solía vestirse así para trabajar; la ropa nunca le había interesado.

El pelo escaso, las gafas con montura de metal y los labios finos hacían juego con su apodo: el Prusiano. Sabía que aún se imponía por algo semejante al miedo. Junto a él, en el asiento, estaban los periódicos de la mañana: por una vez no contenían especulaciones sobre su futuro.

El Peugeot siguió su camino rápidamente entre las colinas, hacia Tel Aviv; el sol se reflejaba en la bruñida carrocería; noche y día, el chófer lustraba el coche hasta dejarlo como un espejo. El Peugeot tenía vidrios a prueba de balas, carrocería blindada y bajos antiminas. Sólo el coche oficial del primer ministro contaba con una protección similar.

Benyamin Netanyahu había confirmado a Yatom en el puesto de director general del Mossad pocos minutos después de la partida de Shabtai Shavit. Durante las primeras semanas en el cargo, Yatom pasaba por lo menos una tarde por semana con el primer ministro. Se sentaban a beber cerveza y comer aceitunas para arreglar el mundo y recordaban los tiempos en que Yatom había sido comandante de Bibi en las Fuerzas Armadas israelíes. Después Netanyahu había representado a Israel ante las Naciones Unidas y más tarde, durante la guerra del Golfo, se había convertido en un original experto en terrorismo internacional, que transmitía con una máscara de gas por si caía un Scud cerca. Yatom, por su parte, había disfrutado el papel del intruso a quien se le había encomendado el puesto más alto en la comunidad de inteligencia: soldado de carrera, había servido como agregado militar del primer ministro Yitzhak Rabin.

Yatom y Netanyahu parecían inseparables hasta que dos episodios abrieron un profundo abismo entre ellos. Primero fue la chapuza de Ammán. La operación había sido ordenada por Netanyahu. Cuando el ataque falló y el Mossad cayó bajo los focos de la prensa, el primer ministro culpó a Yatom del desastre. Éste aceptó la crítica sin arrugarse y, en privado, dijo a sus amigos que Netanyahu «descargaba en otros el valor de sus convicciones».

Se produjo un segundo y tal vez más grave tropiezo. En octubre de 1997, se descubrió que un oficial superior del Mossad, Yehuda Gil, había inventado durante veinte años informes secretos de un inexistente «agente» en Damasco. Gil había extraído sustanciales sumas de los fondos reservados del Mossad para pagarle y se quedaba con el dinero. La estafa había salido a la luz sólo cuando un analista del Mossad, estudiando los últimos informes del «agente» sobre un supuesto ataque de Siria a Israel, tuvo sospechas. Gil, al ser interrogado por Yatom, confesó ampliamente.

Netanyahu sacó las garras. Durante una reunión borrascosa en la oficina del primer ministro, Yatom había sido brutalmente cuestionado por la manera en que dirigía el Mossad. Netanyahu rechazó el argumento de que Gil había llevado a cabo su robo sin levantar sospechas bajo el mando de cuatro directores previos. Yatom debió haberlo sabido, gritaba Netanyahu. Fue otro revés. El personal del

primer ministro no recordaba otra reprimenda tan severa. Los detalles se filtraron a la prensa, para mayor vergüenza de Yatom.

Qué diferente había sido cuando llegó al cargo y su nombre se difundió a través de los medios de comunicación del mundo entero. Los periodistas lo habían considerado una apuesta segura y se especulaba con que iba a recuperar el cetro de los grandes jefes del pasado —Amit, Hofi y Admoni— y una vez más reavivar el fuego que Shabtai Shavit había sofocado deliberadamente.

La prueba no se hizo esperar. A pesar del acuerdo de Oslo, que concedía una patria a la OLP —la franja de Gaza y Cisjordania— Yatom había incrementado el número de espías que controlaban a Yasser Arafat. Había ordenado a los programadores del Mossad que crearan nuevos sistemas para introducirse en los ordenadores de la OLP y fabricaran virus para destruir, en caso de necesidad, sus servicios de comunicación. Había encomendado a los científicos de investigación y desarrollo concentrarse en las armas de la «infoguerra» que pudieran insertar falsa propaganda en los sistemas de transmisión del enemigo. Quería que el Mossad formara parte de un nuevo mundo en el que las armas del futuro se encontrarían en los teclados que impedían al enemigo movilizar sus fuerzas militares.

Yatom volvió al lugar donde el Mossad había pisado fuerte, África: en mayo de 1997, el servicio había prestado un importante auxilio de inteligencia a los rebeldes que derrocaron al presidente Mobutu de Zaire, que había dominado África Central durante tanto tiempo. También había estrechado sus lazos con el servicio secreto de Nelson Mándela al ayudarlo a localizar extremistas blancos, con muchos de los cuales había trabajado en otros tiempos. Yatom también aumentó el presupuesto y la fuerza de la unidad A1, responsable por el robo de los últimos adelantos científicos de Estados Unidos.

A los cincuenta y un años, había algo imparable en Danny Yatom; incansable y duro, tenía madera de matón callejero. Eso quedó demostrado en su respuesta a la búsqueda de Mega, el agente de altos vuelos del Mossad en la Administración Clinton, por parte del FBI, en enero de 1997. Había dicho al Comité de Jefes de Servicios, uno de cuyos papeles era preparar la retirada en caso de un fallo operativo, que todo lo que había que hacer era asegurarse de que el poderoso *lobby* judío de Estados Unidos se opusiera a las exigencias de las organizaciones árabes que pedían que la caza de Mega se llevara a cabo tan vigorosamente como la de otros espías. Los invitados judíos a las cenas en la Casa Blanca —estrellas de Hollywood, abogados, editores— no perdían ocasión de recordarle al presidente el daño que una cacería humana mal dirigida podía producir, todavía más si uno de sus propios hombres resultaba arrestado. En una presidencia ya sitiada por el escándalo, aquél podía ser un movimiento que terminara por destruir a Clinton. Seis meses después, el 4 de julio de 1997, Día de la Independencia, Yatom recibió la noticia de que el FBI había abandonado sigilosamente la búsqueda de Mega. Dos meses más tarde ocurrió el desastre de las calles de Ammán, seguido al cabo de poco por el escándalo del agente ficticio. Danny Yatom había empezado a buscar una operación que restableciera su autoridad. Ahora, esa mañana de enero de 1998, iba camino a darle los toques finales.

Los planes para la operación habían empezado un mes antes, cuando un informador árabe del sur del Líbano se encontró con su control del Mossad y le informó de que Abdullah Zein había hecho una breve visita a Beirut para ver a los líderes del Hezbolá. Luego se había dirigido al sur a visitar a sus padres en el pueblo de Ruman. La visita fue motivo de grandes celebraciones porque Zein no había vuelto al hogar desde hacía un año. Había mostrado a sus parientes las fotos de su joven esposa italiana y su apartamento en Europa.

El controlador había tenido que contenerse para no darle prisas al informador. El árabe contaba con todo detalle cómo Zein había abandonado la casa de sus padres al día siguiente, cargado de exquisiteces y regalos para su esposa, y cómo los de Hezbolá lo habían escoltado al aeropuerto de Beirut para tomar el vuelo a Suiza.

Sin embargo, era la primera noticia cierta sobre Zein desde que había dejado el Líbano para organizar la colecta de fondos de Hezbolá, entre los ricos musulmanes chutas de Europa. Con su dinero y el que procedía de Irán, a través de la embajada en Bonn, se financiaba la guerra de desgaste contra Israel. El año anterior, Zein había sido localizado actuando en París, Madrid y Berlín. Pero cada vez que Yatom enviaba a alguien para confirmarlo, no encontraban rastro del joven delgado de treinta y un años aficionado a los trajes italianos y los zapatos a medida.

Yatom había despachado un *katsa* a Berna desde Bruselas, donde el Mossad había transferido hacía poco su control de operaciones europeas, antes ubicado en París. El *katsa* había pasado dos días infructuosos buscando a Zein en Berna. Decidió ampliar sus investigaciones. Viajó en coche al sur, a Liebefeld, un agradable pueblecito residencial. El *katsa* ya había atravesado sus calles cinco años antes, al salir de Suiza como parte integrante de un equipo que había destruido bidones metálicos en una compañía de bioingeniería, cerca de Zurich; los bidones estaban destinados a contener bacterias y habían sido encargados por Irán. El grupo los había destruido con explosivos. La compañía canceló todos sus contactos con Irán.

En Liebefeld, el *katsa* había demostrado que el buen trabajo de inteligencia a menudo depende de un paciente recorrido a pie. Caminó por las calles observando a cualquiera que pareciera originario de Oriente Medio. Repasó la guía telefónica buscando a Zein. Telefoneó a las inmobiliarias para comprobar si alguien había alquilado o comprado una casa utilizando ese nombre. Llamó a los hospitales y clínicas locales para saber si habían atendido a alguna persona llamada Zein. Siempre decía que era un pariente. Todavía sin ninguna pista después de todo un día de trabajo, el *katsa* decidió hacer un segundo barrido del pueblo, esta vez en coche.

Había conducido un rato por las calles cuando vio a un hombre de piel oscura, abrigado contra el frío de la noche, que conducía un Volvo en dirección opuesta. A pesar del brevísimo vistazo, el *katsa* quedó convencido de que se trataba de Zein. Cuando encontró un cruce para dar vuelta, el Volvo había desaparecido. A la noche siguiente, el *katsa* estaba otra vez en el mismo lugar, ahora en posición para seguirlo. Poco después apareció el Volvo. Lo siguió. Un kilómetro y medio más allá el Volvo estacionó en un edificio de apartamentos. El conductor se apeó y entró en el número 27 de Wabersackerstrasse. El *katsa* no tuvo dudas: el hombre

era Abdullah Zein.

Lo siguió al interior del edificio. Detrás de las puertas de vidrio había un pequeño vestíbulo con buzones. Uno de ellos identificaba al dueño del apartamento del tercer piso como «Zein». Una puerta del vestíbulo daba al área de servicios del sótano. El agente la abrió y bajó al sótano. Sujeta a la pared se encontraba la caja de empalmes telefónicos del edificio. Momentos después regresó a su coche alquilado.

Danny Yatom había seguido planeando. Envió un especialista en comunicaciones a Liebefeld para revisar la caja telefónica. El técnico regresó a Tel Aviv con una serie de fotografías del interior de la caja. Las copias fueron estudiadas en el departamento de investigación y desarrollo y se hicieron ajustes para preparar los aparatos. Uno era un micrófono sofisticado capaz de captar todas las llamadas del apartamento de Zein. El micrófono estaría conectado a una grabadora en miniatura apta para registrar horas de conversaciones telefónicas. El aparato tenía la posibilidad de ser electrónicamente desgrabado, a una señal preestablecida, desde un piso franco. Allí se transcribirían las cintas y se enviarían por fax a Tel Aviv.

La primera semana de febrero de 1998 todos los planes técnicos estaban a punto. Yatom se ocupó de la parte más crucial de la operación: elegir el equipo que iba a llevarla a cabo. La operación constaba de dos etapas. La primera consistía en juntar suficientes pruebas de que Zein seguía siendo una pieza clave en las actividades de Hezbolá. La segunda era matarlo.

A mediados de febrero de 1998, todo estaba listo.

Poco antes de las seis y media de la mañana del lunes 16 de febrero, el Peugeot entró en el aparcamiento subterráneo del cuartel general del Mossad en Tel Aviv y Yatom tomó el ascensor hasta la sala de conferencias del cuarto piso. Allí lo esperaban dos hombres y dos mujeres. Sentados a la mesa, ya se habían colocado por parejas, papel que representarían en Suiza. Todos pasaban largamente de los veinte, estaban bronceados y en muy buen estado físico. Habían pasado los días anteriores en la nieve, en el norte de Israel, refrescando su dominio del esquí.

La noche anterior habían sido plenamente informados de su misión y habían elegido sus identidades falsas. Los hombres se iban a hacer pasar por prósperos corredores de bolsa que tomaban unas breves vacaciones con sus novias pero eran incapaces de dejar por completo de lado el trabajo: eso explicaría el ordenador personal que llevaba uno de ellos. El ordenador había sido conectado para proporcionar el enlace entre la grabadora que iba a ser instalada en el sótano de Zein y el piso franco. Una de las parejas debía controlar la grabadora las veinticuatro horas. La otra pertenecía a la unidad *kidon.* Su trabajo consistía en encontrar la mejor manera de matar a Zein. Viajarían a Suiza sin armas; se las enviarían después desde la oficina en Bruselas.

Sobre la mesa de conferencias se encontraban el micrófono y la grabadora. Yatom los inspeccionó y dijo que eran los más sofisticados que había visto en su

vida. Sus instrucciones finales fueron breves. Les preguntó el alias que habían elegido de la lista. Los hombres eran Solly Goldberg y Matti Finklestein; las mujeres, Leah Cohén y Rachel Jacobson. Ya que volaban desde Tel Aviv en un avión de El Al, debían llevar pasaportes israelíes. Adoptarían sus alias en Suiza, donde les entregarían pasaportes falsos.

Los cuatro, según una fuente de inteligencia, «se habían ganado sus galones». Pero lo cierto era que, después del desastre de Ammán, había pocos agentes disponibles en aquella sección. El grupo de Ammán había sido de lo mejor que el Mossad tenía y sus miembros habían podido hacerse pasar por canadienses; todos tenían experiencia en el campo internacional. El cuarteto elegido para la operación suiza sólo había actuado en El Cairo —hoy por hoy un blanco del Mossad relativamente seguro— y ninguno de ellos tenía conocimientos de primera mano sobre el trabajo encubierto en Suiza.

Ésa debió ser la razón por la que Yatom —según el *Sunday Times* de Londres— terminó su discurso recordándoles que los suizos de cantones alemanes tienen «tendencia a llamar a la policía si ven algo impropio».

Yatom les estrechó la mano y les deseó suerte, la habitual bendición para un equipo que parte hacia el trabajo. El grupo recogió sus pasajes de avión y pasó las siguientes veinticuatro horas en un piso franco de Tel Aviv.

El martes 20 por la mañana tomaron el vuelo 347 de El Al con destino a Zurich. Llegaron disciplinadamente al aeropuerto Ben Gurión dos horas antes del despegue, tal como se les había indicado. Se unieron a la fila de pasajeros, la mayoría suizos o israelíes, para pasar los controles de seguridad. A las nueve de la mañana las dos parejas ocupaban sus asientos de clase *business,* tomando champagne y programando sus vacaciones. En el portaequipaje llevaban los esquíes.

En el aeropuerto Kloten de Zurich los esperaba el *katsa* de Bruselas con un minibús. Había asumido el papel de guía y se hacía llamar Ephrahim Rubenstein.

Por la tarde ya estaban instalados en el piso franco de Liebefeld. Las dos mujeres prepararon la cena y se dispusieron a ver la televisión. Por la noche llegaron dos coches alquilados en Zurich y conducidos por *sayanim.* Se fueron en el minibús, una vez cumplida su tarea. Alrededor de la una de la madrugada del sábado 24 de febrero, el equipo abandonó el piso. Cada pareja iba en un coche. Un tal Rubenstein iba en el primer coche conduciendo hacia Wabersackerstrasse. Al llegar allí, los dos vehículos estacionaron casi enfrente del edificio de Zein. No había luz en el apartamento. Las personas que se hacían llamar Solly Goldberg, Rachel Jacobson y Ephrahim Rubenstein caminaron deprisa hacia la puerta de cristal del edificio. Rubenstein llevaba un rollo de plástico; Goldberg, el ordenador y Jacobson, una bolsa con los dispositivos electrónicos. Mientras tanto, Leah Cohén y Matti Finklestein habían empezado a representar con entusiasmo su papel de amantes.

Al otro lado de la calle, una mujer mayor que sufría de insomnio —la policía suiza insistía en llamarla señora X—, como siempre, no podía dormir. Desde su dormitorio vio algo extraño. Un hombre, Rubenstein, estaba cubriendo con plástico los cristales de la puerta para que nadie pudiera ver nada desde fuera. Detrás de

los plásticos se veían otras dos siluetas. Fuera, en un coche, había otra pareja entre las sombras. Tal como había predicho Danny Yatom, lo que veía era ciertamente impropio. La mujer llamó a la policía.

Un poco después de las dos de la madrugada, un coche patrulla llegó a la calle y sorprendió a Cohén y Finklestein en pleno abrazo. Se les ordenó permanecer en el auto. Entretanto habían llegado refuerzos policiales, que pidieron al trío del interior del edificio explicaciones sobre lo que estaban haciendo. Goldberg y Jacobson dijeron que habían confundido el edificio con otro donde vivían unos amigos, y Rubenstein insistía en que estaba quitando el plástico y no poniéndolo.

Las cosas se volvieron cómicas. Goldberg y Jacobson pidieron permiso para volver al coche y comprobar la dirección de sus amigos. Ningún policía los acompañó. En aquel momento Rubenstein cayó al suelo como si hubiera sufrido un ataque al corazón. Todos los policías se arracimaron a su alrededor para ayudarlo y pedir asistencia médica.

Nadie se movió para detener a los dos coches que partieron por Wabersackerstrasse hacia la noche helada. Después se detuvieron para que una de las parejas pasara al otro coche. El cuarteto cruzó la frontera francesa al amanecer.

Entretanto Rubenstein había sido llevado al hospital. Los médicos dijeron que no había sufrido un ataque al corazón y fue detenido.

A las cuatro y media de la madrugada, hora de Tel Aviv, Yatom se despertó con la llamada del oficial de guardia del cuartel general, que le dijo lo que había pasado. Sin molestarse en llamar al chófer, condujo solo hasta Tel Aviv.

Después del fiasco de Ammán se había establecido un plan para eventuales fracasos. El primer paso era llamar al oficial de servicio en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

El oficial llamó al responsable de la oficina del primer ministro, que informó a Benyamin Netanyahu. Éste llamó al embajador de Israel ante la Comunidad Europea, en Bruselas, Efraim Halevy. El diplomático, nacido en Inglaterra, había pasado treinta años como oficial superior del Mossad responsable del buen entendimiento con los servicios de seguridad de los países que mantenían relaciones con Israel. También había jugado un papel importante en la recomposición de las relaciones con Jordania, después de la chapuza de Ammán.

«Arregle esto y será mi amigo para toda la vida», le dijo Netanyahu. El embajador consultó la agenda que llevaba siempre para decidir a quién llamar primero. Fue a Jacob Kellerberger, oficial superior en el Ministerio de Asuntos Exteriores suizo. Halevy puso en juego todas sus dotes diplomáticas: había habido «un lamentable incidente» que involucraba al Mossad.

«¿Lamentable hasta qué punto?», quiso saber Kellerberger. «Muy lamentable», respondió Halevy.

El tono insinuaba un posible entendimiento. O así lo creyó Halevy hasta que Kellerberger llamó a la fiscal federal de Suiza, Carla del Ponte.

Con un prominente labio inferior y gafas parecidas a las de Yatom, Del Ponte era toda una figura dentro del sistema legal suizo, tan formidable como Yatom lo había sido en la comunidad de inteligencia israelí. Su primera pregunta dejaba claro el tono que iba a mantener: ¿por qué la policía de Liebefeld no había arrestado a los agentes del Mossad?

¿ Kellerberger no lo sabía. La siguiente pregunta de Del Ponte hizo surgir un espectro que él conocía bien: ¿tendrían los agentes del Mossad una «conexión con Teherán»? Desde la guerra del Golfo, Israel había afirmado repetidamente que varias compañías suizas estaban proporcionando tecnología a Irán para producir misiles. ¿Acaso la operación estaba relacionada de alguna manera con la otra preocupación de Israel, conocida como «el escándalo del oro judío»? Los bancos suizos habían ocultado, para su propio beneficio, grandes sumas de dinero depositadas en sus bóvedas, antes de la guerra, por judíos alemanes que luego se convirtieron en víctimas de los nazis.

Durante todo el fin de semana del 24 al 25 de febrero sus preguntas continuaron mientras Halevy luchaba por mantener las aguas tranquilas.

No había contado con las fuerzas unidas contra Danny Yatom en Israel. En el Mossad, cuando las nuevas del incidente circularon por la organización, la moral se hundió todavía más. Esta vez Yatom no podía culpar a Netanyahu por lo que había ocurrido en Liebefeld. El primer ministro no sabía nada de antemano. Desde la oficina del primer ministro se iniciaron los rumores, que llegaron a los medios de comunicación, de que Yatom estaba condenado. Durante otros tres días Halevy siguió rogando y discutiendo con Kellerberger para que dejara el asunto. Pero Carla del Ponte no quería saber nada. El miércoles 28 de febrero llamó a una conferencia de prensa para denunciar al Mossad: «Lo que ocurrió es vergonzoso e inaceptable entre naciones amigas».

Alas pocas horas, Danny Yatom renunció. Su carrera había terminado y la reputación del Mossad estaba otra vez hecha trizas. En sus últimos momentos como director, sorprendió al personal reunido en el comedor. La fría imagen prusiana había sido reemplazada por un tono emotivo: lamentaba dejarlos en un momento así, pero había tratado de darles el mejor liderato posible. Siempre debían recordar que el Mossad estaba por encima de cualquiera. Terminó deseando la mejor de las suertes al que ocupara su lugar; iba a necesitarla. Fue todo cuanto Yatom diría sobre lo que pensaba de un primer ministro que continuaba creyendo que el Mossad podía ser controlado desde su oficina. Yatom salió del comedor en silencio. Sólo cuando estaba en el pasillo comenzaron los aplausos y decayeron tan pronto como se habían iniciado.

Una semana después, Eíraim Halevy accedió a hacerse cargo del servicio después de que Netanyahu reconociera públicamente, por primera vez en la historia de los primeros ministros de Israel, que no podía «negar que la imagen del Mossad se ha visto afectada por algunas misiones fracasadas».

Consumado político, Netanyahu no dijo nada sobre el papel que él mismo había tenido en el desastre.

Hacia 1999, Yatom se había situado en la floreciente industria armamentística de Israel. Se convirtió en vendedor de una de las compañías más grandes del país dedicadas a la fabricación de armas. La firma no sólo fabrica armamento para uso interno sino que exporta cada vez más a países del tercer mundo. Yatom viaja con regularidad a países de África y Sudamérica. De vez en cuando, visita Washington.

Efraim Halevy se convirtió en el noveno director general del Mossad el 5 de marzo de 1998. Rompió con la tradición y no reunió a la plana mayor para que oyera sus opiniones sobre cómo debía ser llevado el servicio durante los próximos

dos años. Al nombrar a Halevy, Netanyahu anunció que, el 3 de marzo de 2000, el nuevo director adjunto del servicio, Amiram Levine, se haría cargo del puesto. Las novedades fueron recibidas con sorpresa. Ningún otro director general había asumido el cargo para un tiempo determinado previamente; ningún otro adjunto había sabido con anticipación que iba a ascender al escalón supremo.

Como Meir Amit, Levine no tenía experiencia previa, pero había estado al mando del Ejército israelí en el norte del país y el sur del Líbano con gran eficacia.

La primera tarea de Halevy fue relajar las tremendas tensiones y acabar con los resentimientos en el seno del Mossad que tanto habían dañado su imagen, dentro y fuera de Israel. En las felicitaciones de rutina de la CÍA y el MI6, se le dijo al nuevo director que esos servicios preferían esperar a ver cómo manejaba la crisis del Mossad antes de comprometerse a una colaboración sin restricciones. Uno de los factores sería el modo en que Halevy iba a manejar a los políticos de la línea dura, especialmente al primer ministro.

¿Podría el cortés Halevy, a un año de su jubilación y, de lejos, el más viejo de todos los que habían ocupado el cargo, mantener a Netanyahu a conveniente distancia? A pesar de toda su habilidad diplomática —jugó un papel preponderante en las negociaciones que en 1994 habían conducido a un tratado de paz con Jordania—, había estado lejos de la inteligencia durante muchos años. Desde su época en el Mossad, la agencia mostraba signos de estar fuera de control, ya que los oficiales superiores habían tratado de hacer sus propias apuestas para ser promovidos. La mayoría de los hombres de mediana edad continuaban en activo. ¿Podría Halevy tratarlos con firmeza? ¿Poseía el arte necesario para levantar la moral? Asistir a cócteles en Bruselas difícilmente era la mejor preparación para sacar agentes del pozo de la resignación. Halevy no poseía experiencia personal en el terreno de operaciones. Siempre había sido un hombre de escritorio mientras estuvo en el Mossad.

¿Y qué podía lograr realmente en dos años? ¿O sólo se encontraba allí para poner un sello a lo que quisiera Netanyahu o la esposa de Netanyahu? Todavía continuaban en el Mossad las especulaciones sobre el papel que Sara Netanyahu había tenido en la destitución de Yatom, un hombre a quien nunca había apreciado.

Halevy encontró la manera de agradarle. Le regaló un microchip que habían desarrollado los científicos del Mossad. Implantado bajo su piel, permitía que fuera rescatada en caso de que cayera en manos de los terroristas. Usando la energía natural del cuerpo, emitía una pulsación que captaban los nuevos satélites espaciales de Israel. Eso permitía que la persona que lo llevaba fuera localizada rápidamente en su escondite.

Nadie sabe si Sara se hizo implantar el microchip.

Pero pronto hubo asuntos más urgentes que seducir a la esposa del primer ministro. La primera gran operación que Halevy había autorizado con entusiasmo, el intento de establecer una base de espionaje en Chipre, se vino abajo estrepitosamente. Dos agentes del Mossad que se hacían pasar por maestros que estaban de vacaciones fueron rápidamente desenmascarados por el pequeño pero eficiente servicio de inteligencia chipriota. Allanaron el apartamento donde se alojaban y encentraron toda clase de equipamiento sofisticado, capaz de delatar los planes chipriotas para fortalecer sus defensas contra la vecina Turquía.

Halevy mandó a su adjunto a Chipre para negociar la liberación de los dos hombres. Debió haber deseado ir él en persona. El presidente de Israel, Ezer Weizman, era muy amigo del presidente chipriota Biafcos Clerides (en su juventud ambos habían servido en la RAF). Weizman mandó a su jefe de Estado Mayor a «humillarse» en Chipre y luego regañó a Halevy de una manera que incluso Netanyahu hubiera dudado en usar con Yatom.

Otro hecho se añadió a su vergüenza. El plan aprobado para matar a Saddam Hussein durante la visita a una de sus amantes se canceló después de que los detalles se filtraran a un periodista israelí. Netanyahu se enteró de lo que había pasado cuando el reportero llegó a su oficina para pedirle comentarios. Una vez más, el desdichado Halevy tuvo que soportar una severa reprimenda.

Durante semanas, el intempestivo primer ministro evitó el contacto con el jefe del Mossad, hasta octubre de 1998. En ese momento, el primer ministro turco, Bulent Ecevit, llamó a Netanyahu y le preguntó si el Mossad podía colaborar en la captura de Abdullah Ocalán, el líder kurdo considerado terrorista por otros países. Turquía lo hacía responsable de treinta mil muertes en su territorio. Durante más de veinte años el Partido de los Trabajadores de Kurdistán, el PKK, había librado una guerra sin cuartel contra Turquía para obtener la independencia de doce millones de kurdos que no contaban con el derecho de las minorías a la educación o a las comunicaciones en el idioma propio.

Ocalán había escapado repetidamente sin esfuerzo al servicio secreto turco. Era un líder que inspiraba fervor mesiánico en su gente. Hombres, mujeres y niños estaban dispuestos a morir por él. Para muchos era como el legendario Pimpinela Escarlata; sus hechos heroicos se recitaban donde hubiera dos kurdos juntos. Sus discursos destilaban pura pasión, un desafío inquebrantable en su reto a Turquía.

Ese noviembre —después de pasar por Moscú— Ocalán recaló en Roma. El Gobierno italiano no quiso extraditarlo a Turquía, pero también le negó asilo político. Previamente Ocalán había sido arrestado a petición de Alemania por viajar con pasaporte falso. Quedó libre cuando Bonn retiró la demanda de extradición por miedo a alborotar a los kurdos. Ése fue el momento en que el primer ministro turco Bulent Ecevit llamó a Netanyahu.

Para Israel, una estrecha relación de trabajo con Turquía es un importante elemento de supervivencia en la región. Netanyahu accedió y ordenó a Halevy que encontrara a Ocalán. Sería una operación «negra», lo que significaba que la intervención del Mossad jamás se haría pública. Si tenía éxito, todo el mérito sería para la inteligencia turca.

El plan llevaba el nombre en clave de Atento. Reflejaba la propia preocupación de Halevy por evitar en lo posible todo cuanto interfiriera en su operación en Irak. Allí, los *katsas* trabajaban con los rebeldes kurdos para desestabilizar el régimen de Saddam.

Seis agentes del Mossad fueron enviados a Roma, entre ellos una *bat leveyha,* una mujer y dos técnicos de la unidad de comunicaciones.

Trabajando desde un refugio próximo al Panteón, el equipo inició la vigilancia del apartamento de Ocalán, cerca del Vaticano. La agente fue instruida para entrar en contacto con él. Siguió los bien estudiados pasos que había seguido otra mujer

para conducir a Mordechai Vanunu hacia su destino, en aquella misma ciudad, diez años antes. Pero el plan para hacer lo mismo con Ocalán falló cuando el líder kurdo abandonó Italia repentinamente.

El equipo del Mossad empezó a buscar en todo el Mediterráneo: España, Portugal, Túnez, Marruecos, Siria. Ocalán había estado en todos esos países, sólo para huir o pedir asilo. El 2 de febrero de 1999, el líder kurdo fue descubierto tratando de entrar en Holanda. El Gobierno holandés le negó el permiso. Un oficial de seguridad del aeropuerto de Amsterdam informó al jefe del cuartel local del Mossad que Ocalán había tomado un vuelo de la KLM con destino a Nairobi. Sus perseguidores partieron hacia la capital de Kenia y llegaron el viernes 5 de febrero por la mañana.

Kenia e Israel habían desarrollado, a lo largo de los años, un «entendimiento» en materia de inteligencia. Como parte del «safari» en África Central, el Mossad había puesto al corriente a los kenianos de las actividades de otras redes de espionaje. A cambio, Kenia continuaba ofreciendo al Mossad un «trato especial» al permitirle mantener un piso franco en la ciudad y proporcionarle libre acceso al pequeño pero eficiente servicio secreto de Kenia.

El grupo del Mossad no tardó en localizar a Ocalán en el recinto de la embajada griega en Nairobi. De vez en cuando, kurdos que se suponía que eran sus guardaespaldas iban y venían frente al complejo. Todas las noches el jefe del equipo se comunicaba con Tel Aviv. La orden era siempre la misma: vigilar sin hacer nada. Luego cambió dramáticamente. Por «todos los medios disponibles» Ocalán debe ser sacado de la embajada griega y llevado a Turquía.

La orden procedía de Halevy.

La suerte estuvo de parte de los israelíes. Uno de los kurdos salió de la embajada y condujo hasta un bar cercano al hotel Norfolk. En una táctica clásica del Mossad, uno del equipo se acercó al kurdo. Gracias a su piel oscura y su fluido dialecto kurdo, el agente se hizo pasar por un kurdo que trabajaba en Nairobi. Se enteró de que Ocalán se estaba inquietando. Su última solicitud de asilo en Sudáfrica no había tenido respuesta. Otros países africanos habían sido igualmente reacios a concederle el visado de entrada.

El equipo de escucha del Mossad seguía usando sus aparatos para intervenir las comunicaciones del recinto de la embajada. Tenían claro que Grecia también se negaría a darle refugio.

El agente del Mossad que había conocido al kurdo en el bar hizo su movida.

Llamó a éste a la embajada y le pidió «una cita urgente». Otra vez se volvieron a encontrar en el bar. El agente le dijo que la vida de Ocalán estaba en peligro si no abandonaba la embajada. Su única esperanza era regresar a encontrarse con sus compatriotas no en Turquía sino en el norte de Irak. En las vastas montañas, Ocalán estaría a salvo y podría prepararse para otra ocasión. El plan era uno que Ocalán empezaba a considerar y que había sido interceptado por el equipo de vigilancia del Mossad.

El agente persuadió al kurdo de que volviera a la embajada y tratara de convencer a Ocalán para que saliera a discutir la propuesta.

Se le tendió una trampa simple, y mortal. Ahora sólo era cuestión de esperar hasta que Ocalán mordiera el anzuelo.

Basándose en sus escuchas de radio entre el Ministerio de Asuntos Exteriores

griego y la embajada, el Mossad supo que sólo faltaban días para que los anfitriones, cada vez más a disgusto, echaran a Ocalán. En un mensaje exclusivo para el embajador, el primer ministro griego, Costas Simitis, había dicho que la presencia de Ocalán en el recinto desataría «una confrontación política y posiblemente militar en Grecia».

A la mañana siguiente, un jet Falcon-900 aterrizó en el aeropuerto Wilson de Nairobi. El piloto dijo que estaba allí para recoger a un grupo de hombres de negocios que asistirían a una conferencia en Atenas.

Lo que ocurrió después todavía es materia de intenso debate. El abogado alemán de Ocalán declaró más tarde que «debido a una mala interpretación de la situación por parte de las autoridades kenianas», Ocalán fue sacado de la embajada. Pero el Gobierno de Kenia y la embajada griega en Nairobi negaron la acusación. Los griegos insistieron en que el líder kurdo dejó el recinto contra el consejo de sus anfitriones.

Una cosa es cierta. El jet partió de Nairobi con Ocalán a bordo. Cuando el avión dejó el espacio aéreo de Kenia empezaron las preguntas.

¿Había usado el Mossad su práctica habitual e inyectado a Ocalán una droga paralizadora cuando dejó el recinto? ¿Lo habían raptado en la calle al igual que otro grupo raptara a Eichmann en Buenos Aires, muchos años antes? ¿Había hecho Kenia la vista gorda ante una acción que violaba todas las leyes internacionales?

Horas después de que Ocalán fuera encarcelado en Turquía, un primer ministro exultante apareció en televisión hablando de «un triunfo del trabajo de inteligencia [...] una brillante operación de vigilancia llevada a cabo en Nairobi durante doce días». No mencionó al Mossad. Se atenía a las reglas.

Para Efraim Halevy, el éxito de la operación tuvo la contrapartida de la pérdida de una red de espionaje en Iraq que dependía mucho del apoyo kurdo. No era el primer jefe del Mossad en preguntarse si la disposición de Netanyahu a convertir el Mossad en un «pistolero a sueldo» no tendría repercusiones duraderas en el amplio negocio del trabajo de inteligencia.

El triunfo de la operación quedó indudablemente amortiguado por otro fiasco que Halevy había heredado.

El 5 de octubre de 1992, un jet de carga de El Al cayó en un edificio de apartamentos cerca del aeropuerto Schipol de Amsterdam. Mató a cuarenta y tres personas e hirió a docenas. Desde entonces, cientos de personas que vivían en el área habían caído enfermas. A pesar de una implacable campaña para ocultar que el avión transportaba productos químicos letales —incluidos componentes del sarin, el mortal agente nervioso—, la verdad salió a la luz y atrajo una indeseada atención sobre un centro secreto de investigación situado en los suburbios de Tel Aviv, donde los científicos habían producido diversas armas biológicas y químicas para los *kidon* del Mossad.

Dieciocho kilómetros al sudeste de Tel Aviv se encuentra el Instituto de Investigación Biológica. En sus laboratorios y talleres se fabrican numerosas armas químicas y biológicas. Los químicos del instituto —algunos de los cuales trabajaron en otra época en el KGB o en el servicio secreto de la República

Democrática de Alemania— crearon el veneno usado para el intento de asesinato de Khaled Meshal, el líder del grupo fundamentalista Hamas.

Los programas actuales de investigación incluyen desarrollar una serie de patógenos que serían, según un informe secreto de la CÍA a William Cohén, secretario de Defensa de Estados Unidos, «étnicamente específicos». Según el informe de la CÍA los científicos israelíes «están tratando de explorar avances médicos en la identificación de ciertos genes distintivos de los árabes para crear una bacteria o un virus genéticamente modificado».

El informe concluye que «ya en las etapas iniciales, la intención es aprovechar la manera en que algunos virus y bacterias alteran el ADN dentro de las células de sus portadores vivos». El instituto imita el trabajo llevado a cabo por los científicos sudafricanos durante el *apartheid* para «crear un arma de pigmentación que afectará sólo a los negros».

La investigación fue abandonada cuando Nelson Mándela llegó al poder, pero al menos dos de los científicos que trabajaron en ese programa se mudaron luego a Israel.

La idea de que el estado judío lleve a cabo semejante investigación ha creado no poca alarma por el paralelismo siniestro con los experimentos de los nazis. Dedi Zucker, un miembro del Parlamento israelí, el Knesset, dijo: «No podemos permitirnos crear semejantes armas».

El avión de El Al transportaba las materias primas para fabricar esas armas aquella noche de octubre de 1992, entre sus ciento catorce toneladas de carga compuestas también por misiles Sidewinder y electrónica. Doce barriles de DMMP, un componente del gas sarin, eran lo más letal.

Las sustancias habían sido adquiridas en Solkatronic, la fábrica química con casa matriz en New Jersey. La compañía ha insistido repetidamente en que Israel había pedido los componentes químicos «para probar máscaras de gas». No se hacen tales pruebas en el Instituto de Investigación Biológica:

En 1952, año en que fue fundado, ocupaba un pequeño bunker de cemento. En la actualidad el instituto abarca más de cuarenta hectáreas. Los árboles frutales han desaparecido, reemplazados por un alto muro de cemento coronado de sensores. Guardias armados patrullan el perímetro. Hace tiempo que el Instituto desapareció de la vista de la gente. Su dirección exacta en los suburbios de Nes Ziona ha sido eliminada del directorio telefónico. Su ubicación no figura en los mapas del área. Ningún avión puede sobrevolar la zona.

Sólo Dimona, en el desierto del Negev, está rodeada de tanto secreto. En la guía clasificada de las Fuerzas Armadas, el instituto aparece como «proveedor de servicios para el Ministerio de Defensa». Como en Dimona, muchos de los laboratorios de investigación y desarrollo del instituto están bajo tierra. Allí trabajan los bioquímicos y genetistas con sus probetas de muerte: toxinas que pueden envenenar la comida hasta producir la parálisis y la muerte, la más virulenta encefalomielitis equina venezolana y el ántrax.

En otros laboratorios, a los que se llega a través de esclusas, los científicos elaboran diversos agentes nerviosos: asfixiantes, sanguíneos o cutáneos. Entre ellos se incluye el tabun, virtualmente inodoro e invisible cuando se esparce en aerosol o en forma de vapor. El soman, el último gas en ser descubierto por los nazis, también es invisible en forma de vapor pero tiene un ligero olor a fruta. El

espectro de agentes cutáneos incluye clorino, fosgeno y difosgeno, que huele a pasto recién cortado; se basan en los usados por primera vez durante la Gran Guerra. Entre los agentes que afectan la sangre están todos los que tienen una base de cianuro.

Sin rasgos característicos por fuera, con pocas ventanas en sus muros pardos, el instituto cuenta en su interior con una seguridad de última generación. Contraseñas e identificación visual controlan el acceso a cada área. Hay guardias patrullando los corredores. Las compuertas a prueba de bombas sólo se abren con tarjetas magnéticas cuyos códigos cambian a diario.

Todos los empleados son sometidos a exámenes médicos una vez al mes. Todos han pasado revisiones muy completas de salud, lo mismo que sus familias.

Dentro del instituto existe un departamento especial que crea las toxinas letales que el Mossad usa en cumplimiento del deber que le ha sido impuesto por el Estado de eliminar a los enemigos de Israel. Con los años, por lo menos seis trabajadores de la planta han muerto, pero la causa de su fallecimiento está protegida por la estricta censura militar israelí.

La primera rasgadura en la cortina de seguridad provino de un ex oficial del Mossad, Víctor Ostrovsky. Afirma que «todos sabíamos que un prisionero llevado al instituto jamás saldría con vida. Los infiltrados de la OLP eran usados como conejillos de Indias. Servían para probar que las armas fabricadas por los científicos funcionaban bien o hacerlas aún más eficientes».

Israel todavía no ha negado estas afirmaciones.

El inicio de la ofensiva de la OTAN en Serbia, en 1999, dio a Halevy la oportunidad de brindar un servicio de inteligencia a las diecinueve naciones que componían la alianza. El Mossad había establecido contactos en la región mucho tiempo antes, a causa de la preocupación de que los Balcanes se convirtieran en un enclave musulmán, una puerta trasera para lanzar ataques terroristas contra Israel. Halevy vio una oportunidad ideal para visitar los cuarteles de la OTAN en Bruselas y encontrarse con sus iguales. Viajó a Washington, a la CÍA. De regreso, trabajó intensamente, a menudo sin tomarse ni un respiro semanal. En ese sentido, recordaba a Meir Amit.

En la primavera de 1999, la vieja bestia negra del Mossad, Víctor Ostrovsky, reapareció para irritar al servicio. Informes filtrados desde el equipo de la defensa de los dos libios acusados del atentado de Lockerbie decían que Ostrovsky podía atestiguar en su favor. Dado que el ex *katsa* había dejado el servicio antes del episodio, era difícil suponer en qué podía contribuir. No obstante, la perspectiva de Ostrovsky sentado en el banquillo de los testigos, en el Tribunal de La Haya, había enfurecido a Halevy. Creía que se había llegado al «entendimiento» entre Ostrovsky y sus antiguos superiores de que no haría nada más para comprometer a la agencia a cambio de que se le permitiera llevar una vida libre. Por un momento, Halevy consideró la posibilidad de iniciar acciones legales para detener a Ostrovsky, pero se le aconsejó no hacerlo.

En cualquier caso, cuando Ostrovsky se presentara ante los tribunales, Halevy ya estaría retirado.

Conseguir todo lo que se proponía antes de dejar el servicio era algo que

pondría a prueba la resistencia física y mental de Halevy. Aman y el Shin Bet se habían lanzado sobre los problemas del Mossad para respaldar su propia posición de primacía. Sin embargo, ninguno había sugerido que el Mossad dejara de ser el ojo de Israel en el mundo. Sin sus artes, Israel podría quedar a merced de sus enemigos en el siglo próximo. Irán, Iraq y Siria estaban desarrollando tecnologías que necesitaban ser cuidadosamente vigiladas.

Al principio, el estilo de actuación del Mossad había sido hacer lo que se debe, pero en secreto. En uno de sus encuentros cara a cara con un miembro de su personal, Halevy había dicho que le gustaría ver a la comunidad de inteligencia israelí convertirse nuevamente en una gran familia, «con el Mossad como el tío a quien nadie nombra».

Sólo el tiempo dirá si se trata de un sueño imposible o si, como muchos observadores temen, cuanto más se aleja el Mossad de su última humillación, más cerca se encuentra de la siguiente.

Un paso más cerca estuvo en junio de 1999, cuando el Mossad se enteró de que debía desmantelar su cuartel general europeo en Holanda, después de que trascendió que había estado comprando plutonio y otros materiales nucleares a la mafia rusa. La afirmación provenía de Intel, una pequeña pero formidable sección de la inteligencia holandesa.

La investigación de Intel había sido llevada a cabo desde un bunker, irónicamente construido como refugio para la familia real en el caso de un ataque nuclear soviético a Amsterdam. El bunker se encuentra cerca de la estación central de ferrocarril que constituía el punto de destino para los materiales nucleares rusos robados de laboratorios bélicos como Chelyabinsk-70, en los Urales, y Arzamas-16, en Nijny-Novgorod, antes Gorki.

Los oficiales superiores del Mossad insistían ante Intel en que sus agentes compraban los materiales mortíferos a la mafia rusa precisamente porque eran robados. Era el único modo de prevenir que fueran vendidos a terroristas islámicos o a otros grupos.

Aunque concedían que el alegato del Mossad era plausible, los investigadores de Intel se habían convencido de que el material atómico había estado saliendo desde el aeropuerto Schipol de Amsterdam hacia Israel para reforzar las armas nucleares fabricadas en Dimona. Ya en 1999, había allí una reserva de doscientas armas nucleares.

El tráfico del Mossad con la mafia rusa reavivó una pesadilla que no ha terminado del todo. La temible doctrina de la guerra fría, «destrucción mutua asegurada», ha sido sustituida por un panorama en el que los conocimientos y los materiales nucleares están en venta. Se trata de capitalismo al estilo del «salvaje Este». Los sindicatos del crimen organizado y los funcionarios gubernamentales corruptos trabajan en colaboración abriendo nuevos mercados para el material nuclear: un bazar que ofrece algunas de las armas más peligrosas del mundo.

La mayor parte del trabajo de detectar la procedencia del material robado se hace en el Instituto Europeo Trans-Uranium, en Karlsruhe, Alemania. Allí, los científicos usan equipo de última generación para descubrir si los materiales provienen de una fuente militar o civil. Pero conceden que es tan difícil como «atrapar a un ladrón al que nunca se le han tomado las huellas dactilares».

Para evitar preguntas incómodas en caso de que las propias huellas del

Mossad fuesen descubiertas, Halevy realizó una visita secreta a Holanda, a principios de junio, para explicar a Intel el papel del Mossad. La inteligencia holandesa no quedó convencida.

Halevy volvió a Israel para poner al corriente al nuevo primer ministro, Ehud Barak, de que el Mossad debía prepararse para desmantelar sus cuarteles europeos del complejo de El Al en el aeropuerto Schipol.

El Mossad había tenido su lugar allí desde hacía seis años. En el segundo piso del complejo, conocido en Schipol como la Pequeña Israel, dieciocho oficiales del Mossad dirigían las operaciones europeas. Según una fuente del servicio, la posición de Halevy era clara: mejor que el Mossad se mudara antes de que lo echaran de Holanda; una suerte que ya había corrido en Gran Bretaña durante el Gobierno Thatcher.

La decisión del Mossad de llevar a cabo sus propias operaciones dentro de un país de acogida sin avisarle, había agriado las relaciones con Londres. Irónicamente, si debía abandonar Schipol tal vez regresara a Inglaterra. Con la aprobación del primer ministro Tony Blair —según Halevy comentó a Barak—, el Mossad sería bien recibido. Blair cree que una fuerte presencia del Mossad beneficiaría los esfuerzos del MI5 para seguir la pista de los numerosos grupos de Oriente Medio instalados en Londres.

Un factor decisivo para mudarse a Gran Bretaña sería que El Al, la compañía aérea nacional de Israel, también trasladara su sede de Schipol a Heathrow. Dado el floreciente negocio de carga de El Al, el espaldarazo a Heathrow sería considerable.

Intel ha establecido que la relación entre el Mossad y la compañía aérea es parte integral del tráfico de materiales nucleares.

La agencia holandesa insiste en que el Mossad nunca se hubiera metido en el peligroso negocio de comprar materiales nucleares a menos que éstos pudieran ser secreta y seguramente transportados hacia Israel.

El ex secretario asistente de Defensa, Graham Allison, ahora director del Centro de Harvard para la Ciencia y los Asuntos Internacionales, ha comentado que «un grupo criminal o terrorista podría enviar un arma a Estados Unidos en piezas tan pequeñas y livianas que incluso podrían ser remitidas por correo».

En esas palabras está implícito el hecho de que una organización tan eficiente como el Mossad, apoyada por los vastos recursos que Israel pone a su disposición, tendría poca o ninguna dificultad para traficar con materiales nucleares desde Schipol.

La sospecha de Intel sobre ese tráfico surgió al rumorearse que el carguero de El Al que se estrelló poco después de despegar de Schipol, en octubre de 1992, llevaba sustancias químicas.

Desde entonces, Intel ha recopilado lo que llama «como mínimo pruebas circunstanciales» de que el Mossad también ha embarcado material atómico desde Schipol.

Una «muía», una correo que, a cambio de su cooperación, obtuvo garantías de no ser procesada, dijo a Intel que había pasado material nuclear desde Ucrania a través de Alemania. La correo afirmó a Intel que la habían citado en la estación central de Amsterdam. Cuando le mostraron fotos, señaló a una persona: era uno de los oficiales del Mossad en Schipol.

En los «viejos tiempos», según Meir Amit, un agente del Mossad no hubiera permitido que lo identificaran fácilmente. Muchos otros dentro de la comunidad de inteligencia creen que tales fallos en el arte del intercambio no son buena señal para el futuro del Mossad en el nuevo milenio.

Ha habido un cambio de actitud dentro de Israel que ha conducido al enojo y la desilusión por los errores operativos del Mossad. En esos «viejos tiempos», pocos israelíes se preocupaban de que los éxitos del Mossad estuvieran basados en la subversión, la mentira y el asesinato. Todo lo que importaba era la supervivencia de Israel.

Pero con la paz con sus vecinos árabes acercándose a las fronteras de Israel, se cuestionan cada vez más los métodos usados por el Mossad en su papel de escudo y espada.

Dentro del servicio mismo existe el arraigado sentimiento de que una gran institución sólo puede sobrevivir, tal como dice Rafi Eitan, «sin rendirse ante cualquier opinión nueva». Igualmente existe la creencia, formulada por Ari ben Menashe, de que si el Mossad persiste en encerrarse en sus metas del pasado «estará en peligro de ahogarse, como un caballero medieval con armadura que ha perdido su caballo en el campo de batalla».

Detrás de estas palabras se esconde una verdad como un puño. Después de cincuenta años, la imagen del Mossad ya no es la de una agencia heroica cuyas hazañas brillan en la conciencia de Israel. Nacido en esos días memorables en que Israel se construyó un nuevo mundo, el Mossad era una de las garantías de la supervivencia de ese mundo. Esa garantía ya no hace falta.

Ari ben Menashe lo expresó mejor que nadie: «Israel y el mundo deberían pensar en el Mossad como en una medicina preventiva para protegernos de enfermedades que podrían ser fatales. Sólo se toma la medicina cuando la enfermedad amenaza. No todo el tiempo».

La pregunta, todavía sin respuesta, es si el Mossad se avendrá a interpretar un papel en el que la madurez y la moderación deben reemplazar la política de hacer cosas duras por duras razones.

Notas sobre las fuentes

He tenido acceso a un escalafón lo suficientemente alto de la comunidad de inteligencia israelí como para que éste sea un relato autorizado. Como en el caso de mis libros anteriores, me decidí por el tema del Mossad sin tener conocimientos previos. He usado la información proporcionada por sus miembros de la manera en que lo hace cualquier escritor que se ocupa de un servicio de inteligencia: comprobándola una y otra vez.

Grabé ochenta horas de conversaciones, entre ellas las repetidas entrevistas a personas relacionadas directa o indirectamente con el Mossad y otras a gente a la que el Mossad había tratado de matar, como Leila Khaled —que se hizo famosa durante la época de los secuestros de aviones por parte de la OLP, en los años setenta— y Muhammad Abbas —que organizó la toma del *Achille Lauro,* en la que un pasajero norteamericano judío y en silla de ruedas fue arrojado por la borda—. Me encontré con ellos en mayo de 1996, en Gaza. Se les había permitido visitar Israel como parte del acercamiento con la OLP. También hablé con Yasser Arafat, en otro tiempo blanco principal del Mossad.

Me puse a escribir sobre temas de inteligencia en 1960, cuando colaboraba con Chapman Pincher, por entonces el escritor británico más importante en la materia. Ambos trabajábamos para el *Daily Express* de Londres. Varias de nuestras historias —principalmente el fiasco de Burgess y Maclean para la inteligencia británica— ayudaron a cambiar la percepción de cómo debía informarse acerca de estos temas. Una postura que he tratado de mantener en libros como *Viaje a la locura, Pontífice y Caos bajo el paraíso.*

He informado sobre las guerras secretas de inteligencia entabladas contra Irán, Irak, Siria y Afganistán, áreas con las que el Mossad sigue directamente involucrado. También he escrito extensamente sobre las relaciones entre el Mossad y el Vaticano. Mis propios contactos en la Santa Sede me fueron útiles para llevar a cabo posteriores entrevistas de fondo para este libro.

En 1989 estuve en China durante el estallido de descontento estudiantil. Fui testigo una vez más de las maquinaciones de las agencias de inteligencia y detecté la mano del Mossad en lo referente al temor de que la exportación de armas chinas a Irán e Irak llegara a significar una amenaza para Israel. Seguí escribiendo sobre el papel del Mossad en la guerra del Golfo y en el poscomunismo soviético.

En agosto de 1994 recibí una llamada de Zvi Spielmann. Spielmann es una especie de leyenda viva de Israel: se distinguió luchando en la guerra de independencia y fundó los Estudios Cinematográficos Unidos de Israel. Ha producido una gran cantidad de películas, muchas de ellas coproducciones con

Hollywood. Spielmann me preguntó si me animaba a escribir y presentar un documental sobre el Mossad. Me aseguró que tendría las manos libres y que la única restricción para informarme serían mis propias preguntas; cuanto más preguntara, más iba a profundizar.

Descubrí que, aparte de los libros de Víctor Ostrovsky y la obra de Ari ben Menashe había muy poca información sólida sobre el Mossad, en marcado contraste con los cerca de doscientos libros dedicados al trabajo de la CÍA, los cincuenta del servicio de inteligencia británico y un número similar sobre el KGB y los servicios alemán y francés. Pero un vistazo a sus contenidos revelaba lagunas en las guerras secretas que habían librado. Estaba claro que el Mossad podía llenar algunas de estas lagunas.

En viajes a Israel, algunos por encargo del Canal 4, el proceso de las entrevistas se desarrolló como cualquier otro. El marco temporal de la historia que mis entrevistados debían contar inicialmente abarcaba un extraño período entre la historia reciente y los recuerdos lejanos. Gradualmente, a medida que íbamos conociéndonos y sus relatos se acercaban al presente, se volvían más precisos, más capaces de recordar los detalles.

Era evidente que aun aquellos que habían ayudado a fundar el Mossad recordaban con claridad un período que formaba parte de la historia que les había tocado vivir y que nunca había sido relatado desde su perspectiva. Y, más importante todavía, podían relacionar aquellos primeros días con el presente. Por ejemplo, cuando hablaron del papel del Mossad en los últimos días del sha de Persia, lo interpretaron como la raíz del actual azote del fundamentalismo islámico. Cuando revelaron la intervención en Sudáfrica pudieron compararla con la presente situación de ese país. Una y otra vez demostraron que el pasado forma parte del presente de Israel y de qué manera el Mossad había tendido un puente entre el entonces y el ahora.

Demostraron que las leyendas atribuidas al Mossad empalidecían hasta la insignificancia comparadas con la realidad. Recuerdo a Rafi Eitan riendo por lo bajo y diciendo: «Casi todos los hechos publicados sobre el secuestro de Eichmann son puras tonterías. Lo sé porque soy el hombre que lo capturó».

De muchas maneras, Eitan y sus colegas transformaron los mitos en realidades convincentes. Me pidieron que no hiciera menos.

Escuchando a Eitan, sus logros parecían tan inacabables como su energía. Había librado una gran guerra secreta. Era un hombre con mucha visión y todo lo que pedía era vivir para ver el día en que Israel alcance la paz.

Pronto me di cuenta de que había bandos distintos y opuestos entre mis entrevistados. Estaba la gente «de Isser Harel» y la «de Meir Amit», y el desdén que unos sentían por los otros no había menguado con los años. Comprendí que jamás cederán.

Esto constituye un problema añadido: hay que calibrar el énfasis puesto en la información. Mis entrevistados también corren una carrera contra el tiempo. Hombres como Meir Amit están en el ocaso de la vida. Cabe atribuirle el mérito de soportar largas entrevistas y preguntas repetitivas. Me concedió la última poco después de regresar de Vietnam, adonde había ido para conocer de primera mano cómo el Vietcong había burlado a la inteligencia norteamericana durante la guerra.

Una de las entrevistas más fascinantes fue la de Uri Saguy. Sentado en la

oficina de Spielmann, habló francamente de temas como la necesidad de Israel de llegar a un acuerdo con Siria y el problema que había tenido a veces para «dar faena» al Mossad cuando era el supremo jefe de inteligencia de Israel.

David Kimche raramente bajaba la guardia e insistía en ver las preguntas de antemano. Sin embargo, me dio importantes pistas sobre su actitud personal hacia la gente y los hechos. Lo que más recuerdo de él es que, mientras alimentaba a su perro, destruía con elegancia la credibilidad de aquellos que no estaban a la altura de sus exigencias.

Yaakov Cohén me abrió las puertas de su casa y también su corazón y su mente. Compartimos muchas horas en el *kibutz* donde ahora vive, mientras recordaba lo que había hecho y dicho en aquellos tiempos. Por ejemplo, sólo él recordaba el miedo y los remordimientos que sintió al matar por primera vez. Su reacción contrastaba radicalmente con los sentimientos de Rafi Eitan acerca del asesinato.

Yoel Ben Porat tenía una mentalidad de abogado de abogados, dedicado sólo a los hechos y poco dado a las conjeturas. En muchos casos fue capaz de rellenar lagunas históricas. Reuven Merhav fue mi fuente de información sobre la postura del Mossad en el marco de la política de Israel.

Entre los periodistas israelíes.con los que hablé, dos merecen mención especial. Alex Doron alardeó sobre la inteligencia israelí de una manera ingenua y refrescante. Su aportación fue valiosa. Por otro lado, Ran Edelist, que había sido contratado por el Canal 4 para el documental sobre el Mossad que me habían encargado, visitaba a menudo la oficina de Spielmann e insistía en que en muchos casos no sería «conveniente» dar «detalles precisos». A veces parecía más preocupado por lo que no debía salir en el programa que por lo que debía salir. En algunas de las entrevistas a las que asistió, interrumpía con frecuencia a los invitados con un «Tenga cuidado». Afortunadamente, pocos siguieron su consejo. Sin que Ran Edelist estuviera presente me encontré con otros agentes de inteligencia que se franquearon con la condición de no ser citados directamente.

Me invitaron a sus casas; conocí a sus familias y algo de sus vidas privadas: los espías no viven en una sola dimensión. Todavía me acuerdo de una larga entrevista con un ex agente que relató cómo había matado. De repente, recorrió con la mirada el salón adornado con cuadros de paisajes bíblicos, suspiró profundamente y dijo: «Este mundo no es este mundo».

Sigo escuchando sus palabras. Creo que quiso decir que, a causa de su pasado trabajo, por debajo del pulso y las apariencias de la vida, jamás lo ha abandonado una sensación de oscuridad y amenaza. Detecté eso mismo en varios de los otros con quienes hablé.

Un triste recuerdo de que el mundo de la inteligencia es visto muy a menudo, como san Pablo veía el paraíso, «a través de un cristal borroso».

PRINCIPALES ENTREVISTADOS

David Kimche
Meir Amit
Haim Cohén
Nadia Cohén
Yaakov Cohén
William Casey
William Colby
Rafael Eitan
Zvi Friedman
Isser Harel
Emery Kabongo
Barry Chamish
Edward Kimbel
David Kimche
Otto Kormak
Henry McConnachie
Ariel Merari
Reuven Merhav
Danny Nagier
Yoel Ben Porat
Uri Saguy
Simón Wiesenthal

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Daily Express, Londres
Daily Mail, Londres
Daily Telegrapb, Londres
Los Angeles Times
Jerusalem Post
Sunday Times, Londres *New York Times*

ENTIDADES

Archivo Palmach, Israel
Registro Público, Londres
Archivo Nacional, Washington
Biblioteca Pública de Nueva York
Biblioteca de la Asociación de Prensa, Londres
Biblioteca del Trinity College, Dublin
Archivos Secretos del Vaticano
Archivo de Glilot, Israel

Bibliografia

Agee, Philip. *Inside the Company: CIA Diary,* Penguin Books, Harmondsworth, Inglaterra, 1975.

Allon, Yigal. *Shield of David,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1970.

Bainerman, Joel. *Inside the Covert Operations of the CIA and Israel's Mossad,* SPI Books, Nueva York, 1991.

Bamford, James. *The Puzzle Palace: A Report on America's Most Secret Agency,* Houghton Mifflin, Boston, 1982.

Bar-Zohar, Michel. *Ben-Gurion, A Biography,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1977.

—*Spies in the Promised Land,* Davis-Poynter, Londres, 1972.

Ben Porat, Yeshayahu y otros. *Entebbe Rescue,* Delacorte Press, Nueva York, 1977.

Ben Shaul, Moshe, ed. *Generals of Israel,* Hadar, Tel Aviv, 1968.

Black, Ian y Benny Morris. *Israel's Secret Wars,* Hamish Hamilton, Londres, 1991.

Blumenthal, Sid y Harvey Yazijian, eds. *Government by Gunplay: Assassination Conspiracy Theories from Dallas to Today,* Signet, Nueva York, 1976.

Brzezinski, Zbigniew. *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981,* Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1983.

The CIA's Nicaragua Manual: Psychological Operations in Guerrilla Warfare, Vintage Books, Nueva York, 1985.

Cline, Ray S. *The CIA under Reagan, Bush and Casey,* Acropolis Books, Washington, D.C., 1981.

Cline, Ray S. *Secrets, Spies and Scholars: Blueprint of the Essential CIA,* Acropolis Books, Washington D.C:, 1976.

Cline, Ray S. y Yonah Alexander. *Terrorism: The Soviet Connection,* Crane Russak, Nueva York, 1984.

Constantinides, George C. *Intelligence and Espionage: An Analytical Bibliography,* Westview Press, Boulder, Colo., 1983.

Copeland, Miles. *The Game of Nations,* Simon & Schuster, Nueva York, 1969.

—*The Real Spy World.* Sphere Books, Londres, 1978.

Deacon, Richard. *«C»: A Biography of Sir Maurice Old-field,* Macdonald, Londres, 1985.

Dekel, Efraim. *Shai: The Exploits of Hagana Intelligence,* Yoseleff, Tel Aviv, 1959.

—*A History of British Secret Service,* Granada, Londres, 1980.

De Silya, Peer. *Sub Rosa: The CIA and the Uses of Intelligence,* Times Books,

Nueva York, 1978.
Dobson, Christopher y Ronald Payne. *The Dictionary of Espionage,* Harrap, Londres, 1984.
Dulles, Allen. *The Craft of Intelligence,* Westport, Greenwood Press, Connecticut, 1977.
Eisenberg, Dennis, Uri Dan y Eli Landau. *Meyer Lansky: Mogul of the Mob,* Corgi Books, Londres, 1980.
—*The Mossad: Israel's Secret Intelligence Service Inside Stories,* Signet, Nueva York, 1979.
Elon, Amos. *The Israelis: Founders and Sons,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1971.
Farago, Ladislas. *Burn after Reading, Mzcfzddzn,* Nueva York, 1963.
Gilbert, Martin. *The Arab-Israeli Conflict,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1974.
Golan, Aviezer, y Danny Pinkas. *Shula, Code Name the Pearl,* Delacorte Press, Nueva York, 1980.
Groussard, Serge. *The Blood of Israel,* William Morrow, Nueva York, 1973.
Gulley, Bill, con Mary Ellen Reese. *Breaking Cover,* Warner Books, Nueva York, 1981.
Haig, Alexander M. Jr. *Caveat: Realism, Reagan, and Foreign Policy,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1984.
Harel, Isser. *The House on Garibaldi Street,* Andre Deutsch, Londres, 1975.
Harris, Robert y Jeremy Paxman. *A Higher Form of Killing,* Triad/Granada, Londres, 1983.
Haswell, Jock. *Spies and Spymasters: A Concise History of Intelligence,* Thames & Hudson, Londres, 1977.
Henze, Paul B. *The Plot to Kill the Pope,* Groom Helm, Londres, 1984.
Laqueur, Walter, ed. *The Israel-Arab Reader,* Bantam, Nueva York, 1969.
—*The Struggle for the Middle East: The Soviet Union 6" The Middle East 1948-1968,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1969.
Lotz, Wolfgang. *The Champagne Spy,* Vallentine Mitchell, Londres, 1972.
.McGehee, Ralph W. *Deadly Deceits: My 25 Years in the CIA,* Sheridan Square Publications, Nueva York, 1983.
McGehee, George. *Envoy to the Middle World: Adventures in Diplomacy,* Harper & Row, Nueva York, 1983.
Meir, Golda. *My Life,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1975.
Moses, Hans. *The Clandestine Service of the Central Intelligence Agency,* Association of Former Intelligence Officers, Mclean, Va., 1983.
Neff, Donald. *Warriors at Suez: Eisenhower Takes America into the Middle East,* Linden Press, Nueva York, 1981.
Offer, Yehuda. *Operation Thunder: The Entebbe Raid, the Israelis" Own Story,* Penguin Books, Harmondsworth, Inglaterra, 1976.
Ostrovsky, Victor. *By Way of Deception,* St. Martin's Press, Nueva York, 1990.
—*The Other Side of Deception,* HarperCollins, Nueva York, 1994.
Powers, Thomas. *The Man Who Kept the Secrets: Richard Helms and the CIA,* Knopf, Nueva York, 1979.
Rabin, Yitzhak. *The Rabin Memoirs,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1979.
Richelson, Jeffrey T. *The U.S. Intelligence Community,*

Ballinger, Cambridge, Massachusetts, 1985. Seth, Ronald. *The Executioners: The Story of Smersh,* Tempo Books, Nueva York, 1970.

Smith, Colin. *Portrait of a Terrorist,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1976.

Sterling, Claire. *The Terror Network: The Secret War of International Terrorism,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1981.

Stevens, Stewart. *The Spymasters of Israel,* Hodder & Stoughton, Londres, 1981.

Stevenson, William. *90 Minutes at Entebbe,* Bantam Books, Londres, 1976.

Stockwell, John. *In Search of Enemies: A CIA Story,* W. W. Norton, Nueva York, 1978.

Tinnin, David B. *The Hit Team,* Little, Brown and Company, Boston, 1976.

Tully, Andrew. *CIA: The Inside Story.* William Morrow, Nueva York, 1961.

—*The Super Spies: More Secrets, More Powerful than the CIA,* William Morrow, Nueva York, 1969.

West, Nigel. *A Matter of Trust: MI5 1945-1912,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1982.

—*MI5: British Security Service Operations 1909-1945,* Triad/Granada, Londres, 1983.

—*MI6: British Secret Intelligence Service Operations 1909-1945,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1983.

Wiesenthal, Simon. *The Murderers among Us,* William Heinemann, Londres, 1967.

índice

Agradecimientos..... 3

1. Detrás del espejo 6

2. Antes del comienzo..... 27

3. Los nombres de Glilot..... 44

4. El espía de la máscara de hierro..... 58

5. La espada nuclear de Gedeón 69

6. Vengadores..... 84

7. El espía refinado..... 104

8. Ora y el monstruo 121

9. Dinero sucio, sexo y mentiras ……..... 132

10. Una relación peligrosa..... 146

11. Alianzas *non sánctas*..... 162

12. Benditos sean los amos del espionaje..... 176

13. Conexiones africanas 188

14. La bomba de la camarera..... 198

15. El caricaturista prescindible 210

16. Espías en la arena..... 229

17. Operación Chapuza..... 250

Notas sobre las fuentes..... 267

Bibliografía..... 271

Biografía

Gordon Thomas es autor de treinta y siete libros varios de los cuales abordan diversos aspectos del mundo de la inteligencia que han sido traducidos a numerosos idiomas. Como corresponsal extranjero, ha cubierto hechos que van desde la Crisis de Suez en 1956 hasta la matanza de la Plaza Tiananmen en 1989. Es autor, además, de una serie de novelas y guiones, y ha obtenido los premios de la Crítica y del Jurado en el Festival de Cine de Montecarlo, el Premio Edgar Alian Poe y tres menciones de la Mark Twain Society por Excelencia Periodística.